KAMILLA
ORESVARD
EL VELO DE LA NOVIA

El velo de la novia

Kamilla Oresvärd

Traducido por Osvaldo Rocha

© Kamilla Oresvärd, 2019

Título original: *Brudslöjan*

Traducido por: Osvaldo Rocha

Diseño de cubierta: Anders Timrén

ISBN 978-91-80348-29-4

© de esta edición: Word Audio Publishing International/Gyldendal A/S, Copenhague 2022

Klareboderne 3, DK-1115

Copenhague K

www.gyldendal.dk

www.wordaudio.se

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, organizaciones y eventos retratados en esta novela son productos de la imaginación del autor o se utilizan ficticiamente. Todos los derechos reservados. Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Prólogo

La pálida luz inunda la mañana cuando el cuervo despliega sus alas para levantar el vuelo, deslizándose sobre las copas de los árboles con su brillante plumaje negro. Una rama seca se rompe y resuena como un disparo en la montaña silenciosa. El cuervo mira hacia abajo y ve una figura en la oscura linde del bosque cuando un alce aparece vadeando lentamente el velo de bruma que atraviesa los prados.

Continúa su vuelo sobre bosques y montañas. Debajo, un arroyo corre cual serpiente a través del paisaje y, en la superficie, sobresale la brillante cabeza de un castor. En el claro que está a un lado, un zorro se asoma desde su madriguera y parpadea al amanecer. Así pasa el cuervo por los aires, girando la cabeza cuando algo llama su atención.

Cambia su trayectoria y se sumerge en la cascada, mojándose entre las finas gotas antes de aterrizar en una roca que brilla por la humedad. Da unos cuantos pasos hacia un lado y luego se queda quieto, escuchando el sonido del agua contra la piedra, hasta que el sol relumbra de lleno sobre la floresta. Los rayos relucen sobre la superficie ondulante y hacen que un anillo dorado se refleje en su ojo negro. El anillo tiembla al ritmo del líquido que cae, llevando consigo finos hilos de sangre a las oscuras aguas del lago Vänern.

1

Mona Schiller va montada en su caballo. Los abedules en las orillas del bosque están verdes y se oye el ligero susurro del viento en las hojas recién brotadas. «Es Pentecostés, tiempo para gozar, pero no hay mucho de eso por aquí», piensa mientras cabalga con las riendas sueltas. En efecto, todo está bastante tranquilo. *Demasiado* tranquilo.

En cualquier caso, está contenta de que, a sus cincuenta y seis años, todavía pueda montar a lomos de un caballo sin ningún problema. Se ejercita y está en forma. Y ahora que la casa ha sido renovada y amueblada, ¿con qué otra cosa podría pasar sus días?

Si bien es cierto que a veces se siente un poco aburrida, sabe que la decisión de mudarse a su casa de Vargön ha sido la correcta. Se ha perdido quince años de la vida de sus hijos. Reparar la relación con ellos será lo más difícil, pero también lo más importante que haga en su vida.

Mona escucha el golpeteo rítmico de los cascos del caballo sobre el sendero del bosque mientras se mece con cada paso. El aroma de las coníferas y el sol sobre el musgo húmedo la transportan a los paseos a caballo de su infancia, aquí mismo, en Hunneberg. Incluso le parece reconocer el abeto caído junto al sendero, con esas ramitas muertas sobresaliendo del tronco como las patas de un ciempiés.

Ve una ardilla subiendo a toda prisa por un árbol negro y su cola peluda desapareciendo detrás de una rama. Un claro se abre ante ella, pero, cuando se dispone a acelerar el trote de su caballo, el animal da un paso rápido hacia un lado, se detiene y se queda allí, petrificado.

Ella mira a su alrededor, se inclina hacia el caballo y le acaricia el cuello mientras le habla de manera tranquilizadora. El sol brilla a través del follaje de los árboles, dibujando un patrón tembloroso en el suelo. Mona se da cuenta de que todo está en completo silencio. Ni siquiera el gorjeo de un pájaro en la profundidad del bosque. De pronto, se oye el sonido repentino de un cono que rebota por las ramas para aterrizar, finalmente, frente a ella. Esto la hace estremecerse y el caballo comienza a resoplar y a tambalearse hacia un lado. Ella intenta calmarlo con su mano y sigue hablándole con voz tranquilizadora. Pero, cuando levanta la vista, cae en la cuenta de lo que está sucediendo.

Aparece justo delante de ella, a través del claro soleado. Con largas zancadas y una colosal corona, se desliza sobre la hierba y los

matorrales. Es un alce. El más grande que haya visto. Se queda paralizada por su majestuosa belleza. El alce se detiene frente a ella y gira la cabeza lentamente. Ella lo mira a los ojos y, durante un breve instante, parece como si el tiempo se detuviera. El alce le devuelve la mirada y se queda absorta en una especie de sabiduría ancestral. Pero el mágico momento llega a un final abrupto cuando el caballo, aún sobresaltado, da un rápido salto hacia un lado, se gira y se aleja a toda velocidad.

La quietud se esfuma y Mona se aferra a la silla de montar con una mano, inclinándose sobre el cuello del animal y buscando las riendas a tientas con la otra mano. Debe cogerlas antes de que se enreden, se caiga y se rompa las piernas. Esa lucha por conseguir el control del asustado caballo continúa por las laderas cubiertas de musgo y los senderos escarpados. La corteza de los abetos le araña las piernas y las ramas le fustigan la cara y le hacen llorar hasta que llegan al lecho rocoso de un arroyo. El caballo reduce su marcha ligeramente y ella consigue por fin hacerse con las riendas, que revoloteaban fuera de control. Una vez que las controla, se acomoda en la silla y exhala mientras el caballo bufa y sacude la cabeza. Con un escozor aún intenso en el rostro, tras los azotes de las ramas, Mona se inclina para acariciarle el cuello oscuro y sudoroso, pero entonces se oye de nuevo un traqueteo en el bosque.

El nerviosismo de la montura llega a tal punto que se levanta sobre las patas traseras, propinándole a su jinete un fuerte golpe en la cara con el cuello. Ella cae hacia atrás y busca, sin éxito, sujetarse, pero su cabeza y su espalda acaban chocando contra algo duro. Se queda sin aire, jadeando y revolviéndose en el suelo, mientras oye los cascos del caballo retumbando a medida que se aleja. Mira hacia delante, aturdida, y lo último que consigue ver antes de perder el sentido es un par de botas negras desgastadas entre los arándanos.

2

El inspector Anton Asplund se encuentra de pie bajo la cascada Skäktefallet. El rugido de la cascada de treinta metros de altura le llena la cabeza y el sol le pica los ojos cuando mira hacia la cúspide. Es un poco más tranquila en esta época del año, pero en primavera, durante el deshielo, arroja imponentes masas de agua y la espuma blanca da la ilusión de un velo de encaje sobre la negra montaña. Es por ello por lo que se la conoce también como el Velo de la Novia.

A Anton siempre le ha gustado este lugar. A veces viene y se sienta en una de las rocas musgosas que sobresalen del suelo, como las cabezas de los antiguos *trolls*. El rugido del agua en primavera o el tranquilo murmullo en verano lo transportan a otros mundos. En algunas ocasiones, cuando se ha quedado aquí el tiempo suficiente, incluso le ha parecido oír las notas de un violín alzándose a través de la danza de las aguas. Nunca se lo ha contado a nadie, aunque mucha gente sabe que en las montañas uno puede llegar a oír y ver cosas inexplicables.

Se abre paso entre los troncos y las rocas por la ladera de la montaña y, al llegar, unas cuantas gotas le refrescan la cara. Hay una piedra plana asomándose en la cascada, como un balcón creado por la naturaleza. Allí está el médico del dispensario, de rodillas, con una mano extendida frente a él y la otra, sobre la tierra para mantener el equilibrio. Anton se encuentra con su mirada a través de las gafas salpicadas de agua, asiente con la cabeza y mira lo que el médico está tratando de alcanzar.

El cuerpo está alojado entre oscuros bloques de piedra y leños húmedos. Tiene un brazo tendido, y la mano, con las uñas destrozadas y los nudillos heridos; parece una naturaleza muerta pintada sobre la roca brillante, temblando al ritmo del agua que cae sobre ella. Los largos cabellos oscuros están enredados en una rama espinosa y el agua espumosa los agita de un lado a otro. Un fino camisón blanco envuelve el cuerpo inerte, revelando la suave redondez de sus pechos y sus pezones oscuros a través de la tela húmeda. La pierna derecha aparece magullada en forma de arco sobre una roca y lleva una liga azul alrededor del muslo. Pero es en el rostro donde se detiene su mirada. El sonido de la cascada desaparece y el inspector traga saliva. La que antes fuera una mujer lozana y hermosa, con las mejillas sonrosadas y labios rojos, es ahora una máscara vacía con agujeros

negros.

Cierra los ojos, sintiendo un escalofrío que le recorre el cuerpo. Algo amenazante se ha apoderado de este apacible lugar por el que siente tanta estima. Lo puede oír en el viento: el susurro de las hojas, el chasquido de los árboles, las aguas embravecidas. Sabe que nunca volverá a ser lo mismo.

3

Los caballos arrancan la hierba de forma metódica mientras sus colas intentan alejar los insectos que son atraídos por sus cuerpos calientes. Mona también espanta una mosca que se acerca y cierra los ojos bajo el sol mientras apoya la espalda en el establo color rojo Falun. Levanta la mano y se pasa los dedos por el pelo y por el chichón lleno de sangre en la parte posterior de su dolorida cabeza. Quizá debería ponerle algo frío, pero eso tendrá que esperar hasta que llegue a casa.

—Los caballos suelen tener miedo de los alces.

Mona oye una voz y levanta la vista. Se encuentra con un hombre de pie frente a ella, sosteniendo una taza con algún contenido caliente. Entonces mira hacia abajo y reconoce las mismas botas negras que ha visto antes entre los arándanos.

—Lo sé. —Asiente ella con la cabeza.

El hombre le acerca la taza con una mano nervuda y bronceada.

—Aquí tienes —le ofrece.

Mona la acepta y mira dentro. Hay una bolsita de té en el agua y un fino cordón blanco con la etiqueta *earl grey* colgada del borde.

—Gracias —dice ella, ahuecando las manos alrededor de la taza. Aunque no tiene frío, disfruta del calor en sus manos—. Esto es exactamente lo que necesito en este momento.

—¿Puedo…? —pregunta el hombre, señalando con la cabeza el espacio junto a ella en el banco.

—Sí, por supuesto —responde, moviéndose unos centímetros hacia un lado y sintiendo de inmediato el dolor en su cuerpo magullado.

El banco se hunde un poco por el peso cuando se sienta.

—¿Cómo te sientes? —pregunta él.

—Estoy bien.

El hombre se inclina hacia delante y la mira con preocupación.

—¿De verdad? ¿No te sientes mal?

—No —contesta Mona con una débil sonrisa, sorprendida y conmovida ante aquella preocupación. No está acostumbrada. Suele cuidar de sí misma—. No es una conmoción cerebral si te refieres a eso —añade.

—Te desmayaste.

—Sí, es verdad —dice, asintiendo, y mira los caballos que pastan en el prado—. Debo haberme golpeado la cabeza con una roca. Pero podría haber sido mucho peor. —Se lleva la taza a la boca y bebe un

poco. El té caliente es reconfortante. Se vuelve hacia el hombre nuevamente—. Fue una suerte que pasaras por allí.

Él asiente al escuchar esas palabras.

—Pero ¿qué estabas haciendo allí en medio del bosque? —le pregunta, apoyado en la pared del establo, caliente por el sol.

—Estaba trabajando.

—¿En domingo? ¿En qué? —pregunta con una risa baja y cálida—. Al menos, parece que tienes la cabeza despejada —continúa—. Soy guardabosques. Trabajo en el ecoparque de las montañas y estoy a cargo del bosque allí. —Se encoge de hombros—. Me gustar estar en la naturaleza en general. Lo disfruto.

Se le nota. Su rostro parece curtido por la intemperie y tiene una red de finas arrugas alrededor de los ojos, como si tuviera que entornarlos constantemente debido al sol y al viento. Lleva unos pantalones encerados de color verde con bolsillos en los muslos y una camisa a cuadros, remangada sobre los nervudos antebrazos. Hay algo en este hombre que le agrada. No es solo el hecho de que la haya ayudado después del accidente, sino también la seguridad y la calidez que irradia. Mona asiente y le sonríe.

—Con razón.

—Charles Backe —indica, extendiendo su mano—. Creo que aún no nos hemos presentado de forma apropiada.

—Es cierto, todo ha sido un poco confuso —dice—. Me llamo Mona Schiller. —Le da la mano y, como le parece que el hombre sigue preocupado, sonríe—. Estoy bien, de verdad —insiste, alzando la mirada hacia la montaña—. Solo espero que encuentren al caballo ileso.

Charles sigue su mirada y asiente.

—Estoy seguro de que encontrará el camino de vuelta a casa, ya lo verás. —Se vuelve hacia ella—. ¿Mona Schiller, dices? Eres tú la que compró Villa Björkås, ¿no?

Mona asiente. Esa casa. Ha tenido que mover muchos hilos para comprarla, se ha requerido un cambio de testamento y la anulación de un acuerdo de usufructo para que el ayuntamiento se la vendiera. Pero ella suele salirse con la suya, de una forma u otra. Y así ha sido también esta vez.

—¿Así que ahora vives en Vargön de manera permanente?

—Sí. Era el momento de volver a casa.

Charles asiente y ella espera que le haga más preguntas, como todos los demás. Sobre lo que ha hecho, dónde ha vivido, qué ha pasado con su marido, si volverá a trabajar como juez, por qué ha elegido vivir en la pequeña localidad de Vargön. Pero él no hace más preguntas, sino que se limita a asentir y a inclinarse hacia atrás.

Se sientan en silencio durante un rato y ella lo mira de soslayo, a

punto de romper el silencio, cuando una joven en ropa de montar se acerca a ellos.

—Hola, Angelika —dice Charles, poniéndose de pie y dando un paso adelante—. Tengo que irme ahora. ¿Puedes cuidar de Mona y asegurarte de que llegue bien a casa? Afirma que está bien… —añade, lanzándole una mirada—, pero no sé si debemos creerla.

—Claro, yo me ocuparé de Mona. —Angelika asiente con una gran sonrisa—. Lo prometo.

—Ha sido un placer conocerte, aunque podría haber sido en mejores circunstancias —dice él, dirigiéndose a Mona.

—Sí, es verdad —contesta con una sonrisa, admitiendo para sí misma que preferiría que Charles se quedara un poco más.

—Nos vemos —dice él antes de marcharse.

—Sí, nos vemos —responde ella en voz baja a sus espaldas, convencida de que volverán a verse.

4

Anton da un paso atrás y mira hacia la ladera escarpada. Las puntiagudas copas de los árboles destacan en el cielo azul y, por un momento, se imagina que ve aquel frágil cuerpo de pie allí arriba, con los brazos extendidos, el viento en su delgada ropa de dormir y su largo pelo oscuro como una nube alrededor de su cara. El cuerpo se balancea con el aire y él mira hacia otro lado.

Era su noche de bodas. La noche más feliz de su vida. ¿Qué la habrá hecho arrojarse de allí? ¿Qué habrá sucedido? ¿Qué oscuridad la habrá empujado a ello? Se pasa la mano por el pelo y siente que se le revuelve el estómago de malestar. Es él quien tendrá que comunicárselo a su marido. Y a su madre. La pobre Sara, que ya ha sufrido tanto.

Tiene que decírselo antes de que lo escuchen de otra persona. Se le revuelve el estómago y siente retortijones al pensar en lo desagradable que será. Baja la mirada. Los voluptuosos helechos se arquean sobre las raíces grises en la tierra seca del sendero, proyectando sombras temblorosas. ¿Cómo les dirá que han encontrado a Lisa-Marie muerta?

El sonido de su teléfono irrumpe como un alivio. Podrá posponer un poco más esa reflexión sobre cómo darles la noticia.

—¿Sí? —contesta.

—Hola —dice su colega Bodil Thulin.

—¿Sigues allí arriba? —pregunta, dando un paso atrás y mirando de nuevo hacia la cima de la montaña.

—¡Sí!… —su voz desaparece a causa de un ventarrón, pero vuelve después—, estoy aquí de pie, mirando hacia allí abajo.

—No te veo. —Anton sigue buscándola con la mirada entre las rocas.

—Pero yo sí te veo a ti.

—Vale. ¿Has encontrado algo?

—No, nada de nada.

Anton se pregunta qué significa eso. Su mirada baja desde la cima por la escarpada ladera, sobre los grandes peñascos y las afiladas piedras al pie de la montaña, a pocos metros de donde ella está ahora. Suspira antes de contestar:

—Ya sabes, su padre se suicidó —explica, y el pensamiento de la próxima conversación con Sara lo invade de nuevo—. Hace dos años. ¿Tal vez lo ha heredado de él?

—¿El qué? —pregunta Bodil.

—Ya sabes a lo que me refiero —dice—. No sé por qué se habrá suicidado, pero la depresión es la causa más común. Puede ser que ella también estuviera deprimida, ¿no?

—Mmm —resopla Bodil—. Se cortó las venas. En el garaje, si no recuerdo mal.

—Sí. —Anton siente náuseas otra vez—. Fue su esposa quien lo encontró con la música de Elvis Presley a todo volumen. Le encantaba Elvis, ¿lo sabías? Por eso decidieron llamar a su hija Lisa-Marie, como la hija de Elvis.

—No, no lo sabía.

Anton se da cuenta de que está divagando y está a punto de responder cuando el médico lo llama por su nombre. Se vuelve hacia él. El médico sigue sentado junto al cadáver, apoyándose en una piedra con una mano y ajustándose las gafas con la otra.

—¿Puedes venir para que te muestre algo?

—Tengo que ir a ver qué tiene Granberg —contesta a Bodil.

Termina la conversación y da unos pasos hacia el médico. Se pregunta si lo que se dice de él es cierto: que por su culpa un niño murió de meningitis en Grästorp cuando podría haberse curado con un simple tratamiento de antibióticos. Le cuesta creerlo. Granberg parece una persona tan concienzuda. A veces le parece ver algo en su mirada, cierto recelo, como si el hombre pensara que eso es todo lo que las personas ven cuando lo miran. Anton da otro paso y resbala, pero recupera el equilibrio.

—¿Tienes algo? —pregunta, poniendo los pies en tierra firme.

—Sí, bueno —dice Granberg, ajustándose las gafas otra vez para luego mirar de inmediato hacia otro lado—, puedo confirmar que está muerta, pero hay algo que no encaja.

5

Mona aún lleva puesta la ropa de montar mientras conduce por la carretera hacia la casa señorial de color amarillo. Avanza a baja velocidad hasta la sombra de un gran castaño, donde aparca. Se queda sentada un instante con las manos en el volante para recomponerse. En realidad, debería irse a casa y a la cama, pero Carl insistió tanto en que fuera que decidió pasar a visitarlo. De todos modos, le queda de camino a casa.

Sale de su coche y camina hacia el restaurante, pasando por unos arbustos con formas bien recortadas. Oye que alguien se ríe a lo lejos y mira el banderín azul y amarillo que ondea en el asta. Está a punto de abrir la puerta de cristal cuando esta se abre de golpe con gran fuerza. Mona tiene que saltar hacia un lado para evitar que la derriben. Aparece un joven con expresión decidida y un teléfono pegado a la oreja. No la ve y camina con largas zancadas hacia el anexo. Se pasa la mano por el pelo acaloradamente y ella lo oye decir: «Joder. No es cierto. No puede ser». La voz se le quiebra y Mona lo sigue con la mirada. Debe haber sucedido algo grave.

Al entrar, Mona se encuentra con ramos de flores rosadas y una solitaria maleta negra en el suelo, junto al mostrador vacío de la recepción. Se puede oír el sonido de mesas y sillas siendo arrastradas en el comedor de Von Trier y, al entrar en el restaurante, saluda con la cabeza a una pareja de ancianos sentada. Él tiene delante un huevo cocido y ella, una gran taza de té. Su mirada se dirige después a la mesa de unos jóvenes ruidosos. «Debieron divertirse ayer», piensa, y se sienta en una de las sillas junto a la ventana. Cierra los ojos y respira profundamente mientras todavía escucha las risas. Le duelen la cabeza, el costado y la muñeca, pero nunca es bueno palpar allí donde duele.

—Así que te has caído del caballo, ¿eh?

Levanta la vista al escuchar la voz y ve a Anki colocando una taza en la mesa y rellenándola con café.

—El caballo se asustó con un alce —contesta Mona, después de asentir con la cabeza.

—Ya veo —dice Anki—. Esos alces —continúa, sacudiendo la cabeza—. Pueden darte un susto de muerte. Bajan a los jardines cuando empieza la caza y se comen las manzanas, que se fermentan en sus estómagos hasta hincharse. Pero debes alegrarte de que esto no

haya salido peor. —Anki levanta las cejas de forma sugerente—. Y has tenido quien te ayudara, según he oído.

—Sí, he tenido suerte. Un guardabosques muy amable vino a ayudarme —contesta Mona con una sonrisa.

—¿Un guardabosques? —Anki ríe—. ¿Y tú eres Caperucita Roja o qué?

Mona ríe con ella.

—Su nombre es Charles. Y parece que es un guardabosques de verdad. ¿Lo conoces?

—Sí —asiente Anki—. ¿Charles Backe?

¿Será solo su imaginación o hay algo de preocupación en los ojos de Anki?

—Debes tener cuidado —continúa—. Ya no tienes quince años.

Se conocieron cuando tenían esa edad. Estaban en la misma clase en la escuela secundaria, en los edificios de ladrillo rojo del colegio Torpaskolan, junto a la gran pista de hielo. Mona era una de las favoritas de la profesora, mientras que Anki era una de las chicas populares que pasaban el rato fumando, bebían licor destilado de manera ilegal y conducían un coche destartalado por la plaza los fines de semana. Con excepción de las caderas más redondeadas y las arrugas alrededor de los ojos, se ve exactamente igual. Sigue con su flequillo rubio levantado de los ochenta, el rímel azul brillante y el pintalabios demasiado rosa.

Habría sido genial toparse con ella hace unos meses. No tanto como para caer en los brazos de la otra y estallar de alegría, sino más bien como un «hola, cuánto tiempo sin verte». Mucha gente se había mudado a Vänersborg o Trollhättan, o incluso a Gotemburgo, como fue su caso, para estudiar, pero Anki era fiel a Vargön. No porque la hubieran obligado, sino porque quería.

A diferencia de sí misma, no percibe desasosiego en Anki y, aunque le cuesta admitirlo, está celosa de que parezca tan contenta con su vida. Mona siempre está persiguiendo algo y no sabe quedarse quieta y en calma. Ha viajado por todo el mundo y ha visto casi todo lo que hay que ver. Ha celebrado el Año Nuevo en Sídney, ha conducido por la Highway 1, ha visto el Taj Mahal y ha buceado con grandes tiburones blancos en Sudáfrica. Ha comido *foie gras* en París, caviar beluga en Moscú y *fugu* en Tokio; ha bebido champán en Epernay y Singapore Sling en el Raffles de Singapur. Nada de esto impresionaría a Anki. Viajar es genial, pero ella pensaría que comer hígado de ganso es una idiotez y que comer grandes huevas de pescado que se rompen al presionarlas contra el paladar suena asqueroso. Por no hablar de comer un pescado que podría matarte. Todo eso es una estupidez.

—¿Podrías sentarte un momento? —pregunta Mona, señalando la

silla de enfrente.

—No tengo tiempo —dice Anki, meneando la cabeza. Gesticula con la mano y continúa—. Ayer tuvimos una boda. Como puedes ver, aún quedan muchos invitados. Además… —Anki se queda callada.

—Además, ¿qué? —pregunta Mona, notando que se ha hecho el silencio y que todo el mundo mira hacia las ventanas. Se levanta con rigidez y se apoya en la mesa, mirando hacia fuera. Dos coches de policía están aparcados en la rotonda, y cuatro agentes se dirigen hacia el edificio principal—. ¿Qué está sucediendo? —le pregunta a Anki.

—La novia de ayer. Está desaparecida —contesta, volviéndose hacia ella.

—¿Desaparecida? ¿Y cuándo desapareció?

—No lo sé, pero su marido ha estado preguntando por ella. Su esposa no estaba cuando se despertó.

El hombre que se ha encontrado en la puerta. Seguramente, era él. Mona levanta una mano y se masajea entre los ojos.

—Debe haber una buena explicación —dice, aunque la voz del hombre la ha hecho pensar algo distinto.

—Sí, claro —responde Anki, siguiendo a los policías con la mirada mientras se acercan al edificio.

6

Están de vuelta en la cascada de Skäktefallet y han subido a la cima. Ya se ha formado un grupo de personas allí, fuera del cordón azul y blanco. Están de pie frente a la cascada, con rostros inexpresivos, como un montón de zombis esperando encontrar carne humana en la que hincar sus dientes podridos. Hasta ahora solo han tenido algunos curiosos, pero Anton sabe que la noticia de la mujer muerta en el Velo de la Novia atraerá a más gente. Y pronto se correrá la voz de que es Lisa-Marie la que ha muerto.

Al menos, Linus y Sara están enterados. Linus se lo ha tomado mejor de lo que esperaba, pero su familia estaba allí para hacerse cargo de él. La conversación con Sara, en cambio, ha sido peor. Tenía los ojos muy abiertos y, al inicio, una sonrisa inquisitiva, que pronto se volvió de confusión cuando intentó explicarle lo ocurrido. Meneaba la cabeza y miraba a Bodil como si pensara que nada de lo que decía era cierto. Incluso intentó llamar a Lisa-Marie, pero después de tres veces sin recibir respuesta, los ojos se le llenaron de lágrimas y soltó un grito inhumano.

A pesar de eso, no está muy seguro de que Sara comprenda realmente lo que ha sucedido. Sus ojos se quedaron en blanco de un modo extraño y repetía una y otra vez que se habían equivocado. Decía que su hija está recién casada, que se casó ayer, en la iglesia de Västra Tunhem, y su fiesta de bodas fue en la Casa Ronnum. Lo repitió como un mantra hasta que el médico le dio un sedante y le prometió quedarse con ella unas horas.

Aquellos gritos de angustia siguen resonando en sus oídos después de marcharse y tiene la certeza de que ese sonido lo perseguirá el resto de su vida.

El agua rebota contra la ladera de roca negra que se extiende hacia abajo. Retrocede unos pasos hacia las matas de hierba y los helechos, poniendo los pies con cuidado sobre las baldosas dispuestas por los técnicos. Se siente más seguro cuando está un poco más lejos del precipicio y más cerca de los forenses, que siguen buscando huellas en el terreno, vestidos con sus monos blancos y con cubrebotas en los pies. Se acerca a My, quien está en cuclillas en el arbusto de arándanos desde hace al menos veinte minutos. No entiende cómo se las arregla para hacerlo. Él ni siquiera puede ponerse en esa posición y desde luego tampoco podría quedarse así durante tanto tiempo.

—Quizá fue un accidente —dice Anton, pensando en las piedras afiladas y húmedas—. Quizá se ha resbalado con una piedra mojada y ha caído tan mal que ha muerto, ¿no?

«Ojalá haya sido un accidente», piensa, mirando a My. Sería una pena de todas maneras y Lisa-Marie seguiría muerta, pero contemplar otras opciones resulta mucho peor.

—Pero ¿qué hacía aquí? —pregunta Bodil, rascándose la cabeza—. Debería haber estado en la cama con su marido en lugar de estar trepando semidesnuda por estas rocas.

—No fue un accidente —explica My con su rara voz infantil y algo arrastrada mientras se levanta con agilidad.

Él ya se ha acostumbrado a aquel aspecto tan peculiar: tiene enormes ojos oscuros, mejillas redondas y pelo rizado, que ahora yace oculto bajo el gorro blanco. Se encuentra con su mirada. El ojo derecho de My se entrecierra ligeramente y él, como siempre, no sabe qué ojo mirar.

—Y tampoco fue un suicidio —sigue tras una pausa.

Anton maldice en silencio. Esto significa que solo queda una opción. La peor. Por supuesto que no están exentos de este tipo de delitos graves en la zona policial de Fyrbodal, pero esta vez es diferente. Lisa-Marie era una joven recién casada. No se movía en círculos criminales, era una chica normal. ¿Por qué querría alguien asesinarla?

—Esto es lo que creo que ocurrió… —continúa My, subiéndose a una roca para quedar a la altura de Anton. Se ajusta el traje al cuello y lo mira—. Creo que alguien la subió desde el sendero de allí abajo, la llevó tan arriba como pudo y después tiró el cuerpo para intentar que pareciera un suicidio. Ella no vino hasta aquí.

—¿Quieres decir que no murió aquí, sino en otro lugar? —pregunta Anton, pensando que esto podría explicar lo que Granberg había dicho: que la caída no podría causar todas las lesiones.

—Sí —asiente My, mirando hacia el precipicio—. Desafortunadamente, el sendero ya está demasiado pisoteado allí abajo y es difícil distinguir cualquier rastro de la persona que pudiera haberla cargado.

Anton siente calor en la cara. Primero, estuvo allí el alemán que la encontró; luego, los del equipo de rescate. ¿Y si todavía estuviera viva y hubieran podido salvarla? Habría sido peor si la hubieran dejado allí tirada. Después, llegó el médico, aunque él llevaba ropa protectora. Y al final el mismo Anton, si bien hizo lo que pudo para evitar una mayor contaminación.

—¿Habrá sido algo sexual? —pregunta Bodil, rascándose la barbilla.

—Vamos a examinar el cuerpo en el laboratorio y veremos qué

encontramos —continúa My—. No veo nada que sugiera eso por ahora, pero ya veremos.

—Tampoco hay indicios de un coche.

—No.

—Hay que caminar un buen trecho desde Casa Ronnum hasta aquí. Descalza y apenas vestida con un camisón fino —reflexiona Anton, frunciendo el ceño y mirando hacia ella.

—En su noche de bodas —añade My, asintiendo.

Los tres se quedan en silencio durante un instante.

—Solo para estar totalmente seguro —dice Anton al fin—, ¿tú descartas lo del suicidio?

—Sí, con un noventa y cinco por ciento de certeza. El cuerpo tiene muchas lesiones y es evidente que ha caído desde cierta altura, pero de ninguna manera desde aquí arriba. Qué lesiones se produjeron durante la caída y cuáles pueden haberse producido antes, eso está por verse.

Anton se rasca la cabeza y siente un trozo de corteza de abeto clavado en su pelo. Lo coge, lo mira y lo hace girar entre las yemas de los dedos. Después, se dirige a My:

—¿Cuándo puedes empezar a examinarla?

—De inmediato. Solo voy a comer algo primero y luego me voy al laboratorio. Pero… —se queda en silencio un momento— no esperes demasiado. El cuerpo ha sido lavado por una enorme cantidad de agua, así que ya debe haber desaparecido la mayor parte de cualquier rastro. Es un muy buen lugar para tirar un cuerpo, de eso no cabe duda.

Anton asiente sin más. Mira a su alrededor, sintiéndose invadido por un profundo malestar. Una joven ha sido asesinada en Vargön. ¿Qué será del pueblo? ¿Cuánto tiempo pasará antes de que la gente empiece a mirarse de reojo y a lanzarse acusaciones? Menea la cabeza.

—¿Estás preocupado? —pregunta Bodil, mirando a Anton.

—Me preocupa dónde va a parar esto. —Se lleva una mano al pecho—. No quiero que se nos vaya de las manos y se convierta en una cacería de brujas y acusaciones lanzadas en todas direcciones.

—Por supuesto. —Bodil asiente, mirando hacia el acantilado y las copas de los árboles—. Pero ¿cómo demonios podemos evitarlo?

7

Las fuertes risas se han apagado en el local. Los jóvenes están profundamente absortos en sus teléfonos móviles. La pareja de ancianos también sigue allí, aunque hace un rato que ambos han vaciado sus tazas de té y ahora están sentados con la mirada perdida. Mona mira su reloj de pulsera. Son las once. Ya ha esperado bastante a Carl. Un policía joven con uniforme azul oscuro les dice que no se muevan, pero ella aparta la taza vacía y está a punto de levantarse cuando Anki pasa a toda prisa. Extiende la mano y la sujeta del brazo. Mona siente el calor a través de la tela blanca y azulada.

—¿Sabes qué ha ocurrido? —pregunta ella, soltándose.

Anki menea la cabeza, vacila y se inclina tan cerca de ella que su flequillo levantado le roza la frente.

—Han encontrado a Lisa-Marie.

—¿La novia? —pregunta Mona, aunque ya lo sabe.

—Sí. —Anki mira hacia ambos lados—. Muerta, en el Velo de la Novia —susurra.

Mona vuelve a pensar en aquel hombre de rostro encendido y voz agitada mientras caminaba hacia el anexo.

—¿Qué le ha sucedido?

Anki menea la cabeza y baja aún más la voz:

—Dicen que se suicidó, pero alguien cree que fue asesinada…

—Disculpad, damas —interrumpe Carl Skantze, apareciendo detrás de Anki. Habla con una voz autoritaria y atrae las miradas de varias personas. Carraspea con fuerza—. Tengo un negocio que atender aquí y no hay tiempo para chismes de pueblo. —Tira de su chaleco a cuadros que parece ser una talla más grande y mira a Anki—. Seguramente, tienes algo mejor que hacer, ¿no?

Mona retrocede, segura de que Anki responderá de manera furiosa. Pero no lo hace. En lugar de ello, se endereza y baja la vista.

—Tienes razón —asiente, y se aleja.

Mona la sigue con la mirada, sin entender qué ha pasado. La Anki que ella conocía nunca habría permitido que le hablaran así. Luego, se levanta y mira a Carl, dispuesta a reprenderlo, pero hay algo en esos ojos malsanos y enrojecidos y en esa frente brillante que la detiene. Él se sienta, mientras tanto, resoplando.

—Esto es una locura —dice, respirando con dificultad mientras levanta las manos y las pone delante de él, como si quisiera romper

algo—. La policía me obliga a cerrar el local hasta que termine la investigación. ¿De verdad pueden hacer eso?

—Sí —responde Mona sin más.

—Pero ¿no hay nada que se pueda hacer? Tú eres abogada, ¿no hay algo en la ley que pueda alegarse en estos casos? ¿Alguna sección en alguna parte? —Agita la mano como si pudiera conjurar algo.

—No —niega ella, meneando la cabeza—. Están investigando una muerte. Tal vez incluso un homicidio.

—Y ahora quieren hablar con todos los invitados —dice, como si no la hubiera escuchado—. Los que quedan no pueden salir. —Deja escapar una risa de frustración—. Es típico que me pase esto a mí. No puedo permitirme algo así. Si no consigo que funcione esto, estoy fuera. Esta es mi oportunidad de quedarme en Vargön. Estoy harto de los empleos temporales en restaurantes de toda Suecia. Quiero quedarme aquí —suspira—. Y mañana tenemos una conferencia enorme del municipio de Trollhättan y el próximo fin de semana hay otra boda.

—Tendrás que cancelar la conferencia de mañana. —Mona tiene ganas de recordarle que no es él quien ha tenido la peor suerte en todo esto, pero comprende que es inútil. No le importa nada más que sí mismo en este momento, así que cambia de opinión—. No creo que la policía haya terminado para entonces.

Carl tose y se aclara la garganta.

—¿Y de qué querías hablar? —pregunta Mona—. Parecía algo importante cuando llamaste. Si no es así, prefiero irme a casa. Me he caído del caballo y me duele la cabeza.

Mona parece olvidarse de que podría estar herida. Carl se rasca la mejilla y vuelve a ajustarse el chaleco. Luego, la mira.

—Bueno, estaba pensando que ya que es tu hijo el que trabaja en la investigación, tal vez se podría acelerar esto un poco.

Ella se ríe, dudando de que Carl esté hablando en serio. Porque no puede ser que lo diga en serio, ¿o sí?

—¿Acelerar esto un poco? —contesta Mona, meneando la cabeza con lentitud—. ¿Qué estás pensando exactamente?

—Bueno —se encoge de hombros—, creo que todos sabemos que la policía no tiene mucha prisa. No digo que no hagan su trabajo, nada de eso, pero quizá podrías hablar con él y pedirle que se dé un poco de rapidez. Después de todo, tu otro hijo suele ser de gran ayuda.

Ella frunce el ceño, pero no muestra lo que siente, sino que opta por lo que Alexander solía llamar su «cara de diplomática».

—¿Qué quieres decir? —pregunta.

—Me refiero a que Wille me ha conseguido esto y aquello. A muy buenos precios, debo decir.

¿William está vendiéndole cosas robadas? ¿Es eso lo que está

insinuando? Mona lo mira fijamente. La cara redonda y rojiza, los tics de su nariz y los ojos muy hundidos bajo las cejas. Pero decide no pensar lo peor. Tal vez William solo ha conseguido carne barata y de buena calidad de las granjas cercanas. Es una situación en la que todos ganan. Pero pedirle que hable con Anton para acelerar la investigación es demasiado. Carl no debería dar por hecho que Anton puede hacer algo solo porque es un amigo de la infancia de su padre.

Mona se reclina en su silla y se cruza de brazos.

—No puedo hablar con Anton, creo que podrás entenderme. Y sobre los asuntos que te traes con William, prefiero no saberlo.

—Entonces, ¿no quieres ayudarme? —contesta Carl, meneando la cabeza con expresión de preocupación—. No… —continúa, juntando las manos en la mesa delante de él—. Supongo que lo de ayudar no es lo tuyo.

—¿Qué quieres decir con eso? —responde ella rápidamente.

—Esto es un problema —dice, gesticulando con las manos—. Mi flujo de efectivo no es el mejor. No puedo cerrar. Y no quiero que haya un montón de rumores que provoquen que la gente ya no quiera celebrar sus bodas y conferencias —baja la voz y se inclina hacia delante—. Por otro lado, debes saber que, si cierro el local, desaparecerán muchos puestos de trabajo en Vargön…

Mona se queda mirando a Carl.

—Si no quieres hablar con tu hijo, tal vez puedas ayudarme de otra manera.

—¿Cómo?

—Quizá podría hacerse otra investigación de manera más independiente —dice Carl, encogiéndose de hombros.

—¿Qué?

—Solo digo que eres abogada, e incluso has sido juez. Sabes muy bien que las empresas y organizaciones encargan investigaciones privadas todo el tiempo, así que, ¿por qué no podría hacerlo yo también? Tú tienes muchos contactos y sí, tu hijo también, aunque no quieras hacer uso de ello ahora. —Su rostro se ilumina y la señala con un dedo nudoso—. O piénsalo de esta manera: tal vez podrías ayudar a tu hijo. No creo que resolver este caso con rapidez vaya a dañar su carrera… ¿O me equivoco? Tal vez pueda tener al fin apoyo de su madre. Ya que no ha sido muy mimado en ese sentido.

Mona no puede evitar hacer una mueca de incomodidad. Carl ha elegido palabras duras que golpean, justamente, donde más le duele.

—Entonces, ¿qué dices? —pregunta Carl con una enorme sonrisa —. Ya sabes que no puedo pagarte mucho dinero, pero sí que nos harías un gran favor a todos. A tus hijos, al viejo amigo de su padre. —Se ríe para sí mismo y levanta las cejas un par de veces—. Tal vez incluso a ti misma. Necesitas algo razonable en lo que ocuparte y, lo

más importante, es tu oportunidad de demostrar que de verdad te preocupas por ellos.

8

Mona pasea por el arroyo de Kvarntorp. El barranco está lleno de madera muerta que sirve de guarida a los insectos y animales pequeños del bosque. Los pájaros gorjean en los árboles mientras los arbustos bajos chocan contra sus pantalones de montar a medida que avanza por el sendero. Cuanto más se acerca, más fuerte es el sonido de la cascada, que llena el aire como un zumbido de colmena.

Aún no ha decidido qué hacer con la propuesta de Carl, quien incluso ha llegado a mostrarle una foto de Lisa-Marie de novia con su hermoso vestido blanco, como último intento de persuadirla. Tenía rizos suaves alrededor de su rostro de ojos grandes y lindos hoyuelos en las mejillas, como la morena Laura Palmer en *Twin Peaks*.

En el sitio web de noticias *TTELA* ha leído que la policía no puede comentar más, pero que ha decidido acordonar la zona para una investigación técnica. De inmediato ha ido también a Facebook, donde se rumorea que se ha suicidado. Nunca escriben sobre estas cosas en los periódicos, pues temen que otros sigan ese ejemplo.

Mona sigue el camino, preguntándose qué verá más adelante. ¿Habrán dejado el cuerpo de Lisa-Marie? Ha visto gente muerta en su vida como abogada, y ha sido igual de horrible cada vez. Cuerpos rígidos y vacíos, dedos como garras dobladas y manchas de sangre sobre la piel blanca del cadáver. Se estremece al recordarlo, confiando en que hayan tenido tiempo de sacarla.

Una vez que el claro soleado se abre ante ella, se detiene. Frente a la barricada hay cuatro personas con la mirada puesta en lo alto de la cascada, una familia con niños que se ha instalado en una manta a cuadros sobre la hierba y otras personas sentadas en las mesas de pícnic con los termos que han traído consigo. Esperaba que el lugar estuviera más tranquilo y vacío, pero se da cuenta de que era algo poco probable. Es indudable que la noticia de un cadáver atrae la curiosidad de la gente, pero le parece que sería mejor que los niños se quedaran en casa.

Busca con la mirada y de repente lo ve. Está de pie en el sendero, junto al agua, cerca de una mujer con grandes mechones rizados que le llega apenas al hombro.

—¡Hola, hola! —grita, haciendo que todos los ojos se dirijan hacia ella. Anton hace un gesto con la cabeza al ver de quién se trata. Se vuelve hacia la mujer, le dice algo y después comienza a caminar por

el sendero empinado. Llega a la barricada y da una gran zancada sobre ella. Todos miran a Mona y siguen el recorrido de Anton hacia ella.

Mona duda, pero luego levanta los brazos y le da un abrazo. Tiene la camisa pegada a la espalda y huele a bosque y a aire fresco. No le gusta el ceño fruncido entre sus cejas. Parece muy preocupado. Y está un poco pálido. Tiene que reprimirse para no tirar de él hacia ella. Es un adulto. Aunque, de cierto modo, ya lo era a los diez años. Entonces era ya un señorcito.

—He estado tratando de comunicarme contigo —dice ella, dando un paso atrás—. Necesito que hablemos.

—Sí, he visto el mensaje donde decías que venías —asiente Anton, y después mira a su alrededor—. Vamos por aquí —sugiere, y caminan hacia el aparcamiento.

Ella anda detrás de él y mira su ancha espalda. Nunca soñó que Anton se convertiría en policía. Se imaginaba que sería profesor o que tal vez elegiría una profesión en la que trabajaría con plantas o en la naturaleza, como jardinero o como arquitecto paisajista. Pero siempre ha tenido un gran sentido de la justicia, ¿tal vez por eso eligió la profesión de policía? Y también es sensato y amable. Buenas cualidades para ser policía.

Mientras Mona está pensando en estas cosas, él se detiene y se vuelve hacia ella.

—Aquí está un poco más tranquilo.

Ella asiente y mira a su alrededor. A un lado está el denso bosque y al otro, un inmenso prado de caballos. Se aparta el flequillo de la frente y mira a Anton.

—He oído que encontraron muerta a Lisa-Marie Forsmark.

—Sí —confirma él—, o Lisa-Marie Svensson, como se la conoce por aquí. —Hace una pausa y la mira inquisitivamente—. ¿Has venido solo para preguntar eso?

—No —responde ella, meneando la cabeza—, prometí que pasaría por tu casa para entregarte esto —dice Mona, extendiendo la mano donde tiene una memoria USB de color negro.

—¿Qué es eso? —pregunta Anton, mirando el dispositivo.

—Es el vídeo de la boda de Lisa-Marie. Estuve en Casa Ronnum, con Carl, y me lo dio para que te lo diera a ti.

—Ah, ¿sí? —Mueve la cabeza sin comprender—. ¿Y por qué te lo dio a ti y no a mis colegas? Ahora mismo deben estar allí.

—No lo sé —contesta ella, encogiéndose de hombros, aunque sí lo sabe. Carl quería quedarse con el vídeo hasta estar seguro de que no le causaría algún perjuicio. Pero ella le explicó que no tenía elección. La policía debía tenerlo—. Tal vez no pensó en eso. Pero al menos ya lo tienes ahora —dice, enfadándose un poco consigo misma por tener

que excusar a Carl.

Anton vuelve a mirar su mano y parece tener un brillo de interés en la mirada al aceptar la memoria USB.

—Entonces, ¿toda la boda fue filmada?

—Así es —contesta Mona de inmediato.

Hubo un tiempo en el que se preocupó por él. Parece tan grande y fuerte, pero no siempre lo ha tenido tan fácil. Cuando era pequeño, era muy sensible y, aunque quiera evitar esta palabra que le viene ahora a la mente, la piensa de todos modos: extraño. Mientras que William, su hermano pequeño, jugaba al fútbol, volvía a casa con arañazos y moratones y competía con otros chicos para ver quién se atrevería a adentrarse más lejos en las cuevas de Västra Tunhem, Anton cantaba en un coro y tallaba casitas para pájaros. Mona recuerda que también vigilaba de cerca a los pájaros que se instalaban, les ponía nombres y se aseguraba de que estuvieran cómodos.

Pero las cosas han salido bien después de todo. Es una persona muy estimada en el pueblo, está casado con la guapísima Gabbi y tiene un buen trabajo. Pero Mona cree que sigue siendo demasiado ingenuo, ya que piensa bien de todo el mundo. ¿De verdad será capaz de resolver un homicidio? Porque Mona no cree que pueda tratarse de otra cosa.

—En Casa Ronnum dicen que la novia que vieron ayer era una joven feliz. No parecía una persona a punto de suicidarse.

—Lo sé —contesta él.

Mona se queda mirando a Anton.

—Entonces, ¿no fue un suicidio?

—Tengo que irme ahora. Después hablamos —contesta, sonriendo débilmente y meneando la cabeza.

Mona asiente y lo sigue con la mirada mientras se aleja. «Tengo razón, no fue un suicidio», piensa. Pero la satisfacción de ver confirmadas sus sospechas se disipa muy pronto al darse cuenta de lo que significa. Mira alrededor del bosque, oye el ruido de la caída de agua y se estremece.

9

Mona se quita el albornoz. Ha sido un día largo. Durmió un par de horas, pero, cuando se despertó por el dolor de cabeza, decidió darse un baño. Cuelga el albornoz en el gancho, que proyecta una sombra en forma de garra en la pared a la luz de las velas. Se acerca al espejo de cuerpo entero y mira su desnudez. Puede ver algunas sombras oscuras y descoloridas que se extienden a lo largo del lado derecho, desde las caderas hasta las costillas. Sube la mano y jadea de dolor al apretarla contra sí. A continuación, levanta la mano derecha delante de ella y la mira. Fue la que usó en la caída y está hinchada, pero no le parece que esté rota. El chichón de la cabeza sigue ahí, pero el dolor está empezando a remitir un poco con las pastillas que ha estado tomando. ¿Y si Charles no hubiera llegado a tiempo? Recuerda aquel rostro frente a ella, la sutil sonrisa, los ojos verdes, y su cuerpo se llena de calor.

Se acerca a la bañera, enciende el *jacuzzi* y mete el pie en el agua caliente y burbujeante. Poco a poco mete el resto de su cuerpo en el agua, en el calor y en el aroma, y se hunde con un suspiro. Enrolla una toalla, se la pone detrás del cuello, apoya la cabeza en ella y aspira el olor del aceite de baño que se extiende por la habitación. La luz parpadeante proyecta las sombras del agua contra las paredes a medida que esta gotea del grifo.

Después de unos minutos, se seca las manos, cierra el grifo y busca la lata negra que antes contenía té chino. Saca un porro enrollado y lo enciende. Aspira el humo, cierra los ojos y se relaja, conteniendo la respiración durante unos segundos, y luego lo suelta lentamente.

Se pregunta qué dirá Anton si lo ayuda en la investigación. La verdad es que tiene a sus espaldas una sólida formación en Derecho, una larga carrera como abogada y algunos años como jueza. Estira la pierna y se mira el pie blanco con las uñas pintadas de rojo. Podría presentarse como asesora jurídica, para usar un término un poco vago. Y, quién sabe, después de esto podría aceptar otros trabajos. Tendría algo que hacer. ¿Y si realmente pudiera ayudar a Anton? Nadie tendría por qué enterarse y todos quedarían contentos.

Vuelve a dar una fumada. Ah, qué demonios. No tiene nada que perder. Mañana irá a la casa de la madre de Lisa-Marie para hablar con ella. Es un buen comienzo. Además, es justo que sienta alguna compasión por ella. Su hija está muerta, asesinada, y su marido se

suicidó hace dos años. ¿Cuánto puede sufrir una persona?

Todavía recuerda a su marido, a pesar de que, en general, no era una persona que llamara demasiado la atención. Se llamaba Fidde. Un hombre taciturno y demacrado del que se dice que tenía problemas con la bebida. Trabajaba en una empresa de climatización y fontanería en Vänersborg y una vez les arregló el desagüe, hace muchos años, en la casa de Fredriksberg. En aquella ocasión, ella percibió el olor a licor en su aliento.

Enciende la función de chorros de agua y deja que le masajeen el cuerpo. La tensión y el dolor desaparecen. Respira con fuerza a medida que una serie de recuerdos vuelven a la vida. Recuerdos oscuros que ha decidido mantener enterrados por siempre. Se obliga a salir de aquel letargo. Nunca hablará de ello. Ni Anton ni William han de saberlo. Nadie lo sabrá nunca. Será su secreto hasta la tumba.

10

Las luces rojas parpadean mientras la música suena a todo volumen en los grandes altavoces negros. Sugar está en el escenario, con sus pechos operados, del tamaño de balones de fútbol, bajo un top de bikini que apenas oculta sus areolas oscuras. Se balancea sobre unos tacones altísimos, levanta los brazos y se desabrocha el sujetador con un movimiento casual. Se lo quita y lo hace girar varias veces en el aire. Los jóvenes de una despedida de soltero gritan con los ojos empañados por el alcohol y la cocaína, fuera de sí por la felicidad de que los grandes pechos estén libres, y le gritan que les tire el sujetador.

«Son como una manada de lobos», piensa Hedda, que los observa de pie detrás del escenario. Entonces oye la voz ronca del altavoz que despide el acto: «¡Un aplauso para la gran Sugar!».

Al final de la larga barra, ve a Oleg saliendo de las sombras para luego avanzar lentamente hacia la ruidosa multitud. Es un tipo casi tan ancho como alto, tiene brazos como troncos y es fiel a la dueña del club, Belinda Bauer, en todo. Es uno de los guardias del club y le basta con mostrar la cara para calmar a los más revoltosos. Su fama lo precede, Oleg no es un tipo con el que se pueda jugar.

—Preparaos todos, que ahora viene el siguiente número —continúa la voz por el altavoz, y Hedda respira hondo y se pasa la lengua por los blanquísimos dientes. Luego, se agacha y se estira un par de veces para calentar los músculos de la parte posterior de sus muslos—. ¡Directamente desde París hasta el Privat! Quiero un fuerte aplauso para la fantástica, superguapa, magnífica y *sexy*… —baja la voz hasta el punto de casi susurrar— ¡Honey!

Ella es Honey. Se endereza el borde del tanga. Ha sido de todo, desde rusa hasta alemana pasando por americana, y hoy es parisina. Pueden inventarse la ciudad que quieran. A ella no le importa. Para ella es solo un papel. Excepto Vänersborg, de donde es de verdad. No quiere que se mencione esa ciudad.

A veces ha tenido a algún conocido entre el público, pero no es algo habitual. La clientela que acude al local de Belinda son en su mayoría hombres adinerados de mediana edad que vienen de un mundo privilegiado. Otras veces vienen también sus hijos, tras haber tomado prestada la tarjeta del padre. Y en algunas ocasiones, también con mujeres que, al parecer, consideran excitante esto de ir a un club

de *striptease*. Muchos de estos hombres no son de aquí, de Gotemburgo, salvo el pequeño grupo de asiduos que vienen sin falta y se sienten elegidos y especiales porque el camarero los saluda por su nombre. Parece que no entienden que lo único que interesa es su dinero.

La intro de *I Want Your Sex* comienza a sonar, y ella sale y se dirige al centro del escenario oscurecido. Como en el vídeo musical de George Michael de finales de los ochenta, lleva un corpiño de encaje negro y se ha atado una bufanda de seda roja brillante alrededor de los ojos. Un foco azul y blanco la ilumina y la enmarca en una columna de luz. Es su señal de salida. Levanta los brazos y, de forma lenta y deliberada, se quita la venda al ritmo de la música y sale a bailar al escenario. Se sujeta al poste reluciente y lo rodea con los brazos. Está caliente por el cuerpo de Sugar y el efecto de las luces. Se balancea alrededor de él y baja lentamente hasta el suelo. Se levanta y sacude su cuerpo. Después, se pasa la mano por la larga melena oscura y mueve la cabeza hacia atrás, se muerde el labio inferior y desliza una mano desde la boca, pasando por el cuello y los pechos, hasta llegar justo por encima del abdomen. Hace una pausa para mirar al público.

Los de la despedida de soltero tienen tres botellas de champán vacías en la mesa y acaban de pedir otra. Ella levanta la mano y los señala mientras mueve los labios siguiendo la letra: «*I swear I won't tease you / Won't tell you no lies*». Los hombres se vuelven locos. Gritan, se ponen de pie y realizan movimientos sugerentes con las caderas a la vez que empujan al futuro novio, que la mira con ojos hambrientos. Hedda mira hacia Oleg. A Belinda no le gusta que los invitados se pongan tan pesados, pero parece que el guardia va a dejarlo pasar hoy. Por otro lado, el club está inusualmente vacío, y puede ser que estos chicos estén gastando mucho dinero y por eso se les permita quedarse.

Este tipo de grupos suelen ser inofensivos. No están aquí para buscar algo turbio, sino porque les parece divertido. Es algo para recordar. Pero Hedda sabe que también pueden ser peligrosos en grupo. La presión de los colegas y alguna escena torcida de la última película porno pueden hacer que pierdan el control. Sus frentes sudorosas y sus ojos brillantes pueden volverse rostros poseídos. Esto lo sabe porque lo ha visto antes.

Mira al otro lado del local y ve a Belinda en su lugar habitual, al fondo de la barra. Está sentada con un Martini seco delante de ella y el teléfono en la mano, ocupada con sus negocios. Si la despedida de soltero se desmadra, ella los detendrá. No por ella ni por las otras chicas, sino porque no permite esas cosas en su club. Ni por parte de los clientes ni de los empleados. Hedda conoce sus métodos, y nada de

lo que ocurra aquí puede salir.

Sigue bailando. Se balancea, abulta sus pechos, saca las nalgas, se contonea, se revuelve el pelo y se relame los labios. Los chicos de la despedida de soltero cantan al ritmo de la música y los borrachos asquerosos de las mesas de detrás de la reja que rodea el escenario la miran fijamente. Siente las miradas pegadas a su piel como si fueran sanguijuelas.

Se agarra al poste, gira el cuerpo bocabajo y estira las piernas para quedar con la barra entre ellas. Sus afilados tacones brillan bajo la luz palpitante y el grupo de chicos sigue gritando mientras ella sale, despacio, del escenario.

11

Una hermosa pareja de novios está de pie frente al sacerdote, con un ángel dorado suspendido sobre sus cabezas. Él va vestido con un esmoquin y pajarita rosa y ella, con un vestido blanco con cuerpo de encaje en forma de corazón y una falda amplia de gasa en forma de campana y cola larga. El fotógrafo hace *zoom* al grabar a la novia sonriendo a su futuro marido. Es una sonrisa de felicidad con una pizca de nerviosismo. Lleva el pelo oscuro en un elaborado peinado, adornado con una red de florecitas rosas y blancas, y también lleva unos pendientes de corazoncitos dorados en las orejas.

Cuando la cámara se desplaza hacia el novio, Mona reconoce su cara. Es la misma que vio en la entrada del restaurante más temprano. Tenía una expresión de tensión y concentración en aquel momento, pero en el vídeo irradia suavidad y cariño cuando mira a Lisa-Marie y se hacen los votos el uno al otro.

Mona pone el vídeo en pausa. Es una copia del fichero que le entregó a Anton. Se ajusta la toalla que lleva en forma de turbante en la cabeza y se sirve una copa de rioja. Se siente relajada tras el baño y el porro, y coge una rodaja de salami picante Magnifico que se lleva a la boca. Mastica despacio y el picor se extiende por su paladar mientras vuelve a reproducir el vídeo. Ahora ve a los novios caminando de la mano hacia el altar, con sonrisas de alegría en el rostro una vez que se les ha pasado el nerviosismo. Las bellas notas claras de un violín resuenan en el techo abovedado y todos los asistentes se ponen de pie junto a los ornamentados bancos. El volumen de la música aumenta y el sonido de las cuerdas atrapa a Mona. Es una bella escena, nostálgica y conmovedora, pero al mismo tiempo es insoportablemente triste que esta hermosa novia ahora esté en un catre de acero inoxidable en una morgue de Gotemburgo.

La película cambia de escena. Ahora están fuera de la iglesia. El sol se refleja en la fachada blanca y enlucida del templo de Västra Tunhem y, tras las pompas de jabón, los abrazos y los buenos deseos en los terrenos próximos, la película la lleva a Casa Ronnum. La limusina blanca llega a la rotonda y Lisa-Marie y Linus se bajan. Entran detrás del anexo y se celebra un brindis con champán entre los incipientes arbustos de lilas verdes.

Pero no todos los invitados ríen y sonríen. Una mujer rubia y de curvas pronunciadas, vestida con un largo vestido amarillo, parece un

poco ensimismada mientras se toma deprisa una copa de champán. Una chica pelirroja con una falda corta y ajustada desaparece después de una rápida mirada por encima del hombro, y un hombre la sigue poco después. Mona frunce el ceño al ver la mano de Carl tocando el culo de Anki, pero sonríe cuando ve que ella le dice algo que lo hace retirar la mano de inmediato.

La reunión termina con todos los invitados soltando un globo dorado que se eleva hacia el estival cielo azul. Tras esto, vuelven todos a los brindis y los vítores. Mona alcanza otra rebanada de salami y se la lleva a la boca. Piensa que quizá no debería estar viendo la película, pero descarta inmediatamente este pensamiento. ¿Por qué no? Anton ha recibido una copia, así que la policía tiene el mismo material que ella. No tiene nada de malo. Al contrario, es posible que encuentre algo que a él se le podría escapar.

La fiesta se ha trasladado al restaurante de Von Trier y hay muchas voces, risas y música. Hay candelabros encendidos con velas parpadeantes y arreglos florales de color rosa sobre las mesas redondas con manteles blancos. Se sirve corzo asado en salsa de vino tinto y pastel de patatas, y para beber hay vino tinto.

Un hombre en la mesa de honor se presenta como Johnny Landström, poniéndose de pie. La cámara se acerca a él. Es un tipo bien parecido con una barba de tres días un poco desaliñada, pero que seguramente haya diseñado con esmero. Su pelo oscuro peinado hacia atrás es gris en las sienes y sus ojos son de un color azul penetrante. Sostiene su copa de manera displicente y parece bastante relajado, como si disfrutara siendo el centro de atención. Se aclara la garganta, sonríe con ironía y mira alrededor de la habitación.

—Me gustaría empezar dando las gracias a Sara por darme la muy honorable tarea de entregar a Lisa-Marie a Linus.

La cámara se desliza hacia Sara, quien ha inclinado la cabeza de manera oblicua y sonríe con los ojos llenos de lágrimas mientras él sigue hablando del gran honor que esto supone para él. Mona la recuerda vagamente de sus años de colegio. Al igual que su hija, Sara era muy hermosa en esa época y aún conserva esos rasgos delicados.

Johnny Landström continúa hablando:

—Es un gran privilegio tener a Lisa-Marie entre nosotros. Hace un trabajo estupendo en la empresa y es una fuente constante de alegría para todos los que trabajamos con ella. —Pone la mano en el hombro desnudo de Lisa-Marie y ella lo mira con una sonrisa—. Un brindis por los novios. Por Lisa-Marie y Linus.

Los vítores estallan y todos brindan y ríen. Landström bebe de su copa de vino, se vuelve hacia Lisa-Marie y le guiña un ojo con mucha familiaridad. Mona tiene la impresión de que es un hombre con un ego demasiado grande.

La cena continúa con los discursos de los familiares y amigos, se comparten recuerdos y hay risas por todas partes. Y de repente Mona se da cuenta de que está llorando. Se seca las lágrimas, fastidiada, con la manga de su albornoz. Se ha vuelto muy susceptible y parece empeorar a medida que envejece. Pero siente que es tan trágico, injusto y repugnante que alguien haya decidido extinguir la vida de una persona tan joven.

Después de la cena, la gente se traslada al piso de arriba, donde está el salón de banquetes, y Linus baila con Lisa-Marie en un esbozo de vals vienés. Su gran vestido blanco ondea en el suelo, y él se ve tremendamente elegante con su esmoquin negro y su pelo oscuro peinado hacia atrás. Bailan vuelta tras vuelta. Pero Linus no parece estar concentrado en el baile. Mira el rostro de Lisa-Marie, pero cada vez que llegan a cierto punto de la habitación, su mirada se detiene en algo o alguien. Hay un ligero retraso en sus movimientos, pero el patrón se repite.

Mona parpadea con los ojos cansados, pero detiene el vídeo y vuelve a ver la secuencia. No es solo su imaginación. La mirada de Linus se detiene como si buscara a alguien.

12

A pesar del cansancio, Mona no puede dejar de ver la película. La fiesta de la boda lleva un par de horas, y los invitados se vuelven cada vez más ruidosos y desinhibidos a medida que se dicen verdades y se hacen confidencias. Se oyen vítores y música a todo volumen en el momento en que Anki pasa por delante de la cámara llevando una bandeja en la mano. Balancea hábilmente la bandeja redonda entre los brazos que se agitan en el baile, los tropezones y los hombres que la detienen para que les sirva. Algunos de los invitados bailan, sonríen y brindan en voz alta, riendo delante de la cámara. El maestro de ceremonias parece estar prendado de la joven de la falda corta, y la mujer rubia del vestido amarillo se ha quedado dormida en un sillón con la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta. Mona no oye nada, pero se imagina el sonido de sus fuertes ronquidos saliendo por la oscura abertura.

Frente al sofá verde hay dos hombres con sus camisas blancas remangadas discutiendo sobre algún tema. Están apoyados el uno en el otro y hablan con expresión de indignación en el rostro. Sus caras rojas brillan frente a la cámara y cada uno intenta agarrar al otro, a pesar de que sus manos han perdido toda capacidad de coordinación. Los hombres están tan cerca que, si uno de ellos diera un paso atrás, el otro caería al suelo. La cámara se dirige luego hacia una pareja que baila cerca de ellos y, detrás de esta, se ve a Lisa-Marie, que ahora luce un vestido rojo. Está de pie en el salón circular con ambas manos en su estrecha cintura y se inclina hacia alguien. Un mechón de pelo se ha soltado de su elaborado peinado y se mece mientras habla. Mona frunce el ceño. Está molesta por algo.

Entonces escucha una voz:

—Con esto terminamos. Tenemos todo lo que necesitamos.

—Sí —responde alguien, y la cámara baja—. Creo que será lo mejor. Ahora solo queda la borrachera y no necesitamos eso para la película.

—¡No, no, no! —grita Mona, que alcanza a oír las risas del director de la película y a ver el borde del vestido de Lisa-Marie antes de que la cámara se apague, dejando la pantalla en color negro—. Maldita sea —exclama, dando un manotazo en el sofá. Le fastidia que hayan dejado de grabar en ese momento.

Retrocede en la película y vuelve a ver la secuencia. Hace *zoom* en

diferentes partes, pero lo único que podría ayudarla a identificar al hombre son sus zapatos. Es imposible escuchar lo que dicen, pero quizá los técnicos de la policía puedan aislar la conversación.

13

Mona apoya la espalda en el sofá. La casa ha quedado en silencio una vez que ha cesado el sonido de la película. Ve su reflejo en las grandes ventanas negras que dan a la terraza. Su rostro blanco brilla ante ella y piensa que alguien podría estar ahí fuera, en la oscuridad, mirándola, sin que ella se diera cuenta.

Oye el crujido de las vigas de madera en el techo. Normalmente, todos estos sonidos de la casa le resultan acogedores, pero esta vez es diferente. «Las casas antiguas hablan su propio idioma», solía decir su abuela. Tenía razón. Es como si la casa quisiera decirle algo, pero ella no desea escucharlo. Está cansada y necesita irse a la cama.

Se apoya en el reposabrazos para poder levantarse. Su cuerpo se ha entumecido y no quiere ni pensar en cómo tendrá mañana el costado magullado, el chichón en la cabeza y la muñeca hinchada.

Luego, coge la copa y el plato vacíos. El suelo de madera se siente frío bajo sus pies descalzos cuando camina a la cocina para dejar los platos sobre la encimera de mármol, junto al pequeño cuenco chino en el que suele poner las joyas.

Carl y su gente deben tener suficiente material para editar y entregar una película de la boda. La pregunta es quién querrá tenerla. Era un regalo de Sara para los novios, su hija Lisa-Marie y Linus, pero ¿qué hará él con esto ahora?

Entra en el baño y se cepilla los dientes; una vez que apaga el cepillo eléctrico, todo queda en silencio. Se queda con el cepillo en la mano y salta cuando algo raspa la ventana. Se ríe al darse cuenta de que solo es una rama y abre el grifo. Pero entonces se queda paralizada. Le parece haber oído otro sonido, así que cierra el agua para escuchar mejor.

Pero el ruido no se repite. Mona se mira en el espejo y menea la cabeza mientras piensa: «¡Dios mío, estoy demasiado nerviosa! ¿Qué me está pasando? Está claro que necesito dormir».

14

Anton abre la puerta principal de la pequeña casa de madera roja en el poblado de Nordkroken, da un paso hacia la escalera del vestíbulo y se detiene. El sol ha salido sobre el lago y resplandece en el agua fuera del cañaveral. Baja los escalones y sus zuecos crujen en la grava mientras camina a lo largo del sendero del jardín. Es una mañana tan hermosa que tiene que detenerse un momento para apreciarla. Desliza una mano con suavidad sobre las pequeñas celindas blancas que están a punto de brotar. Se trata de uno de sus arbustos favoritos. Le gustan su sencillez y su encanto anticuado. Da mucha fragancia y belleza con sus diminutas flores blancas, a pesar de requerir tan poco. Es, simplemente, adorable.

Se descalza para caminar sobre el césped. La superficie suave y un poco húmeda se siente como una caricia en las plantas desnudas de sus pies. Cuando llega al centro de la hierba, se tumba y estira los brazos y las piernas. Mira hacia el cielo azul claro, donde una solitaria y lanuda nubecilla navega como un barco por las aguas del lago Vänern. La humedad del rocío matinal se filtra a través de su ropa. Oye el zumbido de un abejorro cerca de su oreja y observa su cuerpo redondo y abultado moviéndose por encima de su cara. Otra de las maravillas de la tierra. Vuela, aunque en realidad no debería poder hacerlo.

Da un profundo suspiro. La vida puede ser tan hermosa. A veces hay que detenerse para asimilarlo, para no dejarse llevar por todas las cosas horribles. Se siente afortunado de haber crecido aquí. Es verdad que la vieja fábrica y los edificios industriales en desuso a lo largo del ferrocarril no son demasiado bonitos, pero todo se compensa con el maravilloso paisaje de las montañas y del lago Vänern. Y la gente que vive aquí. Sus amigos. No son muchos, pero los que tiene son verdaderos y cada uno tiene un lugar especial en su corazón.

Vuelve a mirar el cielo azul. Y ahora su madre también está de vuelta en Vargön. El buen ánimo de Anton se ve interrumpido de pronto por cierta oscuridad. Los primeros años sin ella fueron difíciles, pero ya lo ha superado. La decepción ha desaparecido casi por completo. Ha alejado esos pensamientos de traición. Dejar que algo así crezca y se arraigue puede llegar a matar a una persona emocionalmente, y él no quiere que eso ocurra.

—¿Anton?

Al oír su nombre, mira de inmediato hacia la casa.

—¡Aquí estoy! —grita, agitando la mano.

Gabbi se acerca a él entre risas. Ella lleva las piernas descubiertas y la camisa azul de Anton. Luce su largo cabello despeinado sobre los hombros y tiene la cara hinchada de dormir. Es tan hermosa. Especialmente así, recién despertada, con el pelo aún revuelto y sin maquillaje.

—¿Así que estás tumbado aquí? —pregunta, deteniéndose frente a él—. ¿No se supone que ibas a por el periódico?

—Sí, pero esto es tan agradable, y necesitaba estar tranquilo un rato.

Ella se queda mirándolo.

—Ven —dice Anton, tendiéndole la mano—. Recuéstate aquí un momento.

Ella se tumba junto a Anton y él acerca la nariz a su pelo. Huele a recién lavado, como su almohada cuando él se la pone en la cara. Toma su mano entre las suyas y así se quedan los dos, mirando al cielo. Y entonces se siente conmovido. Así deberían empezar todos los días. Y todo el mundo debería empezar el día de esta manera, en lugar de correr a la siguiente reunión para ganar más dinero. Porque, al final, ¿de qué sirve el dinero si no se es feliz?

De repente, piensa en Linus y aprieta un poco más la mano de Gabbi. Así podrían haber estado también él y Lisa-Marie hoy, mirando este cielo. Pero nunca podrán hacerlo. En lugar de eso, ella yace ahora en un frigorífico con una sábana blanca encima y él está solo en su cama.

Gabbi se vuelve hacia él y le pone la mano en el pecho.

—Aunque me encanta estar tumbada aquí a tu lado en la hierba, viendo las nubes, es hora de irme a trabajar.

—Supongo que tienes razón. Pero estamos muy bien aquí, ¿no? —asiente Anton, y le sonríe.

—Estamos de maravilla —dice ella, incorporándose. Luego, se inclina, le da un beso en la boca y se pone en pie para irse.

Anton la mira y ve que su camisa está mojada por el rocío de la mañana y sus pies dejan huellas en el césped húmedo. Se siente agradecido por todo lo que tiene. Su mundo sería perfecto si no fuera por una cosa.

15

Anton llega unos minutos tarde a la reunión de la mañana. El equipo ya se ha reunido en la comisaría de Trollhättan y, al momento de entrar en la sala de reuniones, es recibido por un agradable murmullo y el olor a café.

—Buenos días —saluda con una sonrisa, y camina hasta su lugar.

Su colega Bodil Thulin coge el termo y sirve un café.

—Toma —dice ella, alcanzándole la taza—. Parece que lo necesitas.

—Sí, Bodil, tienes toda la razón —afirma, aceptándola con una sonrisa.

La inspectora Petra Tallberg, jefa de la Unidad de Delitos Graves de Fyrbodal, se levanta, deja el bolígrafo en su cuaderno y se ajusta las gafas.

—Bienvenido, Anton. —Le lanza una mirada rápida y continúa—: Vamos a empezar con un breve informe de la situación. La víctima es Lisa-Marie Forsmark, de veintitrés años de edad, con domicilio en la calle Storegårdsvägen, en Vargön. Lisa-Marie fue encontrada muerta en el Velo de la Novia esta madrugada por un bloguero alemán con interés por la naturaleza, que estaba allí para hacer fotografías. Esta persona llamó inmediatamente al 112, y Bellini y Jonas fueron los primeros en llegar. —Señala con la cabeza a los dos policías sentados al fondo de la sala.

—Un bloguero —replica Bodil, sacando la tabaquera de su bolsillo y tamborileando con ella—. ¿Eso significa que hay fotos regadas por la red?

—No —dice Petra—. Su cámara ha sido confiscada, es decir, no ha podido publicar nada. Al menos, nada de lo que está en la cámara.

—¡Muy bien! —asiente Bodil, y abre la tabaquera, de manera que el olor a tabaco llena la habitación. Pasa los dedos y coge una pizca de *snus*.

—La gente está preocupada —señala Janne, uno de los policías veteranos que lleva allí desde los años setenta—. Los padres están llamando para preguntar si es prudente dejar que sus hijos e hijas salgan solos. Exigen que se arreste al responsable de inmediato.

—Sí, hombre. ¿Cómo responde uno a eso? —pregunta Bodil.

—Que estamos haciendo todo lo posible —contesta Petra, apartando de su cara el largo cabello oscuro—. Hemos montado una

oficina móvil en el aparcamiento de las afueras de Ica y hemos puesto allí a algunos de nuestros colegas. En parte para que la gente se sienta segura y haga preguntas, pero también para que podamos conseguir alguna información por ese medio.

—Buena idea —dice Anton.

—Sí. —Petra mira a My—. ¿Podrías explicarnos lo que tenéis en el equipo técnico?

—Por supuesto —contesta My—. El cuerpo de Lisa-Marie presentaba muchas lesiones en el momento de ser encontrado. Tenía dos por aplastamiento en la parte del cráneo y muchos hematomas en el cuerpo. Hemos estado buscando por toda la zona y, basándonos en lo que hemos encontrado y en un análisis preliminar, hemos llegado a la conclusión de que alguien ha intentado que parezca un suicidio. —Al decir esto, coge el mando a distancia del proyector—. Apaga la luz, por favor —le pide a Tony Bellini, y este asiente, se echa hacia atrás, extiende un brazo musculoso y gira el regulador de intensidad.

La sala se queda a oscuras y ella enciende el proyector. En la pantalla blanca aparece una imagen de la cascada, con el agua espumosa golpeando las rocas oscuras. My cambia de foto y la cara de Lisa-Marie sale en pantalla, provocando una oleada colectiva de malestar entre los presentes.

Ven una cara blanca con un trazo sin sangre hasta la boca. Tiene una parte del pelo alrededor de la cabeza y el resto flota en el agua arremolinada o está enredado en una rama. Parece una ninfa del bosque y podría decirse que es hermosa si no fuera por la gran herida abierta en su frente y los huecos oscuros donde deberían estar los ojos.

16

Mona no entiende por qué algunas personas dicen que es más difícil quedarse en la cama con la edad. No tiene ningún problema con eso. Al contrario, le encanta. Y por esa razón le cuesta salir de su cálido y cómodo capullo bajo el edredón. Pero, cuando su alarma suena por séptima vez, desactiva al fin el modo de repetición y se incorpora. Aparta las sábanas y balancea las piernas sobre el borde de la cama, pero se queda sentada. Su cuerpo parece decirle que no se mueva. Se siente como si la hubiera atropellado un autobús. Pero maldice en voz alta, pone los pies en el suelo de madera lisa y se levanta.

Su bata está colgada sobre el taburete de terciopelo, a los pies de la cama, y se la pone apretando los dientes. Sale al vestíbulo y abre la puerta principal, camina unos pasos y se detiene para respirar el fresco aroma de principios de verano. Algunos patos se acercan nadando por el brillante estanque y, en el hayedo, la luz se cuela entre las columnas. El sol le calienta la cara y se oye a lo lejos el sonido de la tapa de un buzón. Parece un día hermoso, pero lo que la espera hoy es todo menos eso.

Recoge los periódicos y vuelve a subir los escalones para entrar en la casa. El feo andamiaje por fin ha desaparecido y la fachada de madera brilla recién pintada de blanco bajo el tejado verde de inclinación pronunciada, con sus dos ventanas abuhardilladas y sus cuatro chimeneas en el caballete. Cuando las rosas rojas crezcan junto a los grandes ventanales con parteluz y la hermosa puerta plegable, será una vista fascinante. Villa Björkås es como una versión elegante de Villa Villekulla, de Pippi Calzaslargas.

Mona entra en la casa. Ciertamente, es un lugar algo grande para vivir sola y puede sentirse un poco desolado cuando las paredes crujen y parece como si alguien estuviera caminando en el segundo piso. Es fácil imaginar cosas, como sucedió la noche anterior. Pero no se ve viviendo en otro lugar. Cuando sus hijos eran pequeños, solían pasar por aquí y, en cada ocasión, le parecía una pena que el chalé estuviera tan deteriorado. Cuando decidió volver a Vargön, supo que esta era la casa que quería. Ni los rumores de fantasmas, ni los testamentos, ni los altos costes, ni las extensas restauraciones la detendrían. Los albañiles empezaron con el trabajo hace seis meses y, en los dos meses que han pasado desde que se mudó, se ha dedicado a decorar. El dinero, definitivamente, hace la vida más fácil.

Decide preparar un capuchino y se lo lleva a la cama junto con los periódicos. Acomoda las almohadas, se mete bajo las sábanas y empieza con la lectura. «Mujer muerta en la cascada de Skäktefallet», se lee en letras grandes. No aparece el nombre de Lisa-Marie ni la causa de su muerte, pero esto es solo el principio. Este caso contiene todos los ingredientes para convertirse en una telenovela en los medios de comunicación. Una mujer joven y hermosa, asesinada en un lugar de enorme belleza natural en su noche de bodas, dejando a un marido inconsolable y muy guapo. Y una madre igual de inconsolable. Una madre a la que Mona visitará hoy.

17

Debería haber advertido a sus colegas sobre lo que iban a ver. Lo sabía. Él mismo había estado a punto de vomitar y, ahora que lo ve de nuevo, es como si su cuerpo lo recordara, porque su estómago se revuelve con un ataque de acidez. Ver las cuencas de los ojos negros y vacíos en la cara blanca y sin sangre es como mirar la cara de un fantasma. Como si fuera un personaje de terror sacado de una de esas películas que Wille veía de pequeño, pero que le daban mucho miedo.

My es la única persona en la sala que no parece tener problemas para mirar la foto. Se queda estudiándola con sus enormes ojos entornados y explica con una naturalidad ajena al disgusto de los demás:

—Esto se ve peor de lo que es en realidad —dice—. Estoy segura de que han sido los cuervos los que le han sacado los ojos y no una secta satánica o un psicópata, como podría pensarse. A los cuervos les da igual lo que se traguen, pero cuando se trata de un animal, suelen ir primero a por los ojos —hace una pausa antes de continuar—, sin importar si la presa está viva o muerta.

Anton traga saliva. Esos malditos pájaros atacan a los corderos y a los terneros en los ojos cuando intentan escapar desesperadamente. También son animales muy inteligentes, como los delfines y los grandes simios.

—¿Y dónde está el cuerpo ahora? —le pregunta Petra, y a Anton le parece oír una pizca de decepción en su voz, pues seguro que ella hubiera querido trabajar en un caso en el que el autor del crimen fuera un sádico desquiciado en una pequeña comunidad industrial. Incluso se puede imaginar los titulares de los periódicos, que ya son impresionantes, pero podrían serlo aún más. Quizá Petra también esté pensando que algo así podría traerles más recursos.

My inclina la cabeza y mira a Petra.

—Ha sido trasladado al forense de Gotemburgo. Pero es mejor no hacerse ilusiones de que puedan encontrar algo que ayude a la investigación. Con la cantidad de agua que ha pasado por el cuerpo, debe haber desaparecido cualquier rastro que el homicida pudiera haber dejado. Por otro lado, el hecho de que el homicidio no haya tenido lugar en el mismo sitio donde se encontró el cuerpo dificulta aún más la búsqueda de pruebas.

Petra asiente y pregunta a los demás en la sala:

—¿Qué sabemos de la víctima?

—¿Puedo? —pregunta Anton, y Petra asiente. En realidad, no sabe por qué lo hace. Tal vez porque cree que es su responsabilidad. Él es quien vive en Vargön y son sus vecinos los que se ven afectados. Aunque no conociera a Lisa-Marie directamente, por supuesto que sabe quién era. Es cierto que solo los separaban cinco años, pero también había muchas otras cosas. Nunca se habían movido en los mismos círculos, pero Anton se había topado con ella muchas veces a lo largo de los años. Cuando eran niños, solían comprar los mismos dulces de las cajas del supermercado Ica, tomaban el mismo autobús de Fyrkanten a Vänersborg y Trollhättan, y nadaban en las mismas aguas de Nordkroken. Anton sabe quién era ella, aunque no está tan seguro de que ella lo conociera a él.

Se aclara la garganta antes de empezar a hablar:

—Fue al colegio en Vargön y en Vänersborg. Llevaba dos años trabajando en la empresa de limpieza Jola y un año viviendo con su novio, Linus Forsmark, de veinticinco años. Anteayer se casaron en la iglesia de Västra Tunhem. Su banquete de boda fue en Ronnum y habían alquilado la *suite* nupcial, donde pasaron la noche. Cuando Linus se despertó ayer a las diez, ella ya no estaba y, al no encontrar a su mujer por ningún lado, se puso en contacto con nosotros.

—Entonces, ¿no llamó a sus amigos primero? —dice Petra mientras golpetea su bolígrafo sobre el bloc de notas.

—Sí, por supuesto —responde Anton—. Primero, preguntó a amigos y familiares, pero, como nadie sabía nada de ella, decidió llamar a la policía. —Hace una breve pausa—. Para entonces ya estábamos en camino para informarlo.

Un silencio incómodo se instala en la sala. Todos miran a Anton y Bodil, pensando en lo mismo. Pobres de los que tuvieron que ir a decírselo a Linus.

—Eran muy jóvenes para casarse, ¿no? —pregunta Petra.

—Sí, sí, tal vez —dice Anton—. Pero casarse a esa edad no es tan inusual.

—¿Linus sabe algo sobre las circunstancias de la muerte de Lisa-Marie? —pregunta Petra.

Anton asiente, recordando la cara de Linus frente a él cuando se lo dijeron. La preocupación en esos ojos bonitos y las miradas de su madre y su padre, que estaban a sus espaldas.

—Sabe que está muerta, el lugar en el que la encontraron y que hay razones para sospechar un posible homicidio o asesinato.

—¿Crees que podría haber sido él?

—No lo sé —duda Anton, volviéndose hacia ella y gesticulando con las manos.

—Entonces, ¿qué sabemos sobre él?

—Él, eh… —Anton vacila. No quiere cometer errores. Otra vez no. En su afán por atrapar a un maltratador de mujeres, se apresuró demasiado a condenarlo hace cuatro años. Al menos, eso es lo que intenta decirse a sí mismo. Aunque, en realidad, puede que fuera porque vio la oportunidad de inculpar a Linus en particular.

18

Mona sube al Land Rover negro y cierra la puerta. Cuando pone el motor en marcha, comienza a sonar *When All Is Said and Done*, de Abba, y ella canta mientras pasa por la iglesia de Vargön y sale a la calle Granåsvägen. Pasa por delante de las barreras amarillas y rojas del ferrocarril, por el aparcamiento en el que estaba la antigua estación antes de ser demolida y por la tienda de radios que lleva ya mucho tiempo cerrada, con sus carteles de neón descascarillados y su jardín ahora cubierto por una maleza que oculta casi por completo los grandes escaparates. Se encuentra con un Volvo que, al pasar, hace que una bolsa de plástico blanca vuele a través de la calle. Mona sigue esta bolsa con la mirada y sus ojos captan la alta meseta que se eleva frente a ella. El paisaje le trae recuerdos de la abuela Johanna, de sus cálidas manos entre las suyas y sus brillantes ojos azules, que la gente solía decir que ella había heredado.

La abuela solía mirar hacia las montañas y decir que allí arriba hay cosas que no se pueden explicar. Mona siempre preguntaba qué cosas y ella le contaba una historia tras otra, sin que Mona pudiera discernir nunca qué era verdad y qué no. Su madre y su padre decían que la abuela estaba un poco loca, pero Mona amaba a su abuela y las historias que le contaba.

Aún recuerda la sensación de su mano alrededor de su cuello, cómo acercaba su cara a la suya hasta poder oler su fuerte aliento y cómo susurraba que allí arriba hay muchos que han izado las velas hacia la Isla de Odín, dejando atrás la vida terrenal.

Más tarde en la vida, Mona comprendió que el olor del aliento de su abuela era licor y que lo de Odín venía de la antigua creencia pagana de que las montañas eran la morada de los dioses nórdicos, los Ases, y que lanzarse por los acantilados, el legendario precipicio, conocido como *ättestupa* en sueco, era el camino al Valhalla. Se pregunta qué habría dicho su abuela sobre lo que le ha ocurrido a Lisa-Marie. Sin duda, habría tenido su propia explicación.

En realidad, Mona no solo heredó los ojos azules de la abuela, sino también la capacidad para hacer que la gente se sienta cómoda y relajada. Y ha hecho uso de esta habilidad muchas veces cuando ha tenido que tomar decisiones difíciles, primero, como abogada y, luego, como jueza. Ha tenido que hablar con padres que han perdido a sus hijos, con niños que han perdido a sus padres, con mujeres que han

sido maltratadas por sus maridos o que han sido violadas. Estaba convencida de que este tipo de conversaciones eran cosa del pasado, pero ahora tendrá que volver a hacerlo.

19

—Pero hay que decirlo como es —interrumpe Bodil, agitando una mano con impaciencia. Se vuelve hacia Petra—. Linus fue acusado de agresión por su exnovia.

—Sí, así es —responde Anton, sintiéndose incómodo—. Pero la denuncia fue retirada —añade de inmediato.

—Sí —dice Bodil—, pero la batida fue tras esa pobre chica. No merecía la pena. Así que supongo que no tenía elección.

—Había muchos indicios de que Linus lo había hecho —asiente Anton.

Bodil suelta un resoplido y menea la cabeza.

—Déjame decirte algo, Anton. Honestamente, me esperaba algo mejor de ti. Basta con que admitas que cometiste un error. Linus no era culpable. Pero la presionaste mucho para que presentara cargos y al final todo se volvió una mierda.

—Ni tú ni yo sabemos qué ocurrió en realidad.

—Venga, gente —interrumpe Petra—. Vamos a tomar todo eso en cuenta, pero por ahora tenemos que concentrarnos en los hechos. ¿Se ha interrogado a todos los invitados a la boda y a todo el personal?

—Sí —asegura Bodil—. Ayer. Y hoy ampliamos el círculo a los familiares, amigos y vecinos que no estuvieron en la fiesta.

—Muy bien.

—Anton y yo iremos hoy a Ronnum con My —continúa Bodil, lanzándole una mirada. Él evita su mirada y se lleva la taza de café a la boca.

—Tengo entendido que el gerente de Casa Ronnum está muy ansioso por que terminemos las investigaciones. De hecho, me ha llamado varias veces —anuncia Petra.

—Sí. Pero tardaremos el tiempo que sea necesario —dice Bodil—. No podemos apresurar nada.

Petra asiente al oír esas palabras.

—¿Y qué hay de la madre? —pregunta.

—Estuvimos con ella ayer, una hora más o menos, después de ir al lugar donde encontraron a Lisa-Marie y antes de hablar con Linus.

—¿Y cómo se lo ha tomado?

—Está devastada, como es natural —comenta Anton, meneando la cabeza. Petra asiente y nadie dice nada.

Anton bebe de la taza de café y lo escupe de vuelta; se ha puesto

tibio. Mira a Petra y vuelve a hablar:

—Sara ha estado sola desde que su marido, es decir, el padre de Lisa-Marie, se suicidó hace dos años. Desde entonces, ha vivido para su única hija.

Anton guarda silencio. Lo más cruel de todo es que el asesino de Lisa-Marie haya intentado hacer que parezca un suicidio, teniendo en cuenta lo que ocurrió con su padre. O tal vez haya sido por eso mismo. El asesino debe haber creído que el deceso pronto sería clasificado como un suicidio debido al caso precedente del padre.

—Bueno, creo que tomaremos un receso ahora y nos reuniremos de nuevo esta tarde a las seis. Y espero que todos tengáis algo nuevo para entonces —finaliza Petra, levantándose.

—Solo una cosa más antes de irnos —dice Anton, lanzándole una mirada a My, quien asiente de inmediato—. Los técnicos forenses han encontrado algo un poco extraño y que no pertenece a la cascada.

Petra se detiene, levanta la mirada y la dirige a My.

—¿Qué habéis encontrado?

—Una lentejuela.

—¿Una lentejuela?

—Sí, una de esas lentejuelas doradas que ponen en los vestidos.

20

Son las once cuando Mona frena frente a la casa de Sara Svensson. Aparca el coche en la calle y sube por el sendero del jardín. Intenta apoyar los tacones en las baldosas desiguales del jardín que se han separado por la pesada maleza que sobresale entre las juntas. Las macetas de terracota amontonadas contra la pared de la casa parecen estar desmoronándose por la humedad y el deshielo del invierno, y hay una manguera amarilla que serpentea por la hierba sin cortar.

Sube los cinco escalones y se detiene frente a la puerta de color marrón, que tiene una ventana en forma de diamante hecha de cristal verde de burbujas. De repente, siente que la bolsa de bollos que lleva en la mano es una tontería. Está a punto de encontrarse cara a cara con una mujer que ha perdido a su hija y ha traído bollos de canela para consolarla. Se siente miserable. Aprieta la mano, haciendo que el papel se arrugue, pero presiona el timbre de todos modos.

Sara tarda en abrir la puerta, pero, cuando lo hace, Mona se esfuerza para no inmutarse. En la película de la boda se la veía con un vestido verde ajustado que favorecía su esbelta figura, la cara maquillada y un bonito peinado reluciente. Pero la mujer que tiene delante ahora mismo tiene la cara y el cuerpo hinchados, y sus ojos enrojecidos parecen salirse de sus órbitas. Lleva el pelo despeinado cubriéndole la frente y tanto su jersey como su pantalón de chándal gris dan la impresión de que no se han lavado desde hace tiempo. Mona percibe el olor y da medio paso hacia atrás. Tiene la sensación de que esto es un error y que sería mejor no haber venido.

—Hola —saluda de todos modos, esbozando una débil sonrisa y abrazando la bolsa de bollos como si fuera una manta.

Sara se adelanta un poco, apretando los brazos al cuerpo, como si tuviera frío, y asiente en respuesta.

—Espero no ser inoportuna —dice Mona.

Sara se encoge de hombros.

—Me gustaría hablar contigo. ¿Puedo entrar?

Sara la mira fijamente y Mona no está segura de que haya oído lo que ha dicho. Está a punto de repetir la pregunta cuando Sara baja los brazos y se aparta para dejarla entrar.

—Claro —contesta con indiferencia—. Pasa.

La entrada está desordenada y llena de zapatos, bolsas y ropa. Hay un casco de bicicleta morado encima de una pila de chaquetas y una

bolsa de papel rota que ha dejado escapar su contenido de periódicos viejos. A lo largo de una de las paredes se ve una montaña de cajas de cartón que parece que podría derrumbarse en cualquier momento.

—¿Mona qué? —pregunta Sara, apartando una caja de cartón con el pie para hacer sitio.

—Schiller, actualmente. Andersson, cuando era niña.

Sara asiente y hace un gesto con la mano.

—Tendrás que disculpar el desorden.

Mona observa que hay una tostadora en la caja que Sara ha empujado con el pie. Una Smeg rosa. Tiene una como esa en casa, pero negra. Mira hacia el pasillo y se da cuenta de que debe haber regalos de boda en la pila de cajas a punto de derrumbarse.

—Normalmente, no es así —comenta Sara—. Pero he tenido mucho que hacer por la boda. —Su cuerpo se estremece—. Y también estoy sola, así que… —Deja de hablar y se rasca la cabeza con vigor, para luego irse a la cocina.

—Pero, por favor, no te molestes —dice Mona, siguiéndola.

Sara se detiene en medio de la cocina y se queda allí de pie con los hombros levantados, mordiéndose las uñas, y parece como si hubiera olvidado lo que tenía que hacer. Mona levanta la bolsa de bollos.

—Te he traído unos rollos de canela para el café.

Sara mira la bolsa y luego a Mona con ojos inexpresivos.

Mona retira la bolsa de bollos y continúa:

—¿Te parece si preparo un café y hablamos después? —pregunta con una sonrisa.

—Claro —contesta Sara, y acerca una silla. Coge un montón de periódicos de encima, los pone en la mesa entre los otros montones y se sienta. Luego, sube las piernas y las abraza mientras se balancea lentamente hacia delante y hacia atrás.

Mona se gira. Encuentra la cafetera en el fregadero y la llena de agua. En el armario de arriba hay filtros y café en un bote con flores azules. Mientras la cafetera bufa, ella saca un plato del armario para poner los bollos. Aparta los montones de periódicos, publicidad y correo sin abrir delante de Sara y pone el plato sobre la mesa.

—¿Dónde tienes las tazas? —pregunta.

Sara sacude la cabeza y la mira.

—¿Qué? ¿Las tazas? ¿Dónde están? —Señala un armario en la parte inferior, y Mona saca tazas blancas de IKEA y un plato para cada una. Mientras esperan a que la cafetera termine, Mona mete los platos en el lavavajillas y lo pone en marcha. Sirve el café y se sienta frente a Sara.

—Adelante, coge uno —dice con la impresión de que Sara parece necesitar más bien una comida de verdad. Dejar de comer y de dormir no es bueno. Mona mira a su alrededor—. ¿Va a venir alguien hoy

para estar contigo?

Sara menea la cabeza.

—Creo que alguien vendrá esta noche —responde.

—Qué bien. —Mona coge un bollo del plato, más por tener algo en las manos que por hambre, y retira el papel con lentitud—. Quiero empezar expresando mis condolencias. No puedo ni imaginar cómo debes sentirte ahora mismo.

—No, probablemente no —sentencia Sara. Su cara se tensa tras decir esto. Se inclina sobre la mesa, pone la cabeza entre ambas manos y rompe a llorar. Mona extiende una mano y la pone en su brazo. Se quedan sentadas así durante un rato, hasta que Sara vuelve a incorporarse—. No sé qué hacer.

Mona se levanta, coge un trozo de papel de cocina y se lo da. Ella se suena ruidosamente y el cuerpo de Mona se estremece mientras Sara sigue sollozando.

—Le dije que no se casara.

Mona inclina la cabeza. Le parece extraño que diga eso.

—¿Por qué?

—¿Estás casada? —le pregunta, encontrando la mirada de Mona a pesar de tener los ojos empañados.

Mona niega con la cabeza.

—Ya no, pero he estado casada. Dos veces, de hecho.

—Ahí tienes —replica, agitando una mano—. Es mejor estar sola.

—No lo sé —dice Mona.

—Pero era demasiado joven. Apenas veintitrés años. Tenía toda la vida por delante, pero se sentía atraída por él. Era solo por dinero, dinero, todo el tiempo dinero. Si no hubiera sido por él, tal vez… —Coge un bollo en vez de terminar la frase, pero luego es como si se olvidara de él; lo sostiene en la mano y vuelve a mirar a Mona—. Ya sé lo que estás pensando —asegura—. Crees que estoy buscando un chivo expiatorio.

—No. Creo que estás tratando de encontrar una explicación para lo que ha sucedido —dice Mona, meneando la cabeza.

Sara asiente y las dos se quedan en silencio durante un rato. Una mosca gorda golpea la ventana y cae en el alféizar. Mona ve que la mosca agita las patitas con desesperación. Entonces le viene a la mente la conversación enfadada que vio en la película.

—¿Tú crees que alguien quería hacerle daño a Lisa-Marie? —le pregunta.

—¿Daño? —Sara la mira, frunce el ceño y sus ojos se aclaran de repente—. A todo esto, ¿para qué has dicho que has venido?

Mona suelta una risita como si quisiera disculparse.

—Aún no lo he dicho —responde, y vacila—. Estoy ayudando con las investigaciones.

—¿De la policía?

—No —dice, meneando la cabeza—. Tengo otro cliente, pero mi objetivo es el mismo que el de la policía: encontrar a la persona que le hizo esto a Lisa-Marie.

Sara la mira inquisitivamente y asiente.

—Todo el mundo la quería. Siempre fue así. —Sara comienza a separar el bollo con los dedos sin comérselo. Los trozos terminan en el papel blanco y sus dedos se vuelven cada vez más pegajosos a causa de la mantequilla, la canela y el azúcar—. Era algo inevitable. Desde que era pequeña, era la más bonita de todo el pueblo. Casi querías comértela, era tan linda.

21

—Hola, Mattias. —Mona asoma la cabeza para saludar al inspector de policía rubio sentado en el despacho contiguo al de Anton.

—¡Hola, Mona! Tan guapa como siempre —dice, inclinándose hacia atrás con una enorme sonrisa que deja ver una brillante línea de *brackets* en sus dientes superiores.

Ella ríe y entra. Por fin tiene ese aparato dental que debería haber usado hace años.

—Con halagos se llega lejos —contesta Mona, sacando de su bolso un regalo envuelto para entregárselo—. He oído que te has convertido en padre. Enhorabuena.

El rostro de Mattias se ilumina. Lo conoce desde que era un niño, ya que iba al colegio con Anton. Se han mantenido en contacto a lo largo de los años y sabe que ahora es padre de un bebé. Le cuesta creer que aquel niño de dientes salientes, que siempre hacía preguntas raras que ella nunca podía responder, tenga ahora su propio bebé.

—Caramba, muchas gracias —dice, aceptando el regalo—. De verdad que no hacía falta.

—Bueno, es algo muy pequeño —responde Mona, agitando una mano—. Son una maravilla, ¿no es cierto?

—Sí. Es un varón. De 4.560 gramos y 54 centímetros —explica muy orgulloso, y se relame los *brackets*.

—¡Ah! Un pilluelo. ¿Y cómo se va a llamar?

—Marcus, por el padre de Julia.

—Bonito nombre. Saludos para tu familia —asiente Mona con una sonrisa antes de seguir su camino.

—¡Gracias por el regalo, Mona! —grita Mattias mientras ella se aleja.

—De nada —contesta, apartando el flequillo de su frente. Piensa cómo sería si Anton también pudiera presumir del peso de su hijo. Sabe que tiene muchas ganas de un bebé, pero, simplemente, no han tenido éxito. Anton no le ha dicho nada al respecto, pero Gabbi ha confiado en ella y le ha contado lo que están pasando. Se han hecho análisis de sangre, de hormonas y de esperma, y también han hecho ecografías. Anton sería el mejor padre que alguien se pueda imaginar y ella también podría ser una gran abuela. Se detiene un momento en esta palabra y frunce el ceño. «Abuela». No le termina de agradar. Suena a vieja. Y ella aún no lo es. En absoluto.

La puerta del despacho de Anton está abierta, así que ella asoma la cabeza.

—¡Hola! —grita con una sonrisa.

Él levanta la vista.

—Hola, mamá —dice—. Estoy a punto de salir, así que no tengo tiempo ahora.

—No voy a quedarme mucho. Solo quería saber cómo va todo.

—¿Con qué? —contesta él, inclinando la cabeza.

—Con las investigaciones. ¿Has visto el vídeo de la boda?

Anton la mira, sorprendido.

—No he tenido tiempo, pero voy a verlo.

—Sí. Creo que deberías verlo. —Mona se sienta en la silla para visitantes, cruza las piernas y saca un bloc de notas de su bolso—. He tomado algunas notas que podrías considerar cuando lo veas.

Anton levanta las cejas y su mirada revela cierto interés.

—¿Notas? —pregunta.

—Sí, mira. —Mona abre el bloc y está a punto de arrancar las páginas cuando se detiene y lo mira—. Lo siento. No quiero interferir, pero hay varias cosas que llamaron mi atención y que no deberías dejar de lado. —Sonríe—. Aunque es obvio que no lo harás.

—¿Así que tú también has visto el vídeo?

—Sí, claro —asiente.

La expresión interesada desaparece de su mirada. Pone las manos sobre su escritorio y se inclina hacia ella.

—¿Puedes decirme qué estás haciendo, mamá?

Se está adelantando demasiado. Iba a decirle que está trabajando en la investigación, pero se da cuenta de que tiene que decírselo de la manera correcta. En primer lugar, está descartado decir cualquier cosa sobre querer ayudarlo. Sería como decirle que no puede hacer su trabajo. Mona se relame los labios, sabe que tiene que hacer esto sin causar problemas.

—Las cosas están así —dice, acomodándose en la silla—. Tú sabes que Carl Skantze es un viejo amigo de tu padre.

Anton asiente sin más.

—Actualmente, está pasando por algunas dificultades financieras y le he prometido hacer lo que pueda para ayudarlo.

—¿De qué manera? —inquiere, meneando la cabeza—. ¿Interviniendo en la investigación de un homicidio?

—No, no —contesta Mona, agitando las manos—. Se trata de darle ayuda legal. Tiene miedo de que él y su negocio se metan en problemas por el asesinato de una de sus clientas. Por eso me ha pedido ayuda.

Anton asiente despacio y se echa hacia atrás. Mona parece notar un brillo de sospecha en sus ojos. ¿Será que no la cree? Ella continúa

con una sonrisa:

—Tú eres el policía en esta familia.

—Sí. Lástima que no todos hayan elegido el mismo camino —asiente, y se rasca la barbilla.

—¿Te refieres a William?

—Sí.

—Pero él está bien, a su manera.

—Ah, ¿sí? —La voz de Anton se vuelve más dura. Se ajusta el puño de la camisa—. ¿Sabías que es sospechoso de fraude? Nuestros colegas de Vänersborg tienen su caso sobre la mesa.

—Ah, no, no lo sabía. —Mona aprieta los labios pensando en lo que Carl le dijo sobre que él y William estaban haciendo negocios juntos. Se pregunta si tendrá algo que ver con todo esto—. Pero es un adulto —continúa—. Tiene que asumir la responsabilidad de sus propios actos. Ni tú ni yo podemos evitarlo.

—No, no podemos. Pero soy yo quien tendrá que detenerlo.

Mona asiente. Tampoco le gusta que William haya acabado en el lado equivocado de la ley. Si ella no lo hubiera abandonado, tal vez no habría terminado así. Anton es más fuerte y seguro de sí mismo, pero William ha sido más errante, más problemático.

—Lo siento. Sé que no es fácil —responde—. Intentaré hablar con él en caso de que todavía marque alguna diferencia. —Se levanta con el bloc todavía en la mano—. No quiero retenerte más tiempo.

Mona coge su bolso y se lo cuelga al hombro antes de continuar:

—Pero mira el vídeo de la boda. Hay dos cosas en particular que se me quedaron grabadas al verlo. —Abre el bloc y arranca las hojas con las notas para entregárselas a Anton—. Ya lo verás por ti mismo, por supuesto, pero te las doy de todas maneras. Y con la tecnología que tenéis aquí, creo que podréis sacar algo importante.

—Sí, vamos a analizarlo —dice, sin mirar las notas.

—Muy bien. —Mona se gira y parece como si fuera a irse, pero se detiene—. Bueno, hay otra cosa que quería decirte.

—Sí —suspira Anton.

—He hablado con la madre de Lisa-Marie, y ha mencionado algo sobre Linus y sus préstamos de dinero.

—¿Préstamos de dinero?

Mona se encoge de hombros.

—Eso es todo lo que sé. —Sonríe, agitando la mano—. Será mejor que la policía se encargue de eso.

22

William parece llenar el vestíbulo con su risa ruidosa y sus hombros anchos. Mona no puede evitar pensar en cómo es posible tener dos hijos tan diferentes entre sí. Hay muchas similitudes entre ellos, pero solo en apariencia. En la forma de ser son completamente distintos. William absorbe toda la atención. Lanza sus sonrisas a diestro y siniestro y logra convencer a todos para que hagan cosas por él. Es su don, pero también su maldición. Nunca ha tenido que trabajar duro por nada y eso no es bueno para nadie.

—Tu hermano no está nada contento contigo —comenta, tratando de parecer severa.

William suelta una carcajada y se pasa una mano por el pelo.

—¿Qué he hecho ahora?

—Dice que eres sospechoso de fraude.

—Ah —ríe de nuevo, entregándole un gran ramo de rosas rojas que ha estado sosteniendo a su espalda.

—¡Oh, gracias! —Mona acerca la nariz a la fragancia de las flores aterciopeladas—. Son hermosas —levanta la vista—, pero ¿cuál es el motivo de estas rosas?

Él sonríe ligeramente.

—Porque estoy muy feliz de tener a mi hermosa madre de vuelta.

Ella sacude la cabeza, consciente de que está engatusándola con sus adulaciones. William se abre paso en la vida sin asumir ninguna responsabilidad y, de alguna extraña manera, todo le sale bien. Pero es una persona considerada y le alegra que lo sea.

Mona va delante hacia la cocina.

—Entonces, ¿no has hecho nada? —pregunta mientras saca un jarrón del armario.

—Por supuesto que no. —Se apoya en el banco y pone las manos sobre él. Tiene los brazos llenos de tatuajes, y algunos son tan feos que parecen hechos por un niño. Mona sospecha que debe habérselos hecho cuando estaba borracho—. ¿Puedo? —pregunta William, pero no espera una respuesta, sino que coge la bandeja en la que ella ha colocado jamón serrano, salami, cuenquitos con aceitunas, quesos y galletas saladas. Coge una loncha de salami y se la lleva de inmediato a la boca. Mastica ruidosamente, pero esto no le molesta a Mona.

—Puedes llevar el plato al patio —le indica.

Él asiente sin más. Luego, se lleva otro trozo a la boca y coge el

plato para llevarlo fuera.

—También quieres una copa de vino, ¿no? —dice Mona elevando la voz mientras saca dos copas de vino del armario.

—Sí, por supuesto. ¿Qué vino es? —pregunta él, deteniéndose.

—Un rioja. Marqués de Arienzo —contesta Mona, levantando la botella.

William ha heredado su gusto por lo bueno. Comparten el mismo amor por un buen vino, un buen salami, un queso curado y un trozo de chocolate negro. Pero no se le nota este gusto por la comida, pues no tiene ni un gramo de grasa en el cuerpo, solo músculos bien tonificados. Y ni siquiera tiene que esforzarse. En cambio, Mona ha comprobado que es imposible eliminar esos kilos de más después de los cincuenta. Le ha tomado algún tiempo, pero ahora por fin se ha resignado. Están para quedarse y es mejor aceptarlo.

Mona abre la botella y lo sigue hasta la terraza.

Él levanta su copa y Mona la rellena. William vuelve a levantarla y la mira mientras ella rellena la suya.

—Salud —brinda él, esbozando una sonrisa.

El vino tiene un sabor suave y especiado, con toques de frutos secos, eneldo y barrica con un regusto duradero. Es bueno. Se miran mutuamente y ella se siente como en casa, disfrutando de la quietud y los aromas del crepúsculo.

—¿Has oído lo que le pasó a Lisa-Marie Svensson? —pregunta Mona, dejando su copa en la mesa.

—Sí, qué desgracia —comenta William, poniéndose serio—. Pobre chica. —Menea la cabeza—. ¿Anton está trabajando en la investigación?

Mona asiente y le parece ver algo de satisfacción en sus ojos.

—¿Qué piensas de eso? —pregunta—. Me refiero a que él esté trabajando en el caso.

William se encoge de hombros y luego se rasca el antebrazo sobre un círculo tatuado, cuyo significado ella no entiende.

—Siempre es bueno que un poli consiga un caso real en el que trabajar en lugar de perder el tiempo en tonterías. Esperemos que lo resuelvan.

—Eso parece.

—Ah, ¿sí? —Levanta las cejas y la risa desaparece de sus ojos brillantes. Saca un paquete de cigarrillos, que lleva escondido bajo la manga enrollada de su camiseta, y se lo ofrece—. ¿Quieres uno?

Ella niega con la cabeza y lo observa encender uno. No le gusta esta dureza, pero entiende de dónde viene. La relación de William con la policía no es la mejor. Sin embargo, no quiere que vea a su hermano de esa manera, quiere que sean amigos y que se tengan el uno al otro. Se asegurará de que eso ocurra, aunque le tome tiempo

conseguirlo.

Mona se pregunta si debería decirle que ha decidido trabajar en la investigación, pero prefiere esperar. No puede decírselo a William, pero tampoco a Anton. Levanta su copa hacia él.

—Por el verano sueco y por el éxito de Anton en su primer caso de homicidio. Esperemos que lo resuelva y encierre al responsable.

William se queda mirándola. Parece que vacila, pero enseguida levanta su copa para brindar.

—Por eso mismo —dice.

Mientras beben su vino, Mona oye un sonido. Ahí está de nuevo. Es el mismo que oyó la noche anterior.

23

Hedda termina de bailar su segunda canción y sale al bar para tomar algo. Una gota de sudor rueda por su espalda y es absorbida por su sujetador. Estira la mano para coger su vaso de agua cuando un hombre la agarra repentinamente del brazo.

—Hola, preciosa —dice sonriendo—. ¿Qué haces aquí? Eres demasiado hermosa para este lugar.

Intenta soltarse, pero es como si su brazo estuviera atrapado por un tornillo de banco. Mira al hombre. No lo ha visto antes por aquí. Tiene una cara estrecha y dura, y los delgados orificios nasales de su nariz chata lo hacen parecer una serpiente. Y tampoco le agrada la mirada de esos ojos oscuros.

El Privat es un club de *striptease* más bien pequeño. Así lo quiere Belinda. Pequeño, exclusivo y manejable. También tiene la Casucha, una sucursal entre Vargön y Trollhättan que se llena de lugareños todos los sábados y, a veces, también de rusos ricos que llegan en sus *jets* privados y se hacen con el control. Belinda no quiere que lo llamen la Casucha, prefiere el nombre La Villa, pero está claro que una bolsa de plástico no se vuelve exclusiva solo con ponerle un sello de Gucci. Sigue siendo una mierda barata.

Aquí, en Gotemburgo, vienen, sobre todo, hombres adinerados de mediana edad con esposa y tres hijos que se quejan de tener una mala vida sexual. Basta con asentir y fingir empatía. Solo quieren oír que alguien se compadece de ellos.

También viene gente con gustos extraños. Gente que se inventa las cosas más extravagantes. Como aquel tipo que lamió un billete de quinientas coronas y quería que ella se arrodillara frente a él y se lo pidiera. A esos hombres solo les gusta humillar. En esa ocasión, le dijo que se metiera el dinero por el culo y se marchó. No acepta ese tipo de estupideces. Ha pasado por muchas cosas en estos meses. La han mordido, lamido y manoseado. Un viejo trajo a su mujer medio loca y esta intentó arañarle la cara por celos. Otro tipo quería esnifar cocaína de su culo y un tercero quería que ella pisara sus pies descalzos y se los perforara con los tacones de aguja.

Joder, qué mundo más enfermo y retorcido. La pregunta es: ¿qué tipo de hombre tiene frente a ella ahora mismo? No puede ubicarlo en ninguna de las categorías habituales. Aunque le resulte repugnante, siente curiosidad. Puede que no sea el típico cliente sueco, pero podría

tratarse de un misógino.

El hombre se inclina hacia ella a tal punto que puede oler su colonia dulce y penetrante.

—Siempre he soñado con hacerlo con una estríper —dice, y se relame los delgados labios—. Tienes el cuerpo de una amazona y al mismo tiempo eres *supersexy*. —El hombre recorre su ligero vestido con la mirada y ella se estremece—. Eres una hermosura y nunca dirías que no, ¿verdad?

Hedda no tiene tiempo de responder antes de que el tipo continúe:

—¿Dirías que sí a cualquier cosa? —Se acerca al decir esto, y ella siente su cuerpo a través de la fina tela del vestido. La música llena el local y la luz palpita. Mira a su alrededor, buscando a uno de los guardias.

El hombre respira más rápido ahora.

—No sé qué te pasa —le susurra al oído, y ella siente que unas gotas de saliva le salpican la mejilla—. Es que te ves tan feliz. Incluso parece que disfrutas de estar aquí. ¿Entiendes? Te ríes demasiado.

Intenta liberar su brazo, pero está atrapada. Los dedos del hombre se clavan con tanta fuerza que le duele. Está tan cerca de ella que puede verle los poros de la piel y una fina cicatriz que le atraviesa la ceja derecha. Siente el calor de su aliento en la cara y vuelve a intentar apartarse.

—Me excitan más las que se ven desaliñadas —explica—. Con el rímel negro corrido y el lápiz de labios embadurnado. ¿Entiendes? —Se lleva una mano a la cara y la arrastra en diagonal desde la boca hasta la barbilla, como si se untara el pintalabios—. Como una puta de la calle.

—Joder, suéltame el brazo —exige, y consigue liberarse.

Se aleja rápidamente del tipo. Qué mierda. Le ha dicho que se ríe demasiado y que parece demasiado feliz. Siente un nudo en la garganta. Esa risa es su protección. Es su armadura contra el mundo. Ha recurrido a esa risa cada vez que se han olvidado de su cumpleaños. Cada vez que no recibía regalos de Navidad. Cada vez que no tenía ropa que ponerse. Cada vez que no había comida en casa ni dinero para hacer la compra. Pero no es porque se lo hayan dicho ahora. Es porque su padre se olvidó de ellos. Se olvidó de que solo eran niños.

Se lleva la mano al brazo. Probablemente, le saldrán moratones donde el tipo le ha clavado los dedos, pero podría haber sido peor. Puede cuidar de sí misma. No dejará que le hagan nada. Eso también se lo enseñaron a una edad temprana.

Cuando piensa en su infancia, le cuesta entender cómo pudo continuar. Por supuesto, su padre no debería haberse ocupado de ellos si apenas podía cuidar de sí mismo. Pero nadie se dio cuenta. Ni los

profesores ni los otros padres. O tal vez sí, pero prefirieron mirar hacia otro lado.

Ella y su hermano nunca dijeron nada. Después de todo, querían a su padre. Vivían para los momentos en los que llegaba a casa contento. Todas las cosas malas quedaban compensadas con las grandes bolsas de caramelos y los bonitos vestidos que le traía, aunque ella no podía ponérselos porque parecían más ropa de muñeca que para ir el colegio. Y a su hermano le traía coches de radiocontrol que luego le quitaba para venderlos cuando necesitaba el dinero.

Pero la mayor parte del tiempo su padre estaba ausente y, hasta hoy, no sabe a dónde iba cada vez que desaparecía. Por eso se convirtieron en expertos en valerse por sí mismos. Ella aprendió a cocinar los macarrones en lugar de comerlos duros directamente del paquete, a evitar las partes verdes del pan y a no beber la leche cuando tenía grumos. A medida que crecían, también aprendieron el arte de robar. Pero lo más importante que aprendió en esos años fue que, si reía y parecía feliz, era más probable que la gente la ayudase y la dejase salirse con la suya.

La música retumba y Velvet sale al escenario. Lleva un quepis de lentejuelas brillantes que pretende ser de policía y una camisa de uniforme que pronto se quitará para dejar al descubierto su cuerpo bien torneado. Sale bailando al escenario, dejando que la porra y las esposas caigan al suelo después de frotarlas sobre su cuerpo. Luego, se quita el quepis y algunos destellos de luz bailan en su larga melena pelirroja mientras ella gira y estira una pierna. Unas cuantas lentejuelas se desprenden de su traje dorado y vuelan hasta el suelo, brillando bajo los reflectores como si fueran diamantes.

24

Es un sonido prolongado y atormentado, entre gemido y aullido, el que provoca que a Mona se le encoja el estómago. Ha tratado de encontrar de dónde viene. No hay un solo arbusto alrededor del muro de la casa en el que no se haya asomado ni un junco junto al estanque que no haya doblado. Ha recorrido toda la casa y levantado el montón de tablas que los albañiles no se han llevado. Ha mirado hasta en el último rincón, ha bajado al anexo y ha atravesado el bosquecillo de hayas que hay al lado de la casa. Pero no ha visto nada ni ha vuelto a oír aquel sonido. Hasta ahora.

—¿No oyes algo? —le pregunta a William. Él da una calada a su cigarrillo y deja escapar el humo lentamente entre los labios mientras hace un esfuerzo por escuchar algo.

—No —niega tras un momento—. No oigo nada.

Mona se levanta y apaga la música.

—También lo oí ayer, pero luego desapareció. Creo que debe ser algún animal herido.

Los dos escuchan, atentos. Oyen pájaros piando y patos graznando en el estanque, una abeja que viene volando, pero el aullido no vuelve a oírse. William inclina la cabeza y la mira.

—¿Seguro que has oído algo?

—Claro que sí —contesta Mona, frunciendo el ceño.

William se encoge de hombros.

—Yo no he oído nada —dice, y bebe de su copa de vino.

—Estoy segura de que es algo.

—¿Cómo suena?

—No sé. Es algo parecido a un aullido o a un gemido. Es difícil de explicar.

—¿Aullido? Como un lobo, ¿o a qué te refieres? —pregunta, dejando su copa en la mesa.

—¿Un lobo? No, no creo. No hay lobos aquí, ¿o sí? —contesta Mona, mirándolo fijamente.

—Claro que sí. No son comunes en la región, pero sí que los hay. Sven, el de la colina, filmó uno el otoño pasado mientras cruzaba la dehesa de las ovejas. Busca en su Facebook y lo verás. Publicó el vídeo. Está un poco granuloso, pero se puede apreciar que es un lobo.

Mona se lleva una aceituna a la boca y la mastica con detenimiento. La idea de que haya un lobo merodeando por su casa no

resulta nada agradable. De repente, se da cuenta de lo sola que vive, rodeada de naturaleza y con el vecino más cercano a una larga distancia.

¿Qué hará si es verdad que hay un lobo? Se muerde el labio inferior. Tiene una pistola. Está guardada en el cajón más bajo del armario. Su seguro secreto. Tal vez debería sacarla y cargarla, por si acaso. Coge otra aceituna y también se la lleva a la boca.

—Haz esto —dice William—: deja algo de comer y mira si sigue allí mañana. Si no está, es que algo anda paseándose por aquí.

—Buena idea —asiente—. Voy a hacer eso.

Entonces mira su reloj.

—Es hora de las noticias —comenta—. ¿Te parece si entramos? Empieza a hacer frío y quiero ver lo que dicen sobre el asesinato.

Entra en la sala de estar y enciende la televisión. William la sigue y ambos se sientan en el sofá. Muy pronto aparece una imagen del Velo de la Novia: el agua espumosa precipitándose montaña abajo y la zona acordonada con cinta policial azul y blanca. Después, muestran a la reportera, que se encuentra en una de las mesas de pícnic de la zona para barbacoas. Tiene pelo rubio hasta los hombros y ojos grandes. Sostiene un micrófono en el que se puede leer «svt» escrito en letras blancas. Mira a la cámara, frunce el ceño y comienza a hablar:

—Es un día de gran pesar en la pequeña comunidad industrial de Vargön, a las afueras de Vänersborg. Fue aquí, en la cascada Skäktefallet, donde Lisa-Marie Forsmark fue encontrada muerta ayer por la mañana. Esta cascada es conocida popularmente como el Velo de la Novia. Una ironía de la vida, teniendo en cuenta que la propia Lisa-Marie llevaba un velo justo el día anterior, cuando se casó en la iglesia de Västra Tunhem. La policía ha hecho público hoy que lo que inicialmente parecía un suicidio podría ser otra cosa. Se ha iniciado una investigación y hay muchos indicios de que se trata de un asesinato. La policía solicita al público que se ponga en contacto en caso de tener información sobre cualquier cosa observada en las proximidades de la escena.

La imagen cambia y la reportera aparece ahora delante de una casa señorial de color amarillo. Gesticula con la mano y dice:

—Fue aquí, en Casa Ronnum, donde Lisa-Marie Forsmark desapareció en su propia noche de bodas. Me encuentro aquí con una de las invitadas a la boda, quien también era una de sus mejores amigas.

La reportera se vuelve hacia una joven con grandes rizos rubios muy bien arreglados sobre los hombros y con labios temblorosos pintados de rojo. Tiene un pañuelo en la mano con el que se seca con suavidad las comisuras de los ojos.

—Lamento mucho tu pérdida y entiendo lo terrible que debe ser para ti estar aquí ahora, pero si pudieras expresar lo que sientes en palabras, ¿qué te gustaría decir?

—*Es terrible* —solloza de cara al pañuelo—. *Era mi mejor amiga. Nos conocíamos desde que éramos unas niñas. ¿Quién querría lastimar a Lisa-Marie?*

La reportera empieza a alejar el micrófono, pero la mujer lo coge y continúa:

—*Estas cosas no ocurren aquí. No en Vargön* —asegura, mirando a la cámara. Frunce los labios e inclina la cabeza—. *Quisiera pedir a todos los que pudieran haber visto algo: contactad con la policía, por favor, ayudadnos a atrapar al asesino. No dejéis que la muerte de Lisa-Marie sea en vano.*

La reportera le quita el micrófono y parece algo molesta.

—*Como podemos ver, hoy hay un ambiente tenso en la pequeña comunidad de Vargön. Volvemos al estudio.*

Mona se lleva la copa a la boca y bebe un sorbo de vino.

—Vaya —dice, cogiendo una aceituna y volviéndose hacia William, que se ha tumbado en el sofá a su lado—, si eso no es drama, entonces no sé qué es.

25

Hedda vuelve al camerino y encuentra a Puss sentada en un rincón, hundida en un montón de zapatos y ropa brillante. Intenta mirar a Hedda, pero su cabeza cae hacia atrás y sus ojos quedan en blanco. Hedda corre hacia ella, quitándose los tacones de aguja con un par de sacudidas, y se agacha para zarandearla por los delgados hombros.

—¿Puss? —llama en voz alta mientras continúa sacudiéndola—. ¿Puss? —vuelve a gritar, sin obtener respuesta. Le coge el brazo y lo siente tan delgado y flácido como el tallo de una flor marchita. Trata de ayudarla a levantarse, pero no consigue ninguna reacción.

Mira a su alrededor sin entender cómo es posible que nadie vea lo que está pasando.

—Star, ¡por Dios! —grita—. ¡Ayúdame aquí!

Star se vuelve hacia ella, mira hacia abajo y comprende lo que ha sucedido. Se levanta del tocador y sale con unas botas altas de charol blanco y un *negligé* transparente. Cada una le coge un brazo y consiguen que el pequeño cuerpo se ponga en pie, pero las piernas se le doblan y la cabeza sigue colgando.

Puss es la más pequeña de ellas. Su cuerpo no es más grande que el de un niño, pero parece haber perdido el control sobre el mismo, porque se desliza como una masa gelatinosa entre las manos de Star y las de Hedda. Intentan levantarla una vez más, pero su cuerpo se dobla hacia delante entre ambas.

—Joder, pero qué mal huele —comenta Star, arrugando la nariz—. ¿Se habrá cagado?

—¡¿Qué ha tomado?! —le grita Hedda a Velvet, quien también ha venido al camerino y ahora observa la escena—. Revisa su taquilla.

Velvet se acerca a la taquilla de Puss y la abre de golpe. Dentro hay pastillas de diferentes colores, una botella de agua, zapatos y bragas de lentejuelas.

—Esto parece una puta farmacia. No sé qué es todo esto —dice, volviéndose hacia Hedda y gesticulando con las manos.

Hedda asiente. Está perdiendo a Puss, así que levanta la mano y le da una bofetada.

—¡Joder, despierta! —grita.

—Hay que llevarla a la ducha —sugiere Star.

Arrastran y cargan el cuerpecito como mejor pueden y la llevan a un rincón de la ducha para luego quitarle la poca ropa que lleva

puesta. Se ha vomitado y se ha cagado, así que apesta. Hedda la abofetea de nuevo, intentando que sus ojos se encuentren con los suyos, pero los estrechos ojos negros de Puss parecen no ver nada.

Abren la ducha, haciendo que el vómito y las heces se escurran por el suelo y el desagüe. La pequeña y frágil Puss yace medio sentada y medio tumbada con una pierna doblada bajo ella y con la cabeza apoyada en el hombro, como si su delgado y pálido cuerpo fuera a romperse. Pero Hedda sabe que no lo hará. Su cuerpo resistirá. Ha pasado por más cosas que nadie. Todo tipo de abusos. Primero, por parte de su padre y, luego, de su novio y también de los puteros a los que la han vendido. De allí provienen todas esas cicatrices.

Hedda aprieta los dientes. Entiende que Puss tenga que recurrir a las drogas para sobrevivir, pero las odia de todas maneras. Y odia ducharse con gente drogada, odia su vómito y su mierda malolientes en una ducha sucia con una cortina mohosa. Es lo mismo que ella y su hermano tenían que hacer con papá. Se las arreglaban para arrastrar aquel pesado cuerpo hasta la ducha, aunque solo eran niños. Aún recuerda la cortina del baño en uno de los incontables apartamentos en los que vivieron, con flores rosas y borde negro enmohecido, y el hedor mezclado con el olor a rosas del champú barato que le rociaban para no tener que tocar su cuerpo.

A pesar de ser tan pequeños, se las ingeniaban para hacer que el agua se enfriara cada vez más hasta que el hipo provocara que su padre levantara la vista hacia ellos, enfocara la mirada y sonriera con esa boca que había perdido dos dientes a lo largo de los años. Como si todo estuviera bien. Como si nada hubiera ocurrido.

Ahora duchan a Puss de la misma manera y ella también empieza a volver en sí. Las mira, primero confundida y luego avergonzada, al entender qué ha sucedido. La sacan del aseo, la secan, le ponen ropa limpia y le piden un taxi, y también la ayudan a subir.

Hedda mira mientras las luces traseras del vehículo desaparecen por la calle oscura. Se pregunta si Puss podrá tener alguna vez una oportunidad en la vida. Se había alegrado muchísimo cuando invirtieron el dinero, imaginando todo lo que haría con él. Pero, por supuesto, todo se había ido al diablo, como todo lo demás en la vida de Puss.

Hedda vuelve a entrar. Pone la ropa mojada en una bolsa de plástico y va a su taquilla. Al abrirla, ve que las pastillas siguen allí. Lo que más quisiera es tirarlas por el retrete, pero no puede. Las deja y pone la bolsa encima para al menos no tener que ver esa mierda.

Mira a su alrededor. El camerino está vacío. Todas las demás han vuelto al trabajo. No hay nada que pueda parar a estas mujeres. Ni siquiera una colega a punto de explotar.

Hedda siente que esto no es vida. Quisiera alejarse de este mundo

de abusos, degradación y explotación, pero aquí sigue. Se pregunta si acaso está condenada y eso de creer que puede salir de aquí no es más que una tontería.

26

Mona se despierta con una bandada de urracas peleando al otro lado de la ventana y se pone la almohada sobre la cabeza para amortiguar sus estruendosos graznidos. La aprieta aún más contra su oreja y se acurruca en la cálida y suave cama. Está agotada. Anoche se despertó con otro sofoco. Esos malditos sofocos que arruinan su sueño. Y lo que menos necesita son urracas que empeoren la situación.

Los graznidos la hacen pensar en su abuela, quien tenía una relación especial con ellas. «Si oyes a las urracas cerca de la casa, es porque vienen extraños», solía decir. Uno agradecería su advertencia. Podría tratarse de un depredador, un ser humano que quiere hacerte daño o, lo peor de todo, algo maligno que solo ellas pueden percibir, algo imperceptible para ojos humanos.

Mona abre los ojos de par en par al detenerse en lo que acaba de pensar. ¡Un depredador! Sale de la cama y pone los pies en el suelo. Todavía le duele el cuerpo y su moratón se ha vuelto prácticamente negro. Envuelve su cuerpo desnudo en el albornoz y va directa a la puerta de entrada, tan rápido como se lo permite su cuerpo rígido y dolorido.

Abre la puerta y grita «¡Shaaa!» a las urracas, que se alejan hacia las hayas, llevándose sus graznidos con ellas.

Mona mira hacia abajo. El cuenco gris que ayer estaba lleno de jamón serrano aparece ahora vacío. Levanta la vista y mira a su alrededor, como si el animal del que la habían advertido fuera a acercarse andando por el sinuoso sendero entre los arbustos podados. Pero tanto el sendero como el césped están vacíos y los arbustos permanecen inmóviles.

Se pregunta si de verdad habrá un lobo acechando por aquí. Ha visto el vídeo en Facebook del que hablaba Wille, pero no había nada más que algo oscuro moviéndose por el césped. Podría ser un perro. Se rasca la barbilla. Tal vez solo sea un zorro, cualquiera que sea su sonido.

Mira hacia el estanque, que ahora luce quieto y resplandeciente. Se le ocurre que puede ser una buena idea preguntarle a Charles Backe. Él debe saber de todo lo relacionado con la vida silvestre. Sonríe al pensar en él mientras se agacha para recoger el recipiente. Lo lleva dentro, lo pone en el banco y abre la nevera. Quedan un par de lonchas de jamón. Abre el paquete y las pone en el cuenco. Luego,

saca otro y lo llena de agua. Pero entonces duda. Se pregunta si debería alimentar a ese animal. Recuerda aquel sonido de dolor y coloca los dos cuencos en el mismo lugar.

Sigue hasta el buzón y recoge los periódicos matutinos, se prepara un capuchino y se dispone a leer con tranquilidad. Hojea rápidamente el *Dagens Industri* y el *Svenska Dagbladet*. Al *TTELA* le ha dado un poco más de espacio. Este periódico local ha hecho una nota respetuosa sobre el asesinato de Lisa-Marie en la que aparece una declaración de la inspectora Petra Tallberg, jefa de la División de Delitos Graves. Mona no conoce a Petra, pero supone que debe ser la jefa de Anton. Aunque le han dedicado varias páginas al caso, en realidad, no hay nada nuevo. Mona ya sabe todo lo que aparece allí.

Levanta la vista. Piensa que debería hablar con Linus Forsmark, pues quiere saber a quién estaba mirando durante el vals nupcial y por qué, pero no sabe cómo acercarse a él sin que Anton se entere. Tendrá que encontrar otra manera.

27

El cielo azul está lleno de nubes con forma de cúmulos abultados. El sol queda oculto detrás de una de ellas mientras Mona aparca el coche frente a Casa Ronnum. Se sube las gafas de sol a la cabeza y sale del vehículo. Está acercándose al restaurante cuando ve a Anki atravesando la rotonda.

—¡Hola! —grita Mona, levantando la mano para saludar.

Anki se detiene y esboza una sonrisa cuando ve de quién se trata.

—Hola, Mona —contesta.

—¿Sabes dónde está Carl?

—Hoy no está. ¿Necesitas algo?

—Necesitaba hablar con él. —Quería darle un breve informe de la situación, pero eso tendrá que esperar—. ¿Vas a algún sitio? —pregunta.

—Voy a ver cómo va todo con la Villa Amarilla. Un equipo de la compañía cinematográfica Film i Väst va a hospedarse allí la próxima semana. Si la policía los deja pasar, claro —añade.

—Entiendo. ¿Te molesta si te acompaño? —asiente Mona.

—Nada de eso —sonríe—. Vamos. —Mona la alcanza y caminan juntas a la sombra de los grandes robles que bordean la carretera. Hablan de la boda y de lo que sucedió en la fiesta. Los zuecos de Anki crujen en la grava seca y las hojas hacen ruido cuando el viento las levanta.

—Ayer estuve viendo las noticias —dice Mona, mirando a Anki de soslayo—. Grabaron una parte aquí.

—Sí, lo he visto.

—Entrevistaron a una chica rubia. Dijo que era la mejor amiga de Lisa-Marie. ¿Quién es?

—Se llama Nikita y, bueno… —se encoge de hombros—, mejor amiga no sé, pero sí, estuvo en la boda y se conocen desde hace mucho tiempo —contesta Anki, mirándola.

—¿También vive aquí, en Vargön?

—No. En Vänersborg. —Mira a Mona de soslayo—. Trabaja en el Café Skräcklestugan si necesitas hablar con ella.

Mona sonríe. ¿Siempre es así de transparente? Llegan al seto que rodea la Villa Amarilla, un chalé de piedra de color amarillo, y se detienen.

—¿Y cuánto tiempo llevas trabajando aquí? —le pregunta.

—Uf, no quiero ni pensar en ello. —Levanta una mano para rascarse la parte posterior del cuello—. Empecé aquí cuando todavía era estudiante, primero, en la recepción para desayunos y, después, como camarera. Hace muchos años, y desde entonces creo que he tenido todo tipo de trabajos aquí, en Ronnum. Dios, cuánto tiempo. —Pone cara de tedio—. De eso hace ya más de treinta años.

Mona asiente antes de continuar:

—¿Y cómo es trabajar para Carl? En tu opinión.

Anki saca un paquete de cigarrillos de su bolsillo y se lo ofrece a Mona, quien niega con la cabeza. Coge uno.

—Bueno —dice, llevándoselo a la boca. Lo enciende y da una profunda calada—, para ser honesta, es un verdadero cerdo. Suele denigrar mucho al personal y sus manos se extravían con facilidad, por decirlo así.

—Sí, entiendo.

Anki da otra calada a su cigarrillo.

—Estos viejos. Siempre estos viejos —comenta Mona, meneando la cabeza—. ¿Has intentado hablar con él?

Anki suspira y asiente antes de contestar:

—Sí. Y no sé cuántas veces.

—Tal vez hace falta ser más determinante, ¿no?

Anki se encoge de hombros y mira hacia otro lado.

—Ya verás que eso se arregla. No creo que Carl se quede mucho tiempo.

Mona asiente sin más. Entiende que es hora de dejar el tema. Anki puede cuidar de sí misma. No necesita que le digan lo que tiene que hacer. Se queda mirando la casa amarilla con su techo de tejas rojas y sus esquinas blancas. Allí está la *suite* nupcial. Se vuelve hacia Anki.

—¿Ya han terminado los de la policía?

—Creo que sí. Aún está acordonado, pero ya han hablado con todo el personal y han movido todos los arbustos y han levantado todas las piedras alrededor. —Da una profunda calada a su cigarrillo, creando una larga cadena de ceniza incandescente. Deja salir el humo lentamente y tose—. Y parece que han encontrado algo.

28

Anki tira la colilla al suelo, la pisotea sobre la grava y luego se agacha para recogerla. Entonces se vuelve hacia Mona.

—No debe haber colillas tiradas —explica—. Pero ven —dice, señalando con la cabeza el chalé amarillo—, vamos a echar un vistazo.

Caminan en silencio por el sendero de grava. Pasan por delante de unos arbustos verdes con lilas en ciernes hasta llegar al área cubierta de césped donde se celebró el brindis nupcial. Se detienen ante el cordón policial que rodea esta sección.

—¿Podemos entrar en la *suite*? —pregunta Mona, señalando la ventana ajimezada.

—No, claro que no —contesta Anki con rotundidad, meneando la cabeza con tal vehemencia que su flequillo rebota—. También está acordonado. No se nos permite entrar ahí.

—Entiendo —murmura Mona, y mira hacia la hierba.

—Llegaron en dos furgonetas grises y de pronto había un montón de gente con trajes blancos por todas partes —dice Anki, gesticulando con la mano—. Pero, considerando el estado de esta zona, supongo que no debe haber sido nada fácil para ellos. Todo estaba pisoteado y lleno de colillas, restos de globos y otras porquerías.

Mona asiente y piensa en todo lo que deben haber recogido. Piensa en todas las bolsitas de plástico que tendrán que examinar. Una para cada colilla, una para cada trozo de globo y una para cada chicle. Cuánto trabajo. El césped está ahora totalmente vacío. Un solitario diente de león de un vibrante color amarillo es lo único que se puede ver mientras un sigiloso gato negro pasa a lo largo de los grises cimientos de piedra de la casa.

—Entonces, ¿qué es lo que ha encontrado la policía? —pregunta, mirando de nuevo a Anki.

—Si miras allí, justo debajo de la otra ventana —señala con el dedo—, hay una puertecita en la parte más baja de la construcción.

Mona ve una puerta de madera blanca con herrajes negros. No debe llegar siquiera a un metro y medio de altura. Parece más apta para un gnomo que para un humano.

—Creen que Lisa-Marie estuvo allí dentro.

—¿Y qué hacía allí? —quiere saber Mona, meneando la cabeza.

—Me refiero a que, después de morir, alguien la arrastró hasta allí.

—Mmm —dice Mona, mirando a ambos lados. Acto seguido, salta

la barricada y entra en el área cubierta de césped.

—Pero ¡¿qué estás haciendo?! —grita Anki—. No puedes pasar.

—Solo quiero mirar algo. No voy a tocar nada. Además, ya han terminado aquí, ¿no?

Mona se acerca a la puertecilla y ve que está entreabierta. Se inclina hacia delante para intentar mirar dentro. El interior es oscuro y silencioso, y huele a humedad y a sótano. Se estremece cuando una enorme araña atraviesa la pared y desaparece en la oscuridad.

—¿Ves algo? —le pregunta Anki.

—No, está demasiado oscuro. —Siente ganas de empujar la puerta para abrirla por completo, pero se detiene. Después de todo, se trata de la escena de un crimen y hay una investigación en curso.

—¡La policía cree que el asesino intentó esconderla allí! —grita Anki.

—Entonces, ¿el asesino cambió de idea después?

—Sí, eso parece. Pero ¡¿podrías salir ya de allí?! —vuelve a gritar Anki, y Mona percibe la preocupación en su voz. No entiende qué ha pasado con la antigua Anki. Antes no le importaba nada y siempre hacía lo que quería.

—Sí, sí, sí, ya voy —dice, mirando a lo largo de los cimientos de la casa sin ver nada más que hierba, tierra y algunas piedras. Mira hacia arriba, se da la vuelta y salta la valla. Le sonríe a Anki de manera tranquilizadora—. Mira, tú, la que nunca hacía lo que le decían.

Anki se encoge de hombros.

—Y según recuerdo, tú siempre hacías lo que te decían.

Ambas echan a reír y Mona le pregunta:

—Pero ¿cómo sabes todo esto?

Anki se sonroja bajo el flequillo y se encoge de hombros.

—Ya sabes, una se entera de muchas cosas sirviendo comida y café a la gente.

29

Hay menos de diez kilómetros entre Vargön y Vänersborg. Vargön es una pequeña comunidad que creció alrededor de la fábrica, y Vänersborg, la antigua sede del gobierno provincial, ha florecido a lo largo de los años gracias al comercio, los oficios manuales y la navegación. Lo único que impide que estos dos poblados crezcan juntos es el río Götakanal. Mona mira el agua oscura del río, que fluye lentamente mientras conduce por el puente. Sigue por el camino Östra vägen, entra en Vänersborg, pasa por la iglesia y gira a la derecha, por la calle Kyrkogatan, hasta llegar al parque Skräckle. O el Skräckle, como lo llama todo el mundo. Aparca el coche y se queda sentada un momento. Tiene muchos recuerdos de este sitio. Se ríe al recordar todas las graduaciones escolares que pasó aquí con la cabeza en un arbusto.

La terraza del Café Skräcklestugan está abarrotada de gente, por lo que decide esperar a que termine el ajetreo del almuerzo antes de acercarse. Prefiere dejar que Nikita tenga un descanso, porque es poco probable que quiera hablar con ella si todavía se siente abrumada por el trabajo.

Decide caminar por el paseo a la orilla del lago Vänern. Pasa por la estatua de Frida que domina la bahía de Vänersborg, con una flor en la mano, como siempre. Sigue hasta el cabo de Jacob y pronto llega a los acantilados caldeados por el sol. Siente el viento cálido acariciándole la mejilla mientras mira un velero y un par de cisnes que se deslizan por las aguas tranquilas de la bahía. Se queda allí un rato, escuchando las olas que bañan la montaña y el ruido lejano del centro del pueblo. Nunca había tenido esta calma. Siempre había un cliente, una reunión, la familia, siempre alguien que quería algo de ella.

Al cabo de un rato, regresa al Café Skräcklestugan. Al acercarse a la oscura construcción hecha de troncos, nota que las mesas están un poco más dispersas y que hay dos mujeres jóvenes sentadas en la mesa del extremo más alejado, de cara al lago. Una de ellas tiene rizos rubios y ve que se trata de Nikita. Tiene una taza de café delante y yergue la espalda mientras mira a la cámara del móvil con la cabeza inclinada y los labios fruncidos. También reconoce a su amiga como una de las invitadas en el vídeo de la boda.

Entra y compra un capuchino y un gofre recién horneado; luego,

sale para sentarse en la mesa vacía junto a Nikita y su amiga. Unta la nata y la mermelada sobre el gofre, consciente de que no es muy elegante, pero así es como siempre los ha comido. Saborea el dulce crujiente y mira los veleros que se mecen en el agua mientras intenta oír lo que hablan en la mesa de al lado.

—Disculpad —dice al fin, llevándose el último trozo a la boca y limpiándose con la servilleta.

Ambas jóvenes se vuelven hacia Mona y la miran de manera inquisitiva.

—Creo que os conozco.

Nikita esboza una gran sonrisa, asiente y se aparta un mechón de pelo de la cara.

—Puede que me hayas visto en la televisión.

—Sí, debe ser eso —replica Mona, fingiendo ignorancia—. Pero no recuerdo bien dónde.

—Me han entrevistado en las noticias. Era sobre Lisa-Marie. La chica asesinada —explica.

—Sí. Es terrible lo que ha pasado.

—Mmm, sí. —Se queda mirando a Mona—. ¿Y tú quién eres?

—Lo siento. Debí presentarme antes. Mi nombre es Mona Schiller y… —vacila por un momento— estoy ayudando a Carl, el gerente de Casa Ronnum.

—Ajá —dice Nikita, dejando el teléfono en la mesa—. Entonces, ¿podemos ver el vídeo?

—¿El vídeo?

—Sí, vosotros tenéis el vídeo de la boda, ¿no?

Mona se da cuenta de que Nikita cree que trabaja en Casa Ronnum. En un principio piensa en corregirla, pero se detiene. No necesitan saber su papel en este momento. Sonríe ligeramente.

—Aún no sabemos qué pasará con el vídeo. Veremos qué opina la policía primero.

—Sí, sí, por supuesto. —Nikita da un sorbo a su café—. Entonces, ¿trabajas solo con bodas o también con otras cosas?

—Trabajo con otras cosas también —responde Mona.

—¿Algo así como Bindefeld? ¿Organizas fiestas? —Suelta una carcajada.

—Es bueno en lo suyo.

Nikita se detiene y abre bien los ojos antes de responder:

—¿Lo conoces?

—Sí, un poco —asiente—. Nos hemos encontrado en algunas fiestas y reuniones a lo largo de los años.

Sus ojos brillan al escuchar estas palabras.

—Me llamo Nikita, por cierto. Trabajo aquí, pero ahora estoy de descanso —añade con una sonrisa—. Y ella es Bea.

—Encantada.

«Esto es lo más cerca que se puede estar de Lisa-Marie y Linus», piensa Mona.

30

Hedda está sentada con las piernas cruzadas entre las almohadas y el mullido edredón de plumas. Lleva el largo pelo oscuro recogido en un moño, y tiene un bocadillo con huevos y mayonesa en la mano y un libro de *marketing* abierto delante de ella. Las cortinas oscuras están echadas, pero un rayo de sol se cuela a través de una pequeña grieta, iluminando el suelo de madera. Este es el único indicio que tiene de que ya es de día. Alquila una habitación en el sótano de una casa de ladrillo en Karlstorp. La habitación huele a moho y siempre está fría y húmeda, y su tía, que se la alquila, tiene tan mal oído que siempre se oye su música a todo volumen. Siempre pone las mismas canciones populares de los años cincuenta y Hedda ya se las sabe de memoria. La mujer suele acercarse a Hedda para preguntarle sobre esto y aquello y, algunos días, cuando le falla la memoria, le pregunta varias veces por lo mismo. Es una molestia constante, por lo que quisiera encontrar otro sitio para vivir, pero todo le resulta demasiado caro. Además, tiene la Casucha, que está vacía durante la semana. Allí se puede estar en paz, por lo que suele usarla como un refugio.

Tiene la televisión encendida mientras estudia. Le gusta estar al tanto de lo que sucede, saber qué guerras hay en curso, qué país ha lanzado misiles y todas esas demás estupideces que se inventa la raza humana. Quiere aprender algo nuevo todos los días. Pero no ha sido fácil en los últimos días. Ha tenido mucho trabajo y ha tenido que estudiar para varios exámenes a la vez. Ha estado tan cansada que ha caído rendida en la cama. Ha estado como en una burbuja y apenas se ha enterado de si es de día o de noche.

Da un mordisco al bocadillo y, mientras mastica, mira los rollos de billetes que hay en una cesta en el suelo. Es dinero sucio que ni siquiera ha tenido el valor de contar. Supone que hay entre veinte y treinta mil coronas. Lo ahorra todo y, en cuanto puede, lo deposita en el cajero del banco. No le gusta tenerlo en casa, pero solo puede depositar veinte mil en un período de treinta días y ya ha alcanzado el límite.

Hay días en los que siente que no podrá soportarlo más. Lo de bailar está bien, no le importa, pero los que vienen al club son como moscas atraídas por un montón de mierda. Todos se creen únicos cuando, en realidad, no son más que zánganos pajilleros.

Y siempre le hacen la misma pregunta. Piensa en esto mientras

muerde otro bocado. Mastica lentamente mientras ve la tele, pero sin prestarle demasiada atención. Le preguntan cómo es que empezó a trabajar como estríper. Ella miente. A veces les cuenta que necesita el dinero para cuidar a su hermanita enferma. Esto suele conseguirle una propina de simpatía. A veces les dice que lo hace porque le encanta estar en el escenario y bailar de forma sensual para los hombres, que la excita. A los hombres les gusta oír esto. Los hace pensar que va a por todas y que tienen alguna oportunidad con ella. Eso también suele traerle propinas extra, pero muchos acaban cabreándose al cabo de un rato, cuando se dan cuenta de que no va a ser así. Menea la cabeza. No entiende cómo pueden ser tan estúpidos para creerlo.

Pero nunca les cuenta la verdad: que lo hace solo por el dinero, para poder estudiar sin tener que recurrir a los préstamos estudiantiles. No les gusta oír que hay *strippers* inteligentes. Parece intimidarlos.

Estira una pierna sobre la sábana blanca. Es esbelta y tonificada, con una pantorrilla delicada y un pie pequeño con uñas pintadas de negro. Mueve los dedos de los pies mientras se lleva a la boca el último bocado. Después, se rasca la pantorrilla con la mano izquierda mientras hojea el libro con la derecha. Encuentra la página correcta y saca la punta del bolígrafo.

Si sus profesores del instituto la vieran ahora. En ese entonces se saltaba las clases y se iba de fiesta en lugar de estudiar. Por ello ahora tiene que hacer cursos en Komvux, el centro municipal de educación para adultos, a fin de poder acceder al grado en Política y Economía Internacional. Siempre saca las mejores notas en todos sus exámenes y tiene la intención de seguir haciéndolo.

Rumba i engelska parken empieza a sonar arriba y ella se estira para alcanzar su portátil. Acaba de levantar la pantalla cuando algo en la televisión la detiene. Coge el mando a distancia para subir el volumen.

—¡Qué demonios! —exclama al ver que el telediario muestra una cara conocida en pantalla. Es ella. ¿Está muerta? ¿Asesinada?

31

—Es una locura que haya sido asesinada —dice Nikita, y después hace una mueca sacando el labio inferior—. ¿Quién haría algo así? Y en un lugar como Vargön —añade, y menea la cabeza, haciendo que sus rizos rubios reboten sobre sus hombros.

—Lo siento mucho. —Mona mira a una y otra sucesivamente. La resuelta Nikita con pestañas postizas y labios rojos, y la silenciosa Bea, que no ha dicho palabra desde que Mona llegó y se sentó. Pero su amiga tampoco le da muchas oportunidades de hablar.

—¿Cómo es Linus? —pregunta—. ¿También lo conocéis?

—Sí, por supuesto —continúa Nikita, y luego mira su móvil.

—¿Cómo está ahora?

—Está devastado, sin duda. La policía ha hablado con él varias veces y está abatido.

—Sí, lo entiendo. —Mueve la cuchara en su taza vacía—. Debe ser una pesadilla. Parecían la pareja perfecta.

Nikita mira a Mona, sonríe y pone cara de incredulidad.

—Yo no diría que perfecta.

—Ah, ¿no?

—Bueno, es cierto que se veían bien juntos. Linus es el chico del que toda la escuela estaba enamorada. Ya sabes, el guapo.

—Sí, lo sé —asiente Mona—. Lo mismo sucedía en mi época.

Nikita ríe como si no supiera qué hacer con esa información.

—Linus siempre ha sido un poco holgazán, por decirlo así. No estoy juzgándolo, es solo su forma de ser. Por eso encajaban tan bien.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, son más o menos del mismo tipo. —Mira a Bea antes de continuar—. Digamos que no muy ambiciosos, ¿me entiendes?

—No, no entiendo bien.

—Se habían quedado a la zaga de los demás. Por ejemplo, Bea y yo tenemos muchos planes y cosas que queremos hacer con nuestras vidas. ¿No es así, Bea? —Ella asiente y Nikita continúa como si en realidad no le importara si Bea está de acuerdo o no—. Pero no tenían ambiciones, por decirlo así. Es como si Linus no entendiera que no se puede vivir de viejos méritos para siempre. Quiero decir… —pone cara de tedio—, hacer piruetas con la moto o estar de resaca los miércoles puede ser muy guay cuando estás en el instituto, pero no es tan atractivo en un hombre adulto. ¿Y qué tiene de divertido vivir con

un tipo que se cree que otros van a resolverlo todo? —Nikita menea la cabeza—. Para ser honesta, no entiendo cómo LM lo aguantaba. Es decir, es guapo y todo eso, pero no tiene futuro. —Vuelve a mirar su teléfono—. Y, seguramente, has oído algo de lo que sucedió con Mia, su exnovia.

—No. —Mona niega con la cabeza—. No me he enterado.

—¿De verdad? —Se levanta las pestañas con el dedo índice—. Pensé que todo el mundo lo sabía. Fue una pena que lo acusaran de maltrato. Se cerró el caso, pero nadie sabe qué pasó en realidad. —Menea la cabeza—. Joder, aquí no se puede mantener nada en secreto. Todo el mundo habla demasiado.

«Como tú», piensa Mona, pero no dice nada, sino que asiente sin más.

—Sí, pero al final era a Mia a la que todos buscaban —interviene Bea, y Mona casi se estremece de sorpresa al oírla decir algo. Su voz es débil y apenas audible, pero suena indignada, como si quisiera decir algo más.

—Sí, claro —afirma Nikita de inmediato, mirando a Bea con cierta irritación—. No puedes intentar ir a por Linus impunemente, por así decirlo. La exhibieron en todos lados, en Insta y Snap. Pero eso está allí de todos modos. Apuesto a que es lo primero que investiga la policía, ¿no?

Mona asiente. Cosas así pueden perseguirte de por vida, sin importar si has hecho algo o no. Y puede ser que Nikita tenga razón en que Anton volverá a investigar lo de Mia.

—¿Y qué dice la gente en las redes sociales? Sobre Lisa-Marie.

Nikita y Bea se miran la una a la otra.

—La verdad es que ha estado todo bastante callado —comenta Nikita.

—¿O sea que no se ha señalado a nadie como el asesino?

—No. ¿Y tú tampoco has visto nada? —pregunta, dirigiéndose a Bea, quien niega con la cabeza. Luego, piensa en el dinero que debe Linus y la mirada de preocupación que tenía puesta sobre alguien durante el vals de la boda—. Solo tengo una cosa más que preguntaros —dice, inclinándose hacia delante—. ¿Habéis notado algo extraño en Linus durante la boda?

—¿En qué sentido? —pregunta Nikita, y sonríe ampliamente.

—Me pareció que se veía un poco… —hace una pausa—, no sé, como preocupado por algo.

—¿Acaso has estado también en la boda? —le pregunta Bea.

—No —responde Mona, negando con la cabeza—. Pero he visto el vídeo.

—Ya veo —comenta con aire pensativo.

—Podría ser que estuviera nervioso, ¿no? —interviene Nikita—. La

gente no se casa todos los días.

—Sí, claro, puede haber sido eso. Pero ya era tarde, así que lo peor del nerviosismo debería haber pasado.

De repente, Bea se levanta, y Mona y Nikita se quedan mirándola.

—No puede ser otra cosa —concluye ella, dando un paso atrás—. Ya tengo que irme a trabajar.

Mona se echa hacia atrás en su silla y ve cómo Bea coge su bolso y se vuelve hacia Nikita.

—¿Vienes? —pregunta.

Nikita niega con la cabeza.

—No, yo me quedo a tomarme el café. Me iré más tarde.

—Pero se suponía que tú ibas a llevarme.

Nikita la mira y después, al reloj.

—Sí, pero, la verdad, no tengo tiempo ahora. Debo volver al trabajo en quince minutos.

—¿Y no podrías haber dicho eso antes? —Se endereza la correa del bolso sobre el hombro con aire malhumorado—. Ahora voy a llegar tarde.

—¿Y es mi responsabilidad asegurarme de que llegues a tiempo?

Bea la mira fijamente, después le lanza una mirada iracunda a Mona y se marcha. Mona se queda pensando que le hubiera gustado hablar un poco más con ella. Preferiblemente, sin Nikita.

32

Es hora de almorzar, así que Anton abre la envoltura ruidosa de sus bocadillos y se lleva a la boca uno de ellos, una rebanada de pan casero con huevo frito y cebolla morada encurtida, y le da un mordisco. El pan está perfectamente horneado y Anton lo mastica con gran satisfacción, apoyando la espalda en su silla de oficina mientras piensa en lo que hará por la tarde: seguir trabajando en la hamaca junto al lago. Se imagina la hamaca terminada y a él y Gabbi colocando los cojines para sentarse en ella, muy cerca el uno del otro, meciéndose despacio hacia delante y hacia atrás mientras contemplan la puesta de sol.

Da otro mordisco y piensa que también tendrá que hacer una mesa en la que puedan colocar copas y cuencos, porque pasarán mucho tiempo sentados allí, mirando el lago, el barquito de madera recién alquitranado, meciéndose junto al embarcadero. El agua chapoteando contra la roca, los bichos de agua deslizándose por la superficie y una perca saltando y dejando ondas en el agua. Tiene suerte de vivir en ese paraíso. El hogar es una parte esencial de su vida. Lo único que falta en él es el sonido de unos piececitos.

En ese momento se le revuelve el estómago al recordar el grito angustiado de Sara. Tan lleno de dolor que sintió como si le hubiera atravesado el cuerpo. Todavía puede oírlo en sus sueños. El sonido del amor roto de una madre. Nunca podría haber abandonado a su hija como hizo su madre, Mona.

—Así que aquí estás, pasándolo bien. —Bodil interrumpe sus pensamientos al entrar en la habitación con las botas sucias.

—Sí —asegura, inclinándose hacia delante en su silla, incómodo por los oscuros pensamientos que lo ocupan. Mira hacia Bodil con una sonrisa—. Aquí me tienes, soñando despierto.

—Como de costumbre —contesta, sentándose en una de las sillas de visitas—. ¿Dónde estás ahora? ¿En casa? ¿O tal vez en la Toscana o en el lago de Garda?

Anton se echa a reír.

—Estoy en casa, junto al lago —contesta, pero no comenta nada sobre su madre o Sara.

Bodil se inclina hacia delante y él percibe su olor. Como siempre, lleva consigo un tenue olor a granja y a diésel. No es desagradable, es solo el olor característico de Bodil, una granjera a tiempo parcial.

Tiene una granjita, unas cuantas vacas, gallinas y dos caballos, pero su olor es tan fuerte como el de una pescadería.

—Por supuesto —dice Bodil, rascándose el pelo corto, que parece haberse cortado en casa en trazos irregulares.

—Hay que saber apreciar las pequeñas cosas de la vida. Como un buen bocadillo casero de masa fermentada. —Empuja el paquete de comida hacia ella—. También hay uno para ti.

—No, gracias. Acabo de comer cerdo asado con judías pintas —contesta, acariciándose el estómago—. Pero come tú. Podemos hablar mientras lo haces.

Anton asiente y coge otro bocadillo mientras Bodil continúa:

—Hemos vuelto a hablar con todos los invitados a la boda, pero nadie ha visto nada. Hay una docena de ellos que pasaron la noche en Casa Ronnum, pero nadie escuchó nada durante la madrugada.

—No me extraña —comenta Anton, dando un mordisco a uno de los bocadillos.

—Así es. Creo que es normal que durmieran como troncos después de haber estado bebiendo —continúa—. Pero, por la información que hemos recibido, parece que la boda y la fiesta se desarrollaron sin mayores incidentes. Uno de los invitados se puso muy borracho y se abalanzó sobre otro, pero ese tipo de cosas suceden en casi todas las fiestas, ¿no es cierto?

—Pero ¿cuál fue la causa?

—Por viejos rencores que salieron a relucir, como suele ocurrir entre hombres alcoholizados.

—¿Sabes de qué estaban discutiendo?

—Lo de siempre. Uno que había estado con la mujer del otro.

Anton asiente y da otro mordisco al bocadillo. Bodil se queda mirándolo.

—Bueno —dice ella—, creo que sí te aceptaré el bocadillo.

—Claro que sí —asiente él, contento de que haya aceptado, y se lo alcanza. Bodil lo coge y le da un gran mordisco. Anton la mira, esperando su opinión al respecto.

—¿Eres tú quien lo ha horneado? —pregunta.

—Sí.

—Está buenísimo —lo felicita Bodil, levantando las cejas en señal de sorpresa.

—Gracias. Aprecio el cumplido viniendo de ti.

Bodil asiente y se come un gran bocado.

—Esa lentejuela es un verdadero dolor de cabeza. Hemos pedido que nos dejen ver los vestidos que llevaban esa noche, pero no parece pertenecer a ninguna de las invitadas a la boda.

—Ah, ¿no?

—Había mucha purpurina y otras cosas en los vestidos, zapatos y

bolsos, pero nadie llevaba algo con lentejuelas de ese color y de ese tipo en particular.

—Puede haber muchas razones —dice Anton con aire pensativo.

—Sí. Puede ser que ni siquiera tenga nada que ver con el caso.

—Puede ser. Pero, sinceramente, yo tengo la sensación de que va a ser algo importante.

—Yo también —coincide ella—. ¿Has visto el vídeo de la boda?

—Sí. Y también las fotos que hicieron los invitados.

—Y lo que Mona dijo que había visto, ¿también lo has visto?

—Sí, y tiene razón. Linus parecía tener la mirada puesta en uno de los invitados. Puede que no signifique nada, pero sigo pensando que hay algo ahí.

—Siempre hay mucha tensión cuando la gente se casa. —Se rasca el cuello, provocando que aparezca una marca roja—. Tal vez fue eso, ¿no?

—Puede ser. Pero sigo pensando que deberíamos hablar con él una vez más. ¿Puedes pedirle que venga otra vez?

—Sí, yo me encargo de eso —asegura, y se pone de pie. Luego, mira los bocadillos—. ¿Puedo llevarme otro?

—Por supuesto.

Bodil extiende la mano para coger uno.

—¿Y qué hay de la conversación en la que aparece Lisa-Marie enfadada? —pregunta.

—He hablado con los chicos que filmaron la película y han dicho que no recuerdan ninguna conversación de ese tipo. Pero nuestros técnicos siguen trabajando en la secuencia. Todavía es imposible escuchar lo que dicen, pero espero que puedan sacar algo pronto.

33

Bea cruza el césped y sale al camino de grava que sube hasta la calle Kyrkogatan. Camina con pasos firmes. Su bolso negro rebota contra su cadera, y no le dirige la mirada a Mona y a Nikita ni una sola vez.

Mona se vuelve hacia Nikita.

—De verdad, lo siento, no era mi intención quitaros el tiempo. Si quieres llevarla…

—Bah, no pasa nada —la interrumpe Nikita, agitando la mano—. Sí, está fastidiada por lo que ha pasado. Se lo toma muy a pecho, pero a veces… —se encoge de hombros—, la verdad es que puede ser toda una *drama queen*.

—Entiendo —dice Mona, pensando para sí misma que Bea no parece ese tipo de persona. De hecho, le parece todo lo contrario—. Pero me alegro de que puedas quedarte, así podremos hablar un poco más. —Le sonríe—. ¿Tienes tiempo para otro café?

Nikita parece sorprendida, pero luego se relaja.

—Sí, claro.

—Vale, entonces, voy a pedirte uno.

Mona se levanta y entra en la cafetería. Pide dos tazas de café en el mostrador y espera a que se las traigan. Al volver, encuentra a Nikita sentada con el móvil pegado a la nariz y los pulgares trabajando a una velocidad vertiginosa.

—¿Alguna novedad? —pregunta Mona, colocando un café en la mesa delante de ella.

Nikita levanta la mirada y menea la cabeza.

—No —responde, tecleando unas cuantas palabras más, y deja el teléfono sobre la mesa—. ¿Y en qué tipo de eventos trabajas? —le pregunta, cogiendo uno de sus rizos rubios para hacerlo girar entre los dedos.

¿Eventos? Mona vacila, pero entiende que Nikita haya llegado a esa conclusión. Debe ser por la conversación sobre Bindefeld.

—Puede ser cualquier cosa —dice Mona, gesticulando con las manos—. Desde un *casting* de cine hasta una inauguración. No sé. No me he puesto ningún límite. —De hecho, esto último es verdad. Aún no ha puesto límites a nada, aunque ahora mismo está pensando en lo que una asesoría jurídica podría incluir.

—¿*Castings*? —Nikita se yergue más y de pronto parece tener un nuevo brillo en los ojos. Mona recuerda la impresión que le dio

cuando la vio por primera vez en las noticias.

—Sí. Por lo general, los papeles principales suelen estar predefinidos. Pero puedo ayudar para los papeles secundarios y extras en caso de que estén buscando algo en particular. Como sabrás, Film i Väst produce películas todo el tiempo.

—¿Y estás buscando a alguien ahora mismo?

—No. Ahora mismo no, pero ¿te interesaría si surge algo?

—Sí, por supuesto —asiente, visiblemente entusiasmada—. Mi gran sueño es convertirme en actriz. No quiero acabar como Lisa-Marie.

—¿Quieres decir que no quieres acabar como limpiadora?

—No. No me refería a eso.

—¿Entonces? —pregunta Mona, levantando las cejas.

Nikita mira a su alrededor como para asegurarse de que nadie oiga y se inclina hacia Mona.

—Hay un club.

—Ah, ¿sí? —Mona se inclina también, reduciendo la distancia entre sus rostros.

—Está en una casa. Entre Vargön y Trollhättan.

—Ajá —dice Mona, aún sin entender—. Pero ¿a qué tipo de club te refieres?

—No recuerdo el nombre del local, pero el encargado es alguien de nombre Bauer, ya sabes, como el artista que pintaba *trolls* y esas cosas.

—Sí, sé quién era Bauer.

—Lisa-Marie trabajaba allí.

—¿Y qué hacía?

—Era estríper —contesta, bajando la voz aún más.

34

El paisaje cambia de forma cuanto más se sube al monte Halleberg. Los árboles se vuelven más bajos y nudosos y el camino más recto. En el interior del coche suena *When I Kissed the Teacher* y la canción le recuerda cuando solía saltar a la comba frente al espejo del sótano. Incluso recuerda el vídeo donde aparece Magnus Härenstam en el papel del profesor ruborizado. Ella misma, como muchas otras y un poco como Nikita, soñaba con una carrera de artista. Se ríe pensando en lo absurdo de esa idea, dado que apenas puede acertar una nota. Pero eso no le impide cantar con entusiasmo hasta que la carretera se acaba y entra en el aparcamiento para visitantes de la reserva natural. Apaga el motor y, al abrir la puerta, la música se interrumpe y se hace un silencio ensordecedor. El paisaje la rodea por todas partes y, por un breve instante, se siente completamente aislada. Pero entonces ve a Sussie, que se acerca a ella.

—Hola, Mona. —La saluda con la mano y el reloj verde limón que lleva en la muñeca se sacude de un lado a otro.

—Hola —contesta Mona, ajustándose la gorra en la cabeza.

—Me alegra muchísimo que hayas vuelto —dice Sussie riendo mientras se dan un abrazo—. Será como en los viejos tiempos.

Mona sonríe. Piensa que tal vez no será como antes. Han pasado muchas cosas en los quince años que ha estado fuera.

—¿Y cómo va todo en el tribunal del distrito? —pregunta Mona tras recorrer cierta distancia por el sendero boscoso.

—Como te decía, igual que antes. Los mismos crímenes y los mismos delincuentes, solo que con las articulaciones un poco más rígidas y menos pelo en la cabeza.

Mona sonríe. Sussie era su secretaria cuando trabajaba como juez en el Tribunal de Distrito de Vänersborg. En ese entonces, conocía a todos los criminales reincidentes de la región, así como a los que trabajaban en su lado de la ley. Algunos de estos últimos se habían convertido en amigos cercanos y, a menudo, se reunían para un *after work* en una cervecería o en alguna casa. Sussie pertenecía a este grupo de amigos.

—Cómo te he echado de menos —asegura Sussie, esperando a Mona cuando están por salir a un claro del bosque, y engancha un brazo en el suyo—. Pero ¿qué fue lo que te hizo volver en realidad? Estabas bien en Londres y en Marbella, ¿no? No puedo creer que

eligieras Vargön en su lugar.

Mona la mira y sigue adelante por el suelo blando y musgoso.

—Volví por Anton y William. Ya me he perdido muchos años con ellos. Quiero intentar compensarlo ahora.

—Entiendo —dice, apretándole el brazo de manera afectuosa, y la mira, seria—. ¿Y crees que saldrá bien?

Mona ni siquiera se ha planteado la posibilidad de que las cosas no salgan como espera, pero quizá debería hacerlo. Podría ser demasiado tarde. Anton y William quizá no puedan perdonarla por abandonarlos. Se muestran corteses y agradables cuando los ve y parecen contentos de tenerla de vuelta, pero Mona no sabe lo que sienten o piensan en el fondo.

Cada vez que tiene estos pensamientos, suele decirse a sí misma que sus hijos tuvieron la posibilidad de elegir y los dos prefirieron quedarse con Peter. Él fue quien asumió la mayor responsabilidad por ellos. El trabajo como abogada y luego como juez de primera instancia le exigía demasiado y tenía que hacer horas extras. Peter, en cambio, tenía un horario de trabajo normal como investigador en el Departamento de Carreteras y podía irse siempre a casa al final de la jornada laboral. No es de extrañar que eligieran quedarse con él.

—Creo que sí —contesta, mirando a Sussie de soslayo—. Nos vemos con mucha frecuencia. De hecho, William vino a visitarme anoche para pasar una velada familiar. Y es genial que existan las redes sociales —ríe—. De lo contrario, habría sido imposible seguirles la pista a lo largo de los años.

—Pero también has hablado con ellos en estos años, ¿verdad? —le pregunta Sussie con una mirada de escepticismo.

Mona suelta una carcajada y después teme que Sussie note lo hueca que suena.

—Sí, claro que sí —contesta, pero la verdad es que no ha habido tantas conversaciones como hubiera querido. En los cumpleaños y en Navidad. Pero muy poco entre esas ocasiones.

—¿Te visitaron alguna vez? —le pregunta Sussie con tacto.

—Sí. —Una vez más, manipula los hechos. Se reunieron, pero no en su casa. No los quería allí. Los riesgos eran demasiado grandes. En lugar de eso, los invitó a viajes a Tailandia, Australia y China. Fue allí donde pasaron tiempo juntos.

Llegan a una pasarela, y Sussie se suelta del brazo de Mona y se balancea sobre ella. Mona la sigue poco después. Una vez que han pasado las dos, escucha la pregunta que ha estado esperando. La que tendrá que responder muchas veces.

—¿Y qué pasó realmente con Alexander?

—Murió —responde Mona, tal y como ha decidido hacerlo.

—Sí, eso tengo entendido —continúa Sussie, saltando una rama

musgosa en el camino—. Pero ¿cómo? ¿Enfermó?

—Sí, enfermó —asiente Mona, agachándose para pasar por debajo de una rama—. Cáncer de páncreas. Ya se había extendido a otros órganos, así que todo fue muy rápido, en unos pocos meses.

Sussie guarda silencio por un momento antes de añadir:

—Siento mucho escuchar eso. El cáncer es una mierda.

—Sí, es una mierda —responde Mona, y lo dice en serio. Aunque su Alexander no murió de eso, sino de algo totalmente distinto.

35

Caminan tranquilamente por el bosque hasta llegar a la formación rocosa Predikstolen, donde la montaña se sumerge en el lago Vänern, ofreciendo una vista majestuosa. Se abren paso a través de bosques fantásticos, sobre los troncos de pinos caídos y rocas musgosas, entre robles claros, acompañadas por el canto de los pájaros. El silencio entre ellas no se siente incómodo, sino que Mona disfruta del entorno y de la forma en que sus pies se hunden en el suave sendero. De repente, se imagina un encuentro fortuito con Charles Backe en el camino. Sigue pensando en él todo el tiempo. Se vuelve hacia Sussie.

—¿Conoces a un guardabosques llamado Charles Backe?

—Sí —asiente Sussie—. Sí que lo conozco. He hablado con él varias veces.

—Él fue quien me ayudó cuando me caí del caballo el otro día.

—Me lo imagino. Charles es muy agradable. Y cortés. Yo diría que es un verdadero caballero a la antigua. Si no hubiera conocido a Stefan…

—Entonces, ¿no está casado?

Sussie la mira y sonríe con cierta malicia.

—Estaba casado, pero su mujer lo dejó.

—¿Y sabes por qué?

—No —dice, negando con la cabeza—. Se habla mucho de eso, pero lo más probable es que se viera con alguien más. —Vuelve a mirar a Mona—. Igual que tú.

Mona se encuentra con su mirada y luego mira hacia otro lado. Se imagina que han hablado de ella. Dejar al marido y a los hijos es algo que, simplemente, no se hace. Un hombre podría haberse salido con la suya, pero una mujer, jamás.

Pero no tenía otra opción. Desde el momento en que Alexander Schiller entró en la sala del tribunal, quedó enganchada. No lo sabía en ese momento, pero ahora que lo piensa otra vez, le parece que fue justo así.

Decide cambiar de tema:

—¿Y cómo va lo de Lisa-Marie?

—Es una pena —comenta Sussie, sacudiendo la cabeza—. Eran una pareja tan linda esos dos. Eran como de ensueño. Con todo el futuro por delante. Incluso habían ganado dinero en una rifa para poder pagarse la luna de miel, según tengo entendido. Y entonces sucede

esto. Un psicópata —suspira—. Y la pobre Sara.

—Sí, es verdad.

—Esa mujer lo ha pasado fatal. No sé si lo sabes, pero su marido se suicidó hace dos años.

Mona se detiene.

—Sí, he oído algo al respecto.

—Fue ella quien lo encontró en el garaje. Se cortó las venas.

—Dios mío. —Piensa inmediatamente en el garaje al lado de la casa blanca. Sara pasa por allí siempre y recuerda lo que vio aquel fatídico día. ¿Cómo puede seguir viviendo allí?

—Lisa-Marie estaba en casa. Y tenía una amiga de visita, así que Sara tuvo que mantenerlas fuera del garaje mientras llamaba a la policía. —Menea la cabeza—. La verdad es que el hombre podría haberlo hecho en otro lugar y en otro momento. Qué egoísta por su parte.

Mona mira a Sussie de soslayo. No está del todo de acuerdo con que haya sido un acto egoísta. Cuando alguien decide quitarse la vida, ese tipo de consideraciones no suelen ser prioritarias.

—¿Y sabes por qué se suicidó?

—No. —Se encoge de hombros—. Depresión, seguramente. La mitad de la población está deprimida y recurre al psicólogo y a terapia en estos días. Como te decía, Sara no lo ha tenido fácil.

Mona asiente sin más. El hecho de que Sussie no haya dicho ni una palabra sobre la vida de estríper de Lisa-Marie la hace pensar que no lo sabe todavía. Pero algo la corroe. Es extraño que dos miembros de una familia de tres hayan muerto, y ninguno de ellos de muerte natural.

36

El antiguo club de *striptease* de Bryggum, a las afueras de Vargön, en la carretera que lleva hacia Trollhättan, se ha desempolvado y reabierto. Se ha reforzado el escenario, se han sustituido los espejos y se han pulido los postes de *striptease*. Se ha mejorado el bar y se han tomado mesas y sillas del Privat, donde se han comprado otras nuevas. Belinda Bauer ha encontrado una nueva clientela. Cuando los rusos ricos ya no se sienten bienvenidos en las grandes ciudades europeas, es lógico que busquen otras opciones para divertirse, y Bauer les ofrece justamente algo nuevo y exótico en la campiña sueca, incluyendo excursiones de cacería con el rey de Suecia, conocer estrellas de Hollywood y espectáculos de *striptease* con hermosas chicas suecas.

Así que llenan sus *jets* privados de vodka, champán y caviar, y vuelan a través del Báltico para aterrizar en el aeropuerto de Trollhättan-Vänersborg, donde los recogen para conducirlos hasta el cercano club de Bryggum. Pero, por supuesto, no les dicen que el rey sueco visita esta región una vez al año como mucho y que, además, hay muy pocas oportunidades de verlo, y mucho menos de ir a cazar con él. Y, cuando las estrellas de Hollywood vienen a Trollywood, es igual de difícil acercarse a ellas. Pero siempre se puede contar con las *strippers*. Y todas ellas están mucho más cerca.

Hedda odia tener que venir a trabajar aquí. Las llevan a todas en grandes taxis desde el club principal en Gotemburgo y las meten en esa casa como si fuesen un rebaño. A pesar de que los rusos ricos dan buenas propinas, son demasiado exigentes e insoportables.

Ha terminado su primer baile y ha ido a sentarse a la barra, la cual consiste, básicamente, en bidones industriales con un tablón de roble lacado encima. No es muy elegante, pero tiene cierto encanto rústico. En la pared de detrás de la barra cuelgan varias estanterías fijadas con tornillos. También están hechas de tablas robustas y sobre ellas han alineado una serie de botellas. En el empapelado de medallón rojo han colgado trofeos de caza en forma de cuernos de alce, cabezas de ciervo y una cabeza de jabalí disecada. El local da la impresión de ser una mezcla macabra de pabellón de caza, club de *striptease* y bar campestre americano.

Hedda se inclina hacia delante y le pide a Leffe un *gin-tonic*. Para poder sobrevivir a la noche, necesitará adormecerse con alcohol.

—*You, come with me*.

Hedda suspira, se gira despacio hacia la voz y después se aleja del hombre que se le ha acercado sigilosamente. Sus ojos brillantes están ahogados en alcohol y puede ver que tiene una sustancia blanca y viscosa en la boca. Para mantenerse en pie se aferra a la barra con tanta fuerza que los nudillos se le ponen blancos.

—*You, come* —repite el hombre con evidente acento ruso, mirándola con ojos cachondos—. *You beautiful*. —Después de decir esto, pone su mano pegajosa sobre la de ella. Hedda la aparta y el hombre se tambalea.

—*Honey* —masculla el hombre—, *I pay good*.

—*I don't do that* —contesta ella, meneando la cabeza.

—*I pay* —insiste, cogiéndola del brazo y tirando de él.

Se siente furiosa. ¿Por qué diablos se cree este viejo asqueroso, sudoroso y borracho que ella querría irse con él? Hace *striptease*, pero eso no significa que vaya a ir más allá. Se quita el brazo de encima y lo empuja hacia una silla. El hombre se queda sentado con su gran barriga colgando sobre la cintura del pantalón y la boca abierta por el asombro.

—*I don't do that* —repite ella, esta vez de manera más enfática—. *Do you understand?*

Hedda se aleja, consciente de lo que pasará ahora. El ruso se tomará otra copa, después se cabreará, le dirá que es una estríper estúpida que no entiende lo que le conviene y al final se irá detrás de otra. En el mejor de los casos, se conformará con eso.

Como si presintiera algo, gira la cabeza y ve a Oleg mirándola desde su asiento en la barra. Oleg se asegurará de que el ruso no se quede decepcionado o enfadado. A Oleg y, sobre todo, a Belinda no les gusta lo que acaba de hacer y seguramente le dirán algo.

Este lugar no existe. Este trabajo no existe. Belinda ha sido muy clara al respecto al traerla a Bryggum. Lo de Gotemburgo es trabajo legal, pero aquí se trata de dinero negro. En realidad, Hedda nunca buscó trabajo de estríper. Estaba trabajando como camarera en un club clandestino de Gotemburgo y cierto día Belinda se le acercó y le preguntó si estaba interesada en un trabajo mejor pagado. Al principio dijo que no, pero, cuando se enteró de lo que podía ganar, pensó que valía la pena intentarlo. Nunca había bailado antes, pero tenía un físico fuerte y ágil tras practicar artes marciales durante años, así que colgarse de un poste y mover el culo no sería tan difícil. Además, tiene un buen cuerpo y pechos firmes, así que por qué no.

Belinda tenía razón. Se gana bastante bien bajo su pseudónimo, Honey, en el Privat. Ahora es una de las mejores bailarinas y, por supuesto, también una de las más guapas. Hedda entiende por qué Belinda la deja trabajar en la Casucha cuando es noche de rusos. Pero

también sabe que no llegará más allá del *striptease*, algo que ansían muchos de ellos.

Vacía su vaso y ve que Oleg se le acerca. Se prepara para recibir el sermón de cómo debe tratar a los clientes. Pero no sucede eso, sino que se detiene frente a ella y le dice:

—Bailas una vez más y luego te vas a Gotemburgo en un taxi. Vas a bailar allí el resto de la noche.

—Ah, ¿sí?

—Tú y Velvet erais solo un anzuelo. Pero no queremos problemas. ¿Entiendes?

Después de escuchar estas palabras, Hedda mira a su alrededor. Entiende bien a qué se refiere. Los invitados están tan ebrios que ya no distinguen una cosa de la otra. Asiente sin más.

—Ya se ha pedido el taxi. Te vas cuando estés lista.

37

Lisa-Marie haciendo *striptease*. La novia de todo Vargön quitándose la ropa y bailando desnuda delante de borrachos que le ponen dinero en las bragas. Mona vuelve a pensar en lo que le ha contado Nikita mientras coge una rodaja de salami picante del plato que hay en la mesa y se la lleva a la boca. La mastica lentamente, con el sonido de fondo de una serie de Netflix, mientras piensa en Sara. Lo está pasando ya bastante mal, pero se pondrá aún peor. Mucho peor. Porque pronto todo el mundo sabrá lo que hacía su hija. Sus amigos, compañeros de trabajo, vecinos, antiguos compañeros de clase, todos lo sabrán, y es solo cuestión de tiempo. Tal vez haya algo que pueda hacer para minimizar el daño, pero ahora mismo no tiene idea de qué.

Tal vez pueda encontrar respuestas o al menos una pista de lo que le ocurrió a Lisa-Marie si consigue hablar con la persona encargada del club de *striptease*. Según Nikita, no llevaba mucho tiempo trabajando como estríper. Pero una sola noche basta si tienes la mala suerte de toparte con la persona equivocada.

Abre el ordenador y busca las palabras «club de striptease» en Google, pero no aparece ninguno en la zona. Los más cercanos están en Gotemburgo y se llaman Wandas y Chat Noir. Se queda mirando fijamente la pantalla. Nikita le ha dicho que los dos clubs, el de la casa de las afueras de Trollhättan y el de Gotemburgo, los maneja un tal Bauer. Pero ¿cómo sabrá cuál es?

Coge el teléfono y ve que tiene una llamada perdida de Carl, pero decide ignorarla. Debe haber llamado para preguntar si tiene alguna noticia sobre la investigación, pero Mona no tiene intención de compartir lo que ha averiguado sobre Lisa-Marie. Mira los dos números que ha guardado como favoritos, vacila un momento y elige uno.

—Hola, William, soy yo —dice cuando él coge la llamada.

—¡Hola! —responde rápidamente—. Ahora mismo estoy en medio de algo y no puedo hablar mucho.

—Solo quiero hacerte una pregunta: ¿conoces los clubs de *striptease* de Gotemburgo?

Se queda en silencio y se oyen ruidos de fondo; gritos que parecen de borrachos y música fuerte, como si hubiera una fiesta. Entonces contesta:

—Mmm, sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Necesito saber cuál, entre Wandas y Chat Noir, maneja un tal Bauer.

Vuelve a quedarse callado. Se oye que alguien ríe a carcajadas y una mujer que grita, entusiasmada.

—Espera un momento —pide William.

El ruido de fondo desaparece y vuelve a oír su voz:

—Ya está, ahora puedo oírte mejor. ¿Preguntabas por Bauer?

—Sí, así es. ¿Cuál de los dos clubs es el suyo?

—Ninguno de los dos.

Ahora es ella la que se queda en silencio, preguntándose si acaso Nikita se habrá equivocado.

—¿Dónde has oído ese nombre? —pregunta William.

—Surgió en una conversación.

—Ah, ¿sí? ¿Mientras hablabas de clubs de *striptease* con alguien?

—Sí.

—Mamá —dice con seriedad—, ¿qué estás haciendo?

No le gusta el tono de su voz. Cuestionándola, como si no supiera lo que está haciendo.

—Estoy ayudando a Carl con algo —contesta Mona, recordando al instante los negocios entre él y William.

—¿Y él sabe que estás preguntando por Bauer?

—No, no directamente. —Hace una pausa—. No sabía que tenía que informarlo de eso.

William suspira.

—Tengo que irme ya.

—Contesta primero a mi pregunta.

Él se queda callado otra vez.

—Bauer no es un hombre —confiesa al final—. Es una mujer. Y administra un club, pero se supone que nadie lo sabe.

—Ajá —dice con tono de duda—. ¿Y cómo consigue clientes entonces?

—Consiguen los clientes que quieren.

—Bueno, entonces, ¿puedes decirme dónde está ese club?

—No creo que pueda…

—Vamos —interrumpe, notoriamente fastidiada porque no pueda responder a una simple pregunta—. Solo necesito saber si existe y, si es así, también saber dónde está. No creerás que voy a conducir hasta Gotemburgo para ir a un club secreto de *striptease*, ¿o sí?

—Supongo que no —coincide, y, a continuación, le da la dirección del club llamado Privat.

38

Ha estado en muchos tipos de clubs en todo el mundo. Desde los enormes clubs nocturnos de Nueva York hasta los acogedores bares de los clubs de caza en la campiña británica, pero nunca ha estado en uno de *striptease* y por ello no tiene la menor idea de qué encontrará. Se pregunta si será un local lujosamente decadente, con hermosas modelos como las de Victoria's Secret, con piernas largas y siluetas delicadas, o un lugar mugriento y deprimente.

Después de su conversación con William, se quitó los vaqueros y el jersey y se puso un pequeño vestido negro y un par de zapatos de Chanel. También se pasó el cepillo por el pelo, se puso rímel y pintalabios rojo, luego se subió al coche y condujo los casi quince kilómetros que la separan de Gotemburgo. William no tiene por qué enterarse de esto.

Le dijo que el club estaba en la calle Storgatan, pero, una vez allí, no consigue encontrarla. Esperaba ver grandes carteles de neón o al menos un pequeño cartel con fotos de *strippers* para mostrar lo que hay dentro. Pero aquí no hay nada de eso. Solo se ven las grandes y silenciosas fachadas de los edificios. «Debería haberme imaginado algo así —piensa—, esto no es Las Vegas». Además, si estás a cargo de un club de *striptease* que ni siquiera existe oficialmente, lo último que harás es anunciarlo en todas partes.

De repente, nota la presencia de un hombre que camina hacia ella en la calle vacía.

—Disculpa —lo llama Mona. El hombre disminuye la velocidad de sus pasos y vacila un momento, pero se detiene—. Se supone que debería haber un club de *striptease* llamado Privat por aquí. ¿Sabes dónde está? —pregunta.

El rostro del hombre parece alterado, lanza una rápida mirada por encima del hombro y se aleja a toda prisa.

—¡Hola! —exclama Mona, pero él sigue su marcha acelerada—. Mmm —murmura, mirando hacia otro lado—. Algo me dice que sí lo conoces.

Tras buscar y examinar cada rincón y empezar a sentir dolor en los pies de tanto caminar con tacones, encuentra un discreto cartel atornillado a una puerta negra cerrada. El cartel es negro también y mide unos diez por veinte centímetros. En él se puede leer la palabra «PRIVAT» en mayúsculas, sin serifas y en relieve. Nada más. No hay

fotos de mujeres atractivas ni pechos expuestos. Ni siquiera una «X» de prohibido.

Observa la construcción atentamente. Es un edificio de ladrillo con pisos en la parte superior. A nivel de calle se ve una especie de antigua tienda u oficina que parece bloqueada. El cartel es lo único que revela lo que hay dentro. Mona se acerca a la puerta. Duda un momento y mira en ambas direcciones, pero luego empuja la manija y entra.

39

La entrada está bastante oscura. El suelo está enmoquetado en color rojo y en las paredes hay empapelado de terciopelo del mismo color con medallones dorados y arte cabaretero con mujeres desnudas. Hay una verja de hierro abierta de par en par y un guardia musculoso vestido de negro que mira fijamente a Mona cuando pasa por delante. Ella lo saluda con un gesto de la cabeza, pero él no mueve un músculo. Continúa hasta llegar a un armario. Se oyen notas graves retumbando en el interior del local. Mona mira a la mujer sentada delante de ella con un gran peinado a lo Dolly Parton, unas pestañas postizas tan largas que le llegan a las cejas y unos labios abultados de un rojo brillante. Mona la saluda con una sonrisa y pasa de largo, preguntándose cuál será el código de vestimenta en un lugar como este. Entonces oye que la mujer le habla:

—¡Hola! ¿A dónde vas?

Mona se detiene y se vuelve hacia ella con aire inquisitivo.

—¿Cómo?

—No puedes entrar así, sin más —explica la mujer, agitando una mano equipada con las uñas más largas que jamás haya visto—. Hay que pagar la entrada —dice con voz ronca, enroscando el dedo índice para indicarle que se acerque.

Mona sacude la cabeza y suelta una risa al ver que el guardia ha dado un paso hacia ella.

—No —asegura, levantando las manos—. No voy a entrar.

—Ya, entonces la puerta está por ahí, cariño —indica la mujer, señalando la entrada.

—Quiero decir que no voy a entrar a mirar.

La mujer se queda mirándola bajo el gran flequillo levantado, sonríe irónicamente y menea la cabeza.

—Y entonces, ¿qué haces aquí, mi amor? —le pregunta.

—Bueno, sí voy a entrar un momento —contesta Mona, señalando con una mano hacia el interior del local, donde una luz roja se mueve como si fuera un corazón que late al ritmo de la música.

—Entonces, ¿vas a entrar a ver el *show*?

Mona mira con fijeza a la mujer. Se siente estúpida. No tenía la menor idea de que se debe pagar para entrar en un club de *striptease*. Pero la mujer habla de un *show*, así que por supuesto que debe pagar. Mete la mano en el bolso y sus dedos rozan el frío acero de la pistola.

Coge su cartera y pregunta:

—¿Cuánto cuesta?

—Son quinientos. —La mujer sonríe, inclina la cabeza y se pasa la lengua lentamente por los labios rojos—. Si lo quieres con *lap dance*, son novecientos.

Mona la mira y luego se ríe un poco nerviosa, sorprendida de que le haga ese ofrecimiento.

—No, gracias. Me conformaré con la entrada normal.

Mona paga y entra en un salón rojo con música retumbante.

40

Hedda ve su reflejo en los espejos alrededor del escenario mientras se mueve arriba y abajo a lo largo del lustroso poste, como si flotara libremente sobre la luz roja pulsante. Al momento de girarse y levantar la cabeza para que la larga melena le caiga sobre la espalda, ve que una mujer está entrando en el local.

Hedda avanza unos pasos sobre el escenario y la mira con cierta curiosidad. No parece un cliente habitual. Sin duda, los hay de todas las formas y tamaños, pero los borrachos suecos de mediana edad son los más comunes, y esta mujer no parece estar aquí por el *show*. De hecho, parece estar mirando el escenario, pero también todo lo demás. Tampoco tiene pinta de estar buscando empleo. Tiene demasiada clase y es un poco vieja para este oficio, aunque también hay quienes tienen preferencia por las mayores.

Hedda hace un giro y aterriza de nuevo. Se imagina que quizá es una de esas viejas ricas que quieren vivir sus fantasías pervertidas. A veces se les meten estas ideas locas. Se tambalea ligeramente. Ya ha bebido demasiado champán y empezar con un *gin-tonic* en la Casucha no ha sido una buena idea. Tiene que avisparse. Consigue terminar el baile a pesar de todo. Lo ha hecho ya tantas veces que incluso podría hacerlo dormida. Pero prefiere tener el control. De lo contrario, pueden ocurrir cosas malas.

41

Hay un olor especial en el local. Es una mezcla de humo de cigarrillo, moquetas, productos de limpieza, perfume y decadencia. El sitio no es enorme, pero da cabida a seis mesas redondas y también hay cabinas dispuestas a lo largo de las paredes para grupos pequeños, algunas de las cuales tienen las cortinas echadas. Mona se pregunta qué estará pasando detrás de ellas. Aunque quizá prefiera no saberlo.

En el extremo del local hay una barra que corre a lo largo de la pared y un escenario junto a ella. Una mujer joven con cuerpo bien definido baila bajo una luz roja y violeta titilante entre unos postes lustrosos que se alzan desde el suelo hasta el techo. La bailarina se inclina hacia delante y se recoge la larga cabellera, dejando ver su hermoso rostro. Luego se gira y camina con movimientos oscilantes sobre unos tacones altísimos.

Mona la pierde de vista y sigue avanzando dentro del local. Está medio lleno. En una de las mesas más cercanas al escenario ve a tres hombres jóvenes gritando «¡Champán!, ¡champán!, ¡champán!».

Una joven camarera se acerca a ellos con una cubitera, de la que sobresale una botella de Dom Pérignon. Justo detrás va un hombre vestido de negro, con el pelo negro corto y unos bíceps tan enormes que no le permiten pegar los brazos al cuerpo. Su cara parece de piedra y las señales que les envía son tan claras que todos los comensales se callan al verlo. Mona supone que debe ser una especie de guardia.

Sigue adelante y, al pasar por una mesa donde hay un hombre solo, este levanta la vista y sus miradas se encuentran un instante antes de que él aparte la mirada rápidamente, como si se avergonzara de estar aquí.

Se acerca a la barra y llama la atención del barman, este se aproxima y se pone delante de ella con las manos apoyadas en la superficie.

—Hola —dice ella—. Me llamo Mona Schiller y… —Su frase se interrumpe por un cambio repentino de la música y la entrada de otra mujer en el escenario. Luce un picardías transparente, guantes largos de lentejuelas y un par de zapatos altísimos con los que Mona no sabría cómo caminar y mucho menos bailar. La mujer tiene un rostro suave y un poco redondo; comienza a quitarse un guante poco a poco y a agitarlo en el aire. Por los altavoces la presentan bajo el

pseudónimo de Star y prometen que quiere meterse en la cama de alguno de ellos.

Mona se dirige de nuevo al barman y alza la voz para hacerse oír bajo la estridente música:

—¿Por casualidad conoces a Lisa-Marie Svensson? —pregunta con una sonrisa—. También usa el apellido Forsmark.

El barman mira a Mona sin mover un músculo antes de hablar:

—¿Quién pregunta? —replica con dureza.

Ella mira a su alrededor y luego le devuelve la mirada.

—Yo soy quien pregunta.

—¿Y quién coño eres tú? —responde, entornando los ojos hasta convertirlos en unas rendijas diminutas.

Mona da un paso atrás y sujeta su bolso con firmeza.

—Ya te lo he dicho. Me llamo Mona Schiller.

—Mona Schiller —repite él, enfática y despectivamente, y luego se pasa la lengua por los dientes delanteros, coronados por una pieza de oro—. ¿Y se supone que yo debo saber quién eres?

Ella lo observa y menea la cabeza. El hombre no quiere hablar de Lisa-Marie. Ha sido demasiado ingenua al pensar que podía venir a hacerles preguntas sobre una chica muerta, encima, asesinada. Ahora duda si debe preguntar por Bauer. Después de todo, para eso está aquí. Pero recuerda las palabras de advertencia que recibió de William y decide no hacerlo. Es obvio que este tipo no la quiere aquí. Tendrá que ir a por Bauer en otra ocasión.

—Entonces, ¿vas a querer tomar algo? Si no, ya puedes irte.

El barman saca un paño para limpiar la barra. La gruesa cadena de oro que lleva colgada al cuello se balancea mientras Mona desvía la mirada hacia las botellas en los estantes detrás de él. Quizá debería tomar una copa de vino y sentarse un rato, considerando que le duelen mucho los pies.

Mira hacia la bailarina del escenario. Ha conseguido envolver su cuerpo alrededor del poste de una manera que Mona no creía físicamente posible. Se encuentra con su mirada y mantiene el contacto por un momento, pero la pierde cuando la mujer hace un giro. Luego, examina el local. Los jóvenes ruidosos se han tranquilizado desde que el guardia se acercó a ellos. El hombre que había evitado su mirada parece estar escapando por la puerta y una de las cortinas se está sacudiendo en una de las cabinas. Cuando levanta la vista hacia el barman, este la mira con ojos inclementes. Parece muy poco probable que consiga algo de él, así que niega con la cabeza y se gira para marcharse.

42

—¡¿Alguien quiere café?! —grita Hedda, cogiendo el termo lleno para servir una gran taza.

—¿Demasiado champán? —pregunta Velvet mientras se sube una media negra hasta el muslo y la une a la liga.

—Sí, joder —asiente, mirando a Velvet, que ahora está hurgando en su bolso—. Siento que tengo espuma burbujeando en la nariz.

—Mierda —dice, levantando la vista—. Creo que me he dejado las esposas en la Casucha. No las encuentro.

Hedda está a punto de decirle que ella puede traerlas. Pero nadie sabe que suele ir en bicicleta cuando la Casucha está cerrada. La usa como espacio para estudiar y a veces también se queda a dormir allí. Le gusta tener el club para ella sola. Está tranquilo y tiene la naturaleza justo al otro lado de la ventana. Nada que ver con la pequeña habitación del sótano que le alquila a su tía. Pero no quiere arriesgarse a que Belinda lo descubra. Es cierto que Velvet es su amiga, pero no confía del todo en ella. No confía del todo en nadie.

Velvet se levanta y se acerca a su taquilla.

—Tendré que usar las esposas viejas.

—Y yo no encuentro mi bufanda de seda roja —comenta Hedda, sirviéndose un gran chorro de café—. ¿Dónde coño están nuestras cosas?

Tira un sujetador de látex negro sobre un montón de objetos que hay en el suelo y se sienta en el sillón de terciopelo rojo. Apoya las piernas en el reposabrazos y siente que el efecto del café la ayuda a despejarse. Cierra los ojos y oye que sus colegas hablan de zapatos. Es una obsesión que comparten casi todas. Y cuanto más caros, mejor.

Hedda no puede creer que se gasten miles de coronas en un par de zapatos de Gucci o Manolo Blahnik cuando ese dinero podría utilizarse en algo mucho mejor. Deja de escucharlas y piensa en la mujer rubia que se paseaba por el club con sus tacones altos y su vestido negro clásico. Se pregunta quién será.

Se levanta, coge un vestido ajustado en color dorado y se lo pone por la cabeza.

—Voy a salir un rato al bar —le comunica a Sugar.

—Te alcanzo allí en un minuto —responde ella, haciendo un gesto con la mano.

Pero, cuando Hedda sale al bar, la mujer ya se ha ido. Solo ve unos

cuantos suecos mirando atentamente a Star en el escenario. Trepa a uno de los taburetes altos que hay un poco más abajo junto a la barra, lo cual es toda una hazaña con ese vestido corto.

Goran está de pie justo delante de ella, limpiando el mostrador de un lado a otro con un paño.

—¿Vas a querer algo? —le pregunta, mirándola. Hedda, como siempre, se pregunta qué está tramando. Está segura de que algo se trae entre manos, pero no consigue averiguar qué. Nadie tendría ojos como esos ni trabajaría tanto como él sin una buena razón.

Ella niega con la cabeza y mira a su alrededor.

—Voy a esperar un poco —dice, y después hace una pausa—. ¿Quién era esa que andaba por aquí?

—¿A quién te refieres? —pregunta, dejando su trabajo de limpieza.

—La rubia del vestido negro y el *bob* corto.

Goran aleja las manos de la barra, saca un limón de un cuenco y lo coloca en una sucia tabla de cortar.

—¿Y qué coño es un *bob*? —pregunta, sin levantar la vista, mientras corta el limón.

Hedda suspira.

—Es un corte de pelo, pero da igual. ¿La que estaba aquí hace un momento?

Él levanta la vista y frunce la nariz.

—No hace falta que lo sepas. Además, sabes que a Belinda no le gusta que hagáis preguntas —gruñe, enfadado—. Dedícate a tu trabajo.

Hedda lo mira con irritación. Se cree que es el jefe aquí. Actúa como si estuviera a cargo de ella y de las demás. Con sus músculos llenos de anabolizantes y sus ojos flipados y vacíos. Pero es estúpido, y lo más trágico de todo es que es demasiado estúpido para darse cuenta de ello. Reflexiona un momento y concluye que no tiene sentido discutir con él. Se arriesga a terminar con un golpe en la mandíbula y no quiere ningún diente suelto. Se gira y mira hacia fuera. Sabe que puede engañarlo para que le diga lo que quiere saber. No le costaría demasiado trabajo. Pero hay una manera aún más fácil. ¿Para qué complicarse la vida?

43

Hay un hombre sentado frente a la barra, a tres taburetes de distancia de Hedda, y ella atrapa su atención. Al principio parece confundido y mira a su alrededor, pero al darse cuenta de que no hay nadie más, le sonríe. Aunque eso no es precisamente una sonrisa, sino más bien una boca fruncida en un rostro enjuto.

—Hola —saluda ella, pasándose la lengua por los labios mientras se acerca a él—. ¿Quieres comprarme un poco de champán?

El hombre frunce la boca aún más y asiente con tanto énfasis que parece que se ha ofrecido a masturbarlo.

Hedda se lleva una mano al cuello y el hombre pide con rapidez una botella entera, como si temiera que ella cambiara de opinión, y después van a una de las cabinas apartadas. Ella entra primero y él se sienta lo bastante cerca como para que pueda percibir el olor dulce y sofocante de su loción para después de afeitar. El tipo pone la botella y las copas en la mesa y corre la cortina. Se vuelve hacia Hedda y ella nota que su labio superior brilla por el sudor.

—¿Vas a servirme? —pregunta, y él asiente de inmediato.

Hedda lo observa mientras le sirve el champán. Tiene la piel fina y gris de alguien que no ve la luz del día muy a menudo. Supone que debe ser el tipo de persona que se pasa el día entero frente a la pantalla del ordenador. Quizá también por las tardes y por la noche, pero a esas horas debe hacer algo más turbio que hojas de Excel y presentaciones de PowerPoint. Algo que su esposa, seguramente, no sabe.

El hombre le alcanza la copa y Hedda ve que tiembla un poco.

—Salud —dice ella con una sonrisa.

Cuando han bajado las copas, él la mira y le asegura:

—No suelo venir aquí.

—Ah, ¿sí? —contesta, pensando «Como si me importara», pero le sigue la conversación de todas formas—. ¿Dónde sueles ir entonces?

—Quiero decir que no suelo venir a clubs como este.

Ella asiente sin más y bebe de su copa. Sabe que es mentira. Lo ha visto aquí varias veces y sabe exactamente el tipo de hombre que es. Incluso puede predecir lo que dirá después.

—Estoy casado y tengo hijos —explica—. Pero ya no viven en casa. De hecho, después de que se marcharan, las cosas no han ido tan bien entre mi mujer y yo. Pero solo he estado en clubs como este dos veces.

—Entonces, debe haberte gustado —ríe Hedda—, porque has vuelto.

El hombre bebe de su copa y traga con fuerza, haciendo que la manzana de Adán se mueva en su estrecho cuello.

—Imagino que tu mujer no entiende tus necesidades y deseos.

Él asiente y traga con fuerza una vez más.

—Entonces, ¿qué te gusta? —pregunta Hedda.

—Tus zapatos —responde él después de recorrer su cuerpo con la mirada y posarla en sus pies.

—¿Los tacones? —pregunta ella, y nota que el hombre empieza a respirar más rápido.

El hombre asiente, y ella le coge con rapidez la mano y la pone sobre la mesa. Su respiración se acelera aún más y jadea cuando ella se agacha para quitarse uno de los zapatos. Coge el tacón afilado de acero, lo pone sobre el dorso de la mano del hombre y lo presiona, haciéndolo gemir e inclinarse sobre la mesa.

Hedda mantiene el tacón fuertemente presionado contra la mano mientras lo interroga:

—¿Has visto a la mujer que estaba en el bar? ¿La rubia, un poco mayor, con el vestido negro?

El hombre respira con dificultad y niega con la cabeza mientras una gota de sudor se asoma en su labio superior.

Hedda levanta el zapato y ve que hay una marca roja en la piel.

—¿Estás seguro?

—Ahora que lo pienso —contesta, rápido, asintiendo con la cabeza —, creo que sí la he visto.

—¿Y qué ha dicho? —pregunta, volviendo a encajarle el tacón. El hombre traga saliva varias veces y se agarra con fuerza al borde de la mesa con su mano libre. Ella presiona un poco más y después vuelve a apartarlo—. ¿Qué ha dicho? —pregunta de nuevo.

—Bueno, eh… —dice, pero luego se contiene—. No es bueno hablar de las cosas que pasan aquí.

Ya se lo esperaba. Todos tienen miedo de Belinda, pues han oído las historias de lo que podría pasar. Como la del tipo del meñique cortado y el de la amoladora angular.

—A nadie le importa lo que estamos hablando aquí y nadie tiene por qué enterarse —susurra Hedda, inclinándose hacia delante—. Puede ser nuestro secretito. Solo tuyo… —jadea en su oído—. Y mío.

El hombre se vuelve hacia ella, quien se ve obligada a alejarse al tenerlo demasiado cerca. Puede ver su frente brillando, sus ojos girando de un lado a otro en sus órbitas y su lengua lamiendo sus labios de manera nerviosa. Parece como si esto fuera demasiado para él. Por un lado, está el miedo a lo que pueda llegar a suceder, y, por el otro, la excitación que siente al estar cerca de ella, sobre todo, con ese

tacón de aguja. Hedda se pregunta si ganará el miedo o la excitación. Es un experimento interesante. ¿Qué impulso será más fuerte?

—Preguntó por una chica llamada Lisa-Marie.

—Muy bien —dice en voz baja—. ¿Y qué más?

—No escuché nada más.

—¿Estás seguro? —insiste Hedda. Se levanta y le viene a la mente el adagio «la curiosidad mató al gato», pero lo desecha y se inclina sobre su zapato; luego, se queda con el talón presionado contra la mano del hombre. Mira la mano pensando en lo que sentirá si pone todo su peso sobre ella.

—¿Seguro que no has oído nada más? —pregunta, despacio.

—Dijo llamarse Mona —contesta entre jadeos—. Mona Schiller.

44

Linus Forsmark es cuatro años más joven y mucho más guapo que él. Cabello oscuro peinado hacia atrás, ojos marrones con pestañas gruesas y oscuras, nariz recta y cuerpo bien tonificado bajo una camiseta ajustada. Se desenvuelve con una confianza que ha adquirido por el trato especial que siempre ha recibido y por no tener que preocuparse nunca de que no lo inviten a las fiestas, de que no lo elijan para el equipo titular de fútbol o de que su ropa no sea la adecuada, porque siempre ha sido él quien ha marcado tendencias. Linus es de la misma clase que William y todo lo que Anton nunca ha sido.

Bodil está sentada a su lado con una pizca de *snus* bajo el labio, como siempre. Le gustaría ser un poco más como ella. Parece como si nada la preocupara. Simplemente, es ella misma. Nunca permitiría que alguien como Linus la hiciera retroceder en el tiempo y dudar de sí misma o sentirse insegura.

—Linus —dice, poniendo las manos sobre la mesa y juntándolas delante de él—, siento haberte hecho venir hasta aquí, pero hay algunas cosas de las que tenemos que hablar contigo.

Linus asiente y un mechón de pelo le cae sobre la frente. Él lo aparta con rapidez pasándose la mano por el pelo.

—OK —contesta, sonriendo con cierto desdén. Es una sonrisa agradable pero mecánica y sin emoción—. Pregunta.

Cada generación, cada ciudad y cada instituto tienen su propio Linus. El chico que es el rey del lugar, que hace lo que quiere y al que nunca cuestionan durante esos años inciertos. Pero el tiempo de Linus en el trono está a punto de terminar. De hecho, puede que ya haya terminado. Anton lo ha visto antes: los reyes son derrocados por aquellos que dedican su tiempo a los estudios y a intereses extraños.

Anton se apresuró a condenarlo cuando su novia lo denunció por maltrato. Ha reflexionado muchas veces sobre lo que sucedió y teme haber actuado de esa manera llevado por un simple deseo de venganza. Era su oportunidad de desquitarse por todos esos años difíciles. Pero no quiere ser ese tipo de persona.

—Nuestros técnicos han revisado vuestra habitación en Casa Ronnum y el área alrededor de la finca. —Anton carraspea—. Y hemos podido confirmar que Lisa-Marie no fue asesinada en la cascada Skäktefallet. Su cadáver fue trasladado hasta allí.

Linus frunce el ceño y se inclina sobre la mesa.

—¿Qué coño estás diciendo?

—Estoy diciendo que lo más seguro es que Lisa-Marie fuera asesinada en Casa Ronnum.

—Pero ¿dónde?

Anton se aclara la garganta, pero antes de que pueda decir algo, Bodil interviene:

—Al otro lado de tu ventana —dice bruscamente—. La mataron allí y luego alguien tiró su cuerpo a la cascada.

Linus mira a Bodil, luego a Anton y de nuevo a Bodil. Anton se siente obligado a disculparse por el tono brusco de su compañera.

—Sí —dice, intentando usar un tono más suave—. Eso es lo que creemos que ocurrió.

Linus los mira con fijeza y deja caer todo el peso de su espalda en el respaldo de la silla.

—Entonces, ¿estáis diciendo que, mientras yo estaba dormido, LM fue atacada justo fuera de mi ventana?

Anton asiente en respuesta.

—¡Joder! —exclama, extendiendo ambas manos delante de él.

Por mucho que Anton deteste a las personas como Linus, siente pena por él. No le desearía a nadie lo que está experimentando ahora. Le resulta imposible imaginar el horror de que hubieran encontrado a Gabbi muerta la mañana después de su boda. Se le revuelve el estómago solo de pensarlo.

—Pero ¿por qué?

—Esa es la gran pregunta —replica Bodil.

Linus menea la cabeza y mira a ambos como si esperara que le dieran la respuesta.

—Algo la hizo salir de la habitación e ir al jardín a última hora de la noche o a primera hora de la mañana —explica Anton—. ¿Qué crees que podría haber sido?

—¿O quién? —pregunta a su vez Bodil.

—Ni puta idea —contesta Linus, meneando la cabeza de nuevo.

—Me gustaría hablar de la película del banquete —dice Bodil, y Linus levanta la vista para mirarla—. Lisa-Marie aparece discutiendo con alguien. ¿Era contigo?

—¿Discutiendo? —Vuelve a mirar sucesivamente a uno y otro—. No. No discutimos. Ya me lo habéis preguntado antes. Si estábamos recién casados. —Se pasa una mano por el pelo con desesperación—. Era nuestro banquete de bodas. ¿Por qué íbamos a discutir?

—No me lo preguntes a mí.

—No. —Sacude la cabeza—. No hubo ninguna discusión.

—¿Con quién podría haber sido entonces?

—No lo sé. ¿Ya puedo irme? —contesta, gesticulando con las

manos.

Linus vuelve a mirar a uno y otro, y Anton se inclina hacia él.

—Hay una cosa más que necesito preguntarte antes de dejarte ir.

—¿El qué?

Anton coge el móvil.

—Vuelve a mirar este vídeo y dinos qué ves —dice, dándole el teléfono a Linus; este lo coge y mira la pantalla.

Anton escucha el sonido del vídeo: la música mientras Lisa-Marie y Linus bailan el vals vienés, el murmullo de los invitados, los vítores y, finalmente, los aplausos. Luego, se hace el silencio y Linus le devuelve el teléfono.

—¿A qué te refieres? —su tono se vuelve más severo—. Somos Lisa-Marie y yo bailando. Es nuestro maldito vals de bodas. Ya lo sabes. Ya lo hemos hablado antes —añade con énfasis, y Anton no sabe si se lo toma así por no llorar o si de verdad es así de duro.

Anton lo mira directamente a los ojos. No piensa echarse atrás.

—¿Y a quién estás mirando ahí?

Linus parpadea y menea la cabeza.

—Ya te lo he dicho antes. No estoy mirando a nadie. Solo a LM.

—No todo el tiempo —asegura, encontrando la mirada de Linus—. También estás mirando a alguien entre los invitados.

Se miran fijamente el uno al otro y Linus es el primero en ceder. Se pasa la lengua por el labio y agita las manos.

—No tengo ni idea de qué estás hablando.

Anton inclina la cabeza sin quitarle los ojos de encima.

—¿Estás seguro de eso?

—Claro que sí. ¿No estás oyendo lo que te digo? ¿Puedo irme ya? —pregunta de nuevo, poniéndose de pie. Coge la chaqueta de cuero que cuelga en el respaldo de su silla y se la pone.

Anton asiente y dice:

—Solo una cosa más. Veo que llevas ropa cara y conduces un Porsche, pero ni tú ni Lisa-Marie tenéis un salario que permita esos gastos. ¿Podría ser que hayas tomado dinero prestado de las personas equivocadas y no lo hayas devuelto como debías?

Linus traga saliva y se sube la cremallera de la chaqueta.

—¿Podría ser esta la causa de lo que le ha pasado a Lisa-Marie? Porque, si es así, alguien más podría ser el siguiente —explica Anton, inclinándose hacia delante—. Quizá alguien más de tu familia. —No puede creer lo que está a punto de decir, pero lo dice de todas maneras—. Como tu hermana pequeña, o tu madre y tu padre.

45

Hedda conduce un Saab verde, una reliquia de los tiempos de apogeo de Trollhättan, cuando era conocida por la fabricación de automóviles. La fábrica sigue en el polígono industrial de Stallbacka, pero ahora se lee «Nevs» en letras futuristas en la fachada. Los chinos la han comprado y en su interior se hacen ahora coches eléctricos: el futuro de la industria automotriz. El Saab es un modelo de 1998. Es ruidoso y tiene una luz roja de advertencia en el salpicadero, pero su colega Carina, quien le ha prestado el coche, le ha dicho que no se preocupe por eso. Siempre está encendida, pero el vehículo sigue funcionando.

Su padre aún trabajaba en Saab el año en que se construyó este modelo. Pero no duró mucho tiempo en ese empleo. También lo despidieron. Sonríe mientras mira la luz roja encendida. No le extrañaría que su padre fuera el responsable de colocar esa luz que no funciona. Habría sido muy típico de él.

Avanza lentamente hacia el aparcamiento y se detiene. Una vez que obtuvo el nombre «Mona Schiller» no fue difícil encontrar la dirección de su casa. Basta con buscar en Google. El hecho de que le haya comprado Villa Björkås al municipio de Vänersborg es un acontecimiento que no ha pasado desapercibido para *TTELA*, el periódico local. Pero no solo ha encontrado la casa donde vive Mona, sino también la información de que ha sido abogada y juez, que ha vivido muchos años en el extranjero y que su hijo está a cargo de la investigación por el asesinato de Lisa-Marie, o Angel, como se hacía llamar en la Casucha. Se queda mirando la casa durante unos segundos, preguntándose por qué habrá ido al club a preguntar por ella.

No está muy segura, pero tiene la intuición de que puede sacar algo de todo esto. Todavía no sabe qué, pero algo le dice que Mona Schiller puede crearle oportunidades, y a ella siempre se le ha dado bien aprovecharlas.

Hurga en su bolso y encuentra un paquete de chicles. Se lleva dos a la boca mientras piensa en cómo responderá a la pregunta de cómo ha conseguido su nombre. Logró lo que quería y ya está. A veces hay que ensuciarse para alcanzar lo que uno quiere. No es nada raro.

Se baja del coche y sus zapatillas blancas producen un crujido amortiguado mientras camina hacia la casa. Ve un Land Rover negro recién lavado que brilla bajo el sol y un par de bojes en macetas grises

junto a los escalones. Huele a hierba recién cortada y, al mirar en dirección al estanque, ve un gran arbusto de rododendros en plena floración. Siente como si el sol y los aromas dieran vida a algo en su cuerpo. Trabajar en el club por las noches y estudiar durante el día la mantienen alejada del aire libre. «Estoy tan pálida como un puto vampiro —se dice a sí misma, entornando los ojos ante la intensa luz —. Tengo que salir más».

Sube dos escalones y choca accidentalmente con un cuenco de porcelana que resuena contra otro. Se planta en la puerta y toca el timbre.

46

Algo le resulta familiar en la joven que aparece delante de ella, pero no logra ubicarla. Lleva unos vaqueros rotos, como todas las chicas, y una camiseta blanca medio metida por la cintura. Lleva el largo pelo oscuro recogido en un moño y en la mano sostiene un llavero que hace oscilar lentamente de un lado a otro.

—Hola —dice, mascando un chicle—. Me llamo Hedda.

—¿Sí? —pregunta Mona, aún sin poder recordar dónde la ha visto antes.

—Te vi ayer en el club.

Mona frunce el ceño por un instante y entonces recuerda dónde la ha visto: Hedda es una de las bailarinas del Privat. La última vez que la vio estaba deslizándose en uno de esos postes y llevaba menos ropa que ahora. Pero ¿qué hace aquí, frente a su casa?

—Ah, sí —comenta—. Así que allí es donde te he visto. No te había reconocido del todo.

—Sí, suele pasar. —Hedda sonríe con cierta ironía, encogiéndose de hombros—. La gente no me reconoce cuando estoy vestida.

—Sí, supongo que es por eso —dice Mona—. Pero también debes tener una vida fuera del trabajo, ¿no?

—Más o menos —contesta.

—¿Y cómo es que me has encontrado? —pregunta Mona.

—No ha sido tan difícil.

Mona asiente en silencio. Le parece que Hedda posee una impresionante belleza y unos ojos vivaces e inteligentes. Pero también hay cierta oscuridad en ellos y no puede evitar preguntarse qué ocultan. ¿Quién es y qué quiere? No está segura de querer dejarla entrar en su casa, pero la curiosidad pesa más, así que da un paso al lado.

—Estaba a punto de preparar una taza de té. ¿Quieres entrar? —le pregunta—. Supongo que tienes algo importante que decirme, ya que te has tomado la molestia de buscarme y venir hasta mi casa.

—Bueno, nadie puede rechazar una taza de té —responde Hedda, y enseguida entra en el vestíbulo y empieza a quitarse los zapatos.

—No te los quites —le pide Mona, y Hedda se encoge de hombros una vez más—. ¿Tienes prisa o tenemos tiempo para preparar unos panecillos para el té?

—¡Claro! Suena estupendo —responde, y recorre el vestíbulo con

la mirada.

Mona tiene la impresión de que Hedda está memorizando cada pequeño detalle. ¿Quién es en realidad esta persona que ha invitado a entrar en su casa?

47

Al principio se oye una especie de rugido apagado, parecido a un trueno que va creciendo en intensidad. Dieciséis motocicletas suben por el camino de grava y después atraviesan la avenida, flanqueada por árboles, hasta llegar a la casa de Bodil, produciendo un sonido casi ensordecedor. Cuando se detienen uno a uno y apagan los motores, el silencio que sigue se siente como un alivio. Anton mira al grupo de motociclistas. Todos ellos llevan chalecos negros con el mismo emblema de un gorila en la espalda. Brazos tatuados, pelo largo y mucha barba. Llevan los ojos ocultos bajo gafas de sol oscuras y no hay ni un atisbo de sonrisa en ninguno de esos rostros duros.

Uno de ellos despliega el caballete y eleva la pierna sobre la pesada motocicleta Harley-Davidson. Se quita el casco, revelando un tatuaje donde se ve un gorila mostrando los dientes. Está hecho con tanta destreza que parece sobresalir de su cráneo bien afeitado. El tipo comienza a caminar hacia Anton y Bodil, haciendo un gesto apenas perceptible con la mano hacia otros dos hombres, que se disponen a seguirle los pasos. El gesto hace que se detengan. Sus pesadas botas negras golpean rítmicamente contra el suelo seco y se sube las mangas de la sudadera negra, mostrando un par de poderosos y bien tonificados antebrazos.

—¿Qué hay? —pregunta después de detenerse frente a ellos. Se levanta las gafas de sol, dejando ver sus ojos oscuros.

—Hola, Gordy, veo que has venido con todo tu séquito —dice Bodil, pasándose el *snus* por debajo del labio con la lengua y mirando a su alrededor.

—Siempre —contesta, volviéndose hacia Anton con una sonrisa—. ¿Cómo está tu hermano?

Anton se queda helado al escuchar esas palabras. Está a punto de responder cuando Bodil señala hacia la vivienda. Se puede ver una escalera apoyada en la fachada amarilla de la casa y un juego de muebles blancos descascarados en medio de la hierba alta.

—¿Podemos sentarnos unos minutos? —le pregunta.

Gordy sigue sonriéndole socarronamente a Anton y este entiende lo que está haciendo. Gordy sabe que tener un hermano delincuente es un tema delicado para él. Pero no vale la pena dejarse provocar, al menos no por culpa de Wille.

Al final, Gordy dirige la mirada de vuelta a Bodil.

—No, tiene que ser rápido.

—Está bien. Entonces, iré al grano. Debes haber oído que estamos investigando el asesinato de Lisa-Marie.

—Sí.

—¿Conoces a Linus Forsmark? Su marido.

Gordy niega con la cabeza. Antón rebusca su teléfono en el bolsillo y vuelve a mirarlo.

—Ahora te lo muestro en el móvil —dice, y Gordy asiente tras una breve vacilación.

Anton lo saca y le muestra una foto de Linus.

—¿Estás seguro? —le pregunta.

Gordy ni mira la foto ni responde.

—Solo queremos aclarar una cosa —interviene Bodil, volviendo a empujar el *snus* dentro de su boca con la lengua—. ¿Te pidió dinero prestado?

Gordy levanta lentamente la mirada hacia ella.

—Voy a responder a eso, pero solo para que tú y yo estemos en paz.

48

A Hedda le encanta la casa de Mona. Así es exactamente como le gustaría que fuera la suya un día. Los colores bien combinados le dan un aspecto exclusivo y sofisticado. Siente el impulso de tocarlo todo. Los cojines del sofá que parecen tan suaves, la gruesa manta de viaje sobre el respaldo, los cuadros en las paredes, el precioso ramo de flores que tiene en un jarrón y las gruesas alfombras en el suelo. Nunca ha estado en una casa tan bonita. Lo más cerca ha sido el piso de Belinda en la calle Lindholmen, en Gotemburgo. Cuando estuvo en su vestíbulo un poco más temprano, le dio la impresión de que era un sitio completamente impersonal. Parecía más un hotel que un hogar. Pero la casa de Mona es todo lo contrario.

Camina con lentitud por la habitación hasta detenerse frente a un aparador lleno de fotografías con gruesos marcos plateados. Se inclina para mirar a todas esas personas sonrientes. En muchas de las fotos aparece Mona en compañía de alguien. De pronto, su mirada se fija en una persona en particular. Coge la foto y va detrás de Mona, que se ha ido a la cocina. Sostiene el pesado marco con la foto delante de ella.

—¿Es Jan Eliasson el de la foto? ¿Y esta eres tú?

Mona levanta la vista de la despensa, mira la imagen y asiente.

—Sí, así es —contesta mientras saca harina, levadura en polvo, mantequilla, leche y sal, y los coloca en la encimera reluciente.

Hedda mueve la cabeza, sorprendida. ¿Cómo puede decirlo tan tranquila? Es Jan Eliasson, por Dios. El mismísimo Jan Eliasson. Su ídolo. Es su modelo a seguir. Ha sido mediador en conflictos armados, embajador y ministro de Asuntos Exteriores. Todas las cosas que ella sueña hacer algún día. Eliasson tampoco lo tuvo fácil de niño, pero consiguió llegar hasta la cima. Igual que hará ella.

—Pero ¿de qué lo conoces? —pregunta, dejando la foto con suavidad para recibir el paquete que Mona está entregándole. Hedda la mira con nuevos ojos. ¿Quién es esta mujer? Es rica de verdad, eso está claro. Con esta casa, este coche y estas joyas, no puede ser otra cosa. Y conoce a Jan Eliasson. Hedda menea la cabeza una vez más. Está a punto de hornear bollos en la cocina de una mujer que conoce personalmente a Jan Eliasson. No puede evitar que se le escape una sonrisa. Esto es irreal. Ahora se siente todavía más convencida de que tiene algo que ganar con esta visita.

Mona se detiene y mira a Hedda. Percibe su cara de sorpresa y le

devuelve la sonrisa.

—Ya, es que conozco a tantas personas —dice, gesticulando con las manos—. Jan es un tipo agradable —continúa, cogiendo la foto con una sonrisa—. Vamos a empezar a hornear. Pero, primero, voy a poner esto en su sitio.

Hedda frunce el ceño. ¿Qué ha sido todo eso? ¿No confía en ella? ¿Por qué tiene tanta prisa en llevarse la foto? Tal vez piensa que va a robársela. Típico. Solo porque es una estríper. Mira el barreño que tiene en la mano mientras piensa: «En ese caso, puede hornear sola».

Pero Hedda sigue con el barreño para amasar en la mano.

—No sé cómo hacerlo —le confiesa a Mona cuando esta vuelve.

—Es fácil. Solo hay que mezclar la harina, la levadura en polvo y la sal. Luego, coges la mantequilla y usas los dedos para cortarla en una pasta granulada. Una vez hecho esto, añades la leche y mezclas todo hasta formar una masa. Ya verás que puedes hacerlo.

«Está bien», piensa Hedda, y comienza a mezclar los ingredientes mientras Mona prepara una bandeja para hornear. La mantequilla parece escaparse de sus manos y, cuando espolvorea la harina, le viene a la mente el polvo blanco que ha visto en el camerino del club. Continúa amasando y levanta la vista hacia Mona.

—¿Qué hacías ayer en el club? —pregunta.

Hedda se espera una respuesta más bien vaga, considerando que nadie quiere que lo pillen en un club de *striptease*. Pero no es así.

—Tenía que comprobar algo.

—Me han dicho que estabas preguntando por Lisa-Marie.

—Sí, es verdad —confirma Mona, dejando dos tazas de té floreadas en la bandeja, lo cual produce un leve tintineo.

—¿Por qué? ¿Qué estás buscando?

Mona se acerca y observa lo que hace por encima del hombro.

—Ya puedes recoger la masa. Ponla aquí. —Señala la encimera de la cocina—. Córtala en cuatro trozos y luego aplánalos en forma de tortas redondas.

Hedda hace lo que le dice y se da cuenta de que, en realidad, le agrada sentir la masa formándose en sus manos.

—Está muerta, pero ya debes saberlo —asevera Mona, encontrando su mirada.

—Sí, ya lo sé —afirma, y de repente se siente un poco insegura. Es verdad que han asesinado a alguien. Continúa de todas maneras—: Pero ¿qué hacías en el club?

Mona parece dudar por un instante y luego dice:

—Fui porque una amiga de Lisa-Marie me dijo que trabajaba allí antes de ser asesinada, así que quise comprobar si era cierto.

Hedda asiente de inmediato.

—Es cierto. Lisa-Marie trabajaba allí. Pero no creo que ella haya

estado nunca en el Privat. Solo en la Casucha. Aunque no entiendo qué tienes que ver con todo esto.

—Estoy ayudando a un amigo —dice, y cambia de tema—. ¿Qué es la Casucha?

—Es otro club. En Bryggum. Algunas chicas bailan allí también, pero solamente una vez por semana.

—¿Como una filial del Privat? —pregunta Mona, frunciendo el ceño.

Hedda se encoge de hombros.

—Se podría decir. Pero no es como el Privat. Es mucho más cutre, la verdad. —Suelta una carcajada—. Por eso lo llamamos la Casucha. O también el Palacio de las Tetas —dice esto último, sobre todo, para ver si Mona reacciona, pero no lo hace.

—¿Y allí trabajaba Lisa-Marie? —pregunta Mona sin más.

—Sí. Bueno, debe haber trabajado unas pocas veces —contesta, pensando en lo mucho que le disgusta trabajar allí y en los rusos borrachos.

—¿Y la conocías?

—No, no tanto. ¿Y tú?

—No, no nos conocimos nunca, pero, como he dicho antes, estoy ayudando a un amigo con la investigación.

—Ah, ¿sí? ¿Como detective privada o algo así? —le pregunta, aplastando la masa, que ahora ha dejado de pegarse a sus dedos.

—No, no como detective privada. Más bien como… —Duda y la mira—. Bueno, sí, se podría decir.

—¿Y para quién trabajas?

—No puedo decírtelo.

—Está bien. Lo entiendo —asegura Hedda, encogiéndose de hombros; luego, pone la masa en una bandeja y se la entrega a Mona. Es obvio que no confía en ella. La observa mientras mete la bandeja en el horno y en ese momento cae en la cuenta de que nunca ha comido panecillos caseros.

—Eso significa que debes respetar el secreto profesional, ¿no?

—¿A qué te refieres?

—A que, si te digo algo, no puede salir de aquí.

—Depende de lo que sea. Tal vez tenga que decírselo a la policía.

Hedda asiente en respuesta.

—¿Sabes? —replica cuando Mona se gira—. Cuando leo sobre ella o escucho a las personas que hablan de ella, es como si fuera una persona completamente diferente de la que conocí en el trabajo.

—¿Porque era estríper?

—No —dice, negando con la cabeza—. Trabajar como estríper es una cosa. Pero follar por dinero es otra.

49

La puerta se cierra detrás de Anton al salir de la comisaría. Empieza a caminar lentamente hacia el parque Hjortmosseparken, con sus bocadillos del almuerzo en una bolsa que sujeta con la mano, cuando de pronto suena el teléfono. Lo saca del bolsillo y oye:

—Hola, soy My. —La voz aguda e infantil de la forense le perfora el oído.

—Hola —contesta él sin aminorar la marcha—. ¿Cómo va todo? ¿Habéis encontrado algo?

—Sí, por eso te llamo. De hecho, es algo bastante raro.

—Ah, ¿sí? —Anton se detiene y siente que el pulso se le acelera por la anticipación.

—Los técnicos forenses han encontrado algunos rastros de talco en la axila derecha de Lisa-Marie.

—¿Polvos de talco? —contesta Anton, frunciendo el ceño.

—Sí.

—¿Por qué en la axila?

—Es una muy buena pregunta que no puedo responder. Además, es tan poco que apenas se nota. De hecho, habría sido borrado por el agua si no fuera porque estaba recostada sobre ese brazo. El peso de su cuerpo hizo que el agua casi no llegara hasta allí.

—Ya veo. —Hace una pausa y escucha los sonidos del parque. Voces de niños y gritos de un partido de fútbol—. Bueno, puede ser que tengan amigos con bebés, pero el hecho de que haya acabado en su axila es un poco extraño.

—Mmm —afirma ella sin abrir la boca—. Otra cosa. He estado mirando el archivo del padre de Lisa-Marie, como me habías pedido.

—¿Y qué has encontrado?

—Estoy de acuerdo contigo. No tiene sentido.

—¿El qué?

—Creo que nuestros colegas se apresuraron demasiado al clasificarlo como un suicidio.

—Entonces, ¿no fue un suicidio? —dice, apretando la bolsa en su mano con fuerza.

—Me resulta muy difícil creerlo. Fredrik Svensson tenía un nivel de alcohol en sangre de dos coma seis por mil cuando murió. Sabemos que tenía problemas con la bebida, de modo que no es el alcohol en sí lo que me hace dudar. Pero que una persona tan ebria pueda cortarse

las venas con tal precisión parece casi imposible. Lo más probable es que su equilibrio y su coordinación estuvieran muy afectados. Dudo que hubiera podido ponerse en pie sin apoyo. Y, seguramente, tenía visión doble. Su percepción debía ser muy limitada. No podría haberse abierto las venas con cortes tan rectos y, además, en el lugar exacto. Alguien debió ayudarlo.

50

Mona coloca los panecillos en el plato que tiene delante. Se limpia los dedos en la servilleta, mira a Hedda y decide volver al tema que estaban tocando.

—¿Estás tratando de decir que Lisa-Marie era una prostituta?

—Sí, más o menos. Aunque, claro, depende de lo que se entienda por *prostituta*. Vamos, que Lisa-Marie no era una persona muy fina —explica Hedda mientras unta mermelada de frambuesa y ruibarbo sobre el pan caliente. Se lo lleva a la boca y la mermelada se desliza por sus dedos; se los lame antes de continuar—: Todo el mundo dice eso ahora que está muerta. Que era tan buena persona y que la conocen desde que era una niña. Pero la mayoría de la gente no la conocía lo más mínimo.

Mona puede ver la comida en la boca de Hedda mientras mastica y siente ganas de pedirle que no hable mientras come.

—Pero no me malinterpretes —continúa, cogiendo el cuchillo de mermelada y agitándolo—. No estoy juzgándola. Lo de cobrar es cosa de cada una. Tengo muchas colegas que son un pan y hacen lo mismo porque no tienen otra opción. Lo que quiero decir con que no era muy fina es que no era una buena persona. Solo le interesaba el dinero y le daba igual cómo tuviera que conseguirlo. Cualquier cosa que funcionara estaba bien. Como follar con el jefe por dinero.

Mona se reclina en su silla.

—Pensé que tenías una jefa, Belinda… —Mona hace una pausa, sintiéndose estúpida de repente. Las mujeres pueden tener sexo con mujeres. Por supuesto que también existe ese tipo de prostitución. Pero ¿qué será de Sara cuando esto salga a la luz? Podría haber soportado lo del *striptease*, pero ninguna madre puede superar el hecho de que su hija venda su cuerpo.

—No, no, no fue con Belinda. —Hedda echa la cabeza hacia atrás y se ríe a carcajadas, ya que todo esto le hace mucha gracia—. Con el viejo de la empresa de limpieza, por supuesto.

Mona la mira fijamente. ¿Está hablando de Johnny Landström? Le viene a la mente el vídeo de la boda, donde aparece con un traje gris al lado de Lisa-Marie. Recuerda la sonrisa de Johnny y el momento en el que le pone una mano en el hombro y le dice que se ha convertido en una joven encantadora.

—¿Te refieres a Johnny Landström? —le pregunta con evidente

escepticismo, pero entonces recuerda el guiño que Johnny le hizo a Lisa-Marie, lo cual parecía indicar que compartían algún secreto.

Hedda asiente y vuelve a chuparse los dedos.

—¿Sabías que fue él quien la entregó en la boda?

Hedda resopla.

—Ah, ¿sí? Me lo imagino. El tipo es un verdadero cabrón, así que eran el uno para el otro.

—¿Y su marido, Linus, sabía esto?

—No. No creo. Según tengo entendido, la mayor parte fue hace un par de años. Antes de que empezara en la Casucha. —Coge el resto del panecillo y lo mastica también con la boca abierta—. De hecho —continúa—, Lisa-Marie lo amenazó con contárselo a su mujer si no le daba dinero a cambio.

—¿Así que lo chantajeó? —dice Mona, mirándola a los ojos.

—*Sip*, varios años después. Así que ya debes entender por qué he dicho que Lisa-Marie tenía un lado oscuro.

—Pero ¿cómo sabes todo esto? Has dicho que no erais amigas.

Ella se encoge de hombros.

—Lisa-Marie hablaba de ello. Todas saben quién es Landström porque suele visitar la Casucha. Un día ella se lo estaba diciendo a alguien y yo escuché por casualidad. Digamos que soy un poco como tú —se ríe y luego se relame los labios—, una persona muy curiosa.

«¿Una persona muy curiosa?». No sabe si sentirse ofendida o halagada por esas palabras, y aún no entiende del todo por qué ha venido Hedda. Le lanza una mirada seria.

—¿Por eso has venido aquí?

—Sí. —Hace una pausa antes de continuar—: Me ha picado la curiosidad. Vas al club para preguntar por una estríper asesinada cuando ni siquiera la policía lo ha hecho, has sido juez y, encima, tu hijo es el policía que está investigando el asesinato.

Mona menea la cabeza.

—¿Cómo lo sabes?

—Pues porque lo he leído en Internet. Y ahora me dices que estás investigando el asesinato tú misma —dice, encogiéndose de hombros —. Así que ya está, ahora tienes la información y puedes hacer lo que quieras con ella, excepto decir de dónde la has sacado.

51

El edificio parece una gigantesca caja de color azul grisáceo que alguien ha tirado al lado del ferrocarril. Y el enorme cartel con el logotipo de la empresa de limpieza Jola le recuerda al de Gekås de Ullared. Con el mismo fondo amarillo y el borde azul alrededor de las letras. «Debe atraer a algunos clientes que lo asocian con precios bajos», piensa Mona.

En su camino hacia la entrada, pasa junto a un par de coches compactos de color blanco que están aparcados fuera del edificio. Abre la puerta y entra. Sabe que debe contarle a Anton todo lo que ha averiguado sobre Hedda. Y lo hará. Pero primero quiere conocer a Johnny Landström para comprobar si es el tipo de persona que Hedda ha descrito.

Hay música en el interior del edificio y Mona se dirige hacia ella, atravesando el vestíbulo y entrando en una habitación que cumple las veces de área de trabajo y de sala común. Está bien iluminada y tiene techos altos. Se pueden ver escritorios de pie, un juego de sofás, un futbolín y un par de escritorios normales a lo largo de la pared más lejana. Es un lugar acogedor y parece más una sala de estar que un área de trabajo.

Allí está él, en la esquina, junto a un par de sillones verdes cuyo diseño le recuerda a Barbapapá. No lleva traje, como en la boda, sino un pantalón negro y un jersey de pico con el cuello doblado en la nuca. Lleva el pelo grueso y entrecano peinado hacia atrás y está cerca de una joven que lleva una camiseta negra ajustada y unos vaqueros desgastados. De hecho, demasiado cerca, en opinión de Mona. Observa que se inclina más y le pone una mano en la cintura para acercarla.

—No, maldita sea —dice para sí misma—. ¡Hola! —grita Mona. Landström suelta a la mujer y da un paso al lado.

Camina hacia ellos con pasos firmes y, al llegar a donde están, pone los brazos en jarras y mira a ambos alternativamente. Está furiosa con este hombre que parece creerse con el derecho de poner sus manos sobre ella como si fuera su dueño.

La mujer mira a Mona, baja la mirada y retrocede. Esto la enfada todavía más, pues ella no ha hecho nada malo. No debería avergonzarse. Es su jefe quien se está comportando de una manera del todo inaceptable.

Mira a Johnny de nuevo y no percibe la más mínima vergüenza en sus ojos. En ese instante, decide que debe asegurarse de que reciba su merecido. Tal vez no sean el momento ni el lugar adecuados para ello, pero ese día llegará, y ella estará allí para verlo.

—Necesito un servicio de limpieza —explica, dando un paso atrás.

Johnny se estira y sonríe de manera petulante.

—Has venido al lugar correcto —asegura, y se vuelve hacia la mujer—. Lisa, id sin mí, que yo iré más tarde. —Entonces se vuelve hacia Mona—. Si prefieres, podemos pasar a mi despacho para hablar de lo que necesitas.

—Vamos —contesta, mirando a Lisa, quien se marcha tras lanzarle una tímida mirada.

—¿Quieres un café? —pregunta, señalando con la cabeza la máquina de café que está en la esquina.

—No, gracias. —Mona no quiere nada de él.

—Bueno, pues vamos entonces —dice él con una sonrisa, y todo esto le confirma a Mona la impresión que tuvo cuando lo vio en el vídeo de la boda. Se ha encontrado con muchos hombres así en su vida. Hombres encantadores que se creen un regalo de Dios para las mujeres. Se lo puede imaginar perfectamente haciendo la corte en la Casucha; se altera al pensar en Hedda y en que seguro que este tipo también ha intentado ponerle las manos encima.

Suben las escaleras y atraviesan un pasillo. Entonces él se detiene y le abre una puerta.

—Entra, por favor —pide, extendiendo la mano.

No la sorprende descubrir que en su despacho dominan dos objetos: un gigantesco escritorio de madera oscura y un sofá igual de grande. Llega a la conclusión de que este tipo no puede ser el responsable de la espaciosa decoración que hay en la planta baja mientras se sienta en el mullido sofá.

—¿Y qué tipo de limpieza tienes en mente? —pregunta Johnny, sentándose en el sillón.

—Tengo una casa grande.

Él asiente de inmediato.

—Villa Björkås, ¿no? —Él también sabe dónde vive.

—Sí. Además, tengo planes de convertir una parte de la casa en mi negocio.

—Ya veo. —Levanta las cejas de forma inquisitiva—. ¿Qué tipo de negocio?

—Soy consultora legal, así que sería un espacio para despacho.

Mona se levanta con dificultad del mullido sofá para sentarse en el borde.

—Por cierto —dice, apartándose el flequillo de la frente—, creo que, después de todo, sí voy a aceptarte una taza de café.

—Ah, ¿sí? —Parece sorprendido—. Vale. Ahora te la traigo.

—Qué amable. Con leche, por favor.

Johnny asiente sin más, se levanta y se va.

—Con leche caliente si tienes —especifica Mona alzando la voz.

Una vez que el sonido de sus pasos se ha desvanecido, Mona se levanta para acercarse al escritorio. Al mover el ratón de su ordenador, la pantalla se enciende y muestra una página de inicio de sesión. Pero ella no intenta iniciar sesión, sino que mira los documentos que hay sobre la mesa y hojea un bloc de notas. Saca el móvil y hace unas cuantas fotos. Después, abre los cajones del escritorio y ve que están llenos de bolígrafos, clips, más documentos, cables enredados y, por supuesto, un paquete de condones.

Cierra el cajón de golpe y, al volver con el café, Johnny la encuentra sentada, como estaba, en el sofá.

—Entonces —comenta, entregándole la taza—, ¿eres consultora jurídica, dices? Suena interesante.

—Sí, es verdad. De hecho, ahora mismo estoy trabajando en una investigación muy interesante: el asesinato de Lisa-Marie. Supongo que habrás oído hablar de ello.

La sonrisa de Johnny se esfuma y se sienta de nuevo en el sillón.

—Por supuesto. Después de todo, Lisa-Marie trabajaba aquí con nosotros.

—Sí. Debe ser muy duro. Tengo entendido que era una persona muy cercana a ti.

—Se podría decir que sí. —Se relame la boca para humedecerse los labios secos.

—En muchos sentidos, ¿no? —incide Mona.

—¿Qué quieres decir? —le contesta, frunciendo el ceño.

—Teníais una relación.

Al escuchar esto, Johnny la mira y se relame los dientes; luego, dice con tranquilidad:

—Esas cosas pasan. Pero fue hace mucho tiempo y fue algo consentido. Eso no me convierte en un asesino si es lo que has venido a investigar.

Mona lo mira fijamente. ¿Algo consentido? Cuando contrató a Lisa-Marie, tenía solo veintiún años y él debía tener unos cincuenta. Se levanta y dice:

—Creo que ya he escuchado suficiente.

52

El olor a café recién hecho se mezcla con la brisa del lago Vänern. Los pies descalzos sobre la ladera de piedra calentada por el sol, el sonido del agua chocando contra la montaña y el viento sacudiendo suavemente los juncos. En realidad, no hay nada mejor que venir a sentarse aquí a contemplar el gigantesco lago con una buena taza de café y cavilar sobre las peculiaridades de la vida. Anton se lleva la taza a la boca y se gira al oír que un coche se detiene frente a la casa.

Oye que la puerta del coche se cierra de golpe y ve a su madre, que camina por el césped. Su pelo rubio brilla bajo el sol y desde la distancia casi parece una joven con unos vaqueros claros, una camiseta negra y un gran bolso colgado del hombro. No parece una mujer de cincuenta y seis años.

Cada vez que la ve se pregunta si algún día les explicará por qué los abandonó. No puede entender que se marchara solo por un enamoramiento. Los hijos deberían ser más importantes.

Mona llega hasta él y se agacha para darle un abrazo perfumado que le hace sentir un poco de calor.

—Se ve que lo estás pasando bien —asegura con voz alegre, dejando su bolso sobre el montón de piedras y acomodándose a su lado. Se estira para quitarse también los zapatos, dejando al descubierto un par de pies blancos con las uñas pintadas de rojo.

—Sí, no puedo quejarme —confiesa, mirando hacia el agua—. Esos peces que nadan ahí abajo no saben la suerte que tienen.

Mona lo mira de soslayo y suelta una carcajada.

—Qué cosas dices —exclama, y luego mueve los dedos de los pies.

Los dos hermanos tuvieron una buena crianza con su padre, que era un hombre bueno y justo. Valiente y trabajador. De esos hombres anticuados que no hablan de sentimientos. No lo tuvo fácil, pero lo hizo lo mejor que pudo, a pesar de que no consiguió evitar que Wille acabara con las personas equivocadas y que Anton se volviera un tanto huraño cuando la gente a su alrededor lo consideraba demasiado raro.

Pero cuando se casó por segunda vez, con Betty, las cosas mejoraron un poco. Ella intentó comprender lo que su padre no podía o, en muchos casos, no se atrevía a entender. Sin embargo, aunque Betty lo ayudó bastante, Anton sigue creyendo que nunca superó el abandono por parte de su madre. Quizá sea algo normal, teniendo en

cuenta la forma en que lo hizo.

Anton deja la taza y esta se tambalea sobre la roca.

—¿Quieres café? —pregunta—. Ah, por cierto, ayer horneé un pastel.

—¿Has estado horneando? Pero ¿cómo haces para tener tiempo para todo? —pregunta ella, gesticulando con las manos.

—Bueno, la vida es aquí y ahora, y será lo que hagamos con ella.

Mona asiente y a él lo sorprende sentir esta extraña conexión con su madre, a pesar de que no se conocen mucho en realidad. Tiene muchas cosas que contarle sobre lo que ha pasado en todos estos años. En caso de que se quede, claro. Anton se levanta y la mira.

—¿Te acompaño? —pregunta ella, mirando hacia arriba.

—No, no hace falta. Quédate aquí y disfruta del poco sol que hay todavía. Ahora vuelvo.

Camina por el césped y, antes de entrar en la casa, mira de nuevo hacia Mona. Está quieta, con la mirada puesta en el agua. Anton no está acostumbrado a verla tan estática. La recuerda como alguien que siempre estaba en movimiento, siempre con algo en las manos y la mente en otra parte. Como si en realidad nunca estuviera presente.

53

Mona puede ver que Anton ama este lugar y por ello la alegra que se haya quedado a cargo de la casa. Su madre y su padre no podrían haberla dejado en mejores y más cariñosas manos. Además, fue él quien se ocupó del jardín cuando ellos ya no podían hacerlo a causa de la edad, así que es lo justo. Quizá debería haber estado más por aquí para ayudarlos, pero Anton lo ha hecho muy bien en su ausencia.

Le parece reconfortante sentarse aquí, mirando el agua. Casi puede imaginarse a su padre viniendo a sentarse con ella en cualquier momento y poniéndole un brazo encima, o a su madre gritando que es hora de cenar. Los echa de menos y piensa que debería haber estado aquí con ellos durante sus últimos años. «Pero tenían a Anton», se dice a sí misma una vez más.

Anton vuelve a cruzar el césped, trayendo consigo una bandeja con tazas, platos, servilletas y un pan suave. Se ha remangado los vaqueros hasta los tobillos y sus pies descalzos se hunden en la hierba. Mona sonríe para sí misma al recordar que a Anton siempre le ha gustado ir descalzo. Desde que era niño. Lo primero que hacía cuando volvía a casa de la guardería era quitarse los zapatos y los calcetines. Y en verano corría descalzo siempre que tenía la oportunidad. Aparentemente, sigue haciéndolo ahora que es adulto.

Deja la bandeja en la roca lisa y se sienta junto a ella. Toma una de las tazas de café y se la entrega.

—Gracias —dice Mona con una sonrisa—. ¿Gabbi no está en casa? —pregunta.

—No, está trabajando de noche.

—Ah, vale —murmura, y luego coge el pan, le da un mordisco y lo mira con ojos de sorpresa. Le gustaría decirle que ya lo sabe, que Gabbi le ha hablado acerca de sus problemas de infertilidad involuntaria, pero le ha prometido no mencionarlo.

Mastica el pan despacio. La alegra que Anton se haya convertido en lo que se ha convertido. Es un hombre hecho y derecho. Aunque Mona se ha preguntado muchas veces si ser policía es lo mejor para él. Es un soñador. Siempre lo ha sido. Por eso teme que alguien se aproveche de él. Pero, sobre todo, teme que cambie después de tener que trabajar en el lado oscuro de la sociedad y a causa de los monstruos con los que tiene que tratar.

—¿Qué te parece? —pregunta.

—Está delicioso —asiente—. ¿Qué tiene dentro?

—Plátano y nueces.

—Te ha salido estupendo.

Beben su café mientras miran el agua en silencio. Oyen el sonido del agua golpeando la roca y observan las ondas en la superficie. Mona se lleva a la boca el último trozo de pan, se limpia los dedos en la servilleta y se gira hacia él.

—¿Y cómo va la investigación? —le pregunta.

Anton echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada, como si hubiera estado esperando la pregunta todo este tiempo.

—Mamá, sabes que no debes preguntar esas cosas.

—Sí, lo sé. Es solo que estaba pensando… —Se rasca la frente y lo mira—. ¿No te parece extraño que Fidde y Lisa-Marie hayan muerto de la forma en que murieron?

Anton se pone serio y asiente sin decir nada.

—Creo que deberías echar un vistazo al archivo sobre la muerte de Fidde.

—¿Por qué? ¿Sabes algo?

Las preguntas de Anton llegan como relámpagos. Tan rápidas que dejan ver que sabe algo. Y que ella tiene razón. La muerte de Fidde no fue un suicidio y Anton es consciente de ello.

Mona quiere averiguar qué más sabe él, pero no tiene sentido preguntar. No se lo dirá. Da un sorbo a su café, deja la taza en la bandeja y lo mira.

—Entiendo que no puedes decirme nada sobre lo de Fidde. Pero tengo algo que contarte que he descubierto hoy por casualidad.

—¿Por casualidad? —repite Anton, mirándola atentamente.

—Sí. ¿Sabías que Lisa-Marie trabajaba como estríper?

Anton deja de masticar y se queda mirándola. Rescata una miga que se le ha quedado en la boca y luego pregunta:

—¿En dónde?

—En un lugar llamado la Casucha.

—No, no lo sabía —niega, meneando despacio la cabeza.

—Pero eso no es todo. Hay algo peor.

Anton la mira de manera inquisitiva.

—Johnny Landström, el jefe de Lisa-Marie, aparentemente iba a ese local todas las semanas y tuvo una relación con ella hace unos años. He hablado con él y lo ha admitido.

—Mmm. Vaya, vaya. —Asiente y luego mira hacia el agua—. En cuanto al tipo, la verdad es que no me sorprende.

Mona mira también hacia el lago y ve una sombra oscura que se escapa del bosque. Se trata de un pigargo que ha levantado el vuelo desde su nido con un poderoso batir de alas, y ahora se eleva por los aires y sobre las aguas del lago Vänern, con sus enormes alas

desplegadas contra el cielo azul oscuro.

—A ti no te sorprenderá, pero a su esposa tal vez sí —añade Mona, sin apartar la vista del águila—. Lisa-Marie lo amenazó con decírselo. Lo de la relación y también que era un cliente habitual del club de *striptease*. Parece que Johnny Landström tenía mucho que perder si Lisa-Marie decidía hablar, ¿no crees?

54

Anton mira el coche de Mona mientras desaparece por la carretera. No entiende cómo lo hace. Han pasado apenas dos meses desde que se mudó a Vargön y, además, muchos de sus antiguos contactos deben haber desaparecido. Pero se las ha arreglado para conseguir información que él no tenía. Menea la cabeza, todavía sorprendido, y camina hacia la casa. Su madre tiene la capacidad de hacer hablar a las personas, como ha hecho con Nikita Stefansson y Hedda Magnusson. Además, es buena leyendo a la gente y armando rompecabezas con la información que consigue. Se detiene junto a las lilas y mira los brotes blancos. Su madre es justo como él la recuerda.

Pero es bueno saber todo esto. Que Lisa-Marie trabajaba como estríper en la Casucha y que tenía una relación con Johnny Landström, aunque preferiría haberse enterado de esto antes que su madre. Lo de Johnny no lo sorprende, pero le parece que Lisa-Marie no era el tipo de chica que elegiría convertirse en estríper por sí misma.

Coge su móvil y llama a Bodil mientras se dirige a la casa. Ella contesta el teléfono bastante rápido.

—Sí.

—Hola, soy Anton. ¿No estás ocupada?

—No, hombre, si solo estoy recogiendo los huevos en el gallinero. Ponen huevos como si estuvieran sentadas en el cagadero.

—Sí, bueno… —comenta Anton, y carraspea. Nunca se ha podido acostumbrar a lo vulgar que puede llegar a ser Bodil—. Acabo de recibir una visita de mi madre.

Bodil suelta una carcajada.

—De Mona. Qué bien.

—Sí —dice, y tras contarle lo que ha escuchado sobre Lisa-Marie, continúa—: Nadie nos ha dicho una palabra al respecto.

Bodil se queda callada por un momento antes de responder:

—Sara o Linus deberían haber dicho algo.

—Tal vez no lo sabían.

—Puede ser —coincide, pensativa—. Pero ¿es posible que no se hubieran enterado?

—Puedo creer que su madre no supiera que era estríper, porque Lisa-Marie ya no vivía en su casa. Pero Linus debía saberlo.

—Y que tarde o temprano esto saldría a la luz.

Ambos se quedan callados y Anton oye el cacareo de las gallinas de fondo.

—O Linus es estúpido, o nos está tomando el pelo.

—Sí —contesta Anton, mirando hacia el lago—. La cuestión es que no sabemos qué está tramando. Por ejemplo, ¿por qué dijo que le pidió dinero prestado a Gordy si no es verdad?

—No lo entiendo. Joder, solo espero que valga la pena el favor que le he cobrado a Gordy. Me ha costado mucho.

—Sí. —Anton asiente con la cabeza y luego le consulta algo que se ha preguntado muchas veces—. ¿Y por qué te debía un favor?

—Mmm. Es por algo de hace mucho tiempo. Ayudé a su hermana una vez. No hace falta entrar en detalles.

—Entonces, ¿podemos confiar en que nos ha dicho la verdad? Es decir, puede ser que esté mintiendo al decir que Linus no ha pedido dinero prestado, ¿no?

—No, hombre —dice Bodil—. No puede mentir sobre esas cosas. Es un código de honor entre ellos.

—O quizá no sabe que Linus ha tomado dinero prestado.

Bodil suelta una carcajada.

—No hay nada que ocurra en su banda que Gordy no sepa.

—Sí, eso supuse. —Se quedan en silencio un momento y él vuelve a mirar hacia el agua—. Parecía que sabíamos quiénes eran Linus y Lisa-Marie. Todo se veía claro en la superficie, pero ahora que metemos la mano para agitar el agua, aparece toda esta mierda de las deudas, los clubs de *striptease* y el chantaje.

—Sí. Pero es una mierda que la Casucha esté cerrada entre semana. Tendremos que ir a Gotemburgo a hacerles una visita en el Privat. ¿La misma gente trabaja en los dos clubs?

—Eso parece —replica Anton—. Pero no tenemos una orden de registro.

—Al diablo con eso. Vayamos de todos modos y veamos a dónde nos lleva.

55

La luz roja parpadea y la música retumba en el local mientras Anton y Bodil se abren paso entre mesas y sillas. Una mujer baila en el escenario al ritmo de *(I Can't Get No) Satisfaction*. Cuando se gira hacia ellos, Anton nota que sus pechos son grotescamente enormes en proporción a su delgado cuerpo. Parece como si hubieran metido dos balones de fútbol en un bikini diminuto y brillante.

—Hostias. —Oye decir a Bodil cuando ella mira a la mujer—. Es increíble lo que la gente se inventa.

—Sí, es verdad —contesta Anton, y señala hacia el bar—. Vamos allí.

Hay un hombre limpiando una copa con un paño a cuadros. Tiene la nariz torcida y plana, y las orejas en forma de coliflor atestiguan muchos años de practicar algún tipo de arte marcial, o quizá lucha libre. Los saluda con la cabeza cuando se acercan.

—¿Algo de beber? —pregunta.

Cada uno pide una cerveza. Anton no tiene intención de tomarse la suya, pero supone que es mejor tener algo de beber para parecer un cliente normal. Se apoya en la barra mientras mira a su alrededor. La mayor parte de los presentes en el local son hombres, pero también hay varias mujeres. Algunos tienen un ambiente festivo y ruidoso y gritan palabras despectivas y obscenas, mientras que otros siguen las actuaciones en el escenario con una mirada que le hace sentir vergüenza de la especie masculina. Vuelve a mirar a la mujer del escenario y la imagen le provoca cierta tristeza. Piensa que cada uno es libre de hacer lo que lo haga feliz, pero el cuerpo de esta mujer está arruinado. Es como si hubiera perdido todas las proporciones naturales en busca de algún extraño ideal de belleza.

—Bodil —le dice, después de que otras tres mujeres también hayan subido al escenario a bailar—, voy al servicio.

Ella asiente y da otro sorbo a su cerveza. A Anton lo sorprende que Bodil se vea tan cómoda en este sitio. Él se siente ya bastante asqueado y solo piensa en irse de allí en cuanto terminen sus asuntos. Piensa que ni siquiera deberían haber ido.

Atraviesa la luz intermitente y encuentra el camino hacia los aseos. Coge la manija de la puerta y en ese momento se abre y sale una mujer de pelo oscuro con la cabeza baja, quien pronto desaparece, dándole la espalda. Es el baño de hombres, pero quizá eso no importe

tanto en este tipo de lugares. «Además, puede que ni siquiera sea una mujer, sino uno de esos *ladyboys*», piensa Anton.

Anton se acerca al urinario, se baja la bragueta y está a punto de desabrochar el botón cuando se da cuenta de que hay algo dentro de la taza de porcelana. Está envuelto en una brillante tela roja. Vuelve a subirse la cremallera. Se queda mirando el objeto, meditando si es una buena idea recogerlo, pero la curiosidad puede más que el olor a orina. El envoltorio tiene el tamaño de un puño y lo siente duro en la mano. Retira la tela con cuidado y se queda mirando el objeto sin entender, pero pronto se da cuenta de lo que se trata.

De repente, Anton oye que se abre la puerta detrás de él. Envuelve el objeto rápidamente en la tela y se gira para salir y encontrarse con Bodil. Pero se encuentra con un hombre que está de pie frente a él con los brazos cruzados sobre el pecho.

56

Unas cincuenta personas han asistido a la reunión en la sala pequeña del centro cultural público de Vänersborg. La mayoría son desconocidos para Mona, pero todos han ido para conversar y hacer contactos de negocios, así que ella también se mezcla de inmediato entre la multitud. Hay muchas caras nuevas, pero también algunas del pasado. Como su antiguo banquero, quien ha abierto una floristería en Vänersnäs, o la mujer elegante que se le acercó y que ella debía haber reconocido pero no pudo. Resultó ser Lena, la profesora de primaria de Anton. Pero ahora pesa treinta kilos menos y trabaja como entrenadora personal.

Vio la invitación en el escritorio de Johnny Landström y uno de los puntos del programa era la presentación de Jola por parte de su esposa Unni. Le resultó fácil entrar y, tras escuchar tres sorteos y comerse un filete demasiado duro con una patata gratinada, razonablemente buena, y una ensalada aún mejor, ha llegado al fin el momento de ver a Unni Landström subiendo al escenario. Queda claro de inmediato que a la mujer no le agrada estar ahí. Parpadea demasiado, vacila mucho al hablar y a menudo tiene que leer en voz alta de una hoja de papel que sostiene en su temblorosa mano. Está empezando a perder a la audiencia; en otra parte de la mesa se oye a algunas personas hablar de otra cosa. Mona se inclina hacia delante y les pide que se callen. Puede que Unni no sea la oradora más carismática, pero hace todo lo posible por hablarles de la empresa que tiene con su marido y que, al parecer, está resultando ser un verdadero éxito. En los últimos tres años han tenido un crecimiento orgánico medio anual del sesenta por ciento y ahora mismo facturan treinta y cinco millones de coronas suecas. Según Unni, se pronostica incluso que se convertirán en una nueva Hemfrid, la empresa líder del sector.

A pesar del éxito que ha descrito, recibe apenas un aplauso de cortesía. Unni sonríe, aliviada, y sale deprisa del escenario para volver a sentarse en su silla, donde bebe una copa de vino. Mona la observa desde su propio asiento, a cinco sillas de distancia. Se miran mutuamente y ella le sonríe a Unni, quien le devuelve una leve sonrisa. Mona se pregunta cuánto sabrá esta mujer sobre su marido y sus hábitos y costumbres.

Una vez que las tazas de café y los platos con restos de helado y las

copas se han retirado de la mesa, comienza la algazara y aumenta el nivel de ruido. Mona se levanta en este momento y camina hacia Unni.

57

El hombre que Anton tiene delante es alto y ancho. Tiene un rostro anguloso y sus ojos son estrechas rendijas que dan la impresión de un tipo duro e imprevisible. Anton ha visto esa mirada antes. En los hombres que vienen de países devastados por la guerra, donde la vida no vale nada. Para ellos, y para el hombre que tiene delante, extinguir una vida resulta tan fácil como apagar una cerilla encendida.

—¿Qué haces aquí? —pregunta, flexionando los músculos de sus fuertes brazos cruzados.

Anton duda si debe decirle que es policía. No sabe qué es lo más prudente ahora mismo. Podría hacer que el hombre se echara atrás, pero también podría tener el efecto contrario.

—Estoy aquí por el espectáculo —dice al fin.

—¿Por el *show*? —quiere saber el hombre, dando un paso hacia Anton.

—Sí —responde, retrocediendo de manera involuntaria. Siente el peso del duro objeto en la mano y se lo mete detrás, a la espalda, intentando que parezca un movimiento natural.

El hombre vuelve a cruzar los brazos, lo cual lo hace parecer aún más grande. Su mirada se detiene en el brazo de Anton.

—¿Qué tienes en la mano?

Anton se aferra al objeto que ha encontrado. No puede soltarlo, pero ahora el hombre no lo dejará pasar nunca. Quiere avisar a Bodil para que pida refuerzos, pero hacer una llamada ahora mismo no es una opción.

—¿Es un arma lo que tienes allí?

—No —responde Anton.

—Es un arma —asegura el hombre, sonriendo irónicamente. Anton no entiende por qué parece tomarlo de manera positiva. Al menos, no antes de escuchar lo que el hombre tiene que decir—. Tienes un arma en la mano y te niegas a soltarla. Yo soy el guardia en este club, así que, por la seguridad de nuestros clientes, no puedo dejarte ir —añade, dando un paso hacia él.

Anton entiende la situación. El fornido guardia ni siquiera sabe lo que tiene entre las manos, pero su misión está clara desde que ha entrado. Ha venido para averiguar lo que Anton hace aquí y se asegurará de que nunca más quiera volver al club. Sabe que es policía, y por eso tiene que irse de aquí.

—Soy policía —dice Anton de todos modos.

El hombre no contesta, sino que menea la cabeza ligeramente.

—Puedo…

—Aquí solo eres una persona que amenaza la seguridad —lo interrumpe el hombre—. Nada más.

Anton se da cuenta de que lo que diga o haga no cambiará nada.

58

Mona se abre paso entre los ruidosos representantes de empresas para llegar al abarrotado bar. En los altavoces suenan los éxitos de la radio de los años ochenta. Un hombre con la camisa arremangada y la cara sudada ha comenzado a bailar espontáneamente con una mujer que lleva una blusa con lazo al frente y el público los anima con entusiasmo. Alguien ha abierto una ventana que da a la calle y Mona siente el aire fresco de la noche en sus mejillas acaloradas. Está sentada junto a Unni Landström, quien ahora espera a que le rellenen la copa de vino.

—Hola —saluda Mona, tendiéndole la mano a Unni—. Creo que aún no nos hemos presentado. Soy Mona Schiller.

—Hola —responde Unni sonriendo con entusiasmo; parece que la alegra y la sorprende que alguien quiera hablar con ella—. Soy Unni Landström, de la empresa de limpieza Jola.

—Sí, lo sé. He escuchado tu presentación. —Mona asiente con una sonrisa—. Me ha parecido muy interesante. Habéis logrado montar un buen negocio.

Unni se echa el pelo largo y grueso hacia atrás, por encima del hombro, y mira a Mona a través de sus gafas de montura negra.

—¿Tú crees? —pregunta, alegre, mostrando una hilera de dientes bien alineados y ligeramente teñidos por el vino—. Sí, nos está yendo bien.

La inseguridad que mostraba en su presentación ha desaparecido, ya que ahora exhibe una confianza debida a unas cuantas copas de vino.

—Y tú, ¿a qué te dedicas?

—Todavía no estoy segura —dice Mona, y luego se ríe—. Solo es una idea, por el momento, pero será algún tipo de asesoramiento jurídico.

—Qué genial que estés emprendiendo algo nuevo. Necesitamos más empresas. Tenemos que luchar para mantener vivo este lugar.

Reciben un empujón de los ruidosos empleados de la empresa de barcos Dalbo, que quieren rellenar sus copas, así que se mueven hacia un lado.

—Unni —la llama Mona, recibiendo su copa de vino del chico de la barra—, ¿te parece si nos sentamos allí para charlar? —Señala una mesa vacía al fondo de la sala—. Parece un poco más tranquila esa

parte.

—Sí, claro —asiente Unni, derramando un poco de vino sobre su mano en el momento en que recibe su propia copa, pero parece no darse cuenta de ello mientras se abre paso por la habitación semioscura.

La mesa está cubierta con un mantel blanco que a estas alturas ya presenta varias manchas de vino y café. Mona aparta un jarrón de flores con tres claveles rosas para poner su copa en la mesa.

—¿Y qué te ha hecho volver a Vargön? —pregunta Unni, y luego bebe con avidez. Sonríe e intenta fijar la mirada, pero sin éxito.

Es evidente que Unni también sabe quién es. Mira a su alrededor. Todas las personas aquí deben saber quién es, pero fingen no tener ni idea. Se vuelve hacia Unni.

—Mis hijos, Anton y William, viven aquí y, bueno, no es que uno se haga cada vez más joven.

Unni asiente en silencio.

—¿Tienes hijos? —le pregunta Mona.

—Sí. También tengo dos. Una hija en Gotemburgo y un hijo en el norte, en Boden, así que no los veo mucho. —Se bebe el último sorbo de vino—. Pero ¿qué ha sido de tu nuevo marido? Se cuentan muchas historias sobre él —continúa.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes, sobre quién era y esas cosas.

—Ya veo —contesta Mona, acercándose la copa lentamente a la boca—. ¿Y qué cosas se cuentan?

Unni agita la mano con dramatismo para contestar:

—He oído de todo, comentarios que van desde que es una especie de agente secreto hasta que es un criminal internacional.

Suelta una carcajada al escuchar por sí misma lo ridículo que suena todo eso. Pero Unni no se ríe, sino que pregunta, seria:

—Entonces, ¿cuál de las dos versiones es la correcta?

Mona menea la cabeza antes de responder:

—Nada de eso. Era un hombre de negocios bastante común y corriente. Exitoso sí, pero nada más emocionante que eso —miente. Esa es la imagen con la que ha decidido quedarse. Es una verdad a medias, después de todo.

59

El hombre lleva una cruz con una pesada cadena de oro colgada en el cuello, pero Anton piensa que tampoco le servirá apelar a alguna compasión cristiana. A menos que sea la séptima de las obras de misericordia medievales: enterrar a los muertos. Anton es grande, pero el hombre que tiene delante es más pesado y, probablemente, mucho más fuerte. Además, no parece ser el tipo de persona que se detendría por algún reparo ético. Está determinado a no dejar pasar a Anton y a conseguir lo que tiene en la mano.

Anton recorre la habitación con la mirada con rapidez. Hay dos urinarios blancos y dos lavabos. El suelo consiste en baldosas duras con motivos de ajedrez y debajo del lavabo hay un montón de papel higiénico húmedo. En la esquina hay algo que parece ser un condón usado y hay una copa en el borde de uno de los lavabos. Intenta calmar su respiración, pues cada vez es más corta y acelerada, y sujeta con firmeza el objeto que lleva oculto. Tiene una sola oportunidad y va a aprovecharla.

Cuando el hombre da un paso, Anton va a por él y le propina una patada en la entrepierna. No es muy fuerte ni está bien dirigida, pero cumple su propósito, porque el hombre se detiene una fracción de segundo, dándole el tiempo que necesita. Entonces levanta la mano con la que sostiene el duro envoltorio y le asesta un nuevo golpe en la cabeza, produciendo con ello un sonido desagradable.

El hombre se detiene en seco y mira fijamente a Anton, quien le devuelve la mirada. Pero el montón de músculos frente a él no se inmuta. «Mierda», maldice para sí mismo. Su plan se ha ido al diablo.

Pero, de repente, el tipo se lleva una mano a la cabeza. Se tambalea y Anton aprovecha la oportunidad. Da un par de pasos rápidos hacia él, lo empuja con fuerza contra la pared y sale corriendo hacia la luz palpitante y la música estridente del club.

Bodil sigue en la barra tras haber pedido otra cerveza. Anton se acerca deprisa.

—Pide refuerzos. Vamos a cerrar el club —dice, levantando una mano—. Tengo evidencia para una orden de registro.

Mientras tanto, el hombre de la cruz de oro ha salido del baño y viene hacia él. Un hilillo de sangre corre por su frente. Mira a Anton y luego desvía la mirada hacia la parte oscura del bar. Anton sigue su mirada y ve a una mujer. Lo único que consigue distinguir es que tiene

una larga melena negra que le cae por la espalda y que sacude la cabeza con desaprobación. Entiende que se trata de Belinda Bauer.

60

Unni tropieza con una silla, pero consigue mantenerse en pie con la ayuda de un hombre que la coge del brazo y ríe a carcajadas. Ya ha bebido demasiado, y Mona piensa que es hora de irse y llevarla a casa. El local ha empezado a vaciarse y ahora solo quedan ellas dos y un grupo de personas ruidosas en la esquina. El bar está vacío, pero Unni consigue hacerse con una botella de vino tinto que levanta triunfal. Deja caer todo su peso al sentarse en la silla, liberando un profundo suspiro, y luego le lanza una sonrisa a Mona.

—¿Te sirvo? —pregunta Mona, tomando la botella de su mano.

Unni asiente con la cabeza y Mona nota que tiene hipo.

—¿Estás cansada?

—Sí.

—Tal vez sea hora de irse a casa, ¿no crees? —le pregunta.

—Mmm. Solo una copa más y nos vamos —dice entre hipidos—. ¿Así que tu marido está muerto? —pregunta, apartando el pelo que le ha cubierto los ojos.

Mona asiente y rellena la copa hasta la mitad. Unni parece estar enganchada con el tema de Alexander.

—Tal vez sea mejor así —continúa, y Mona se estremece.

—¿A qué te refieres? —contesta de inmediato, preguntándose si Unni sabe algo de él.

—Esos hombres —exclama— pueden ser unos cerdos.

—Tienes razón —contesta Mona. «Está claro que Unni no sabe nada», piensa, aliviada. Está hablando de los hombres en general, no de su Alexander. Pero aprovecha la oportunidad para provocar a Unni —. Muchas de mis amigas tienen maridos infieles.

—Así es —coincide Unni con una mirada de complicidad—. El mío también. No entiendo por qué son así. Yo dirijo el negocio mientras el muy cabrón anda de follador. Yo soy la que está a cargo de Jola.

—Sí, te entiendo —dice Mona—. Es lo típico, ¿no? Nosotras hacemos el trabajo duro y los hombres se llevan todo el mérito. — Menea la cabeza y mira a Unni—. Siempre ha sido lo mismo.

Unni vuelve a hipar.

—Pero tal vez no por mucho tiempo.

—¿Por qué lo dices?

Unni levanta la cabeza, mira a su alrededor y luego se inclina hacia Mona.

—Todavía es secreto, así que no puedes decir nada, pero parece que un inversor de capital de riesgo va a apostar por nuestra empresa. Nunca tolerarán que Johnny haga lo que está haciendo. Si vamos a crecer como empresa, tendrá que dejar sus travesuras.

Unni agita la mano, golpeando la copa en el acto y provocando que caiga sobre el mantel. Mona la levanta rápidamente. Parece que hay más en juego de lo que ella imaginaba.

—Suficiente vino para mí —ríe—. Pero para ser honesta, quizá sea mejor así. Que ande por ahí de follador. Así no tengo al maldito cerdo en mi cama.

Mona ríe con ella y piensa en la cara de Johnny. Ella tampoco querría a ese tipo en su cama. Vacila un poco, pero luego dice en voz baja:

—Dicen que Lisa-Marie, ya sabes, la que asesinaron, tenía una relación con su jefe. —Mona se aclara la garganta—. Me pregunto para qué empresa trabajaba.

Unni vuelve a hipar. Hace girar su copa, provocando que se derramen algunas gotas sobre la tela ya manchada.

—Trabajaba para nosotros. Y tuvo una relación con mi marido. Increíble esa mujer. —Menea la cabeza—. Joven y hermosa por fuera, pero fea como el diablo por dentro. De esas personas sin las que el mundo estaría mejor. Incluso intentó extorsionar a Johnny. Si no recibía dinero, iba a decírmelo. —Suelta una risa—. Pero así no iba a conseguir nada, la muy perra.

—¿A qué te refieres?

—Me entero de todas las aventuras de Johnny. Bueno, quizá no todas, pero casi. Lisa-Marie no era la única. —El hipo la interrumpe y levanta una mano—. Era una de muchas chicas. Ni más ni menos, aunque ella se creía muy especial.

61

La conversación con Belinda Bauer se siente todavía como un anzuelo con púas. Anton pensaba que el hombre de la cruz de oro era duro, pero ella resultó ser aún peor. Sin embargo, también entendió que no era una lucha que valiera la pena y terminó resignándose a que cerraran el club para hacer un registro.

Cuando Anton le explicó que la piedra ensangrentada envuelta en una bufanda de seda roja que había encontrado podía ser un arma homicida, Belinda le dijo que pertenecía al vestuario de Hedda Magnusson. El corazón le dio un salto al darse cuenta de que se trataba de la misma Hedda que había estado en la casa de su madre, y ahora tenía que hablar con ella lo más pronto posible.

Al entrar en el camerino, se encuentran con una especie de caos. Hay ropa por todas partes, colgada en ganchos y perchas, tirada sobre las sillas y en el suelo. Hay boas de plumas, bikinis diminutos, trajes ceñidos de color negro, charol brillante y muchas prendas con lentejuelas.

Pero lo que más llama la atención es la pared de espejos iluminados por hileras de bombillas, donde ahora pueden ver a cuatro mujeres sentadas de espaldas a ellos, maquillándose. Llevan largas pestañas postizas y gruesas capas de sombra brillante, y miran fijamente a Anton y a Bodil a través del espejo. Una de las mujeres se vuelve hacia ellos con su gran melena rubia suelta y apoya una mano con largas uñas rojas en el respaldo. Anton mira sus ojos vidriosos.

—¿Quiénes sois vosotros? —les pregunta la mujer, abultándose los pechos bajo un camisón negro y transparente.

—Somos de la policía —dice Anton, y él y Bodil muestran sus respectivas identificaciones.

Todas las mujeres se giran y los miran con curiosidad.

—¿Has venido por un *table dance*? —pregunta la mujer del camisón, y luego mira a Bodil—. ¿O tal vez los dos? —Suelta una carcajada y las demás mujeres se unen a ella.

—No, gracias —contesta Anton, notando con disgusto que se está sonrojando—. Queremos hablar con Hedda Magnusson.

Las risas cesan de inmediato y Anton percibe que las mujeres se unen en su contra. Deja que su mirada vague entre las mujeres que tiene delante de él. Desde la rubia parlanchina, pasando por una de aspecto asiático con peluca morada y flequillo en punta, hasta una

mujer musculosa con una melena pelirroja, y otra más de pelo largo y oscuro. Esta última se levanta lentamente de su silla y Anton mira sus ojos marrones oscuros.

—Yo soy Hedda.

62

Anton se queda absorto ante esos ojos oscuros que expresan curiosidad e inteligencia, lo cual lo sorprende. No esperaba encontrarse con una mujer así en un club de *striptease*. Pero tal vez eso se deba solo a sus prejuicios.

—Necesitamos hablar contigo —le dice Bodil.

La voz rompe el hechizo y Anton dejar de mirar esos ojos oscuros para mirar a las otras mujeres, que se han girado hacia ellos.

—Y también con todas las demás —añade él.

—¿Y de qué se trata? —pregunta la mujer del pelo rubio suelto, cruzando los brazos.

Anton está a punto de responderle cuando nota que la chica de la peluca morada coge una bolsa del banco, mete la mano y empieza a buscar algo.

—Tú, ¿qué tienes ahí? —pregunta, y avanza hacia ella.

—Nada —responde en voz baja, mirando a Anton—. Solo son mis polvos.

Entonces saca una polvera redonda de color dorado y la sostiene en una mano que parece la de una niña. Anton mira sus ojos negros rasgados, tan sobrecargados de maquillaje y pestañas postizas que apenas pueden verse. No puede leer su mirada. Está completamente vacía. Pero no es un arma, así que Anton asiente y sigue mirando a las mujeres una a una.

—Queremos hablar con vosotras sobre vuestra compañera Lisa-Marie.

—Yo he escuchado que está muerta —interviene la pelirroja, sentada con las piernas cruzadas y moviendo uno de sus pies.

Anton se vuelve hacia ella.

—¿Dónde has escuchado eso? —le pregunta, pero ella solo se encoge de hombros—. Así es —continúa Anton—. Es probable que haya sido un asesinato y por ello es muy importante que hablemos con vosotras.

Después de oír esto, las mujeres intercambian miradas entre sí y Anton tiene la sensación de que se están comunicando entre ellas de alguna forma. En ese momento, la música deja de sonar en el local y se oye un murmullo de enfado. A continuación, se abre la puerta, se corre la cortina roja y entra la mujer de los pechos enormes que habían visto antes.

—¿Qué está pasando? —pregunta mientras se cubre con un kimono negro que anuda alrededor de su fina cintura con evidente mal humor—. ¿Por qué tenéis que cerrar el club? —continúa, lanzándoles una mirada acusadora.

—Porque Lisa-Marie ha sido asesinada —interviene la pelirroja.

—¿Quién?

—Angel.

—Ah, ella.

La pelirroja señala con la cabeza hacia Anton y Bodil.

—La policía quiere hablar con nosotras sobre eso.

—¿Y tienen que cerrar el club por eso? —pregunta, volviéndose hacia Anton con una mirada inquisitiva—. Vamos a perder un montón de pasta por esto.

—Lo siento, pero tenemos que hacerlo —explica Anton—. El club va a cerrar esta noche y necesitamos que os quedéis para tomar vuestros datos y hablar con vosotras. Hemos hablado con la gerente, Belinda Bauer, y está al tanto de todo. Hemos encontrado un objeto que podría estar relacionado con el asesinato. Por lo tanto, haremos un registro de todo lo que pueda ser relevante para nuestra investigación. Tenemos que cerrar para evitar que se destruyan las pruebas o que desaparezcan los objetos.

—Joder.

—Los forenses tienen que venir al camerino —dice Bodil.

—¿El camerino? —repite la chica de la peluca morada, mirando rápidamente a su alrededor—. ¿Vais a buscar aquí? Pero ¿por qué? Aquí no hay nada.

—Intentaremos hacerlo lo más rápido posible para que podáis volver a vuestros trabajos —asegura Bodil, asintiendo con la cabeza.

—Hedda —la llama Anton, volviéndose hacia ella, que hasta ahora ha estado en silencio, limitándose a mirar—, ¿podemos sentarnos en una mesa fuera? Tenemos algunas preguntas que hacerte.

Ella asiente y enseguida coge un grueso jersey de punto para ponérselo encima del cuerpo semidesnudo. Coge una goma elástica y se recoge la larga melena en un moño en la parte superior de la cabeza. Entonces se vuelve hacia él.

—¿Vamos? —pregunta Hedda, y una vez más Anton se queda absorto con esos ojos oscuros.

63

Las luces del taxi iluminan el Land Rover aparcado en la entrada de su casa. Cuando dejó a Unni, se quedó dentro del taxi viendo cómo se le caían las llaves y luego las recogía y, con gran esfuerzo, metía una en la cerradura para, finalmente, conseguir abrirla. Estaba a punto de ayudarla, pero cuando vio que las luces se encendían en el interior de la casa, decidió cederle la responsabilidad a Johnny.

—Son setecientas coronas. ¿Pago con tarjeta? —pregunta el taxista, volviéndose hacia ella.

Mona asiente y él saca el terminal para que introduzca la tarjeta y el código. Luego, se baja del taxi y se dirige hacia la casa. Levanta su bolso y coge las llaves, pero alza la vista y se detiene.

—Qué co… —dice, quedándose petrificada.

Hay algo en las escaleras de la entrada. Es una alfombra o manta horrible. Sacude la cabeza, consciente de que ha bebido demasiado. ¿Será posible que haya alguien aquí para aprovecharse de una vieja como ella?

Da unos pasos cautelosos hacia el objeto y luego se detiene otra vez. Ahora puede ver lo que es: un animal. Un animal enroscado que se ha tumbado en su escalera y no se mueve.

Da otro paso hacia el animal. ¿Estará muerto?

¿Será el lobo?

Se detiene de nuevo. ¿Será peligroso?

Vacila por un momento, pero la curiosidad gana y se acerca. Tiene la nariz metida debajo de la cola. Entonces levanta la cabeza y libera un profundo suspiro, después vuelve a bajar la cabeza y la pone sobre las patas delanteras.

—Madre mía —exclama Mona, agachándose—. Amiguito, ¿eres tú el que se ha comido mi jamón serrano?

Extiende su mano para ponerla sobre el perro. Porque debe ser un perro. No parece ser un lobo. Es demasiado pequeño para ser uno. A menos que sea un cachorro. Es difícil ver en la oscuridad y entre todo ese pelaje sucio.

Mientras está inmersa en estos pensamientos, oye un débil gruñido saliendo del animalito. O, mejor dicho, un intento de gruñido. Está demasiado débil para hacer cualquier cosa.

Mona mira a su alrededor. ¿Qué va a hacer? Este animal necesita ayuda y ella no sabe nada de perros. Coge el móvil y llama a Anton.

Pero es el contestador automático el que responde. Cancela la llamada y marca el siguiente número en la lista, el de William, y este lo coge de inmediato.

—Hola —dice ella—. Hay un perro medio muerto en la entrada de mi casa.

—¿Qué?

—Debe ser el que ha estado lloriqueando. He estado dejándole jamón, así que ha seguido viniendo aquí.

—Pero, mamá…

—Sí, sí —lo interrumpe ella rápidamente—. ¿Qué hago?

—¿Dices que está medio muerto?

—Sí, apenas se mueve. Parece que está muy débil.

—No suenas muy sobria.

—Acabo de llegar a casa y, sí, he tomado un poco de vino. ¿Qué hago entonces?

—Supongo que llevarlo al veterinario.

—Debe estar cerrado, ¿no? Son más de las doce —comenta, mirando su reloj.

William se queda en silencio por un momento. Luego, continúa:

—¿Y tu vecino, el que vive en Granåsvägen? ¿El Negro?

—¿El Negro? —pregunta Mona, meneando la cabeza—. ¿Quién es ese? ¿Y qué clase de nombre es ese?

—Así es como lo llaman. Creo que tendrás que llevarle el perro. Era veterinario antes de retirarse, así que debe poder ayudarte. Pero es un poco raro, un poco ermitaño.

64

Anton mira a las mujeres que tiene delante. Han empezado a moverse. Tienen cuerpos curvilíneos y suaves, artificiosos y exageradamente femeninos. Pero al mismo tiempo tienen cierta dureza, pues cargan con un bagaje de vida que ni siquiera se puede imaginar. Sabe que pueden ponerse muy agresivas si se molestan. ¿Será posible que Lisa-Marie le hiciera algo a alguna de ellas? El asesinato tuvo lugar un sábado, el día que abren el club de Bryggum, como también le ha confirmado Belinda Bauer. Es posible que una de estas mujeres haya ido a Casa Ronnum y la haya matado.

Salen al local, donde las luces rojas y pulsantes ahora están apagadas. En su lugar, la sala está bañada por una luz blanca y dura que revela todas las manchas en la moqueta roja, las mesas y sillas desgastadas y las copas medio llenas. Lo cutre y lo insalubre sale a la superficie, exponiendo al Privat como la fantasía que es. Un club de *striptease* bajo la luz blanca no es una vista muy agradable.

Sus ojos se detienen sobre Hedda Magnusson. Qué equivocado está. Es una de las cosas más hermosas que haya visto. Con ese jersey de punto que le llega hasta los muslos, es como si fuese una criatura de cuento de hadas mientras camina descalza por la sucia moqueta. Y, cuando la ve sentarse con tranquilidad en una de las cabinas, piensa en la agilidad de un animal.

Anton percibe una sonrisa divertida en los ojos de Hedda cuando él y Bodil se meten en la cabina y se sientan frente a ella, pero sin la misma presteza.

—¿Y qué habéis encontrado? —pregunta Hedda.

—Ya hablaremos de eso —asegura Anton una vez que se ha sentado en el sillón de piel sintética de color rojo—. Tenemos entendido que Lisa-Marie era una de tus compañeras.

—Sí —responde, subiéndose el cuello del jersey de punto hasta la cara, como si tuviera frío.

—¿Erais amigas?

—No —contesta, negando despacio con la cabeza.

—¿Por qué no?

Hedda deja caer el cuello del jersey y pone las manos sobre la mesa. No lleva largas uñas postizas como las otras. Las suyas son cortas y están pintadas de negro, y tampoco lleva anillos en los dedos. Tiene unas manos hermosas.

—Voy a ser sincera con vosotros —dice, mirando a Anton y Bodil —. No la conocía muy bien. Me encontré con ella un par de veces en la Casucha. Pero, a juzgar por lo poco que pude ver, yo diría que no era una persona muy agradable. Vamos, que no era alguien que querría como amiga.

—¿En qué sentido era desagradable? —pregunta Bodil.

Hedda se vuelve hacia ella. Piensa un instante y luego responde:

—Simplemente, no nos llevábamos muy bien. —Hace una pausa—. Además, no era muy buena en esto.

—¿Como bailarina, quieres decir? —pregunta Anton.

—Sí —responde Hedda, volviéndose hacia él—. ¿Qué más?

Anton siente que se ruboriza ante la penetrante mirada de Hedda. Tal vez piense que se refería a otra cosa. Que trabajes como estríper no significa que estés dispuesta a ir más allá. No cree que Hedda lo haga, pero, según ella, Lisa-Marie hacía algo más que bailar.

—¿No tienes idea de lo que pudo haberle pasado?

—No.

—Y los clientes que vienen aquí, ¿llegan a ponerse violentos?

Ella lo mira sin decir nada y sonríe de repente.

—Hombre, aquí tenemos de todo. Algunos se ponen violentos. —Mira a su alrededor—. Pero Belinda no permite esas cosas dentro del club.

—¿Y fuera del club?

—Bueno —se encoge de hombros—, eso es otra cosa.

—Pero ¿tú no has oído ni has visto nada?

—No.

—¿Y qué hay de los clientes de la Casucha? ¿Cómo son?

Hedda se encoge de hombros una vez más.

—Supongo que como todos los demás. Borrachos y cachondos.

—¿No hay nadie que destaque especialmente?

—No, al menos no para mí.

—¿Y qué hay de Johnny Landström? ¿Lo conoces? —pregunta Bodil.

Hedda suelta un resoplido y contesta:

—Claro.

—¿Por qué lo dices? —pregunta Anton.

—Es imposible no conocerlo —contesta, mirándolo a los ojos.

65

El perrito respira con dificultad bajo la mano de Mona. Le ha traído agua y jamón. No quiere tocar el jamón, pero intenta lamer el agua sin mucho éxito. Ella hace lo que puede para ayudar y parece que el perro lo entiende. O tal vez se siente demasiado débil como para protestar. Le rasca el pelaje grasiento y sucio detrás de la oreja y trata de tranquilizarlo con su voz, pero le duele el corazón al pensar la clase de cosas por las que esta bolita de pelo debe haber pasado.

—Pobrecito —murmura, y entonces se oye el estruendo del coche de William.

Se siente aliviada de tener a alguien con quien compartir la responsabilidad. Aparca frente al patio delantero y el sonido de su portazo resuena en el silencio de la noche. Mona oye sus pasos rápidos en la grava y, de repente, aparece frente a ella.

—Me alegra que hayas podido venir tan rápido —dice Mona, poniéndose de pie. El perro intenta levantar la cabeza, pero su cuerpo se estremece con un débil temblor.

—Así que esto es lo que tenemos —comenta William, rascándose la cabeza de manera que varios mechones de su pelo se elevan—. Qué jodido. Da lástima. Voy a llevarlo al veterinario. No parece que pueda caminar por sí mismo.

Se agacha para meter las manos suavemente bajo el cuerpo del animal y lo levanta. El perro intenta defenderse, pero no tiene las fuerzas necesarias, así que termina apoyando la cabeza en el hombro de William.

Conducen un trecho corto y, al acercarse a la casa donde vive el Negro, se encuentran con un sitio muy oscuro. Es uno de los pocos vecinos con los que nunca ha hablado.

—No creo que haya gente viviendo aquí.

—Te digo que sí, vive aquí —responde William con seguridad.

—No —insiste Mona, pero de todas maneras se acerca para tocar el timbre. Se oye el sonido, pero no ocurre nada, así que lo intenta de nuevo. Por segunda vez, nada. Mira a William a su lado con el perro en brazos—. ¿Qué hacemos? —le pregunta.

Él señala hacia la casa con un movimiento de la cabeza, Mona se vuelve y ve que se ha encendido una luz en el interior del vestíbulo. Se oye que alguien abre la cerradura y la puerta se abre. Aparece frente a ellos un hombre con un albornoz de color marrón rojizo y el

pelo gris y despeinado. No parece muy contento de tener visita.

—¿Qué es esto? —exige, enfadado, poniéndose unas gafas. Mira a Mona y a William y luego, al perro—. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé. Encontré este perro frente a la puerta de mi casa.

—Ajá. —Junta sus pobladas cejas para mirarla atentamente—. Mona Schiller, ¿no?

Ella no se molesta en corregirlo después de que haya pronunciado su apellido en el dialecto de la provincia de Vestrogotia, sino que asiente en silencio. Es suficiente con que sepa quién es.

—Así que ahora has encontrado un perro —dice, como si ella no hiciera más que tonterías.

—Sí. O, mejor dicho, el perro me ha encontrado a mí.

—Mmm. —El hombre resopla y da un paso hacia atrás—. Llévalo dentro para que pueda echarle un vistazo. No parece que haya mucho que hacer. Tal vez necesite una inyección de inmediato.

66

En cada una de las mesas hay un policía uniformado sentado a un lado y una estríper al otro. Los serios uniformes de color azul marino contrastan con los grandes pechos de silicona y el brillo de las lentejuelas y las ondulantes pestañas postizas. Si no fuera por la gravedad de la situación, Hedda se reiría a carcajadas, pero esto no tiene nada de gracioso.

En la mesa de al lado está Star, sentada con las piernas abiertas y su camisón transparente. El agente que está delante de ella se ve bastante joven. Star se inclina hacia él y se relame los labios de manera lenta y elaborada, hace pucheros y agita las pestañas, todo ello con la clara intención de incomodarlo. Y está consiguiéndolo, pues el policía parece no saber hacia dónde mirar. Hacer que los hombres se ruboricen es una de las cosas que más la divierten y siempre tiene muchas anécdotas de este tipo para compartir.

Velvet está en la mesa de al lado. Su rostro es tan duro como la porra que usa en sus bailes y parece no querer decir una palabra más de lo necesario. Hedda mira entonces a Sugar, con su kimono negro. Está bastante cabreada por el dinero que va a perder esta noche y tiene los brazos cruzados sobre sus enormes pechos, con expresión de enfado.

Piensa en lo bien que conoce a todas. Ahora mira a Puss. Se rasca, nerviosa, la mejilla, la pierna y los brazos, y luego vuelve a la mejilla. Es solo cuestión de tiempo para que todo ese nerviosismo la traicione por el temor a que encuentren su escondite. Acaba de rellenarlo y no quiere perderlo. Siempre lleva unas cuantas pastillas escondidas en la polvera, y Hedda ve todos los indicios de que muy pronto tendrá que tomarse una.

Hedda levanta la vista. El agente Anton ha regresado con una botella de agua mineral y la pone en la mesa, delante de ella.

—Gracias —dice ella, sonriéndole.

Es el hijo de Mona, pero debe parecerse a su padre, porque no ve muchas similitudes entre ellos. Mona es menuda y rubia y muy rápida en su forma de ser y actuar. Anton mide casi un metro ochenta y tiene el pelo oscuro, pero es muy tranquilo, rozando la caballerosidad. Tal vez haya algo en su interior, un demonio que no llega a asomarse muy a menudo, escondido detrás de ese exterior serio. Hedda piensa que sería interesante conocerlo.

Pero Mona y su hijo tienen algo en común además de los ojos azules. Ambos son buenas personas. No los conoce bien, pero sabe juzgar el carácter de la gente. Es una habilidad que ha perfeccionado y que la ha sacado de muchas situaciones en la vida. Sabe que debe confiar en las personas adecuadas y, lo que es todavía más importante, que debe alejarse de las personas equivocadas.

—¿Por qué decías que es difícil no conocer a Johnny Landström? —le pregunta Bodil.

Hedda gesticula con las manos.

—Porque es un habitual. Yo trabajo muy poco en la Casucha. Solo a veces. Pero sé que le gusta ir a hacer el papel de «señor importante». Todo el mundo sabe quién es. Además, suele ir acompañado.

—¿Qué tipo de compañía?

—Supongo que son clientes o tal vez amigos suyos. A veces lleva chicas también. Jóvenes. son las que le gustan más.

—¿Y cuándo fue la última vez que lo viste allí?

Coge la botella de agua y empieza a desenroscar la tapa.

—Ayer, de hecho.

—¿Y con quién estaba?

Se lleva la botella a la boca y toma un sorbo antes de contestar:

—No sé quiénes eran. Me largué cuando llegaron, así que no los miré muy de cerca.

—¿Él sabía que Lisa-Marie trabajaba allí?

—Sí, hombre. —Hedda suelta una carcajada—. Si fue él quien la metió en eso.

Anton levanta las cejas, mira a su compañera y luego, a Hedda.

—¿Y por qué lo hizo?

—Vamos, que yo no sé por qué la gente hace lo que hace —contesta, y se encoge de hombros—. Supongo que quería sentirse importante. —Hace una pausa—. Entonces, ¿vais a decirme ya qué es lo que habéis encontrado?

—Sí —dice Anton—. Hemos encontrado algo, en el baño de hombres.

—Ah, ¿sí? ¿Y…?

—Hemos encontrado una piedra. Estaba en uno de los urinarios.

Hedda lo mira fijamente. Está a punto de sonreír por lo ridículo que suena eso, pero se da cuenta de que no hay razón para sonreír cuando Anton continúa:

—Una piedra manchada de sangre, envuelta en una bufanda de seda roja. Y tu jefa nos ha dicho que pertenece a tu vestuario.

67

La perra se ha hecho un ovillo en la alfombra de cuadros Mulberry del sofá y está roncando ruidosamente. Mona se sienta con cuidado a su lado con una taza de café en la mano. Al mirar hacia abajo, ve la pata trasera derecha escayolada que sobresale del resto del cuerpo en un ángulo antinatural. Parece una posición incómoda, pero al menos no debe doler, según ha dicho el Negro.

Mona deja escapar un gran bostezo. Sabe que también le vendría muy bien dormir un poco. La falta de descanso está empezando a pasarle factura. Pasaban ya de las tres de la madrugada cuando se metió al fin bajo el grueso edredón de plumas. Y durmió mal. Los fuertes ronquidos no la dejaban dormir y, cuando cesaban, no podía dormir a causa de la preocupación, así que tenía que levantarse y poner una mano sobre la perra para comprobar su respiración. Como hacía con sus hijos cuando eran pequeños.

Piensa en todo lo que debe haber sufrido esta pequeña guerrera. Por el dolor de la pata rota, pero también por el hambre. El pedacito de jamón que le dio no debió ser muy saciante. La mira y siente calor en el pecho. Está acostada, muy quieta, pero a veces da un respingo con la pata. ¿Tal vez esté soñando? Mona espera que se trate de un sueño en el que está corriendo por un prado verde y no de uno en el que es atropellada y arrojada a la cuneta. Esto es lo que supuso el viejo veterinario tras examinarla.

Mona pasa la mano por su pelaje limpio y suave. El veterinario insistió en bañarla para poder examinarla de forma adecuada, y ahora se ve mucho más clara que cuando la encontró. Es casi color ámbar.

—¿De qué raza cree que es el perro? —le preguntó al veterinario, mirando alrededor de la clínica poco moderna pero bastante completa, en su sótano.

—Es una hembra. Y parece ser una mezcla. Tal vez una mezcla de *golden retriever* y *cocker spaniel*, pero no estoy seguro.

—Es raro que nadie la haya buscado.

—No tiene collar ni chip, así que la pregunta es cuánto le importa a su dueño. Puede que ni siquiera sea sueca. Hay muchos perros que vienen de países del este. Los venden con pedigrís falsificados. Pero esta… —mira a la perra— no podría pasar por uno de esos.

Mona le acaricia la cabeza y dice:

—Pero yo sí me preocupo por ti. Es como dicen los chinos: cuando

salvas una vida, serás responsable de ella para siempre. —La perra levanta la vista y mira a Mona, y ella siente que el refrán es cierto, aunque no se refiera a los animales. Ahora es suya y se hará cargo de ella—. Me alegra que estés aquí —continúa Mona con una sonrisa, segura de que la perra puede entenderla—. Pero si vas a quedarte, debes tener un nombre.

Mona levanta la vista y su mirada se posa en los zapatos negros de Chanel que aún están junto a la chimenea, donde los puso al llegar a casa. Mona ríe y dice:

—Ya sé. Te vas a llamar Coco. Ella también tuvo un comienzo difícil en la vida y tuvo que luchar mucho.

Cuando dice la última palabra, oye una notificación de su móvil. Se acerca a la mesa y coge el teléfono mientras mantiene la otra mano en el cálido pelaje de Coco. Se trata de un mensaje de texto de Sara Svensson. Le pide que vaya. Ha encontrado algo que Mona tiene que ver.

68

La manguera sigue en el mismo punto del jardín que en su última visita, y la hierba sigue alta y sin cortar. Mona se detiene y se pregunta si debería ayudar a Sara. Podría conseguir a alguien que se haga cargo de su jardín. O quizá sea mejor dejarla en paz. Cada persona reacciona de diferente manera ante el duelo. El hecho de que ella misma necesite tener orden a su alrededor no significa que sea importante para Sara.

Mona continúa subiendo y mira fugazmente hacia el garaje cuando oye que se abre la puerta principal y ve salir a Sara. Con los mismos ojos rojos de la última vez, el mismo pantalón de chándal gris y el jersey manchado. Sara desvía la mirada, nerviosa, hacia la calle y luego vuelve sus ojos atormentados hacia Mona. Sus ojeras son tan oscuras que parecen moratones, y su boca es una delgada línea pálida.

—Gracias por venir —dice, tirando a Mona del brazo, como si quisiera que entrara deprisa en la casa. Mona mira la mano de Sara y ve que en sus uñas aún quedan restos del esmalte rojo de la fiesta. Esto le recuerda que han pasado solo cuatro días desde que encontraron el cuerpo de Lisa-Marie en la cascada.

—Por supuesto que iba a venir, Sara —asegura Mona, mirando a su alrededor. No le importan las cajas llenas a lo largo del pasillo, pero sí la molesta el hedor a basura vieja y agria que la obliga a arrugar la nariz—. ¿Has encontrado algo? —le pregunta.

—Sí, es… —Sacude la cabeza y tira de su sucio jersey—. Vamos. Necesito mostrarte algo.

Mona sigue a Sara por las escaleras hasta el segundo piso. Los escalones están cubiertos por una moqueta verde de pelo corto, pero eso no impide que crujan bajo su peso. Hay cosas en casi todos los escalones. Botellas, ropa, vajilla y libros. Objetos que iban hacia arriba o hacia abajo, pero que se han quedado en el camino. Sara se gira y agita su mano pálida con impaciencia. Parece un fantasma revoloteando sobre su cabeza.

Llegan al segundo piso y Sara entra en la primera habitación de la derecha, pero Mona se detiene en la puerta y mira a su alrededor. Hay un dormitorio de niña, completamente rosa, con una cama de princesa con dosel de fina tela blanca. Sobre la colcha blanca de ganchillo reposan almohadas en varios tonos de rosa y en las paredes figuran varios espejos y bonitos cuadros de ángeles. Debe ser la antigua

habitación de Lisa-Marie.

Mona entra y mira el escritorio con lápices y cuadernos en pilas ordenadas frente a la ventana, enmarcada por cortinas blancas. En la pequeña estantería de la pared hay libros de color rosa y un osito de felpa con un cartel en la barriga que dice «Mi mejor amigo».

Mientras tanto, Sara se ha sentado en el borde de la cama y ha sacado una caja de debajo. Está forrada con papel de color rosa claro con corazones y marcapáginas pegados por todas partes. Sara la pone sobre la cama y levanta lentamente la tapa. Entonces se vuelve hacia Mona.

—¿Lo ves?

Mona niega con la cabeza y se acerca un poco más, deteniéndose frente a Sara y mirando dentro de la caja.

—Madre mía —exclama, volviéndose hacia Sara.

69

Un zapato con tacón de aguja sale disparado como un proyectil, y Hedda apenas tiene el tiempo justo para agacharse y evitar que le dé en la cara. El camerino es un caos. Hedda se encuentra con gritos rabiosos, quejidos y cristales rotos en el suelo. Son Velvet y Star las que protagonizan esta pelea. Dos amazonas con cuerpos bien entrenados. Hechas de músculo duro y con un control total de sus cuerpos y una gran flexibilidad gracias a muchos años de baile.

Hedda mira inquisitivamente a Puss, que está de pie junto a los armarios, mirando la pelea con expresión divertida, pero preparada para lanzarse a un lado si se le acercan demasiado.

—¡Se están peleando por una propina! —le grita a Hedda, pero sin apartar la vista de las dos combatientes—. Las dos insisten en que la otra está tratando de joderla, y ya sabes cómo es esto. Nadie se echa atrás.

Hedda asiente en silencio. Sabe que no es la propina lo que ha iniciado la pelea. Es una ira reprimida que a veces necesita ser liberada y cualquier cosa puede servir de chispa. Esta vez es la propina, mañana pueden ser unos zapatos prestados sin permiso y la próxima semana puede ser el derecho a sentarse en la silla con el mejor espejo. Pero nada de eso es la verdadera causa de la agresión. Puede ser el hijo desaparecido que no quiere saber nada de su madre, o el hecho de haber sido engañada por su pareja, o los muchos años de abuso y maltrato, y alguien tiene que pagar por todo eso.

—¡Maldita perra! —grita Velvet, llena de rabia—. Era mi dinero.

—¡Claro que no! —grita Star, quitándose de encima una boa de plumas que le estorba para poder mover los brazos con libertad.

Mientras tanto, Velvet levanta el puño y este viaja por el aire con la velocidad del rayo, golpeando a Star en la mejilla. Su cabeza se sacude hacia atrás y se oye su grito de dolor. Star agarra entonces el largo pelo rojo de Velvet y, de una sacudida, le arranca la peluca. Velvet se lleva una mano a la cabeza, llena de sorpresa, y, a continuación, se precipita como un toro desbocado, lanzándose sobre Star con tanta fuerza que las dos caen al suelo en lo que parece un lío de piel desnuda, músculos tensos y lentejuelas.

Hedda contempla la escena absurda que tiene delante. Las uñas y las pelucas caen a un lado. Los pechos de silicona y los cuerpos de ambas mujeres chocan el uno contra el otro mientras intentan ganar

ventaja en el suelo, lleno de zapatos y ropa de baile: zapatos con plataformas translúcidas, botas de charol hasta el muslo en color blanco y negro, tacones altos de aguja, plumas, cintas de seda, lentejuelas y látex.

Esta es la quinta pelea que ha presenciado desde que empezó a trabajar aquí. Y no hay reglas. Hay puños, patadas, cuchillos y otras armas. Se usa lo que está a mano y casi siempre alguien sale herida, pero nunca ha oído que alguien haya muerto. Y, aunque ella aún no se ha metido en ninguna pelea, está segura de que se las arreglaría para salir bien. Lo que le falta de agresividad lo compensa con los años en el *dojo*; primero, de karate y, luego, de *wushu*.

Ninguna de estas mujeres podría tocarla. Es demasiado rápida y ágil. Levanta la vista y lo piensa por un momento. Quizá Puss, pues parece desquiciada cuando pelea. Es casi como si lo disfrutara.

Velvet está ahora sentada a horcajadas sobre Star, sujetándola por el cuello. Star tiene la cara muy roja y el sujetador se le ha subido hasta dejar un pecho al descubierto. Patea el suelo con uno de sus pies desnudos y extiende una mano con desesperación, jadeando y tentando a ciegas la mesa de maquillaje. Tira las sombras de ojos, cepillos para el pelo y pintalabios hasta que consigue una botella de vino vacía. Entonces coge la botella y la golpea con fuerza contra la base de acero del banco para romperla. La dirige, rota, a la cara de Velvet con sus últimas fuerzas y el afilado cristal penetra en su piel. Velvet grita de dolor y de rabia, soltando el cuello de Star. Se sacude hacia atrás y se lleva las manos a la cara; la sangre se filtra entre sus dedos, tiñéndolos de rojo.

Hedda decide que ha visto suficiente y se marcha del lugar.

Es verdad que podría haber intervenido para tratar de detener la pelea, pero nadie se lo hubiera agradecido. Ni Velvet, ni Star, ni las otras espectadoras.

Antes de salir del camerino, se detiene y se gira para mirarlas otra vez. La cara ensangrentada de Velvet y Star con la botella en la mano. ¿Habrá sido algo así lo que le ocurrió a Lisa-Marie? Si se hubiera metido en una pelea con una de ellas, no habría tenido ninguna oportunidad.

Hedda mira a Puss y a Sugar, quienes siguen de cerca las acciones de las luchadoras. ¿Y la piedra? Es posible que una de ellas la usara contra Lisa-Marie, robara la bufanda de seda y envolviese la piedra en ella para que pareciera que ella lo había hecho. Sacude la cabeza y se pregunta si acaso tiene a alguien de su lado. Son sus amigas, pero ¿de verdad puede confiar en ellas? ¿Qué sabe de ellas en realidad?

Puss levanta la vista y se encuentra con su mirada. Ojos negros en un cuerpo herido. Todas están heridas, de una manera u otra.

70

Sara parece un pájaro herido, sentada bajo la delicada tela del dosel de la cama, entre cojines de color rosa y animales de felpa. Señala con ambas manos la caja de cartón que yace sobre la colcha blanca de ganchillo; luego, menea la cabeza y mira a Mona a los ojos.

—Debe haber cientos de miles de coronas aquí —comenta, mirando el dinero—. No lo entiendo. ¿De dónde lo habrá sacado? Es mucho dinero. —Vuelve a levantar la vista—. ¿Quién usa dinero en efectivo hoy en día? Nunca he visto tanto efectivo. ¿De dónde habrá salido?

Las preguntas se suceden sin cesar hasta que su cuerpo empieza a temblar por el llanto que ya no puede contener. Se le contorsiona la cara y gesticula con las manos, meciéndose de un lado a otro.

—¿En qué tontería se habrá metido? —pregunta, sofocada—. ¿Quién mató a mi niña?

Mona camina hacia la cama para sentarse junto a Sara. La rodea con el brazo en un intento de consolarla. Siente el estremecimiento de su cuerpo y percibe su olor a sudor. «Pero ¿quién puede culparla?», piensa Mona, fijándose en una mancha que tiene en el jersey. La acerca hacia ella y su cuerpo lánguido no ofrece ninguna resistencia. Se deja abrazar. Mona siente el instinto irrefrenable de ayudarla. Quisiera poder meterla en un baño caliente, darle una taza de chocolate y cuidar de ella.

Se queda sentada junto a ella y le da palmaditas en la espalda para consolarla hasta que su cuerpo deja de estremecerse y los sollozos disminuyen.

—Maldito dinero —dice, y guarda silencio. Se limpia los mocos con la manga del jersey y suelta un fuerte suspiro—. Siempre el dinero.

Mona asiente en silencio. Sara tiene razón. El dinero es la raíz de muchos males. Ella misma ha tenido que comprobarlo con cierta amargura. Entonces recuerda lo que Sussie le dijo sobre Lisa-Marie y Linus.

—Tengo entendido que Lisa-Marie y Linus habían ganado la lotería. ¿Crees que es este dinero?

Sara niega con la cabeza.

—Pero si solo ganaron cinco mil coronas. Se lo gastaron hace tiempo. —Señala la caja con la mano—. No era tanto dinero como

este.

—Ya le has dicho a la policía que has encontrado esto, ¿verdad?

—No, no. No puedo hacer eso.

—¿Por qué no? —pregunta Mona, mirándola con sorpresa.

Sara se queda en silencio, así que Mona continúa:

—¿No te das cuenta? Lisa-Marie debe haber estado involucrada en algo ilegal. Si no, no tendría todo este dinero. Además, lo guardó aquí, en su habitación de cuando era niña. Tienes que decírselo a Anton —dice Mona, poniendo la mano en la caja—. Puede ser que la hayan asesinado a causa de este mismo dinero. Y no puedes tenerlo aquí, en la casa. ¿Qué harás si alguien viene a por él? —Se muerde el labio. No ha debido decir la última frase. Ahora está asustándola—. Además, esto es una pista. Podría ayudar a la policía a encontrar al asesino —añade, acariciándole la espalda y sintiendo las afiladas vértebras de su columna vertebral.

—¿Y qué hago entonces?

—Voy a llamar a Anton —avisa Mona, levantándose.

Saca su móvil y, mientras espera a que coja la llamada, ve a Sara sentada en el borde de la cama con el pelo sucio y la cara angustiada. ¿Qué será de ella cuando salga a la luz toda la verdad sobre Lisa-Marie?

71

Mona coge la tapa rosada y la coloca en la caja. La pone en el suelo y la desliza nuevamente bajo la cama.

—La dejaremos aquí hasta que venga la policía —le dice, cogiéndola del brazo—. Vamos.

—¿A dónde vamos? —contesta Sara, levantando la vista.

—Tienes que ducharte y ponerte ropa limpia. Bajaré a la cocina para traerte algo de comer. ¿Cuándo fue la última vez que comiste?

Sara menea la cabeza, se lleva las manos al estómago y parece sorprendida.

—La verdad es que no lo sé.

—¿Ves? A eso me refería. Ahora ve a ducharte.

Sara sonríe débilmente y asiente sin más. Se levanta, cruza el pasillo y entra en el baño. Mona se queda mirando la puerta después de que Sara la cierre y ve un corazoncito con las letras «WC» balanceándose de un lado a otro del gancho. Lo mira hasta que se detiene. Se acerca unos pasos para poner la oreja en la puerta. Espera hasta oír los chorros de agua y baja por las abarrotadas escaleras.

La cocina es un auténtico desastre. Hay periódicos amontonados, correo sin abrir, botes medio vacíos con pastillas para dormir, ramos de flores que se han marchitado por falta de agua. Y las tazas de café de la última vez que estuvo aquí todavía están en el fregadero.

Mona ve una radio en la ventana y la enciende. La música empieza a sonar y decide subir el volumen cuando escucha que es *Super Trouper*, de Abba. Canta la canción mientras mete las tazas en el lavavajillas y recoge todos los periódicos viejos y los mete en una bolsa. Pone las cartas sin abrir en una pila para que Sara las lea cuando pueda. Una vez que ha quitado toda la basura de la mesa de la cocina, coge la bolsa de basura, la ata y la pone junto con la bolsa de periódicos en la escalera para sacarla. Acaba de cerrar la puerta cuando suena el teléfono. Otra vez Carl. Lee su mensaje de texto: «¿Alguna novedad?».

Mona responde rápidamente: «Estoy en casa de Sara. Te contesto más tarde».

Envía el mensaje y vuelve a la cocina. Sabe que tiene que darle alguna noticia a Carl, pero no hay razón para decirle lo del dinero. Ella misma no sabe mucho al respecto.

Deja el móvil, abre la nevera y arruga la nariz. Huele mal. Revisa

el contenido y encuentra un cartón de leche caducado y una cabeza de lechuga medio podrida. Coge los dos, los mete en una bolsa de plástico y la ata. En un plato hay un gran trozo de tarta cubierta de mazapán rosa. «Deben ser restos de la tarta de bodas», piensa Mona. Decide tirarla a la basura. Sara no necesita recordar la boda a diario por culpa de esos restos de tarta.

Tamborilea en la puerta del frigorífico mientras confirma que no hay mucho donde elegir. Pero hay un cartón de huevos y algo de queso y salchichas, por lo que decide sacar una sartén para preparar una tortilla.

Sara baja y se encuentra con comida en la mesa, la cocina limpia y olor a café recién hecho. Ed Sheeran suena en la radio y Mona la espera con una sonrisa. En otras circunstancias, podría haber sido un momento muy agradable.

—No había mucha comida, pero te he hecho una tortilla.

Las mejillas de Sara se ven más lozanas después de la ducha. Se ha puesto una camiseta rosa y unos vaqueros. Le sonríe débilmente y dice:

—Se ve estupenda.

—Espero que te guste. Siéntate, por favor —le pide Mona, acercándole la silla. Sara se sienta y empieza a comer de inmediato. Se alegra de ver que al fin está comiendo algo. La tortilla desaparece poco a poco de su plato.

—Gracias —murmura Sara.

Se oye el portazo de un coche fuera de la casa. Y luego otro. La expectación hace que el momento de paz se desvanezca, dando paso a un lánguido silencio que dura hasta que oyen unos pasos en la escalera.

72

Mona anhela volver a casa con Coco. Le resulta increíble que esa perrita se le haya metido en el corazón. Siempre ha pensado que las personas suenan tontas cuando hablan de sus perros y ahora se ha vuelto una de ellas. Esos ojos marrones, ese meneo de cola y el hecho de que siempre sale a saludar a pesar de la escayola que tiene en la pata la han hecho encariñarse de ella. Coco es ahora parte de su hogar.

Se dirige a comprar queso de cabra y comida para perros. Sale de la calle Storegårdsvägen y entra en el aparcamiento del supermercado Ica. Puede ver que la oficina móvil de la policía está estacionada en la esquina, así que aparca su coche lo más cerca posible de la calle y del estanque que está al otro lado. Justo en el momento en que sale de su Land Rover, se abre la puerta del coche adyacente al suyo y sale una mujer joven con el pelo largo y casi negro. A pesar de las gigantescas gafas de sol que le cubren la mitad de la cara, puede ver que se trata de Bea Ljung.

—Hola —saluda, cerrando la puerta del coche detrás de ella.

Bea levanta la vista y, al darse cuenta de que es Mona, saluda con la cabeza de manera displicente. Está a punto de irse cuando Mona continúa:

—Bea —dice, inclinando la cabeza—, lo siento si te metí en un lío la última vez que nos vimos. Espero que no llegaras muy tarde al trabajo.

Bea se limita a hacer un gesto con la cabeza, pero se detiene y se quita con lentitud las gafas de sol. Sus ojos azules están maquillados de forma meticulosa.

—¿Qué tienes que ver tú con LM en realidad? —pregunta Bea, agitando las gafas que tiene en la mano.

Mona vacila una vez más y decide no confesarle la verdad: que está trabajando en la investigación.

—Tienes toda la razón —asegura—. No tengo nada que ver con ella.

Bea la mira fijamente y las dos se quedan en silencio por un momento.

—Y no te preocupes por lo que dije de que Linus se veía un poco raro en la boda —continúa Mona—. Seguro que estaba nervioso. Parece un buen tipo. ¿Has hablado con él?

—Claro que sí.

—¿Por qué lo dices?

—Linus y yo nos conocemos desde pequeños, así que es lógico que hablemos, ¿no?

—Sí, por supuesto —asiente Mona.

Bea se pone las gafas de sol y parece querer seguir con su camino.

—¿Sabías que Lisa-Marie era estríper? —le pregunta de pronto, provocando que se detenga—. ¿Linus sabía algo de eso? —continúa.

—Claro que sí —responde Bea—. ¿Por qué crees que aceptó el trabajo?

Mona oye el agua de la fuente detrás de ella y desearía poder ver los ojos de Bea en lugar de sus gafas de sol. Le queda claro que el trabajo de estríper de Lisa-Marie no era tan secreto. Bea, Linus y Nikita lo sabían. Y, probablemente, otras personas también.

—No lo sé —responde Mona, meneando la cabeza.

—Pues porque necesitaban el dinero, claro está —dice Bea, agitando la mano—. ¿Cuánto crees que les costaba ese estilo de vida? Y el viaje a las Maldivas tampoco fue gratis —añade, frunciendo el ceño—. Aunque nunca llegaron a hacerlo.

Mona piensa de inmediato en el dinero que vio en la habitación de Lisa-Marie. ¿Es posible acaso que ganara tanto dinero en la Casucha? Pero ¿podría ser que consiguiera el dinero por medio de chantajes? El hecho de que no le funcionara con Johnny no significa que no tuviera éxito con alguien más.

Bea mira a Mona con el ceño fruncido.

—Pero ¿cómo sabes *tú* que Lisa-Marie hacía *striptease*?

—Lo he oído en varios lugares, de hecho —contesta Mona, pensando en Nikita y en Hedda.

—Ah, ¿sí? ¿De quién lo has oído?

—Nikita me lo ha dicho.

—Típico —resopla Bea—. ¿Y de quién más?

Mona vacila antes de decir algo más.

—De una compañera de Lisa-Marie.

—¿Quién?

No está convencida de que sea buena idea mencionar el nombre de Hedda. Pero hay que dar para poder recibir, y Bea parece conocer bien a Lisa-Marie y a Linus; da la impresión de saber algo que no ha compartido hasta ahora.

—Se llama Hedda.

Bea entorna los ojos al oír ese nombre.

—¿Hedda Magnusson?

Mona asiente en silencio.

Bea resopla desdeñosamente una vez más.

—Yo en tu lugar no me fiaría mucho de ella.

73

Lo que en principio iba a ser un trozo de queso de cabra y comida para perros se ha convertido en tres bolsas bien surtidas con todo tipo de productos. Desde sal de hierbas y miel hasta yogur de soja y rúcula. Además, como aún no conoce las preferencias de Coco, le ha comprado tres variedades diferentes para que ella elija.

Durante todo el trayecto a casa piensa en lo que Bea le ha dicho sobre Hedda. Que hay un dinero que ha desaparecido del Privat y que mucha gente cree que ella lo ha robado. Mona tiene la impresión de que Hedda es una persona que hace lo que tiene que hacer para salir adelante, y, ciertamente, podría llegar a robar de ser necesario. Pero ¿sería capaz de robar en su lugar de trabajo?

¿Y por qué la buscó en realidad? ¿Fue solo para decirle que Lisa-Marie trabajaba en la Casucha y que tenía una relación con Johnny Landström o había otra razón?

Se detiene frente a la casa y se baja del coche. ¿Podría ser que el dinero desaparecido fuera el mismo que el dinero encontrado en la antigua habitación de Lisa-Marie? Podría ser la causa de su asesinato. Aunque solo sean unos cientos de miles, podría ser razón suficiente para matarla. Han matado a gente por menos que eso.

—¿Cómo está?

El sonido de la voz saca a Mona de sus pensamientos y, al girarse, se encuentra con el Negro, el viejo veterinario. Mira directamente sus ojos oscuros y apenas visibles bajo las tupidas cejas entrecanas. Tiene los pelos de punta, como cuando lo despertaron anoche. Mona le sonríe.

—Ah, me ha asustado. Estaba muy distraída en mis pensamientos. Pero, bien, gracias por preguntar.

—Me refería a la perrita.

—Ah, sí, claro —ríe—. Acabo de comprarle algo de comida. ¿Quiere entrar a saludarla?

El viejo veterinario arruga la cara, gruñe y menea con la cabeza.

—¿Segura? —dice al fin, se encoge de hombros y se rasca la cabeza.

—Puedo preparar café. Y he traído panecillos de la panadería.

El hombre vuelve a gruñir.

—Sí, sí —contesta él, como si pensara que Mona está insistiendo demasiado—. Entraré un rato para asegurarme de que está bien.

Mona asiente y le da una de las cajas de la compra.

—¿Me ayuda con esto? —pregunta, y cierra el maletero.

Al abrir la puerta, Coco viene ladrando hacia ellos. No le resulta fácil moverse con la pata trasera escayolada, pero hace lo que puede. Una vez delante de ellos, los olfatea, espera a que ambos la acaricien y luego se gira y vuelve a entrar en la casa, cojeando.

—Veo que se siente cómoda aquí —dice él con satisfacción.

—Sí, eso parece —contesta ella, contenta de oír esas palabras.

—Pero tal vez necesita salir a orinar, ¿no?

—Deje la puerta abierta y ella saldrá por sí misma.

—¿Y si se escapa?

—No lo hará. Sabe que aquí está bien y segura.

Mona sonríe y entra en la cocina para sacar los productos que ha comprado en el supermercado. Se quita los anillos que lleva puestos y, al momento de ponerlos en el cuenquito chino de la encimera, ve que está vacío, lo cual la extraña. Intenta recordar si estaba así la última vez que lo vio mientras saca tres cuencos en los que vierte diferentes tipos de comida para perros. Está segura de haber puesto su pulsera de oro ahí, pero puede ser que esté equivocada. Pone los recipientes en el suelo y Coco se acerca de inmediato para olerlos. Después de un cuidadoso proceso de selección, el pienso en forma redonda de la marca Frolic resulta ser el ganador.

74

Hedda retira la cortina y entra en el camerino. Parpadea ante la luz cegadora de las mesas de maquillaje, pero luego ve que son Velvet y Star las que están sentadas frente a los espejos. Se susurran algo la una a la otra. Parece que han vuelto a ser amigas, pues ahora se dicen secretos mientras se maquillan, se ponen las pestañas postizas y se trenzan el pelo. Así es esto todo el tiempo. Un día se odian y quieren asesinarse, y al día siguiente parece como si nada hubiese ocurrido. No hay rencores, y si no fuera por la tirita de color piel en la cara de Velvet, no habría ningún rastro de la pelea.

Pasa por delante de ellas de camino al aseo. Está ocupado, así que se queda de pie junto a la puerta cerrada. El resonar de la música del espectáculo se mezcla con los sonidos del interior que la delgada puerta no logra contener. Hedda reconoce el sonido de una tarjeta de crédito deslizándose por la tapa del inodoro, lo cual le indica que alguien está dividiendo cocaína en líneas uniformes. Cierra los ojos y se apoya en la fría pared que tiene detrás. Piensa que Puss debería tomarse esto de la droga con más calma.

Cuando salga, estará llena de energía. Todo su cansancio se habrá esfumado. Tendrá fuerzas para hacer más *shows* de los que son humanamente posibles. La policía se llevó sus drogas la última vez, así que ahora tendrá que hacer dobles turnos para poder reponerlas. Hedda sabe cómo acabará todo. Se meterá el dedo en la nariz hinchada una y otra vez. Luego, la tendrá tan adormecida por la cocaína que no sabrá si está goteando sangre o mocos. De tanto esnifar, se le congestionará mucho y se le formarán eczemas alrededor de las fosas nasales, que entonces tendrá que cubrir con maquillaje. Muy pronto tendrá el tabique tan carcomido que colapsará. Eso si el corazón no se detiene primero.

Hedda decide no seguir esperando. Escucha las últimas notas de *Beat It*, de Michael Jackson, cuando sale del camerino. Pronto será su turno para salir al escenario. A veces le cuesta tener que esperar para salir. No porque le guste tener las miradas de los pajeros suecos encima, sino porque puede acallar sus pensamientos mientras baila. Es como entrenar en el *dojo*. Nunca lo hace a medias. Lo da todo.

«Joder, tú sí que sabes bailar», le dijo Belinda el primer día que estuvo en el escenario. Lo que la impresionó ese día no fue solo su forma de bailar, sino su gran capacidad acrobática alrededor de los

postes. La capacidad de cautivar al público es algo que desarrolló después, pues aprendió rápidamente qué movimientos funcionaban mejor. Y ahora es la mejor bailarina del club.

Hedda se aparta un poco y ve que hay nuevos clientes entrando. Se mueven como sombras bajo la tenue iluminación. Se oye que alguien pide champán en el bar y empieza a sonar *Material Girl*, de Madonna. Es la chica nueva, la que se hace llamar Rose, quien sale al escenario. Se ve novata y vacilante. Lisa-Marie también bailaba con música de Madonna. Todas las novatas suelen hacerlo.

La inquietud se apodera de ella y vuelve a entrar en el camerino. Puss ya ha salido y ahora está hurgando entre la ropa a un ritmo furioso, como si no encontrara lo que busca. Velvet y Star siguen sentadas en el mismo sitio. Parecen estar hablando de dinero, como es ya costumbre. Han dejado atrás la molesta visita policial y lo único que les interesa es recuperar lo perdido. Tanto los ingresos que se perdieron la noche en que la policía cerró el club como el dinero que ha desaparecido. El dinero que les han robado.

Contempla el desorden a su alrededor. El polvo, las lentejuelas y las plumas por todas partes. Es lo de siempre, pero ya no se siente como antes. Tiene la sensación de que la culpan de algo y a veces se callan cuando llega. Mira la cara reservada de Puss y las espaldas de Velvet y Star. Se pregunta si se han vuelto una amenaza y ahora tiene que cuidarse de ellas.

75

Una hora más tarde, el Negro —o, mejor dicho, Gustav Stark, como se llama en realidad— sigue en su casa. El apodo lo acompaña desde los años sesenta y ya ni siquiera recuerda de dónde le viene. Ahora está en la mesa blanca de su cocina con una taza de café delante de él. Un poco decepcionado de que no sea café hervido, pero este defecto se compensa en cierta medida por el hecho de que está servido en una taza con un platito debajo, como le gusta. La levanta junto con el plato, equilibrándolo hábilmente sobre tres dedos, y después se lleva un terrón de azúcar a la boca y da un sorbo.

—No he visto a nadie hacer eso desde mi abuela —comenta ella con una sonrisa.

—No. —Parece que quiere decir algo más, pero, en lugar de eso, toma otro sorbo de café—. Deberían ser los verdaderos terrones de azúcar, no estos nuevos que se derriten enseguida —dice, asintiendo con satisfacción y dejando el plato sobre la mesa.

—Lo tendré en cuenta cuando compre —contesta ella. Poco antes, sorprendió al viejo veterinario al admitir que no tenía azúcar en su despensa, por lo que él tuvo que ir a buscarlo a su propia casa. Mona intentó explicarle que la gente no lo utiliza hoy en día. En realidad, ella no ha visto un terrón en mucho tiempo. Incluso se ofreció a ir ella misma, considerando que el hombre tiene casi noventa años, pero él rechazó su ofrecimiento, murmurando que aún le sirven la cabeza y las piernas.

—Dejo algunos para ti. Toda persona sensata debe tener terrones de azúcar en casa.

—Es muy amable —dice ella, sonriendo al viejo gruñón.

—Hola —interviene William, apareciendo de repente en la puerta de la cocina. Coco, que estaba tumbada a los pies de Mona, se acerca cojeando con sus tres patas útiles tan rápido como puede. Él se pone en cuclillas, le rasca detrás de la oreja y ella lo permite. Parece que hasta la perra quiere a William—. ¿Cómo está? —pregunta, levantando la vista.

—Está bien. Creo que le gusta estar aquí y parece que no le duele nada —responde Mona.

William asiente y mira a Coco. Lleva una camiseta de manga corta que deja ver los tatuajes de sus brazos. Seguramente, hay una historia que contar sobre todos ellos. Al igual que el suyo, la media luna que

lleva tatuada en el dedo anular, para protegerla del mal, pero también como prueba de su amor por sus hijos. Quizá algún día les cuente la historia de ese tatuaje.

Mona mira el reloj y ve que han dado las cinco. Debe ser por eso que el estómago ha empezado a gruñirle.

—Bueno, chicos —dice, levantándose—, ya casi es hora de cenar. —Se acerca a un armario de la cocina para sacar una pila de platos y cubiertos y se los entrega al Negro—: Pon esto fuera, en el patio —indica, y luego se dirige a William—. Y tú podrías encender la barbacoa para que esté lista a tiempo.

William asiente y se levanta enseguida. Al principio, el Negro parece sorprendido por el encargo, pero lo acepta. Coge los platos y sigue a William hasta el patio, que ahora aparece bañado por el sol de la tarde. Pronto los oye hablar entre ellos de cómo eran las cosas antes en Vargön, cuando la fábrica estaba abierta y tenía más de trescientos empleados. También hablan de las cacerías de la familia real en Hunneberg, en las que el Negro había participado como batidor desde mediados de los años setenta. Y sobre el viejo edificio de la estación, ahora demolido, donde incluso existió una pizzería durante un tiempo.

Mona enciende la radio con una sonrisa en el rostro y comienza a cantar mientras prepara la cena, con Coco echada a sus pies todo el tiempo. Cuando sale al salón, escucha la voz del Negro.

—Hay que tener cuidado con él.

—Sí, lo entiendo —responde William.

—Puede aparecer en muchas formas. No es solo un hombre bien parecido sentado en el agua tocando el violín de manera prodigiosa. Te tira hacia abajo.

Mona se sirve una copa de rioja y asiente con satisfacción tras degustar el vino. El Negro parece estar contándole historias del *näck*, mítica figura acuática del folclore escandinavo, al igual que su abuela Johanna se las contó a ella cuando era niña.

Mona se aleja para comenzar a picar los ajos y el orégano fresco. Después de esto, corta los solomillos de cerdo en trozos pequeños y los pone en adobo. Por último, pela las patatas, las zanahorias y las chirivías, rocía con aceite de oliva, sazona y mete todo en el horno. Cuando se dispone a preparar la ensalada, suena el timbre de la puerta y, de inmediato, Coco se pone en pie y sale al pasillo.

—Entra —pide Mona, tomando un sorbo de vino.

—Bueno, ¿y esto...? —Oye la voz de Anton en el pasillo, que en un instante se convierte en una risa.

Sonríe para sí misma cuando escucha su voz y deja su copa para ir a recibirlo.

—Hola —dice ella, dándole un abrazo que le permite percibir su calidez y su olor a fresco.

—¿Te has buscado un perro? —pregunta Anton con una gran sonrisa, y, a continuación, acaricia a Coco en la cabeza.

—Sí —contesta Mona, y deja escapar una risa—. O, mejor dicho, ella es la que me ha buscado a mí.

Anton levanta las cejas de forma inquisitiva.

—Llevaba días merodeando por la casa y ayer por fin apareció —explica ella.

—¿Qué le pasó en la pata?

—Está rota. Debe haberla atropellado un coche. —Ambos miran a Coco en silencio, y esta se incorpora y les devuelve la mirada.

En ese momento se oyen las voces del Negro y William, y Anton levanta la cabeza.

—¿Tienes visita?

—Sí. Fuera están William y un vecino. Vamos a hacer una barbacoa. ¿Quieres quedarte a cenar?

En ese momento William entra por la puerta del patio, y los dos se miran y se saludan con un gesto de la cabeza. Mona percibe al instante la tensión que hay en la habitación.

76

Los dos son altos —casi dos metros de altura— y bien parecidos. Cada uno a su manera. Pero el trato entre ellos es tan frío que Mona siente ganas de ponerse un jersey. Le encantaría que fueran amigos. Tener un compañero de armas por hermano es lo mejor que puedes tener. Le parece lógico que a Anton lo moleste el hecho de que William no pueda comportarse dentro de los límites de la ley, pero presiente que hay algo más. Debe haber otra cosa y quisiera poder arreglarlo. Como de costumbre, se pregunta si las cosas serían diferentes en caso de que no los hubiera abandonado.

Anton aparta la vista de William y se vuelve hacia Mona. La cálida sonrisa ha desaparecido también de sus ojos.

—No, gracias. No me voy a quedar a cenar —dice—. Me voy a casa con Gabbi. Solo he venido para decirte algunas cosas.

—Está bien. Vamos afuera. —Asiente Mona, y luego se dirige a William—. William, ¿puedes vigilar las verduras en el horno?

—Sí, yo me ocupo de ello —responde—. También voy a tomar un poco de este vino.

—Por supuesto —contesta ella, mirando a Anton de soslayo. En su boca no hay ni el más mínimo atisbo de sonrisa. Mira a la perra—. Ven, Coco —la llama, y, para su sorpresa, viene cojeando. Se agacha para acariciarla—. Buena chica —la felicita, encantada, poniéndole la correa que ayer le pidió prestada al veterinario—. No puedo creer que ya haya aprendido su nombre. Debe ser una perra más inteligente de lo normal.

—Seguramente —afirma Anton mientras salen y cierran la puerta tras ellos.

Caminan tranquilamente uno al lado del otro. Mona siente ganas de preguntar, pero sabe que es inútil. Anton no suele responder nada cuando se trata de William.

—¿Cómo te fue en casa de Sara? —pregunta mientras se acercan al coche de Anton, que ha quedado oculto detrás de una camioneta negra de tamaño descomunal con una parrilla que parece una gran sonrisa burlona.

—¿Es el coche de William? —inquiere a su vez Anton, en lugar de responder a su pregunta.

—Eso parece. Aunque no estoy segura. Ayer vino en otro coche.

—¿Así que viene muy a menudo?

—No —contesta Mona, deteniéndose para que Coco pueda orinar —. Ayer vino para ayudarme con la perra. Intenté llamarte, pero estabas ocupado —se apresura a decir, y él asiente sin más—. ¿Cómo te fue en casa de Sara? —vuelve a preguntar.

—Está pasando por tiempos difíciles —contesta Anton, meneando la cabeza.

—Sí. Y pronto se enterará también de que su hija trabajaba como estríper y que se acostaba con su jefe.

Anton asiente y luego dice:

—Fuimos al Privat para investigar y Hedda Magnusson nos dijo que fue Johnny quien la convenció para que trabajase en el club.

—¿Por qué? —pregunta ella, meneando la cabeza.

Anton se encoge de hombros.

—Quién sabe. Fantasías retorcidas, tal vez. Pero no es algo ilegal.

—No, pero… —Mona se queda en silencio.

—Pero ¿qué?

—Hay muchas cosas que apuntan hacia Landström, ¿no?

—Sí. —Pone una mano en el techo de su coche—. Demasiadas.

Los dos se quedan callados mirando a Coco, que parece estar olfateando algo atentamente al pie del árbol.

—¿Habéis averiguado de dónde salió el dinero? —le pregunta.

Anton niega con la cabeza.

—No. Pero saldrá a la luz tarde o temprano. Es mucho dinero.

—Hoy me he encontrado con Bea Ljung por casualidad —comenta ella.

—Ah, ¿sí?

—Me ha dicho que hay un dinero que ha desaparecido del Privat.

Anton levanta las cejas.

—Interesante. Nadie mencionó eso cuando estuvimos allí. ¿Crees que es el mismo que apareció en la habitación de Lisa-Marie?

Mona se encoge de hombros.

—No lo sé. Pero Bea dice que muchas en el club culpan a Hedda.

Anton desvía la mirada hacia el jardín. Contempla los arbustos de rododendros en flor y las grandes hayas y luego se vuelve hacia Mona.

—¿Y tú qué crees?

—Yo no creo que ella lo haya robado.

—¿Por qué no?

—Puede ser que esté pasando dificultades económicas y que tenga que aguantar un empleo poco agradable, pero no creo que haya robado dinero de su fuente de trabajo. Además, el dinero apareció en la casa de Lisa-Marie. Si ella fuese la ladrona, el dinero no estaría allí.

—Suponiendo que sea el mismo dinero. Pero todavía hace falta investigar. —Anton suspira y recorre el paisaje con la mirada antes de mirar a Mona de nuevo—. No debería decirte esto, pero te lo digo

porque tiene que ver con Hedda. Encontramos una piedra del tamaño de un puño envuelta en una bufanda de seda que ella utiliza en el escenario. La piedra tiene sangre de Lisa-Marie.

Mona lo mira con expresión de perplejidad. No entiende nada.

—¿Esa piedra fue usada para matar a Lisa-Marie? —le pregunta.

—Los forenses aún están analizándola, pero suponemos que sí.

—No lo entiendo —dice ella, meneando la cabeza—. Hedda es una chica inteligente. Si hubiese matado a alguien con esa piedra, ¿por qué la envolvería en su bufanda y luego la dejaría en el club?

—Exactamente. No tiene ninguna lógica.

77

El sol matutino se abre paso a través del luminoso comedor de la señorial Casa Ronnum. Las mesas gustavianas aparecen cubiertas con blancos manteles planchados y en la mayoría de ellas se puede ver a los huéspedes del hotel desayunando. Se sirven café y zumo de naranja, tostadas, *croissants* y panecillos con algún queso, jamón y salchichas, además de muesli y cereales. Se oye un murmullo bajo y agradable y el repiqueteo habitual de cucharas y tenedores.

Mona encuentra una mesa vacía junto a la puerta que conduce a la terraza, deja su bolso y va a por un capuchino y un *croissant*. Una vez de vuelta en la mesa, da un sorbo a su café y mira el jardín verde y los edificios amarillos a través de las ventanas de rejilla. El suave gorjeo de las aves se filtra a través de las puertas entreabiertas de la terraza.

—Buenos días —dice Anki, apareciendo de repente delante de ella con una cafetera en la mano y una amplia sonrisa en la cara.

—Hola, buenos días —contesta Mona, observando que hoy Anki ha conseguido elevar su flequillo teñido de rubio más que nunca.

—Me alegro de verte. Y ya me han dicho que tienes una mascota.

—Sí. ¿Y cómo te has enterado? —quiere saber Mona, dejando la taza.

—Ya sabes, tengo mis fuentes —ríe—. Por cierto, le he dicho a Carl que estás aquí, así que no tardará en venir —advierte, y después vuelve a su trabajo. Mona sonríe en el momento en que Anki se da la vuelta. No entiende cómo consigue enterarse de todo tan rápido.

Da un mordisco a su crujiente *croissant* y ve que Carl viene sudando hacia ella, con la cara roja y jadeando con fuerza. Lleva un chaleco a cuadros bajo la chaqueta que parece estirarse sobre su estómago.

—Hola —saluda, dándole un abrazo. Mona siente su cálido aliento justo en la oreja, ya que jadea para respirar.

—¿Has salido a correr? —le pregunta.

Él menea la cabeza y respira profundamente antes de contestar:

—No, es solo que he venido por las escaleras. Van a matarme.

—O quizá sea mejor utilizarlas más a menudo. Así podrías vivir más tiempo.

Carl resopla y se sienta delante de ella. Luego, busca a Anki con la mirada y le hace señas para que se acerque.

—¿Puedes traerme un café, nena?

—Sí, claro —asiente ella, sonriendo, pero Mona ve que la alegría desaparece de sus ojos. El restaurante está casi lleno y Anki tiene que limpiar las mesas, de modo que no tiene tiempo para ocuparse de él. Además, llamarla *nena* es denigrante. Tiene que conseguir que Anki deje de tolerar este tipo de cosas.

—Entonces, ¿has averiguado algo? —pregunta, acomodándose en la silla—. Ya ha pasado más de una semana y todos sabemos que los primeros días son los más importantes en una investigación de homicidio.

Mona asiente y luego dice:

—Es cierto. —Mira a su alrededor—. Pero el negocio no parece estar yendo nada mal. Incluso podría decirse que hay más gente de lo habitual, ¿no?

Carl suelta una carcajada.

—Sí, es extraño. Parece que el asesinato atrae a la gente. Tuve que cancelar la conferencia del martes, pero desde que abrimos otra vez, ha habido una avalancha de clientes nuevos. No los invitados de la boda, sino otros. —Da un sorbo a la taza de café que Anki acaba de traerle—. Como puedes ver, Mona, las cosas han dado un nuevo giro, y esa investigación no necesita apresurarse, al menos en lo que a mí respecta.

—En ese caso, tal vez sea hora de dar este negocio por terminado —contesta ella, mirándolo a los ojos.

Él se carcajea una vez más.

—Sí, me parece que sería lo mejor. Sé que los abogados como tú pueden llegar a cobrar mucho, y creo que es un gasto innecesario.

Esto significa que ha perdido a su cliente. En realidad, le agrada la idea de poder librarse de Carl, pero esto no cambiará nada. Piensa continuar con la investigación por su cuenta. No le preocupa perder sus honorarios. No necesita el dinero. Lo que sí le interesa es poder ayudar a Anton.

—Voy a por algo de comer —dice Carl, levantándose de su silla.

Mona asiente en silencio y mira los zapatos de Carl a medida que este se aleja. Le lleva un momento, pero entonces algo llama su atención.

78

Carl ha vuelto a la mesa donde Mona está sentada.

—Me gustan tus zapatos —comenta ella.

Él mira hacia abajo, pero la barriga le estorba, así que tiene que fruncir el ceño y agacharse para poder verlos.

—Ah, gracias —dice mientras pone en la mesa un plato lleno de bocadillos, panecillos y galletas, y se sienta.

—Parecen hechos a mano. ¿Están hechos a medida? —pregunta.

—Sí. —Asiente, y se lleva una galleta finlandesa a la boca—. Me los hizo un zapatero de Gotemburgo. Muy bueno. Siempre me quedan a la perfección.

—Ya me lo imagino.

Era Carl con quien Lisa-Marie estaba discutiendo en el banquete. Mona había ampliado el vídeo al máximo y, aunque estaba borroso, había reconocido esos zapatos. Ahora, la cuestión es saber de qué estaban hablando que había molestado tanto a Lisa-Marie.

Mira a Carl mientras este muerde un bocadillo con queso *brie* y pimientos rojos y decide empezar a hablar del tema:

—He visto el vídeo de la boda.

Él asiente en silencio.

—La policía también tiene una copia.

—Por supuesto.

—Tú también apareces en el vídeo.

—Pues claro, lo extraño sería que no estuviera. —Suelta una carcajada.

Carl no parece dispuesto a añadir nada, así que lo hace ella:

—Apareces discutiendo con Lisa-Marie en el salón de banquetes.

Parecía estar a punto de darle un mordisco a su bocadillo, pero se detiene.

—¿A qué te refieres?

—Sí, tú y Lisa-Marie estabais discutiendo algo y ella parecía muy molesta.

—¿Qué estás insinuando? —inquiere, dejando lentamente el bocadillo en el plato y mirándola a los ojos.

—Nada. Solo estoy mencionando un hecho.

—Pues parece casi como si creyeras que fui yo quien la mató.

—No, no es eso —dice ella con sinceridad—. Pero tuvisteis una discusión ese día y me pregunto sobre qué era.

—Mmm —gruñe Carl, volviendo a coger el bocadillo—, no es que sea de tu incumbencia, pero estábamos hablando de la tarta nupcial.

Mona suelta una carcajada.

—Sobre la tarta nupcial.

—Sí. Estaba molesta porque la tarta se había estropeado. Uno de los pisos se había caído y ella quería una deducción, a pesar de que ya lo habíamos arreglado.

Es posible que el pastel se cayera y se estropeara en los bordes, pero ella no cree que ese fuera el tema de la discusión.

—Y eso ya se lo he dicho a la policía —continúa.

—Ah, ¿sí? —dice ella, sorprendida.

—Sí, claro. Vieron mis zapatos en el vídeo y los rastrearon hasta mí. ¿O qué pensabas? —contesta Carl con aire de satisfacción, como si tratara de decirle que no es tan inteligente como cree. Entonces le guiña un ojo y coge el bocadillo para darle un gran mordisco con una sonrisa en la mirada.

79

Lleva unos vaqueros ligeros con agujeros en las rodillas, un jersey holgado y un bolso al hombro tan pesado que inclina su cuerpo. Sin embargo, consigue moverse con suavidad y facilidad. Es el tipo de persona que atrae miradas, ya sea en el club, donde es una criatura que danza entre las barras bajo una luz intermitente, o como ahora, una estudiante normal caminando por las calles de Trollhättan.

—Hola —dice, dejando el pesado bolso en una silla y suspirando de alivio—. Veo que te gusta ir de negro —continúa, mirando el vestido de Mona.

—Sí —asiente Mona, mirando hacia abajo y quitándose una miga de la rodilla—. Voy a ir al funeral de Lisa-Marie más tarde.

Hedda asiente en silencio, pero después mira hacia abajo y el rostro se le ilumina.

—Ah, qué bonito perro —comenta, poniéndose en cuclillas.

—Te presento a Coco.

Hedda se agacha para acariciarla y luego mira a Mona.

—No sabía que tenías una mascota.

—Es la nueva integrante de la familia —explica Mona con una sonrisa.

Hedda asiente y se ríe a carcajadas cuando Coco le lame la cara.

—Eres un encanto —dice, dándole un beso, y luego se pone de pie —. Voy a entrar a comprar algo de comer.

Hedda vuelve con una bandeja en la que se ve un pastel de carne picada y una lata fría de Coca-Cola. Abre la lata con un chasquido y vierte el contenido en un vaso, haciendo que los cubitos de hielo se derritan al contacto con la bebida negra carbonatada. De inmediato, se lleva el vaso a la boca y bebe, ávida.

—Ahhh —exclama, poniendo el vaso en la mesa de forma un tanto estrepitosa—. Estaba muriéndome de sed.

Eructa ruidosamente y se acerca el plato para coger un gran trozo del pastel de carne con el tenedor y llevárselo a la boca. Parte de la comida se le queda en la comisura de los labios, la retira con la mano y continúa comiendo mientras Coco sigue todos sus movimientos con la mirada.

Mona se da cuenta de que Hedda no solamente tiene sed, sino que también tiene mucha hambre. De hecho, le recuerda un poco a Coco. También ella se comportaba de esa forma al principio, hasta que

entendió que había más comida y que no se acabaría.

Deja que Hedda termine mientras ella bebe su capuchino y observa a la gente a su alrededor. Fiket es el típico lugar de encuentro para estudiantes. Vienen con sus ordenadores y discuten sobre los cursos. A Mona le agrada este ambiente. Siempre le ha gustado rodearse de este tipo de personas. Le gustan el ímpetu, la curiosidad y la voluntad de entablar conversaciones que muchos dejan de lado cuando entran en el mundo laboral.

—¿Has oído algo nuevo sobre el caso de Lisa-Marie? —le pregunta Hedda cuando va por la mitad del pastel de carne.

—No —responde Mona, negando con la cabeza—. Nada que no digan en las noticias.

—Ya sabes que encontraron una piedra con sangre, ¿no? —dice con la boca llena de comida.

—Sí, también me he enterado de eso —contesta Mona.

—Es una locura. —Deja el tenedor—. Yo no maté a Lisa-Marie. Entiendes que yo no haría algo así, ¿verdad?

Mona asiente y luego contesta:

—Por supuesto. Si fuera así, no habrías envuelto la piedra en tu propia bufanda, ¿cierto?

—Exactamente —coincide, gesticulando con las manos—. Alguien está intentando inculparme. ¿Puedes imaginar lo que se siente? —Mona no tiene tiempo de responder antes de que Hedda continúe con voz agitada—: Y lo peor es que debe ser alguien del club. Es alguien con quien trabajo. —Se echa el pelo hacia atrás—. Y tengo que averiguar quién es.

—La policía se encargará de ello. Es probable que la persona que la asesinó haya dejado la piedra allí. Además, Anton tampoco cree que tú lo hayas hecho.

Hedda asiente con cara de satisfacción. Levanta el tenedor y coge un trozo de pastel de carne.

—Es guapo.

—¿Anton?

Hedda asiente en silencio.

—Sí. Es demasiado bueno —dice Mona, y libera un suspiro— para ser policía.

—Pero también hacen falta policías buenos como él. Es muy amable. Un poco raro para ser policía, pero encantador.

Mona sonríe aún más y apura el último sorbo de café. Hedda ha descrito bien a Anton, y le gusta que vea su singularidad como algo positivo.

—Entonces, ¿de qué querías hablar? —le pregunta Hedda—. Me sorprendió un poco que quisieras hablar conmigo.

—Me topé con Bea Ljung el otro día. ¿Sabes quién es?

—No.

Mona coge su teléfono y se desplaza por las fotos hasta encontrar las que sacó a hurtadillas cuando Bea y Nikita estaban en el parque Skräcklanparken. Le muestra una de ellas.

—Es ella. La de pelo oscuro.

Hedda coge el teléfono y amplía la foto. La mira un momento y luego menea la cabeza.

—Me parece familiar. Creo que la he visto en alguna parte, pero no sé dónde. —Le devuelve el móvil—. ¿Quién es?

—Es una amiga de Lisa-Marie. Me dijo algo que no me agradó nada. —Mira a Hedda a los ojos—. Dijo que mucha gente del club cree que has estado robando dinero.

Se prepara para una reacción furiosa de Hedda, pero en lugar de eso se reclina en su silla y suelta una carcajada.

—¿Eso dice la tal Bea? —contesta, dejando el tenedor—. Bueno, no sé en qué mundo vive, de dónde lo ha sacado o quién es, pero puedes preguntarle a cualquiera del club si piensan eso de mí.

—Ha aparecido un dinero en casa de Lisa-Marie. La pregunta es de dónde ha salido. ¿Crees que puede ser el dinero del club?

—No —responde Hedda de inmediato, inclinándose hacia delante —. ¡Claro que no!

80

Hay un bizcocho casero rodeado de tazas y un termo de café justo en el centro de la mesa de conferencias. Anton sonríe a Petra Tallberg y empuja el plato hacia ella.

—Aquí tienes.

Ella lo mira y niega con la cabeza, con cara inexpresiva.

—No, gracias —contesta, desviando la mirada hacia el informe forense.

—Yo sí quiero —dice Bodil, cogiendo un gran trozo—. Ah, ese «palacio de las tetas» —comenta, llevándose el bizcocho a la boca—. Esa mierda no debería existir.

—Y, entonces, ¿por qué sigue allí? —pregunta Petra, mirándola.

—Es una excelente pregunta. Estamos persiguiendo crímenes de poca trascendencia, como los del hermano de Anton, que no le hacen daño a nadie, pero permitimos que existan locales como ese. Joder, me parece algo muy raro.

Anton se revuelve en su silla y da un gran mordisco a su trozo de bizcocho. «¿De verdad era necesario mencionar a Wille?», se pregunta.

—Bueno, lo importante es que ahora ese local forma parte de una investigación de asesinato —dice Petra—. Pero yo sigo sin entender por qué tiene Bauer una sucursal del Privat fuera de Vargön.

—En realidad, no es la primera vez que hay un club de *striptease* allí —replica Janne, sirviéndose café en la taza.

—Ah, ¿no?

—Ya existía en los años setenta, pero ahora lo han reabierto. —Suelta una carajada—. Lo recuerdo bien porque los inspectores que tenían que ir allí lo hacían con mucho gusto. Incluso aquellos que trabajaban en Trollhättan, a pesar de que el club se encuentra en el municipio de Vänersborg. Según recuerdo, decidieron cerrarlo por la disminución del número de visitantes.

—¿Y por qué habría de irle mejor ahora? ¿Qué se trae Bauer?

—No lo sabemos. Pero solo abre los sábados y tiene una clientela fiel que viene de Vänersborg, Trollhättan, Uddevalla y los alrededores. Pero lo interesante aquí es que Bauer ha conseguido atraer nuevos clientes. Hay quienes llegan en avión, ya que el club está situado justo al lado del aeropuerto. Basta con que lleguen seis u ocho de esos clientes para ganar el dinero de la noche.

—¿Las celebridades también van allí?

—Eso no lo sé. Supongo que también deben ir a pasar un buen rato alguna que otra noche. Lo que yo tengo entendido es que son, principalmente, los rusos los que llegan en avión y gastan mucho dinero. En todo caso, dicen que se trata de fiestas privadas y no de un club.

Anton piensa en Hedda cuando oye esto último. No ha podido dejar de pensar en ella desde que se conocieron. Es como si aquellos ojos oscuros lo persiguieran como un hechizo.

—Entonces, no se trata de algo más grave. En otras palabras, no estamos tratando con tráfico de putas de Europa Oriental, ¿correcto?

—No creo. Parece ser un club de *striptease* bastante típico —contesta Janne, gesticulando con las manos—. Lo que hagan después son solo especulaciones.

—Llama la atención que nadie hable. Me refiero a cotilleos sobre la gente que va allí o cosas que suceden. Es un poco extraño que no haya salido ni una palabra de un sitio como ese en seis meses.

—Estoy seguro de que todo eso tiene mucho que ver con Bauer. Dirige el club con mano de hierro —interviene Anton—. Por eso nunca hemos tenido que ir allí.

—¿Algo que podamos investigar? —pregunta Petra.

Anton la mira y luego dice:

—No lo sé. El club de Gotemburgo es bastante misterioso. No sabemos realmente lo que ocurre allí, pero hemos constatado que Bauer tiene unos guardias que se toman su trabajo muy en serio. Nos dio la impresión de que cualquiera que se ponga demasiado revoltoso puede pasar un mal rato. Peor que con la policía.

—Hablamos con Bauer y sus guardias cuando estuvimos en el Privat, en Gotemburgo —explica Bodil—. Y si los guardias son duros, ella lo es mucho más. Preferiría hacerle la guerra a Gordy y a su banda antes que a ella.

Anton asiente antes de añadir a lo de Bodil:

—Se habla de dedos amputados y de alguien a quien le borraron un tatuaje. Para indicar qué es lo que ocurre si no se comportan.

—Sí, pero nadie sabe si es verdad o si son rumores que inició la propia Bauer para asustar a la gente. En todo caso, tú eres el que ha tenido una cita con uno de los guardias en el aseo del Privat —dice Bodil, y suelta una risa, dejando al descubierto el *snus* bajo su labio.

Anton frunce el ceño.

—Sí, podría haber sido mucho peor. Pero, al final, Bauer fue sensata y se dio cuenta de que era mejor aceptar la situación. Su club es parte de una investigación de asesinato, y lo más conveniente para ella es pasar desapercibida. Puede que tenga contactos, pero hay cosas que ni siquiera ella puede ocultar bajo la alfombra.

—¿Como el hecho de que el arma homicida fue encontrada allí?

—Exacto —contesta Anton, y le vienen a la mente los ojos oscuros de Hedda una vez más—. Se ha establecido que la piedra fue utilizada en el asesinato de Lisa-Marie, así que es obvio que alguien está tratando de inculparla. Pero ¿quién? ¿Y por qué?

—¿Crees que Bauer está detrás del asesinato? —pregunta Petra.

—Si Lisa-Marie le hizo algo o se interpuso en su camino, yo creo que sí, definitivamente.

—Entonces, ¿deberíamos pedirle que venga para interrogarla?

Anton niega con la cabeza y dice:

—No creo que sea buena idea. Bauer no es el tipo de persona a la que podamos sacarle una confesión. La única manera sería que encontrásemos algo. Solo entonces podríamos hacerla venir.

Se quedan en silencio durante un instante, reflexionando sobre lo que se ha dicho.

—¿Y la lentejuela que encontraron en la cascada? ¿Tenemos algo al respecto? —pregunta Petra.

—Tenemos una coincidencia. Pertenece a un bustier que Lisa-Marie usaba en el escenario. Cómo llegó allí no lo sabemos. Solo podemos especular por qué la tenía consigo, pero no nos ha llevado a ninguna parte hasta ahora.

—¿Tal vez algún cliente? —pregunta Petra—. Esos lugares atraen a muchos trastornados. Podría ser uno de ellos, ¿no?

—Puede ser. Estamos trabajando para localizar a cualquier persona que pueda haber estado en contacto con ella —explica Anton—. Pero no es tan sencillo, como bien sabes.

—Primero, tenemos que encontrarlos —añade Bodil—. Después, los haremos hablar.

—A los habituales ya los tenemos muy bien identificados, pero a los demás…

—Según Bauer, Lisa-Marie actuó dos veces y en ambas ocasiones había clientes que habían llegado en *jets* privados. No es fácil rastrear ese tipo de movimientos —se lamenta Anton.

—Sigue buscando. Creo que tenemos algo ahí.

—¿Y los polvos de talco? —pregunta Anton.

—Sigue siendo un misterio.

—El posible asesinato de Fredrik Svensson también es un tema preocupante. Aún estamos investigando para confirmar si la teoría de My es correcta. Si es así, tenemos otro asesinato que resolver. Dos en la misma familia. Y Sara también podría estar en peligro, ¿no?

—Creo que deberíamos vigilarla, pero es mejor no decirle nada de esto hasta que estemos absolutamente seguros.

Petra se reclina en su silla con aire pensativo antes de continuar:

—En cualquier caso, podemos confirmar que muchas cosas están relacionadas con el club de *striptease* de una manera u otra.

Los demás asienten sin más. Entonces suena el teléfono de My y todas las miradas se dirigen a ella. My coge su móvil y parece estar leyendo algo.

—Colegas —anuncia con expresión de seriedad—, creo que tengo la respuesta de quién mató a Lisa-Marie.

81

—El dinero robado pertenece a las chicas —explica Hedda, sacando la barbilla—. Es dinero de Star, Velvet, Sugar y Puss. No es del club. Belinda no debería recibir ni un maldito centavo.

—Vaya nombres. ¿Así se llaman?

Hedda la mira fijamente.

—No, claro que no —niega, gesticulando con las manos—. Son nombres artísticos. Nunca usamos nuestros nombres reales cuando hablamos de nosotras o entre nosotras.

—¿Por qué no?

—Porque no es bueno que se sepan nuestros nombres. Hay gente que viene al club de la que es mejor mantenerse a distancia, ¿sabes? No queremos que sepan nuestros nombres y a nosotras tampoco nos interesa saber los suyos. Aunque siempre nos dicen cómo se llaman.

Mona asiente y pregunta:

—¿Cuál es el tuyo?

—Honey.

—¿Y vosotras elegís los nombres?

—Sí, pero Belinda tiene que aprobarlos.

—¿Y por qué has elegido ese nombre?

—¿Por qué no? —Se encoge de hombros—. Tengo que llamarme de alguna manera, ¿no?

—Sí, por supuesto —responde Mona, raspando un poco de espuma de leche del capuchino y llevándose la cuchara a la boca. Al fin y al cabo, Hedda es dulce como la miel y tiene colores cálidos, por lo que el nombre le viene muy bien con su doble significado. Deja la cuchara en el plato—. ¿Y el dinero? ¿De dónde ha salido?

—Se supone que iban a invertirlo. Landström convenció a las chicas con engaños para que compraran acciones de una empresa inmobiliaria en la que él mismo formaba parte del consejo de administración. —Hedda pone cara de incredulidad—. Cómo consiguió ese puesto en la junta directiva es un misterio. No creo que pueda aportar mucho. Pero así es esto. Los viejos se cuidan las espaldas mutuamente y meten a sus amigos en el club de la sauna.

Hedda mete los dedos en la ensalada y saca una rodaja de pepino para mojarla en el aliño antes de continuar:

—Según él, esa empresa iba a cotizar en el Nasdaq First North. Les dijo que era una inversión segura. Solo tenían que aportar doscientos

mil y vender un mes después para recibir cinco veces la cantidad invertida —explica, y se lleva el pepino a la boca.

—Aquí se podría hablar de una violación de las leyes sobre uso de información privilegiada.

—Lo sé. Pero vieron la oportunidad de conseguir dinero rápido. Ya sabes, la gente necesita dinero y cada cual tiene sus razones.

Mona asiente en silencio.

—Cuatro de las chicas aceptaron comprar, así que Johnny recibió el dinero para ayudarlas con la inversión. Pero, cuando llegó la fecha de la salida a bolsa, no pasó nada. Se pospuso la cotización. Sucedió varias veces. Al menos, eso era lo que les decía. Al final, les dijo que no se había realizado.

—¿Por qué no?

—Había muy poco interés por parte de los inversores. Es decir, no había suficientes personas dispuestas a comprar acciones de la empresa. Pero, cuando quisieron recuperar su dinero, ya no estaba. Landström puso una excusa tras otra y terminó diciéndoles que el dinero había sido robado, pero que lo recuperarían.

Mona se reclina en su silla mientras sigue mirando a Hedda.

—¿Y qué se supone que iba a ganar Landström con este negocio? Porque me imagino que no les dio consejos de inversión y les habló de esta oportunidad solo por ser bondadoso.

Hedda suelta una carcajada y dice:

—No, claro que no. Él también iba a llevarse su parte. Primero, tenían que pagarle trescientos mil por adelantado y, luego, el diez por ciento de las ganancias una vez que se vendieran las acciones.

Ahora sabe que Johnny Landström tiene otro lado desagradable. Hace uso de información privilegiada para estafar a la gente.

—Entonces, les dijo que el dinero había sido robado. Y ahora han aparecido varios cientos de miles en el dormitorio de la infancia de Lisa-Marie.

—Increíble —murmura Hedda, meneando la cabeza, y sigue comiendo—. Debe ser ella la que robó el dinero. Al menos, deberían devolverlo —menea la cabeza nuevamente—, esa pandilla de Vargön.

—¿*Pandilla de Vargön*? —repite Mona, viendo cómo se relame el dedo y recoge las últimas migas del plato para llevárselas a la boca—. ¿A qué te refieres?

Hedda levanta la vista y dice:

—Sí, Landström y sus amigos, que casi siempre vienen juntos. Y Lisa-Marie, que…

—¿Quiénes son esos amigos? —interrumpe Mona.

—No son siempre los mismos, pero hay un viejo que aparece muy a menudo. —Mueve la cabeza—. No sé cómo se llama, pero es un poco singular. Es un tipo medio gordo. Y siempre lleva una chaqueta y

un chaleco a cuadros. Parece que tiene un restaurante o algo así. Ya sabes, a Landström le gusta traer a un montón de viejos. Se siente como un rey. Algunos vienen solo una vez, otros dos, pero ese viene al club con mucha frecuencia.

—¿También al de Gotemburgo?

—Sí.

Mona saca su móvil y busca una foto de Carl Skantze en Google para luego mostrársela a Hedda. Entonces le pregunta:

—¿Es este?

—Sí —responde tras una breve pausa—. ¿Quién es?

—Es el gerente de Casa Ronnum.

—OK. Ya entiendo por qué estaba tan preocupado.

—¿A qué te refieres?

Hedda sonríe.

—Lisa-Marie era muy codiciosa. Cuando veía una oportunidad para conseguir dinero, la aprovechaba. Lo amenazó con que sacaría a la luz que era un cliente del club —sonríe—, y lo que le gustaba.

—¿Estás diciendo que lo chantajeó?

—*Sip*. Le pagó para que no dijera nada.

—¿Qué es lo que no debía decir?

—Que es un pervertido con unos gustos retorcidos.

Mona piensa de inmediato en la acalorada discusión entre Lisa-Marie y Carl en la fiesta de la boda. ¿Era por eso? No se había creído lo de la tarta lo más mínimo, pero ahora ha quedado claro que Carl tenía motivos para deshacerse de Lisa-Marie.

—Pero yo creía que eso no se puede hacer en este trabajo.

Hedda levanta las cejas.

—Así es. No se debe hacer. Si Belinda se hubiera enterado de lo que hacía Lisa-Marie, se habría metido en un gran problema.

—¿Y si se hubiera enterado? —quiere saber Mona, mirándola a los ojos.

—¿A qué te refieres?

—Si Belinda hubiera descubierto lo que hacía Lisa-Marie, ¿hasta dónde crees que podría haber llegado?

—Uy —exclama Hedda, levantando otro pepino—. Belinda es capaz de todo para proteger su negocio.

82

Hace un día hermoso y la ceremonia fúnebre ya ha comenzado. Los bancos de la iglesia de Västra Tunhem están llenos, como debe ser cuando muere una persona joven. El féretro blanco está rodeado de muchos ramos de flores con un mensaje de despedida escrito en las brillantes cintas de seda. La mayoría de las flores son de color rosa, como las del día de la boda, y llenan todo el presbiterio.

Mona consigue contener las lágrimas durante la mayor parte de la ceremonia, pero se rinde cuando empieza a sonar una de sus canciones favoritas de Kent en los altavoces. Las lágrimas corren por sus mejillas y, en el momento en que saca el pañuelo de su bolso, oye que no es la única. La voz cansina de Joakim Berg está acompañada por los sollozos de los presentes. Es difícil creer que solo dos semanas antes estaban en la misma iglesia para celebrar la boda de Lisa-Marie. Y ese día también pusieron su canción favorita.

Cuando llega el momento de la despedida final, Sara y Linus son los primeros en acercarse al ataúd. Johnny y Unni Landström van a ambos lados de Sara y la sostienen de los brazos. Mona mira la cara de Johnny. Es un maldito hipócrita. Allí, sosteniendo a Sara como si fuera un ángel salvador. Ha tenido la cara de venir después de todo lo que le hizo a Lisa-Marie, y que Sara todavía no sabe.

Nota que Sara ha adelgazado aún más en estas dos semanas cuando se estremece de repente y Unni y Johnny se ven obligados a sostenerla con más fuerza. La llevan de vuelta a su asiento en el banco de la parte delantera de la iglesia, y Linus la sigue con rigidez.

Luego, viene una serie de condolencias llenas de lágrimas y Mona observa a cada una de ellas. La mayoría de los presentes le resultan desconocidos, pero puede ver a Nikita y a Bea entre la gente y, para su sorpresa, también a Charles Backe.

Después de estos pésames, Mona se alegra de salir a la luz del sol. Es como si pudiera volver a respirar con normalidad en su vestido negro sin mangas. El campanario blanco se alza hacia el cielo azul claro del verano y el sol se refleja en la fachada enlucida. Se pone las gafas de sol y observa a las personas que ahora se han reunido en grupitos fuera de la iglesia y hablan en voz baja entre ellas. Le parece que es hora de marcharse. Está ajustándose el bolso de Chanel sobre el hombro cuando oye una voz detrás de ella.

—¡Hola! —exclama alguien, y Mona se limpia una lágrima de

debajo del ojo y se gira para ver quién le habla. Se trata de Charles Backe. Se ve totalmente diferente al hombre que conoció hace dos semanas en Hunneberg. Atrás quedó el leñador con sus botas de montaña y pantalones de caza. Ahora lleva un traje negro, unos zapatos bien lustrados y el pelo bien peinado.

—Espero que no haya más de esos paseos mortales a caballo.

Ella suelta una carcajada y menea la cabeza.

—No —asegura, y hace una pausa—. Te he visto ahí dentro.

—Sí —asiente Charles, y luego mira a su alrededor—. Conocí a Lisa-Marie y conozco a su madre.

—Como todo el mundo en Vargön —dice Mona.

—¿Tú también?

—No. Bueno, solo conozco a Sara, a Lisa-Marie nunca llegué a conocerla en persona.

Charles asiente en silencio.

—Por cierto, gracias una vez más por ayudarme cuando me caí del caballo.

—De nada.

—¿Puedo invitarte a cenar para agradecértelo como es debido?

Charles se queda mirándola y ella ve un brillo en sus ojos verde oscuro, como una estrella en medio del bosque. ¿Estará dudando? Mona sabe que, a veces, puede ser demasiado atrevida, pero puede decir que no y ya está. Sin embargo, no lo hace.

—Claro que sí —contesta.

—Perfecto. En eso quedamos —dice ella, sonriéndole.

Mira a Linus pasar cerca de ellos, cabizbajo y con la mirada puesta en el suelo. Su padre camina a su lado con una mano en su espalda.

—Pobrecito —murmura, volviéndose hacia Charles—. No creo que haya una forma más horrible de perder a alguien.

—No —responde él.

Los siguen con la mirada hasta que se detienen frente a la sala parroquial. A continuación, Mona desvía la mirada hacia Bea, quien saluda brevemente a Unni y después pasa por delante de ella para darle un abrazo a Sara. Se quedan mucho tiempo hablando en voz baja, muy cerca de la cara de la otra, sin dejar que nadie entre en su conversación. Ve que Bea aparta la mirada y la fija en otra parte. Al seguirla, Mona ve a una chica delgada de pelo largo y rubio que se acerca a Linus con pasos cautelosos. Parece que Bea quiere acercarse a ella, pero Sara la detiene del brazo.

Mona dirige su mirada a la chica que se ha acercado a Linus y la ve alargar suavemente la mano para tirar de su chaqueta. Linus se gira y, al verla, aleja el brazo de la chica y se gira de nuevo, dándole la espalda. La chica mira al suelo, se da la vuelta y se va.

Algo hace que Mona vuelva a mirar a Bea y ve que ahora tiene una

sonrisita de satisfacción en los labios. ¿Qué significa todo eso?

—Bueno, tengo que irme —anuncia Charles, y ella se vuelve hacia él—. Encantado de verte. Espero que esa cena sea muy pronto.

Ella asiente con una sonrisa.

—Yo también —asegura, y lo sigue con la mirada mientras él se dirige al aparcamiento. Justo detrás de él van Johnny y Unni. Él le tiende la mano, pero Unni la aparta y acelera el paso.

Mona levanta la vista y ve que dos coches de policía salen del camino rural y se acercan a la iglesia. Aunque conducen despacio, levantan polvo a su paso. Se detienen en el aparcamiento y, a continuación, Anton se baja de uno de ellos y se pone delante de Johnny. Anton es media cabeza más alto que él y tiene un semblante tranquilo, pero los movimientos de Johnny hacen pensar que se está agitando cada vez más. Entonces se dirige a Unni, que está de pie a unos pasos de él, y le dice algo para después hacer un gesto con la cabeza hacia Anton y subir a uno de los coches patrulla.

Mona mira a su alrededor. La gente vestida de negro sigue de pie fuera de la iglesia, pero las conversaciones han cesado y todos están expectantes, unos en silencio y otros susurrando entre sí, de cara al aparcamiento.

83

—Creo que podríais haber sido un poco más sutiles.

Anton mira a Mona mientras se sienta entre los cojines y las mantas de su sofá blanco.

—*Sutiles* —contesta él, apartando un cojín mientras la observa ir y venir de un lado a otro—. Estamos buscando a un asesino. No hay tiempo para ponerse a pensar en las sensibilidades de la gente.

—Sí, pero, por Dios —Mona se detiene y gesticula con ambas manos—, en pleno aparcamiento, frente a la iglesia y con toda la gente mirando.

—Sabía que estaría allí, así que teníamos que actuar.

Anton nota cierta sorpresa en los ojos de Mona. Tal vez porque no está acostumbrada a que él sea tan firme. Pero tiene que entender que no puede ser el mismo en su vida privada y en el trabajo. A pesar de esto, termina ablandándose.

—Era por eso —dice en un tono un poco más suave, juntando las manos en su regazo—. Teníamos que atraparlo.

—¿Por qué?

Anton suspira y responde:

—Hay muchas cosas que sugieren que fue Johnny quien la mató. Cuando hay este tipo de información, no podemos mostrar consideración por el sospechoso que vamos a detener. No podemos arriesgarnos, porque podría hacerlo de nuevo. Además, el tiempo pasa y la gente exige que se haga algo. No entiendo por qué te preocupas tanto por él. Pensé que Johnny Landström no te agradaba.

—Claro que no —asegura, agitando una mano y mostrando las piedras brillantes de su anillo—. Me importa un bledo. Es Unni la que me preocupa.

Anton se queda mirándola. Es Unni, por supuesto. Baja la cabeza y mira a Coco, que está tumbada en el suelo, siguiendo todos los movimientos de Mona con los ojos. Anton se reprocha haber sido tan insensible. Es verdad que Unni no merece estar involucrada en todo esto. Ha vivido siempre a la sombra de Johnny y, una vez más, ha sido ignorada. Se inclina hacia atrás en el sofá y dice:

—Tienes razón. Pero no sé si hubiera podido hacerse de otra manera.

Mona se sienta a su lado, coge el colgante de su collar y lo hace girar entre los dedos.

—Pero ¿qué es lo que habéis encontrado? —pregunta, mirándolo.

—Ya sabes que no tengo permitido hablarte de eso.

—Mmm —gruñe, soltando el colgante y gesticulando con la mano —. Pero debo recordarte que te he ayudado mucho en esta investigación y que tal vez pueda ayudarte aún más.

—Sí, y espero que no estés ocultándome nada —contesta Anton, frunciendo el ceño.

—Por supuesto que no. —Mira los cojines y ajusta uno que está un poco torcido—. Te he dicho todo lo que sé. Pero, si me dices qué es lo que tenéis, quizá se me ocurra algo más que pueda ayudarte.

Anton deja vagar la mirada por la habitación. Mira las flores recién cortadas, las fotografías enmarcadas —muchas de ellas de Mona con alguna persona famosa—, a Coco, que sigue tumbada en el suelo con su pata escayolada estirada delante de ella, los muebles blancos y los cuadros en las paredes, y entonces vuelve a mirarla. Tiene razón. Lo ha ayudado. Y cree que es verdad que le ha contado todo lo que sabe.

—Bueno —claudica—. Ya conoces casi toda la información, así que supongo que un poco más no hace daño.

Mona asiente en silencio.

—Los técnicos forenses han encontrado rastros de Lisa-Marie en el coche de Landström, y es algo tan agravante que teníamos motivos para arrestarlo.

—Pero era su amante y se veían con cierta frecuencia, así que no es de extrañar —replica Mona, apoyando la espalda en el sofá.

—En el maletero.

—Ah, bueno, eso ya es otra cosa —dice, levantando las cejas por la sorpresa.

—También hemos encontrado residuos de detergente del mismo tipo que encontramos en su cuerpo y en la piedra que estaba en el Privat. No es detergente común que pueda comprarse en la tienda, sino del que utilizan las empresas de limpieza como Jola.

—Yo creía que la cascada había borrado todos los rastros.

—El agua borró la mayoría, pero no todos. Los técnicos forenses han encontrado residuos microscópicos. —Anton frunce el ceño—. Y también encontraron restos diminutos de polvos de talco que aún no sabemos de dónde proceden.

—¿Polvos de talco? —Se queda pensando un momento—. Para los guantes de cocina —afirma finalmente.

Anton mira a Mona y luego menea la cabeza, sin comprender.

—Es un viejo truco —explica—. Se echa en las manos para que los guantes sean más cómodos de llevar. Así que eso podría indicar que es alguien que suele usar ese tipo de guantes.

Él sigue mirándola fijamente. Han estado rompiéndose la cabeza a causa de ese maldito polvo de bebé y no habían pensado en eso.

—¿Y qué hay del dinero en la casa de Lisa-Marie? ¿Qué piensas al respecto? —le pregunta.

—Es un hallazgo interesante —responde Anton.

—¿Aún no sabéis de dónde ha salido?

—No. Pensábamos que quizá tenía algo que ver con los asuntos de dinero entre Linus y los moteros, pero resultó ser un error.

—Ah, ¿sí?

—Sí, tiene muchas deudas, pero no les ha pedido dinero prestado, sino que se ha endeudado con las tarjetas de crédito y los préstamos. El mismo Linus ha hecho correr la voz de que tiene tratos con la gente equivocada para reforzar su imagen de chico malo.

Mona menea la cabeza y dice:

—Vaya, es increíble lo que hace alguna gente. —Se ajusta la blusa blanca y pone las manos sobre el regazo—. ¿Sabías que Johnny ha estafado cientos de miles de coronas a cuatro de las mujeres que trabajan en el Privat? En un supuesto negocio de compra de acciones a través de información privilegiada. No me sorprendería que fuera el mismo dinero que apareció en casa de Lisa-Marie.

Anton la mira sorprendido, pues en los interrogatorios policiales en el club nadie mencionó nada al respecto. Si han sido estafadas, deberían habérselo dicho ese día. O quizá no, piensa entonces. La mayoría de las que trabajan allí no han tenido buenas experiencias con la policía. Además, si se trata de una operación con información privilegiada, es ilegal y por lo tanto no es algo que quieran hacer público.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunta.

—Me lo ha contado Hedda Magnusson.

Lo incomoda oír ese nombre. Desearía que Hedda se lo hubiese dicho.

—¿Ella también ha sido estafada?

—No. Pero quizá valga la pena investigar eso. Y que Lisa-Marie estaba amenazando a Carl Skantze para que le diera dinero.

—¿A él también?

—Sí —responde Mona—. Quizá también merezca la pena comprobar eso, pues le habría dado un motivo.

—Sin duda. Voy a investigar eso de inmediato.

—Una cosa más —añade—, parece que Bauer es una persona dispuesta a todo con tal de proteger su negocio.

Anton asiente y dice:

—Estamos investigando todo eso, aunque creo que ya tenemos al asesino. —Se levanta y percibe un aroma que hace que le gruñan las tripas de hambre—. ¿Tienes algo en el horno? Huele muy bien.

—Sí, son verduras asadas, y voy a freír un lomo de ternera.

Anton sabe que a su madre le gusta comer y beber bien, pero esa

comida combinada con la sonrisa en sus ojos parece decir algo más.

—¿Vas a tener invitados?

—Un invitado —asiente con una sonrisa.

—Ya veo. —¿Es que ha conocido a alguien? ¿Tan pronto? Anton se levanta, sin saber qué sentir al respecto—. Quizá sea mejor que me vaya entonces, no quiero ser inoportuno.

—Sí, creo que sería lo mejor —dice, y suelta una risita—. Si quieres, nos llamamos mañana y te cuento.

—Mmm —contesta Anton, poco convencido de querer escuchar más sobre la cita de su madre.

84

El vino es de Châteauneuf-du-Pape, una de sus regiones favoritas, aunque prefiere los tintos españoles, pues piensa que estos han sido inmerecidamente eclipsados por los vinos franceses e italianos. Lo recibe con una sonrisa de las manos de Charles.

—Gracias —dice Mona, dándole un abrazo. Tiene que ponerse de puntillas y ríe al ver que Coco se acerca y reclama su atención con un sonoro ladrido. A pesar de que su casa es enorme, de repente se siente como si el espacio apenas fuera suficiente con Charles allí—. Entra —le pide, apartando a Coco con suavidad.

Mona se adelanta a la cocina, puesto que tiene una botella de Veuve Clicquot en la nevera, y sirve dos copas para luego ofrecerle una a Charles.

—Salud —dice, levantando su copa y mirándolo a los ojos. Hoy muestra otra de sus facetas. Lleva vaqueros oscuros y una camiseta bajo una chaqueta negra, que se estira sobre sus hombros y la parte superior de sus brazos cada vez que se mueve. Se pregunta cómo será estar en sus brazos. Apaga una sonrisa e intenta disipar esos pensamientos. Debería conocerlo primero antes de empezar a pensar en esas cosas.

—¿Sabías que, según estudios científicos, tomar tres copas de champán al día puede reducir el riesgo de desarrollar demencia y Alzheimer? —comenta Mona.

—No, no lo sabía.

—Pues sí. Dicen que hay un compuesto químico en las uvas que tiene un efecto positivo en la memoria.

—Bueno, pues salud, una vez más —bromea Charles, y suelta una risa breve.

Ambos beben, y después ella baja su copa y le dice con una sonrisa:

—Espero que tengas hambre.

—Como un lobo. No he comido nada desde el desayuno.

—¿Y eso?

—Tuve que saltarme el almuerzo para llegar aquí a tiempo.

Siente calor en las mejillas y aparta la mirada de esos ojos color verde bosque. Sonríe para sí misma, pensando que está actuando como si tuviera quince años otra vez. Entonces piensa en la visita de Anton. Se quedó con la impresión de que no le agrada la idea de que

tenga una cita. ¿Será que va demasiado rápido? Después de todo, la razón por la que volvió a Vargön fue para reparar su relación con sus hijos y quizá sería mejor centrarse en eso. Pero todos son adultos y ella puede hacer lo que quiera, no lo que los demás crean que debe hacer.

—Casi todo está preparado —dice, volviéndose hacia él con una sonrisa—. Solo voy a hacer la ensalada y podemos comer.

—¿Puedo ayudarte?

—Sí, claro.

Mona deja su copa y coge una tabla de cortar y un cuchillo para colocarlos delante de él. Saca lechugas, tomates pera y cebollas rojas de la nevera, y luego saca aceite de oliva, limón y sal de hierbas. Charles empieza a cortar las cebollas, y ella observa con agrado que agrega todo lo que ella le trae con gran naturalidad y que mezcla la ensalada tal y como a ella le gusta.

La cena transcurre de forma agradable y relajada. Hablan mucho o, mejor dicho, ella es la que habla. Charles es ameno e interesante, pero no muy elocuente. Terminan la cena con una taza de café, una copa de Rémy Martin XO y el más delicioso *fondant* de chocolate que Mona haya horneado. Satisfechos, deciden pasar al salón y se sientan a ambos lados del mullido sofá. Abren el vino que Charles ha traído y continúan conversando. Él le habla acerca de su trabajo como guardabosques y de cómo ama el bosque y la libertad. Ella habla de sus trabajos anteriores como abogada y juez y también de sus planes de iniciar un negocio como asesora jurídica. Charles le confiesa que está divorciado y ella le cuenta que es viuda por partida doble. Eso es todo lo que se dicen el uno al otro. Nadie quiere ir más allá. Después se ríen a carcajadas cuando se enteran de que ambos nacieron el mismo día y el mismo año; él, en un pueblo de las Tierras Altas de Escocia y ella, en Vänersborg.

Una vez que el reloj da las doce, deciden sacar a Coco a dar un paseo. La noche de junio es fresca y tranquila. Caminan lentamente por el hayal, escuchando el débil traqueteo de las copas de los árboles, y se detienen cuando se oye el ulular de un búho en las colinas. Luego, continúan su paseo por el parque hasta el estanque.

—¿Y cómo has hecho para comprar esta casa? —le pregunta, mirando hacia arriba mientras cruzan el puente de madera—. Creía que el ayuntamiento no podía venderla.

Mona se encoge de hombros y dice:

—No fue fácil, pero al final ha sido posible. Me he asegurado de que el parque permanezca en buen estado y abierto al público. Tal como quería la familia d'Orchimont. Tal vez por eso el municipio accedió a vendérmela.

Charles se vuelve hacia ella y luego mira hacia abajo.

—Se te da bien conseguir lo que quieres, ¿verdad?

—Sí, casi siempre consigo lo que quiero —asegura, y deja escapar una risita.

—¿Y no te sientes sola en esta casa tan grande?

—No. Y ahora tengo a Coco, que me hace compañía —contesta, levantando la vista. Al decir esto, se da cuenta de que realmente es así. Coco es su compañera, aunque nunca se imaginó que la tendría en su vida.

Cruzan el puente y bajan hasta detenerse junto al muelle. La luna se refleja en la superficie del agua y algunas hojas pasan flotando con lentitud. La cresta del monte Halleberg se extiende detrás de ellos hacia el lago Vänern como el lomo de un gigantesco dragón. Se quedan allí de pie, contemplando la belleza que los rodea, con Coco cavando en la orilla del lago. Entonces Mona se vuelve hacia él.

—Es un lugar hermoso.

Charles asiente en silencio. Le pone una mano bajo la barbilla y le levanta la cara hacia la suya. Mona traga saliva y, como no dice nada, él la besa ligeramente en la boca. Mona sonríe y se aleja un poco. Ha pasado muchísimo tiempo desde su último beso. Solo se queda mirando sus ojos color verde bosque.

—Gracias por todo —dice él en voz baja.

—Gracias a ti. Ha sido maravilloso.

Charles esboza una sonrisa y toca la cálida mejilla de Mona con su mano.

85

Louise, de la red de negocios, fue muy convincente: «Es por una buena causa y también puede ayudarte a entrar en el grupo», le dijo aquel día dentro de la sala abarrotada del centro cultural público de Vänersborg. Mona respondió que sí, sobre todo, para poner fin a la discusión, y solo se acordó de ello cuando recibió el texto con la hora y el lugar.

Normalmente, solo hace cosas que le apetecen y habría dicho que no si no fuera porque el dinero recaudado irá al fondo contra el cáncer infantil. Así que decidió ponerse sus vaqueros blancos, un jersey suave de cachemira y unos zapatos cómodos de Gucci, y fue al gimnasio de la escuela de Rånnum para contribuir a la causa.

Es un domingo por la mañana y allí está Mona, detrás de una mesa con un hule floral, termos de café, bollos caseros y vasos de papel amontonados. Además de ella, hay dos pensionistas. No es que tenga nada en contra de ellos, son personas amables y tienen mucho que decir, pero no son precisamente los más activos en la industria y el comercio de la región, así que se siente un poco defraudada.

Su mirada vaga hacia la larga mesa frente a las espalderas. Aparece desordenada con todo tipo de cosas: desde jarrones, libros hojeados y vajilla con bordes manchados, hasta bolsos y zapatos gastados y ropa de niño con manchas que no se quitarán nunca. Elsa, una simpática dama de cabello blanco rizado con rulos y labios rojos, la saluda con la mano y ella le devuelve el saludo con una sonrisa, satisfecha de haber conseguido al menos cambiar ese lugar por uno en la cafetería. No soporta que la gente regatee por un tazón viejo que cuesta cincuenta centavos. Por Dios, si basta solo con pagar y parecer feliz y pensar en el destino de ese dinero.

Mona coge una bolsa de bollos y empieza a colocarlos cuando oye una voz familiar detrás de ella.

—¿Me das un café?

Entonces se gira con una sonrisa.

—¡Hola, Sara! —contesta con verdadera alegría por verla. Lleva ropa limpia e incluso algo de carmín en los labios—. Me alegra mucho que te hayas pasado por aquí. Me encantaría tomar un café contigo.

Saca dos vasos de plástico blanco de la pila y empieza a servir el café del termo plateado.

—Tienen tantas cosas —comenta Sara, agitando la mano, y luego

se la pasa por el pelo y Mona lo ve agitarse.

—Yo diría que la mayoría de las veces es solo basura, pero a la gente parece gustarle —señala, dejando un vaso lleno y empezando a rellenar el otro.

—Mucha gente cree que regatear es un deporte.

—Es verdad.

Se quedan en silencio por un momento.

—Pensaba visitarte —dice Mona. Debería haber ido después del funeral, pero siente que los últimos dos días se le han pasado muy rápido—. Solo para saber cómo estás.

Sara asiente en silencio y, de repente, rompe a llorar.

—Ven conmigo —le pide Mona, tomándola del brazo para llevarla hacia las mesas y sillas desvencijadas que están dispuestas en la improvisada cafetería.

—No entiendo cómo Johnny pudo hacer algo así —confiesa Sara tras sentarse—. Se supone que éramos amigos. Incluso dio un discurso bonito y todo en la boda. No lo entiendo. Además, era el jefe de Lisa-Marie. ¿Por qué haría algo así?

Mona suspira, pensando en la hermosa chica que era su hija. Piensa en su vida como estríper, en su relación con Johnny Landström y en la caja llena de dinero bajo su cama. Está casi segura de que Sara ya lo sabe. Pero es poco probable que sepa que su hija extorsionaba a Johnny y a Carl, y no quiere ser ella quien se lo diga. Aunque, por otro lado, quizá sería mejor decírselo porque tarde o temprano se va a enterar. Esta vez, Mona no consigue decidir qué es lo mejor.

86

—¡Joder, todo esto es absurdo! —grita Johnny Landström, y algunas gotas de saliva salpican la mesa.

Anton le ofrece una taza de café recién hecho. Le ha añadido un toque de cardamomo para darle más sabor, pero Johnny no parece darse cuenta de eso cuando sorbe la bebida caliente. Deja la taza con un golpe tan fuerte que Anton se sobresalta y se inclina hacia delante, lo suficientemente cerca como para poder ver los vasos sanguíneos de sus ojos y los incipientes pelos grises de su barba de tres días.

—Llevo aquí casi dos días. ¿Estáis acusándome de un uso ilegal de información privilegiada del que no sabéis una mierda y de haber matado a Lisa-Marie? Una de mis empleadas. Haced vuestro trabajo y encontrad al verdadero asesino.

—Entonces, habla con nosotros —dice Anton, inclinándose hacia atrás. Se queda mirando a Johnny, intentando entender qué es lo que tiene para que las mujeres se enamoren de él. Puede que sea atractivo con esas sienes grises y esa encantadora sonrisa irónica. Pero, por otro lado, tiene más de cincuenta años y las mujeres con las que ha tenido una relación son treinta años más jóvenes que él.

Pero también puede ser que no se enamoren de él, sino que sea él quien coge lo que quiere. Es posible identificar cierto patrón en sus conquistas: busca mujeres a las que les cuesta decir que no. No por su irresistible encanto, sino porque son sus empleadas y están en una situación de dependencia.

—Ya, pero ¡si estoy tratando de hablar con vosotros! —grita Landström—. Os digo que no he hecho nada.

Anton suspira, se inclina hacia delante y pone los brazos sobre la mesa.

—Vamos a dejar de lado el posible crimen de uso de información privilegiada por ahora. Concentrémonos en Lisa-Marie. No era solo una de tus empleadas. También tenías una relación con ella, ¿no es cierto? Además, nuestros forenses han encontrado rastros de ella en tu coche.

Al oír esto, Johnny se sacude como si algo le hubiera picado y empieza a tocarse la barba con una mano. Finalmente, asiente y dice:

—Sí, sí, es verdad. Ya veo que ha sido una estupidez por mi parte pensar que seguiría siendo un secreto. —Se inclina hacia atrás y coloca un brazo en el respaldo de la silla, ensanchando el pecho—.

Tuvimos una relación. Pero eso fue hace un par de años y, además, solo fue una cita. Pero eso no significa que la haya matado. Fue todo de común acuerdo.

—Eso dices tú. Pero el hecho de que no quieras decirnos dónde estabas cuando se produjo el asesinato, aunque las pruebas forenses te vinculen con la víctima, deja muchas cosas por esclarecer.

—Pero ¿cuántas veces tendré que repetirlo? —Johnny se inclina sobre la mesa y su voz se vuelve excesivamente lenta y enfática—. Es imposible. Estaba aquí, en Trollhättan. Así que no puedo haberlo hecho. Os lo he dicho ya cien veces.

Anton nota que no ha apartado la mirada ni un ápice al decir todo esto. Es el tipo de persona que cree que lo dejarán ir solo porque él lo dice. Está acostumbrado a conseguir lo que quiere y a aprovecharse de ello. Quizá esa sea una de las razones por las que algunas chicas se enamoran de él. En el pueblo, es alguien con dinero y poder. Pero en el gran mundo, fuera de Vargön, no es nadie. Anton comienza a hartarse de él y de no haber conseguido resolver este caso. Su caso. El primero de esta magnitud. Se inclina hacia Johnny.

—Y yo te he dicho unas cien veces que tenemos muchas pruebas de que lo has hecho. Si no nos cuentas algo concreto, no podemos dejarte ir. Tienes que decirnos con quién estabas.

Johnny levanta las manos en un gesto de resignación.

—Así están las cosas —indica Anton, poniendo las manos sobre la mesa—. Mañana tendremos que dejarte libre, pero creo que el fiscal tomará la decisión de mantenerte en prisión preventiva. Si puedes evitarlo, creo que deberías hacerlo. Ese es mi consejo de buena fe.

Anton parece estar a punto de levantarse cuando Johnny agita sus enormes manos y dice:

—OK, OK. Voy a contestar a tu pregunta. —Se frota la barbilla, mirándolo a los ojos—. Pensé que podrías solucionar esto sin mí, pero ya veo que no. Dame algo para escribir y te daré el nombre.

Anton empuja un papel y un bolígrafo hacia Johnny y luego oye el sonido de la punta del bolígrafo sobre el papel. Lo recupera y ve que hay un nombre de mujer y una dirección.

—¿Quién es ella? —le pregunta.

Johnny vacila por un instante antes de contestar.

—Una chica que me ligué en una fiesta.

—Una chica —repite Anton, poniéndose de pie—. ¿Y por qué te ha costado tanto darnos su nombre?

Johnny lo mira a los ojos y levanta las cejas.

—Bueno, es un tema sensible, como podrás entender —dice con voz más suave, y entonces aparece su sonrisa irónica y encantadora—. Sinceramente, preferiría que mantuviésemos esto entre nosotros.

87

La mesita redonda se tambalea debido al suelo irregular. Mona se agacha y desliza una servilleta bajo una pata para nivelarla. Al hacer este movimiento, siente un poco de dolor en la muñeca. La lesión provocada por la caída en el bosque todavía le causa molestias de vez en cuando. Se sienta y mira a Sara con atención. Tiene los ojos rojos e hinchados y los polvos que se ha puesto en la cara no logran ocultarle las ojeras.

—Lo siento. No hago más que llorar —se disculpa Sara, rascándose una mano—. Pero no puedo evitarlo.

Mona coge una servilleta de la mesa y se la da.

—Llora todo lo que quieras —le dice—. Lo extraño sería que no lo hicieras.

—Sí, supongo que sí —contesta, y se suena la nariz ruidosamente —. Descubrir que es Johnny quien… —Menea la cabeza y se rasca la frente con vehemencia—. Que Johnny es… Ya sabes. —Gesticula con ambas manos—. Ni siquiera puedo decirlo. Era nuestro amigo.

—Entiendo —murmura, buscando la mirada afligida de Sara.

—No sabes cuánto me alegro de tenerte, Mona —confiesa, y luego se mete la uña del pulgar en la boca y empieza a morderla antes de bajar la mano y continuar—: De verdad que me has ayudado mucho a superar esto como nadie. Aunque no es tu obligación hacerlo. Ni siquiera me conoces. —Sacude la cabeza—. ¿Sabes?, la mayoría de la gente ni siquiera se atreve a mirarme a los ojos. Evitan hablarme. Pero ya sé lo que dicen de Lisa-Marie. Que trabajaba en ese club en Bryggum, bailando desnuda por dinero. He leído todo en el artículo del *Kvällsposten*. Pero ¿es que acaso era tan peligroso? No le hacía daño a nadie con eso.

—Es cierto, no le hacía daño a nadie —coincide Mona, meneando la cabeza. Ella también lo ha leído y sabía que Sara se enteraría tarde o temprano. En realidad, ese artículo, titulado «La vida secreta de Lisa-Marie como estríper», no había sido tan terrible. En él se retrataba un empleo adicional bastante inofensivo, aunque tal vez no el más sensato, considerando la proximidad de donde vivía. Pero aparentemente no había pensado mucho en ello, sino que lo había visto como una forma fácil de ganar dinero.

Mona lo había leído con el corazón en la garganta por miedo a lo que pudiera aparecer allí. Se especulaba con una posible conexión

entre el trabajo en el club y el asesinato, y se comparaba con el caso de una estríper que fue acosada y asesinada en Estocolmo. Pero en ninguna parte se mencionaba la relación con su jefe ni los intentos de chantaje, por lo que Mona pudo respirar aliviada.

—Todo el mundo lo sabía menos yo, y nadie me lo dijo. Como si no fuera a darme cuenta.

Al oír esto, Mona baja la mirada. Sabe que debería haberle dicho algo.

—Pero está bien —continúa Sara, como si supiera lo que Mona está pensando—. Entiendo que no ha sido fácil y que no has querido decir nada porque tenías miedo de hacerme daño.

Mona asiente en silencio.

—Es lo que es —dice Sara, limpiándose una lágrima—. Ese maldito Johnny —añade con más énfasis del que nunca le ha escuchado.

Se quedan en silencio durante un momento.

—¿Sabes? —suelta Sara entonces—, además de la policía, solo tú y Bea habéis estado en mi casa. —Gesticula con ambas manos—. Pero, para ser sincera, no tengo ánimos para lidiar con ella. Al menos, por el momento. Ya tengo bastante con lo mío. —Se rasca la mano con fuerza y sus largas uñas le dejan marcas rojas—. Aunque me siento responsable de ella. Pasaba mucho tiempo en casa con nosotras. Es como otra hija para mí, y le ha afectado muchísimo lo de Lisa-Marie.

Mona asiente con la cabeza y piensa en las veces que ha hablado con Bea. Las dos veces le pareció bastante tranquila. Pero Nikita la llamó una *drama queen* y ahora Sara está diciéndole que es un poco difícil. No entiende de dónde viene todo eso.

—Se ha quejado una y otra vez de que Mia Kornell tuviera las agallas de ir al funeral después de todo lo que ha hecho.

—¿Mia?

—Sí. Ha acusado a Linus y ha escrito un montón de tonterías en Facebook y en otros lados.

Mona piensa inmediatamente en la chica rubia que estaba tirando del brazo de Linus fuera de la iglesia de Västra Tunhem. «Así que *esa* era Mia», piensa de inmediato, pero se limita a asentir en silencio.

—Parece que se ha tomado todo muy a pecho. Aunque Mia no lo ha acusado de nada, ¿o sí?

—No, no que yo sepa.

—Pero ¿qué te hace pensar que podría hacer alguna locura?

—Hoy ha estado en casa y se ha comportado de manera muy extraña. Primero, fue a tumbarse a la cama de Lisa-Marie un rato y, cuando bajó, salió furiosa de la casa, sin decir una palabra. Solo salió corriendo y cerró la puerta tras de sí. He intentado llamar, pero no responde. Tengo un mal presentimiento. —Sara la mira con ojos grandes—. ¿Tú crees que podrías intentar hablar con ella? Por favor

—suplica con voz quebrada—. Eres muy buena en ese tipo de cosas y yo no me siento con las fuerzas para hacerlo.

¿Hablar con Bea? Mona se pregunta si es la persona adecuada para consolarla. Ni siquiera es del agrado de Bea. Eso ha quedado muy claro las dos veces que han hablado.

—No creo que a Bea le interese hablar conmigo —contesta, meneando la cabeza—. Además, estoy de servicio aquí.

—Entonces, me encargaré yo —señala, rascándose la mano de nuevo.

Mona está a punto de decir que no, pero se detiene al ver la mirada ausente de Sara. Tal vez sea buena idea que ella hable con Bea. Si ellas dos son las únicas que tiene, es mejor que las dos le hablen de Lisa-Marie juntas. Tienen que decirle pronto todo lo que aún no sabe.

—Está bien —claudica, estirándose, aunque se arrepiente de inmediato—. Yo lo haré. Pero solo porque eres tú quien lo pide.

—Muchas gracias. No sé qué haría sin ti —le asegura Sara, sonriendo lánguidamente y poniendo su delgada y fría mano sobre la de Mona.

Mona le devuelve la sonrisa y cambia de posición en su silla.

—¿Sabes dónde está?

—No —responde Sara, meneando la cabeza—. Creo que debería estar trabajando. Si es que puede.

Mona asiente y dice:

—Entonces, empezaré por ir a Jola a ver qué me cuentan.

88

La casa blanca que tienen ante ellos es encantadora y Anton se siente halagado por esta vista. Cualquier persona que elija vivir aquí debe ser alguien con quien tenga algo en común. Sin embargo, una vez que la puerta se abre, se da cuenta de lo equivocado que está. La chica que tienen delante va vestida con una camiseta de tirantes ajustada que apenas oculta sus pechos de silicona y una lorza se asoma por encima de la cintura de sus pantalones demasiado apretados. Sus brillantes labios parecen tener una buena dosis de relleno y la larga cabellera, que tampoco parece suya, le llega casi hasta las enormes nalgas.

—¿Laura Andersson? —le pregunta Anton, y carraspea.

—Sí —responde, alternando entre Anton y Bodil con la mirada—. ¿Y quiénes sois vosotros?

—Somos de la policía —contesta Bodil—. ¿Podemos entrar?

—¿De qué se trata?

—Necesitamos hablar contigo. Tu nombre ha sido mencionado en una investigación de asesinato.

Su sonrisa se esfuma. Suelta la manija de la puerta, retrocede un paso y gesticula con la mano para darles la bienvenida.

—Entrad, por favor.

—Es una finca muy bonita —comenta Anton al entrar en el luminoso y ventilado vestíbulo. Las paredes son blancas y apenas tiene muebles o adornos. No acaba de entender la decoración de Laura.

—Gracias —contesta ella, metiendo tres dedos en los bolsillos delanteros de sus ajustados vaqueros mientras camina detrás de él—. Estoy de alquiler.

—Ya veo —murmura Anton, pensando que eso explica todo.

Laura inclina la cabeza.

—¿Habéis venido por lo de Lisa-Marie? Porque, si es así, ya he hablado con la policía. Lo hice el día que la encontraron.

—Sí, hablamos contigo porque fuiste una de las invitadas a la boda. Pero esta vez hemos venido porque Johnny Landström ha declarado que estuvo aquí contigo la noche de bodas de Lisa-Marie. Es decir, cuando Lisa-Marie fue asesinada. ¿Es correcto?

—Pero ¡qué demonios…! —exclama, sacando las manos de sus bolsillos.

—¿No es verdad? —le pregunta Bodil, poniendo una mano sobre la mesa y produciendo con ello un ruido sordo—. Es importante que nos

digas las cosas como son.

Laura baja la mirada y se toca las largas uñas.

—Es que es un tema un poco embarazoso —dice, levantando la mirada—, porque la esposa de Johnny, Unni, es hermana de mi madre.

Laura levanta las manos y se pasa los dedos por las largas uñas, mirando a Anton y a Bodil en actitud de oración.

—Es algo que no debería haber sucedido. Pero habíamos bebido demasiado. Johnny estuvo rellenando mi copa con champán todo el tiempo. Después de que todo el mundo se fuera a casa o a dormir, me preguntó si quería ir con él a un club de *striptease*.

Laura se queda callada después de decir esto.

—¿Y aceptaste ir?

Se encoge de hombros y dice:

—Sabía que hay un club de *striptease* allí y conozco gente que lo ha visitado, ya sabéis, por diversión. Estaba borracha y pensé que sería algo guay. Pero una vez allí nos emborrachamos todavía más, seguimos bebiendo champán y luego terminamos con un grupo de extranjeros ricos que habían llegado hasta allí en su propio avión y que no dejaban de ofrecernos champán. Y Johnny parecía conocer a todo el mundo. —Deja escapar una risita—. Incluso me preguntó si quería trabajar allí.

Después de decir esto, se acerca para sentarse junto a Bodil. Pone las manos sobre la mesa sobre el mantel blanco y continúa:

—No sé. Quizá me dejé llevar por el ambiente. Con todas esas chicas desnudas. —Mira a Anton—. Las chicas que trabajan allí son superguapas. O, al menos, algunas de ellas. ¿Las habéis visto?

Anton piensa en Hedda y siente calor en las mejillas. Pero Laura no parece darse cuenta de esto, sino que, simplemente, continúa:

—Y la luz, la música y el champán. —Se encoge de hombros—. En cualquier caso, Johnny acabó viniendo a casa conmigo.

—¿Y tuvisteis sexo? —pregunta Bodil.

Laura asiente en silencio y luego mira por la ventana. Anton nota un ligero temblor en su labio inferior y se siente mal por ella. Aunque reconoce que es un mérito que Johnny no haya querido exponerla. Si es que lo ha hecho por ella. Pero esto no lo ayuda nada a él. En realidad, solo empeora las cosas.

—¿Y cómo es que te invitaron a la boda? —le pregunta Bodil—. ¿Conocías a Lisa-Marie?

—Un poco. Pero, en realidad, fue por la hermana menor de Linus que terminé allí. Somos amigas y, bueno, tenía que invitar a alguien para no aburrirse. Y yo había conocido a Lisa-Marie poco antes.

—¿Has dicho que os quedasteis solos antes de ir al club? —pregunta Anton.

—Sí. Estábamos los dos y había una chica de pelo oscuro durmiendo en el sofá. Recuerdo que se movió un poco cuando nos fuimos, pero salimos sin hacer ruido para no despertarla. Queríamos estar solos, así que bajamos un rato a la zona de *spa* y nos sentamos en el *jacuzzi*, donde bebimos un poco más. Y media hora más tarde, más o menos, decidimos ir al club de *striptease*.

—¿Es entonces cuando os fuisteis?

Ella asiente en silencio.

—¿Y no visteis ni oísteis nada?

—Sí, de hecho, cuando estábamos en el *jacuzzi*, nos pareció oír que alguien gritaba, pero después no oímos nada más —dice, frunciendo el ceño.

Anton le lanza una mirada a Bodil. ¿Es que acaso Laura no se ha dado cuenta de que esa debió ser Lisa-Marie?

—Pero ¿por qué no se lo dijiste a la policía?

Laura baja la mirada y menea la cabeza.

—No podía hacerlo, ¿me entiendes? Fue algo muy vergonzoso. Mi madre no debía saberlo. Y, obviamente, tampoco Unni.

Bodil sacude la cabeza.

—¿Y qué pasó después?

—Decidimos irnos. Así que nos vestimos y, después de salir, tuvimos que escondernos.

—¿Por qué?

—Fue una locura. Vimos que Unni venía con su coche y Johnny dijo que, seguramente, estaba buscándolo, así que nos escondimos de ella y luego nos fuimos y cogimos un taxi en la carretera. Es una mujer muy celosa.

Anton la mira fijamente. ¿Acaso está diciendo que Unni volvió a Casa Ronnum esa noche? ¿Después de haberse ido a casa?

—¿Qué hora era?

Laura se encoge de hombros.

—No sé. Como las tres, creo. De hecho, en ese momento dudé si debía irme con él, pero de todas formas lo hice porque no tenía dinero para un taxi a casa.

Anton sigue preguntándose por qué habría vuelto Unni. Le cuesta creer que fuera a buscar a Johnny. Pero en ese mismo momento encuentra la respuesta y se vuelve veloz hacia Bodil.

—Tenemos que irnos. Ahora.

89

Llueve a cántaros y el agua hace que todo parezca una masa amorfa. Las pesadas gotas de lluvia golpean el tejado plano del edificio gris con tanta fuerza que casi retumba. Ella corre tan rápido como puede, salta por encima de un gran charco de agua, alcanza la manija de la puerta, la abre y se apresura a entrar para resguardarse de la lluvia.

Una vez dentro, un chico y una chica la miran boquiabiertos.

—Hola —saluda Mona, sacudiéndose el agua de la chaqueta—. Vaya clima, ¿no?

Ellos asienten en silencio.

—Estoy buscando a Bea Ljung. ¿Sabéis dónde está?

—Trabajando, supongo —contesta la mujer, y después continúa vaciando una caja de detergente en botellas de plástico con tapones verdes que, a continuación, transfiere a una caja de plástico más pequeña.

—¿Sabes dónde?

—Ni idea. Pregúntale a Unni —responde, rascándose la mejilla—. Es ella quien decide los horarios.

Mona mira alrededor.

—Está allí arriba —indica, señalando las escaleras.

—Vale, gracias.

Mona sube las escaleras, pasa por el despacho de Johnny y se adentra en el pasillo. Encuentra al fin una placa con el nombre de Unni y llama a la puerta. Al abrirla, es recibida por Unni, quien levanta la vista de inmediato.

—Hola —dice Mona con una sonrisa.

—¿Mona? —pregunta, ajustándose las gafas, y después se levanta del escritorio y da un paso hacia ella—. Qué gusto verte por aquí. Entra, por favor.

Su despacho es similar al de Johnny, pero está decorado de forma diferente. Tiene un sofá y un escritorio, pero más elegantes que los de Johnny. Y Mona está segura de que no los usa para lo mismo que su marido.

Unni no lleva maquillaje y parece cansada y afligida. Mona vacila. Antes se había enfadado con Anton por haber arrestado a Johnny en el aparcamiento de la iglesia y ahora ella misma se ha precipitado a ir a su despacho sin pensárselo demasiado. Debe sentirse muy mal. Se le nota en la cara.

—¿Así que estás trabajando, aunque sea domingo? —le pregunta.

—Sí. Tenemos algunos encargos también los fines de semana.

—Unni —dice, dejando la sonrisa a un lado—, siento mucho lo que ha pasado.

Unni baja la vista y asiente en silencio.

—Las cosas son como son —señala, dando otro paso adelante—. Tengo entendido que te interesa contratar un servicio de limpieza.

—Sí, sí, es verdad —contesta Mona. Entiende que Unni prefiera no hablar de Johnny. Todos saben lo que ha pasado y se habla mucho a sus espaldas. La gente se pregunta si ella sabía que Johnny asesinó a Lisa-Marie o si podría haber hecho algo para evitarlo. ¿Es posible vivir con alguien sin sospechar nada? A los ojos de todos, Johnny ya está condenado por el asesinato—. Pero no he venido por eso.

—Ah, ¿no? —Unni levanta las cejas—. Y, entonces, ¿por qué has venido?

—Estoy buscando a Bea Ljung. ¿Sabes dónde está?

Unni da un paso atrás y levanta la barbilla, como si quisiera ver a través de las gafas que lleva en la nariz.

—Bea Ljung —repite—. ¿Por qué lo preguntas?

—Necesito hablar con ella.

Unni la mira en silencio por un momento y después responde, escueta:

—Está trabajando.

—Sí, lo entiendo. Pero ¿tal vez podría tomarse un descansillo? Solo quiero intercambiar unas palabras con ella.

—No, no puede. —Niega firmemente con la cabeza—. Tendrás que hablar con ella al final de su turno.

Mona la mira sorprendida.

—Y ahora debo pedirte que te vayas. Tengo muchas cosas que hacer —dice, y vuelve a sentarse detrás del escritorio.

—Pero, por favor, si solo necesito decirle unas pocas palabras. No es un problema, ¿o sí?

Unni levanta la vista, se quita despacio las gafas y las pone sobre su escritorio.

—Escúchame, Mona Schiller —exige, articulando su nombre con excesiva claridad—, ¿crees que puedes volver a Vargön después de quince años con tu cochazo y tu ropa elegante de marca y que todo el pueblo se adaptará a ti? Algunas tenemos que trabajar de verdad. Yo, por ejemplo, tengo una empresa que dirigir, y en ella trabajan mis empleados. Estoy segura de que no estás acostumbrada a esto, pero algunas lo hacemos porque necesitamos el dinero. ¿Entiendes?

Mona da un paso atrás. Percibe mucha rabia reprimida en esas palabras. No tenía la menor idea de que Unni pensara así de ella.

—Ya veo —responde, sorprendida—. Si así son las cosas, tendré

que hablar con ella cuando llegue a casa.

—Sí, así es. Puedes hacer eso. Y ahora puedes irte.

Mona abre la boca para añadir algo más, pero vuelve a cerrarla. Es verdad que tiene dinero, pero no se merece que la traten así. No piensa quedarse en este sitio ni un segundo más de lo necesario. Asiente en silencio, sale del despacho y cierra la puerta tras de sí.

Cuando baja las escaleras, ve que el chico sigue allí.

—¿Cómo ha ido? —pregunta él, soplando una burbuja rosa con su chicle—. ¿Has averiguado dónde está Bea?

—No —dice, negando con la cabeza, todavía perturbada por el tratamiento que ha recibido de Unni. De hecho, cada vez le molesta más—. Tu jefa no ha querido decírmelo.

El chico asiente y comienza a retorcer un mechón de pelo rubio.

—Entiendo.

—Pues yo no lo entiendo —contesta ella, un poco más acalorada de lo que pretendía—. Si no pienso quitarle mucho tiempo. Solo necesito un minuto. Estoy segura de que puede tomarse un descanso, ¿no? ¿O es que acaso sois esclavos aquí?

—No es eso —responde, soplando otra burbuja hasta hacerla reventar. Se saca el chicle de la boca, despega hábilmente lo que se le ha quedado pegado y vuelve a metérselo en la boca—. Lo que pasa es que no le gusta decir cuándo vamos a limpiar allí. Creo que le parece vergonzoso.

—¿Vergonzoso? —repite, frunciendo el ceño—. ¿El qué?

—Que limpiemos en un club de *striptease*.

90

La recepción está vacía. Detrás del mostrador se ve la puerta abierta del despacho y, justo al lado, las llaves de las habitaciones colgadas en filas ordenadas. Mona pasa por delante de los sillones orejeros negros y está a punto de pasar por el restaurante de Von Trier cuando oye un rumor de voces y se detiene. Las puertas correderas blancas están entreabiertas y a través del hueco consigue ver la chaqueta a cuadros de Carl. Se pregunta qué tipo de cosas pervertidas le gustan, cosas tan retorcidas que está dispuesto a pagar para mantenerlas en secreto. Quizá incluso dispuesto a matar por ello.

Aparta estos pensamientos por un instante. Sigue enfadada con Unni por el trato impertinente que le ha dado al tratar de detenerla. Cuanto más lo piensa, más segura está de que debe hablar con Bea. Pero primero tiene que hablar con Carl, porque quiere confirmar la extorsión por parte de Lisa-Marie. No será un tema relevante en la conversación con Bea, pero sí más tarde, cuando visite a Sara para contarle todo lo que sabe. Ella y Bea irán juntas. Son las únicas que pueden hacerlo. Sara no tiene por qué enterarse de nada más a través del periódico vespertino.

Mona baja el corto tramo de escaleras, empuja la puerta y mira dentro. Allí está él, de cara a la puerta, en el centro de la habitación, bajo la enorme y brillante araña de cristal. Tiene la cara roja y mira a una mujer, de la cual solo se puede ver la espalda. La mujer lleva una chaqueta de cuero negra cuya parte trasera queda oculta bajo sus largos rizos oscuros. Se da cuenta de inmediato de que está interrumpiendo algo, pero su asunto está primero.

—Hola —dice en voz alta, y las voces se callan. Carl la mira y saca el pecho, lo que hace que su cara se ponga aún más roja. Parece desear que se lo trague la tierra. Mientras tanto, la mujer se gira lentamente y le lanza una mirada dura que la atraviesa de una manera que nunca ha experimentado antes—. ¿Interrumpo algo? —pregunta, dirigiéndose a Carl.

Él carraspea y dice:

—Hola, Mona. Sí, estamos en medio de una conversación, así que si…

—¿Mona? —lo interrumpe la mujer, quien ahora parece mirarla con interés en los ojos—. ¿Mona Schiller?

—Sí, así es. ¿Y tú eres?

—Belinda Bauer —se presenta, dando un paso hacia Mona sobre unos tacones altísimos.

Mona se queda helada. ¿Belinda Bauer? La analiza con la mirada. Al fin puede verla en persona.

—He oído hablar de ti —dice Belinda, tendiéndole la mano.

—Y yo de ti —responde, estrechándole la mano. Belinda aprieta con fuerza y, al encontrar su mirada, Mona siente que nunca ha visto una mirada tan fría y desagradable—. Necesito intercambiar unas palabras con Carl —explica, tratando de liberar su mano—. Puedo ver que estáis ocupados, solo me tomará un minuto.

Belinda sigue sosteniéndole la mano, así que mira hacia abajo y ve sus largas uñas rojas y sus dedos delgados, que no parecen tener tanta fuerza como la que siente ahora en su mano. Lleva unos anillos tan grandes y ostentosos que bien podrían confundirse con bisutería, pero Mona puede ver que son auténticos.

—Sí, estamos ocupados —responde Belinda—. Y, por lo que tengo entendido, tú también te mantienes bastante ocupada.

Mona levanta las cejas.

—¿A qué te refieres? —pregunta, consiguiendo liberar su mano.

Belinda sigue sonriendo, dejando ver unos dientes blanquísimos, pero entorna los ojos.

—Oigo tu nombre en muchos lugares y contextos, y la verdad es que no entiendo por qué.

Mona se ajusta el bolso que lleva al hombro, endereza la espalda y dice:

—Ahora tendrás que explicarte.

—Por supuesto. —Belinda sigue sonriendo, pero entorna los ojos todavía más—. Voy a decirlo de forma sencilla para que me entiendas. Sé quién eres. Sé dónde vives y sé quién es tu familia. Y parece que tú también sabes muchas cosas de mí, y no me gusta. ¿Entiendes?

Mona frunce el ceño y su respiración se acelera a medida que su enfado aumenta. ¿Acaso ha entendido bien? ¿Belinda Bauer está amenazándola? ¿Y a su familia?

—Mi consejo es que mantengas la distancia —continúa Belinda, confirmando lo que está pensando.

Mona aprieta los dientes y siente que la tensión le llega hasta las orejas. Belinda Bauer podrá ser una mujer muy dura, pero esta vez ha ido a por la persona equivocada. En lugar de apartar la mirada, se inclina aún más hacia ella.

—Y mi consejo para ti —replica en voz baja— es que no me amenaces. No me gusta.

La mirada de Belinda podría haber sido cómica si no fuera por la gravedad de la situación. Es una mujer que no está acostumbrada a que la contradigan y hay razones para ello. Pero Mona ha tenido

suficiente. Primero, Unni y ahora, ella. Se vuelve hacia Carl.

—Ya que estamos sincerándonos, quiero que me digas si Lisa-Marie te pidió dinero a cambio de no revelar lo que hacías en el club de *striptease*.

Su cara se pone aún más roja y mira a Belinda.

—¿De eso se trataba la discusión en el banquete?

Carl traga saliva tan fuerte que se puede ver el movimiento de su nuez de Adán.

—Pero ¡por Dios, hombre! —grita Mona—. Responde a la pregunta y me iré de aquí.

91

Anton no es quién para juzgar. El amor debe ser ciego, sin importar entre quiénes se manifieste. Pero esto no puede ser amor. Laura tiene diecinueve años y Johnny supera los cincuenta. Esto es abuso puro y duro. Es un hombre con mucho mundo. La convenció con su sonrisa irónica y luego la emborrachó con champán, la llevó a un club de *striptease* y la sedujo. A la sobrina de su esposa. Queda claro que este hombre no tiene límites. La paciencia de su esposa ha sido puesta a prueba y al final se ha agotado. Unni es humana después de todo.

Conduce rápido. Pasan por el cruce de Stallbacka y luego pasan por la entrada del aeropuerto cuando Anton se vuelve hacia Bodil.

—¿Tú crees que Unni asesinó a Lisa-Marie?

Ella levanta la vista de su móvil y empuja el *snus* que tiene dentro de la boca con la lengua.

—Puede que no sea la asesina arquetípica. Pero da igual. Lisa-Marie estaba fastidiándole la vida.

Acelera y adelanta a un tractor EPA de color amarillo intenso que antes era un Volvo Duett. Anton mira la carretera, el asfalto gris y las praderas verdes por las que pasan, deseando en su interior que no sea Unni quien mató a Lisa-Marie. No tiene nada en contra de ella, al contrario. Es una mujer muy trabajadora. Quizá un poco tímida y reservada, pero siempre amable. Jola se encarga también de limpiar los locales de la policía y a menudo se ven allí. Suele ofrecerle café y panecillos caseros, y varias veces se han sentado en la cocinita para hablar de la decoración del hogar. En esas ocasiones ha llegado a relajarse lo suficiente como para que Anton pueda ver cierta chispa en su mirada desvaída.

—Honestamente, espero que nos equivoquemos —dice mientras para frente al edificio de Jola; enseguida se bajan del coche.

Bodil camina delante de él. Se detiene frente a la entrada, se pasa una mano por la boca y tira el *snus* en un arbusto. Coge la puerta y la abre de un tirón.

Lo primero que ven es a un tipo rubio con el pelo enmarañado. Los mira fijamente con sus brillantes ojos azules complementados por unas pestañas casi blancas.

—Oye, chaval —lo llama Bodil mientras se limpia el dedo sobre el costado de sus vaqueros—, ¿dónde podemos encontrar a Unni Landström?

Él sopla una gran burbuja de chicle rosa que estalla con fuerza.

—Hoy hay mucho correteo por aquí —comenta con una gran sonrisa.

—¿A qué te refieres?

La voz de Bodil es severa y hace que su sonrisa se desvanezca y que retroceda un paso.

—No te enfades —contesta—. Solo decía que parece que hay mucha gente que quiere ver a Unni hoy.

—¿Quién más la ha buscado? —pregunta Anton, dando un paso hacia él.

El chico se vuelve entonces hacia Anton.

—Esa señora muy guapa con un bolso de Louis Vuitton. La que se mudó a Villa Björkås. —Se detiene y vuelve a mirar a Anton—. Es tu madre, ¿no?

¿Ella también ha estado aquí? ¿Y por qué ha venido a ver a Unni? ¿Le habrá pasado algo?

—Mona Schiller —dice, sin confirmar su parentesco—. ¿Y qué quería?

El chico se encoge de hombros y luego recoge una caja de cartón del suelo.

—Estaba buscando a Bea.

—¿Y dónde está Unni? —pregunta Bodil una vez más.

El chico saca la cadera y apoya la caja sobre ella.

—Debe estar allí arriba en su despacho, supongo.

—Gracias —dice Anton, y enseguida sube las escaleras con Bodil siguiéndolo de cerca.

Caminan en silencio por el pasillo y su mirada vaga por las paredes vacías hasta llegar a una ventanita por la que se filtra la luz grisácea del día. La moqueta gris oscura amortigua sus pasos y, después de haber pasado cuatro puertas, encuentran la placa con su nombre. Llama a la puerta y empuja la manija sin más. Abre y mira dentro.

La habitación está vacía.

92

Las gotas de lluvia aún cuelgan pesadamente de las hojas cuando Mona pasa con su coche por las puertas altas de la verja. Puede ver que hay un alambre de espino oxidado y una enredadera verde con flores blancas en forma de campana que ha crecido alrededor del caucho, el acero oxidado de un neumático de tractor abandonado y un minibús desguazado. Más allá del edificio derruido, sobre los vastos campos, se puede ver el sol filtrándose a través del cielo gris, creando un arcoíris.

Mona aparca su coche junto a un pequeño vehículo blanco con el logotipo de Jola en la puerta. Se baja y ve una bicicleta negra de mujer apoyada en el muro de la construcción y el agua de lluvia goteando por un canalón roto. Respira el aire fresco y saturado de oxígeno y mira el edificio al que ha llegado gracias a las indicaciones del chico rubio que parece estar mascando chicle todo el tiempo.

Así que esta es la Casucha.

Es una casa de dos pisos. La fachada de la planta baja está revestida con paneles amarillos, pero el resto se ha dejado intacto, con baldosas grises de Eternit. Las cuatro ventanas que dan a la carretera están tapiadas, pero no se ven señales de que la casa sea un club de *striptease* una vez a la semana.

No debería estar aquí. Belinda Bauer fue muy clara. No solo le pidió que se mantuviera lejos de sus asuntos, sino que la amenazó. Pero ella no se deja intimidar por las amenazas. Nunca lo ha hecho, aunque ha tenido que pagar por ello más de una vez. Es como si tuvieran el efecto contrario en ella. Y como si quisiera confirmarlo, se acerca, sube las escaleras y se encuentra con una puerta azul que abre, aunque un poco renuente.

Es recibida por un pasillo enmoquetado con el mismo patrón de medallones rojos que el club de Gotemburgo. Vacila al principio, pero luego siente como si el lugar y la música sugestiva la absorbieran en su seno, y camina por el suelo de madera, que cruje bajo sus pies.

Pasa por delante de un armario donde hay perchas negras vacías colgadas de los barrotes y entra en el local. La música se intensifica. Las melodías de *jazz* de *Tragedy*, de Norah Jones, suenan a través de los altavoces como si el club estuviera abierto al público, pero está totalmente vacío. Los postes del escenario brillan bajo la luz encendida y se reflejan hasta el infinito en los altos espejos. Las sillas

están colocadas sobre las mesas redondas, dejando el suelo libre. El club está vacío, excepto por un carrito de la limpieza que está junto a la barra del bar, formada por bidones industriales pintados y un enorme tablón de roble encima.

Mona se queda de pie, observando todo esto durante un momento.

—¡Hola! —grita, pero no oye ninguna respuesta, excepto la voz de Norah Jones en los altavoces.

Se acerca al carrito de la limpieza; ve que delante hay una bolsa negra de basura y en los compartimentos hay botellas de detergente, rollos de papel higiénico y paños de cocina. Está a punto de girarse para seguir buscando cuando ve que algo se mueve en los espejos. Se queda petrificada por un instante, pero descubre que se trata de Bea, quien lleva una bandeja de plástico llena de copas de champán lavadas. Lleva el pelo negro recogido en una coleta muy apretada y su cara parece centellear con las luces de la parte de atrás. Se detiene al notar a Mona y la mira sorprendida, dejando las copas en una de las mesas y produciendo un tintineo en el acto.

—¿Mona Schiller? ¿Qué haces aquí? —pregunta, y camina hacia el bar.

—Yo también me lo pregunto —dice, acercándose unos pasos.

Bea se vuelve hacia ella y levanta las cejas inquisitivamente.

—Sara me pidió que hablara contigo. Por eso estoy aquí.

—¿Sara? —Asiente y se gira para bajar el volumen de la música. Sale del bar. Lleva un jersey con el logotipo de Jola y guantes en las manos, y tiene un rollo de papel de cocina bajo el brazo—. ¿Por qué?

—Está preocupada por ti.

Bea inclina la cabeza y la mira con fijeza. Entonces dice:

—¿Y por eso te pidió que hablaras conmigo?

—Ya lo sé —responde Mona, gesticulando con las manos—. Parece que la gente tiene demasiada confianza en mí cuando se trata de este tipo de conversaciones. —Suelta una carcajada, pero se calla al ver que Bea sigue mirándola con la misma seriedad en el rostro. Es justo como se lo había imaginado. Bea no la quiere aquí. Es más que obvio que no quiere hablar con ella—. No debí haber venido —asegura, ajustándose el vendaje que lleva alrededor de la muñeca—. Pero Sara estaba muy preocupada por ti y ha dicho que no se sentía con las fuerzas para hacerlo ella misma. Me ha contado que estuviste en su casa y que te marchaste muy alterada.

Bea aprieta las manos y cambia de posición, pero no dice nada.

—Sara se ha quedado con la impresión de que estás muy afectada por todo lo que ha sucedido y teme que hagas alguna locura.

Bea menea la cabeza y baja la mirada. Coge un paño y comienza a limpiar la barra.

—Además, me gustaría hablar contigo de otra cosa —continúa.

Ella sigue limpiando sin mirar a Mona. Los guantes de cocina de color amarillo se mueven en círculos sobre la superficie brillante. En ese momento, Mona frunce el ceño y vuelve a mirar el carrito. La bolsa de basura, los compartimentos de detergente. Algo empieza a tomar forma en su mente. Luego, da un paso atrás. Vuelve a mirar las manos de Bea. Entonces levanta la vista y se encuentra con su mirada.

93

Anton sospecha que algo se mueve fuera del edificio y se gira rápidamente. Las ligeras cortinas blancas ondean hacia dentro de la habitación como un velero y ve que la ventana está abierta. Da tres pasos veloces hacia ella y aparta la tela para luego poner las manos en el alféizar e inclinarse para mirar hacia fuera.

A lo largo de la fachada gris del edificio hay una cornisa metálica, un poco inclinada, que ahora brilla por el agua de la lluvia. No es más ancha que un tablón de dos por cuatro y conduce hasta un enorme balcón en el que Anton puede vislumbrar la parte trasera de un mueble de patio. Pero en ese momento ve también una cabeza con pelo largo y rubio que desaparece por el borde.

Se vuelve hacia Bodil, que está de pie en el vano de la puerta con las manos a los costados, mirándolo.

—¡Está aquí! —grita al mismo tiempo que levanta una pierna por encima del marco de la ventana y pone el pie en la cornisa—. Voy a seguirla. ¿Tú la interceptas en el aparcamiento?

Oye que Bodil responde algo, pero no escucha qué. Alarga la otra pierna y vacila un poco mientras se agarra con fuerza al marco de la ventana. La cornisa se tambalea de forma preocupante por el efecto de su peso. Mira las afiladas rocas debajo de él y comienza a avanzar despacio. Se acerca paso a paso hacia el balcón, pero se detiene ante el crujir de la cornisa. Mira hacia abajo nuevamente, hacia las piedras, y se agarra con fuerza al saliente que está a la altura de sus hombros. ¿Qué está haciendo? ¿Por qué sigue a Unni a toda costa a riesgo de su propia vida y su integridad física? ¿Es que acaso ha perdido la cordura?

De repente, como para confirmar lo que está pensando, la chapa que tiene debajo se rompe y Anton da unos pasos rápidos, estira la mano y alcanza la barandilla de madera del balcón mientras todo se derrumba. Mira hacia atrás y ve cómo la cornisa en la que estaba parado cae al suelo y la lámina de metal se retuerce y se dobla al chocar contra las piedras con un fuerte estruendo.

—¡Maldita sea! —exclama; luego, se levanta y corre por el gran balcón con el pulso acelerado.

Llega a la escalera de caracol que serpentea por el edificio hasta llegar al nivel de suelo y, justo en el momento de poner un pie en ella, ve a Unni, ya abajo, corriendo hacia los coches con su larga melena

rubia revoloteando detrás de ella.

94

Apoya los pies descalzos en una silla, balanceándose lentamente al ritmo de la música que le llega desde la planta baja. Escucha cada palabra de la canción. *Tragedy*, de Norah Jones, parece hablar sobre su padre:

He was only twenty five
Had an open heart and tender mind
He sang through all the hymns he knew
He was searching for a higher sign
When his water was turned to wine
All the darkness became light.

Debe haber tenido esa edad. Aunque no lo conocía entonces, ya que era muy pequeña, sabe que era un buscador. Y lo que encontró fue la bebida. Era lo que lo hacía feliz.

Babies and a patient wife
They just wouldn't have to keep him high
So, he gave them up just to fill his cup
Every sip would make him feel alive
No bones in his body were dry.

Sí, siempre fue una maldita tragedia. Mueve los dedos de sus pies desnudos y se lleva a la boca un montón de patatas fritas. Su vida y lo que hizo con la de ellos al abandonarlos por la bebida. En realidad, le resulta muy deprimente escuchar esa canción, pero no puede controlar la música que pone la limpiadora.

¿De verdad tiene que anunciarse y hacer saber a todo el mundo que está aquí? Debe haber visto su bicicleta.

Se lleva otro puñado de patatas fritas a la boca. No. Tal vez sería mejor escabullirse antes de que la descubra. Se levanta del sillón. Belinda no debería enterarse de que ha robado la llave y que está aquí, en la Casucha.

95

—¡Unni! —grita Anton mientras comienza a bajar por las escaleras, que crujen metálicamente a cada paso—. ¡Para! Solo quiero hablar contigo.

Pero Unni no se detiene. Ni siquiera gira la cabeza, sino que saca la llave del coche de su bolsillo y la pulsa. Enseguida parpadean las luces traseras del vehículo más cercano a la calle. Está abriendo la puerta cuando Anton ve que Bodil sale disparada como un proyectil detrás de ella. Grita de sorpresa al ser atrapada por Bodil y las llaves salen volando de su mano en un arco sobre el techo del vehículo mientras su cabeza se sacude con violencia hacia atrás. Bodil la coge de un brazo, lo presiona contra su espalda y la empuja contra el coche.

Anton se detiene. Oye su propia respiración acelerada y el tictac de las escaleras metálicas debajo de él. Se agarra firmemente a la barandilla y cierra los ojos. Han atrapado a Unni. No hay manera de que pueda liberarse de las manos de Bodil. Respira hondo un par de veces, abre los ojos y continúa bajando despacio por las escaleras.

Han atrapado a la asesina de Lisa-Marie. Era su primer caso de asesinato y lo ha resuelto. Debería estar contento. No, debería estar eufórico. Pero no siente alegría, sino una profunda tristeza. Unni también es una víctima. Por lo que ha pasado. Todo lo que ha hecho su marido. Todos esos años de susurros a sus espaldas, ocultándose detrás de esa apariencia de tranquilidad y trabajo duro. Nadie sabía de verdad lo que hervía dentro. Y que algo acabaría por romperse.

Anton saca su teléfono y pulsa el número de Petra Tallberg.

—Hola —saluda, y le cuenta rápidamente sobre Unni.

—Ya veo —contesta Petra, pero luego se queda callada.

—¿Petra? —la llama Anton.

—Sí, lo siento. Pero… aquí hay algo que no encaja.

—Ah, ¿sí? —pregunta Anton mientras mira a Bodil, que lleva a Unni delante de ella.

—Unni tiene motivos. Y el hecho de que intentara escapar podría indicar que es culpable, pero…

—Pero ¿qué? —pregunta Anton, viendo que Bodil abre la puerta del coche de policía.

—¿Cómo demonios pudo arrastrar el cuerpo de Lisa-Marie hasta esa altura del Velo de la Novia y lanzarla por el precipicio? Tú sabes bien lo difícil e inaccesible que es.

Anton mira a Unni sentada en el asiento trasero del coche. Debe medir apenas un metro y sesenta centímetros y pesar unos cincuenta y cinco kilos. A pesar de eso, es una mujer bastante fuerte. Él mismo la ha visto levantar cosas pesadas en el trabajo. Pero, por otro lado, Petra tiene razón. Es imposible que lo haya hecho ella sola. Hay una gran diferencia entre levantar algo pesado en el trabajo y cargar un cadáver a través de un terreno tan inaccesible.

—Pero ¿quién podría haberla ayudado? —pregunta lentamente.

—No lo sé —contesta Petra.

—No puede haber sido Johnny, porque él estaba con Laura. —Hace una pausa—. ¿Podría haber sido Carl?

—Sí. Pero ¿cuál habría sido su motivo?

—Lisa-Marie también estaba extorsionándolo, así que él también tenía motivos. Pero… —Anton se queda callado y, de repente, recuerda algo que le dijo Laura. Cuando ella y Johnny salieron del salón de banquetes, había una mujer en el sofá: una joven de pelo oscuro que no querían despertar. Se gira y mira el edificio. El chico rubio que trabaja en Jola mencionó que su madre estaba buscando a Bea.

—¡Maldita sea! —grita, y empieza a correr hacia el edificio. El chico debe saber dónde está—. ¡Trae el coche! —le grita a Bodil.

96

Mona se encuentra con la mirada de Bea y, de manera automática, da un paso hacia atrás. Se miran la una a la otra. Los ojos azules de Mona se enfrentan a los ojos marrones de Bea.

—¿Fuiste tú? —inquiere Mona, retrocediendo otro paso.

Al oír esto, Bea para de fregar la barra y baja los brazos, con los guantes amarillos de cocina todavía puestos, dejándolos descansar a sus costados. Baja la cabeza y luego mira a Mona.

—Sí —asiente.

—Pero no lo entiendo. ¿Por qué?

Mona ya ha estado delante de asesinos, tanto en las salas del tribunal como en las salas de interrogatorio, y en todos los casos había un motivo claro: dinero, venganza, honor. Pero Bea… Asesinó a su mejor amiga desde la guardería. Y Mona quiere saber por qué.

—¿Fue por dinero? —le pregunta.

Bea no contesta.

—Pero, por Dios, Bea —continúa Mona, gesticulando con las manos—. ¿Acaso has matado a alguien por unos mezquinos cientos de miles de coronas?

—Claro que no —contesta Bea en voz baja, levantando la vista de repente para lanzarle una mirada fulminante—. No fue solo por el dinero.

—Entonces, ¿por qué?

Bea no contesta, sino que mira hacia la barra y vuelve a fregar en silencio, una y otra vez, como si su vida dependiera de ello. Los guantes amarillos y el paño hacen rechinar la brillante tabla de madera lacada. Mona siente el impulso de acercarse y quitarle el estropajo de la mano para que deje de limpiar.

—Tendré que llamar a la policía —advierte, intentando alcanzar el teléfono de su bolso.

Bea levanta la vista y, cuando empieza a hablar, esta vez su voz suena diferente, como si por primera vez hablara sin inhibiciones.

—La muy puta —dice en voz baja—. Siempre conseguía todo. Y siempre fue así. Desde pequeñas. Yo nunca podía quedarme con nada. —Se encuentra con la mirada de Mona—. Una pensaría que alguien como ella, una persona tan linda… —Bea hace una mueca de asco, como si hubiera mordido algo desagradable—, tan adorada por todos, podría ser un poco generosa. Pero no, nunca. Ni una puta vez me dejó

tener algo. Ni una sola vez —repite—. Solo me tenía a su lado para brillar y ser la bonita.

—Pero quizá tampoco lo tuvo siempre tan fácil —replica Mona, mirando hacia la puerta y maldiciendo para sí misma por no haber llevado la pistola. Tal vez no hubiera sido capaz de usarla correctamente, pero podría haberla amenazado con ella.

—Ah, ¿sí? —Bea levanta la barbilla y entrecierra los ojos—. ¿En qué sentido no lo ha tenido fácil? ¿Puedes decírmelo?

Mona vuelve a mirar hacia la puerta y se pregunta si conseguirá salir.

—Bueno, perdió a su padre, por ejemplo —responde, intentando ganar más tiempo. Tal vez logre salir si corre rápido.

—¿Fidde? —Menea la cabeza y un mechón se escapa de su coleta, cayéndole delante de la cara—. Sí. Es una pena que acabara así.

—¿Una pena? —Mona frunce el ceño sin poder entender bien lo que dice.

—Sí, una pena. —Bea friega cada vez más fuerte y su respiración se vuelve cada vez más agitada. Entonces levanta la vista—. Siento que te hayas enterado de todo, Mona —se lamenta, y con un rápido movimiento a través de la barra, empuña un cuchillo.

Mona mira la brillante hoja del cuchillo y levanta las manos en un intento de calmar a Bea o tal vez de protegerse. En cualquier caso, se da cuenta del gran peligro que corre. Se observan la una a la otra y, justo en el momento en que la música se detiene, Mona se vuelve y echa a correr. No piensa esperar a que Bea haga algún movimiento. Debe salir.

Pero, en lugar de correr a toda velocidad hacia el coche, se dirige directamente hacia el carrito de la limpieza y el peso de su cuerpo hace que se estrelle contra la mesa donde están las copas. «Maldito carrito», piensa justo antes de caer mientras las copas se vuelcan y se rompen en el suelo con un estruendo ensordecedor. Se golpea la mano dolorida en la caída y el dolor la deja sin aliento. Al girar la cabeza, ve a Bea sosteniendo todavía el cuchillo, mirando primero las copas destrozadas y luego, a ella.

97

Hedda se estremece. ¿Qué demonios ha sido todo eso? Ha sonado como si se rompiera un cristal. ¿Qué está pasando ahí abajo?

Se levanta de inmediato y deja su libro de Economía encima de la desgastada mesa. Baja las escaleras, empuja la puerta ladeada y chirriante y se asoma al interior del local. Suele moverse por todos los rincones de la casa, excepto en la sala de espectáculos. Se ve igual que el Privat después del cierre, con su fealdad desnuda bajo una luz blanca y fría. Incluso peor, de hecho, debido a los muebles con los bordes rotos, las marcas de quemaduras en las mesas y las manchas de cerveza y licor. Toda la suciedad es visible. Ver la sala así es como ver a una estríper sin el pelo suelto, sin maquillaje, sin uñas y sin silicona. Solo mujeres normales y corrientes con arrugas, moratones, pechos caídos y celulitis en los muslos. Nada de glamur, al igual que esta vieja casa maltrecha.

Mira hacia el bar y ve el carrito de la limpieza volcado en un mar de cristales rotos. Ve que la limpiadora está en la barra, pero también hay alguien en el suelo.

—Pero ¡¿qué demonios?! —exclama Hedda, sorprendida. Es Mona Schiller la que yace en el suelo, vestida con un jersey negro y unos pantalones blancos, rodeada de estropajos, botellas de jabón, rollos de papel higiénico y vidrios rotos. Además, hay una fina capa de polvo blanco sobre todo. Lo primero que le viene a la mente es que debe ser cocaína, pero se olvida de ello al ver que la limpiadora sostiene un cuchillo en la mano y apunta con él hacia Mona. Entonces mira el rostro tenso de la mujer que blande el cuchillo. Pero si es ella. Bea. La misma que la ha acusado de robar el dinero. Menea la cabeza.

En ese momento Bea hace un movimiento con la mano y la hoja del cuchillo resplandece, lo cual hace que Hedda vuelva en sí. Abre la puerta por completo y recorre sigilosa y veloz la corta distancia hasta el bar, sintiendo la suciedad del suelo bajo sus pies descalzos. Busca sorprender a Bea por detrás, así que decide saltar sobre uno de los taburetes para luego lanzarse sobre la barra vacía. Uno de los bidones se balancea cuando ella se desliza sobre su cadera. Sus mallas de entrenamiento le otorgan una gran velocidad sobre la superficie recién lustrada de la barra y llega rápidamente hasta Bea. Con el elemento sorpresa de su lado, golpea el hombro de Bea con sus pies descalzos y esta grita de sorpresa, dejando caer el cuchillo, que se desliza por el

suelo y termina debajo de una de las mesas. Hedda cae de pie justo a su lado y tiene tiempo de mirar a Mona, que se está poniendo de pie.

Entretanto, Bea se recupera del golpe y mira a su alrededor. Levanta uno de los taburetes de la barra y lo balancea hacia Hedda. Sin embargo, el taburete es demasiado pesado y esto le da tiempo a Hedda para esquivarlo con gran facilidad antes de que complete su trayectoria, chocando ruidosamente contra el metal de uno de los bidones industriales. Bea intenta recuperar el equilibrio, pero Hedda da unos pasos rápidos hacia ella, la agarra del pelo y la empuja hacia abajo, dándole un par de rodillazos en la cara antes de soltarla. Bea se tambalea y cae al suelo.

Hedda se detiene y mira a Bea, quien ahora intenta escapar arrastrándose por las sucias tablas del suelo. Se da cuenta de que está mareada. Se ha llevado un par de buenos golpes y necesitará un par de minutos para recuperarse.

Duda un momento, luego corre hacia el escenario y sube de un salto. Una vez allí arriba, da unos pasos rápidos hacia el poste de *striptease* y recoge las esposas que Velvet ha dejado. Baja del escenario con otro salto y corre directa hasta Bea, quien avanza a gatas por el suelo, para, finalmente, llevarle las manos a la espalda y abrocharle las esposas alrededor de las muñecas.

Se levanta sin aliento y ve a Mona mirándola.

—¿Qué demonios está pasando?

98

Bea está sentada en una silla con la espalda encorvada y la cabeza baja sobre el pecho. Su ojo derecho se está hinchando y la sangre sigue brotando de su labio inferior abierto. Todavía lleva puestos los guantes amarillos de cocina, pero ahora tiene las manos sujetas a la espalda por unas esposas forradas de pelo rosa.

Mona rechaza la llamada entrante de su teléfono y mira a Hedda, quien está limpiando y ordenando detrás de la barra y acaba de pulsar el botón para reproducir música. Se oye *Tragedy* otra vez, desde el principio. Las notas de *jazz* siguen sonando cuando Hedda vuelve con un paño de cocina a cuadros lleno de hielo y lo presiona contra el ojo de Bea. Ella se estremece y gime, pero Hedda sigue enfriando la hinchazón.

—Anton está de camino —anuncia Mona, sosteniendo el móvil en la mano, y Hedda asiente por encima de la cabeza de Bea—. Madre mía, sí que sabes pelear —continúa.

Hedda asiente y sonríe ligeramente, provocando que el pelo le caiga delante de la cara.

—Supongo que practicar artes marciales desde pequeña y criarse con un hermano mayor debe servir de algo.

Mona mira el delgado cuerpo de Hedda. No parece pesar más de cincuenta kilos. Sabe que está en forma y que es bastante ágil, pero, a pesar de eso, le ha impresionado la forma en que ha sometido a Bea. No ha dudado ni un momento y lo ha hecho todo muy rápido.

—Pero es en el club donde he aprendido a pelear de verdad. —Le lanza una sonrisa a Mona—. Cuando una estríper decide pelear, es a muerte.

Mona entiende que hay mucho de verdad en eso. Para sobrevivir en el lado oscuro de la sociedad, hay que ser dura y astuta. Si Hedda no lo hubiera hecho, quizá ya no estaría viva. Luego, mira a Bea, quien gime cada vez que Hedda presiona el hielo contra su ojo.

—¿Y por qué sacó un cuchillo? —le pregunta Hedda.

Mona menea la cabeza y dice:

—Supongo que le entró el pánico. —Se acerca a Bea, y coge una silla para sentarse pesadamente delante de ella. Le duele el cuerpo por la caída y siente el vendaje más apretado porque la muñeca ha empezado a hincharse. Además, se ve una mancha de sangre en la parte de la rodilla en su pantalón blanco. Pone su mano sana en el

muslo de Bea y esta se estremece al contacto—. ¿Qué te hizo matar a Lisa-Marie? Tu amiga de la infancia. Y, por el amor de Dios, no me digas que siempre te quitó todo desde que eras pequeña. Nadie te obligó a pasar tiempo con ella. Fue tu elección.

Bea se encoge de hombros y se sorbe los mocos. Mona ve que hay una línea de mocos que cuelga de su nariz, así que recibe una toalla de Hedda para limpiarla.

—¡Joder! —exclama Hedda—. Ya sé de dónde te conozco —continúa, y luego se dirige a Mona—. ¿Sabes que me pareció familiar cuando me enseñaste la foto?

Mona asiente en silencio.

—El martes estuvo en el Privat, ¿no? —dice Hedda, y se vuelve hacia Bea—. Sí, allí estabas, cuando la policía fue al Privat. Tú dejaste la piedra allí, maldita perra. —La señala—. La dejaste a propósito para que la encontraran, para que me inculparan.

Mona se vuelve hacia Bea.

—¿Por qué? —le pregunta.

Bea se encoge de hombros y la mira con su ojo sano.

—Me encontré la bufanda roja en la barra. Tú la dejaste allí, así que deberías culparte a ti misma —contesta, y sopla para alejar el mechón de pelo que se ha liberado de su coleta ajustada.

Por un momento, Hedda parece querer abalanzarse otra vez sobre Bea, pero se contiene y, simplemente, se levanta y se aleja. Mona ve que está cojeando.

—¿Te has hecho daño?

—¡Ah! —exclama Hedda, mirando hacia abajo—. Es solo un trocito de vidrio en el pie.

Mona ve que está dejando un rastro de sangre en el suelo.

—Pero espera, déjame ayudarte.

—No hace falta —asegura, deteniéndose a mirar los vidrios rotos que están esparcidos por el suelo. Mira a su alrededor y encuentra un par de zapatos de tacón alto sin cordones que están en el borde del escenario. Los recoge y se los pone, y luego va detrás de la barra, coge tres copas y una botella de Jack Daniel's de la estantería—. ¿Queréis un poco? —les pregunta, levantando la botella.

Las dos asienten y ella se acerca cojeando. «Es una chica lista, sin duda, una copa de *whisky* es justo lo que necesita», piensa Mona mientras recibe la que Hedda acaba de rellenar. Hedda se bebe la suya y ayuda a Bea a beber. Mientras tanto, Mona toma un buen trago de su copa y siente el escozor recorriéndole la garganta hasta el estómago. Todavía no logra entender bien qué es lo que ha pasado, porque todo ha sido muy rápido, pero sabe que, si Hedda no hubiera estado aquí, la situación sería muy diferente.

—Linus es un maldito hipócrita —dice Bea, fortalecida por el

whisky—. Cogía el dinero de LM, pero no quería que nadie supiera de dónde venía. Por eso se inventó la historia del préstamo de Gordy y su pandilla. —Suelta una risa amarga—. Pero lo amenacé con contarles a todos en la boda lo que estaba tramando y se cagó de miedo.

Mona toma otro gran sorbo de *whisky*. Ahora entiende que era a Bea a quien estaba mirando mientras bailaba con Lisa-Marie.

—Pero ¿por qué querrías hacer algo así? —pregunta—. Eran tus amigos.

—Qué mierda de amiga era LM. Solo me tenía a su lado porque le convenía. Yo era como su maldita sirvienta. Siempre fue así. Ese era el pago para que me incluyera. Siempre conseguía lo que quería. Y cuando tuve algo por una vez, me lo quitó. —Tose y mira a Hedda—. Joder, sí que me has dado unas buenas hostias.

—Sí —dice Hedda, y después se bebe otra copa de un trago. A continuación, sube el pie a una silla. Está bañado en sangre. Lo mira un momento, dirige sus dedos hacia el arco y saca un trozo de vidrio, arrancándolo sin vacilar, y lo tira al suelo. Luego, coge la botella de *whisky* y lo vierte sobre la herida. Mira a Mona y se encoge de hombros—. No creo que haga daño. Siempre lo hacen en las películas.

Mona asiente y sonríe en silencio, y Hedda se vuelve hacia Bea.

—Pero estabas amenazando a Mona con un cuchillo.

—No sé si lo habría usado —contesta Bea, y luego se dirige a Mona —. Lo siento —se disculpa, sorbiéndose los mocos una vez más—. Me entró el pánico.

Mona no sabe qué decir. Un minuto está pensando en apuñalarla y al siguiente se disculpa con lágrimas en los ojos.

—Y lo siento también por ti, Hedda —dice, volviéndose hacia ella.

—¿Y eso por qué? —le pregunta, sin levantar la vista, pues ahora está ocupada sacándose otro trozo de vidrio del pie ensangrentado.

—Porque intenté hacer que te inculparan.

Hedda se levanta, camina hacia la barra y se estira para sacar una toalla.

—No fue muy inteligente por tu parte, ¿sabes? —responde, envolviendo la toalla alrededor de su pie.

Bea la mira con los ojos llenos de lágrimas.

—En realidad, pensaba dejar la piedra entre tus cosas, pero luego vi que la policía estaba allí y no tuve más remedio que cambiar de idea. Sabía que Anton estaba de camino al servicio, así que me adelanté y entré para dejarla, pero casi me pilló cuando salí. Creo que me vio, pero solo por detrás.

—Me refería a que fue una idea poco inteligente envolver el arma homicida en mi bufanda de seda. Dudo que algún asesino use sus propias cosas en una situación como esa.

—Pero ¿por qué mataste a Lisa-Marie? —le pregunta Mona una vez

más—. ¿De verdad te quitó algo tan importante como para que la mataras? ¿Qué te hizo?

—Estaba enamorada de verdad y ella lo arruinó.

—¿De Linus?

Bea mira fijamente a Mona.

—¿De Linus? —repite con voz de sorpresa—. No, claro que no.

—¿No? —Mona levanta las cejas de forma inquisitiva—. Entonces, ¿de quién?

—De Johnny.

—¿Así que tú también tuviste una relación con él? —le pregunta, meneando la cabeza.

—Sí. Hasta que LM la destruyó. Íbamos a casarnos. Johnny iba a dejar a Unni para que pudiéramos empezar una nueva vida juntos. Lo teníamos todo planeado, pero entonces llegó LM y me lo arrebató.

Mona suspira. ¿De verdad creía que ella y Johnny podrían ser una pareja de verdad? ¿No se dio cuenta de que solo era otra de sus conquistas?

—Pero qué ingenua eres —interviene Hedda—. ¿Acaso no te has dado cuenta de que solo eras una más de sus aventuras?

Bea niega bruscamente con la cabeza.

—No, no es cierto. Yo era especial. Lo que teníamos era especial.

—¿Así que ya lo teníais todo planeado desde hace dos años? —interviene Mona.

—Sí —asiente Bea—. Pero no creí que las cosas terminarían así. LM estaba muy enfadada conmigo porque convencí a Linus para que fuera al club y la viera bailar. Una cosa es saberlo, pero otra es verla en la vida real. Es algo más cutre.

—¿Y por qué hiciste eso?

—Quería que viera quién era realmente y después de eso esperaba que la dejara; ella sufriría algo parecido a lo que me había hecho. Por una vez, LM sería la perdedora.

—¿Querías vengarte?

—Sí. Se lo merecía —contesta, y después hace una pausa—. Sin embargo, cuando Linus se dio cuenta de cuánto dinero podía ganar LM, pensó que estaba bien.

—Pero no quería que la gente se enterara —aclara Hedda, presionando la toalla ensangrentada contra su pie.

—Exacto.

—¿No pensó que tarde o temprano saldría a la luz?

Bea se encoge de hombros y Mona oye que alguien abre la puerta del club. El suelo cruje por las pesadas pisadas. Levanta la vista y respira aliviada al ver que se trata de Anton y sus compañeros y no de Belinda Bauer. Sin embargo, Bea no parece haberse dado cuenta de esto, porque continúa hablando:

—Solo quería estar cerca de Johnny, pero cuando me desperté, la fiesta ya había terminado y todos se habían ido. Simplemente, me dejaron allí. Alguien podría haberme despertado… —Al decir esto, se le crispa la cara y los ojos se le empañan—. Decidí volver a casa, así que bajé las escaleras y salí. Tenía frío y no estaba del todo sobria cuando escuché la voz de LM desde la ventana del anexo. Me susurraba con fuerza que iba a salir porque quería hablar conmigo. Unos instantes después, la tenía delante de mí en camisón y con el jersey de Linus, tirando de mí y echando chispas, diciendo que no podría volver a confiar en mí y que me odiaba y ese tipo de cosas. Y al final me abofeteó. —Mira a Mona—. Nunca había devuelto un golpe en mi vida, pero en ese momento no pude contenerme más. Estaba muy cabreada. Encima, se negaba a darme mi parte del dinero de Carl, a pesar de que yo había hecho todo el trabajo.

—¿A qué te refieres con *darte el dinero*?

Bea la mira fijamente.

—Sí —dice—. Lo hicimos juntas, aunque fue idea suya. Carl tenía mucho que perder si se sabía lo que estaba haciendo.

—¿Te refieres a sus visitas al club y a sus gustos pervertidos?

—Sí, bueno, lo de ir al club no es algo tan malo. Mucha gente ya lo sabe. Lo de sus gustos retorcidos es algo más serio, pero lo peor de todo es que financia esos gustos y perversiones con dinero de Casa Ronnum. Eso es lo que él no quería que se supiera. Así que, cuando las cosas no funcionaron con Johnny, nos concentramos en Carl.

—¿Y por qué decidisteis hacerlo ahora?

—Ellos necesitaban dinero para pagar su luna de miel en las Maldivas. El dinero del *striptease* no era suficiente.

Mona asiente y continúa:

—¿Y lo de Carl? ¿Cómo os enterasteis?

—LM se había enterado a través de Johnny. Ella recibió el dinero, pero no me dio mi parte. Yo sabía que estaba en su dormitorio, pero, cuando fui a buscarlo, ya no estaba.

—Por eso estabas tan molesta cuando te fuiste de la casa de Sara. No era por Lisa-Marie.

—Sí —afirma—. No pensaba matarla, pero gritó y tuve que callarla. Vi una piedra y la recogí. Creo que la golpeé en la cabeza con ella, porque después todo se quedó en silencio. Y entonces me senté encima de ella, oyendo el piar de los pájaros mientras despuntaba el alba. Pero sabía que tenía que hacer algo. —Se vuelve hacia Mona—. Fue en ese momento cuando escuché unas voces.

99

Las ojeras de Mona son notables, al igual que su pelo desordenado y sus pantalones blancos sucios. Anton no está acostumbrado a ver a su madre así, pero se alegra de que parezca estar bien. Luego, mira a Hedda, sentada en la barra con una toalla ensangrentada alrededor del pie y a Bea Ljung, sentada en una silla, con esposas de pelo rosa en las muñecas y con un ojo hinchado, la boca ensangrentada y rastros de lágrimas en la cara. Las tres se ven maltratadas, pero ninguna parece estar gravemente herida.

Mona acerca una copa a la boca de Bea y esta bebe un sorbo profundo, después sonríe, maliciosa. Parece no haberse dado cuenta de que la policía está aquí, o tal vez no le importa, ya que sigue hablando.

—Me quedé sentada sobre el cuerpo de LM sin saber qué hacer. Pero entonces me pareció oír ruidos. Una chica riendo y una voz más grave gritando «¡Hola!». Me asusté y empecé a tirar de ella. Pero no se movía. Puse la cara sobre su boca y, al comprobar que no respiraba, intenté practicarle la respiración artificial, pero tenía toda la cara ensangrentada y era repugnante. La voz volvió a llamar y me di cuenta de que era Johnny, pero yo no quería que me viera. Entonces vi que había una puertecita que daba a un almacén en el anexo y me las arreglé para meter el cuerpo allí. —Se vuelve hacia Mona—. No tienes idea de lo difícil que es arrastrar un cadáver. Al final conseguí meterla y luego intenté esconderme en los arbustos. Y me quedé allí sentada sin saber qué hacer. —Se estremece al narrar esto último—. Fue entonces cuando se me ocurrió llamar a Unni. Estaba segura de que podría convencerla de que me ayudara.

—¿Y por qué querría ayudarte? —le pregunta Mona.

—Porque tenía demasiado que perder si no lo hacía.

Mona asiente lentamente.

—Al principio se negó a venir, pero al final no hizo falta mucha persuasión. Conozco a Unni —dice, despacio—. He trabajado con ella durante años y sé qué es lo que más valora en la vida: no son sus hijos ni Johnny, es su empresa. Ella es quien ha construido todo y no quiere perderlo. También sabía que hay inversores importantes con grandes planes para Jola. Así que solo tuve que explicarle que la empresa se acabaría si todo esto salía a la luz. Mantener el secreto nos beneficiaba a las dos.

Anton piensa que esto es cierto. Aunque Unni no hubiera hecho nada malo, y a pesar de que mucha gente ya sabe cómo es Johnny, Jola hubiera quedado asociada con clubs de *striptease*, infidelidades y estafas a las chicas del club. Esto haría que los inversores perdieran interés en la empresa. Unni podría superarlo, pero le llevaría años y tendría que olvidarse de todos sus planes ambiciosos.

Piensa en qué habría sucedido si Johnny y Laura no se hubieran escondido cuando Unni llegó con el coche. Mientras se escabullían para beber champán en el *jacuzzi*, el cuerpo sin vida de Lisa-Marie yacía a pocos metros. Incluso la habían oído gritar.

Bea cambia de posición en la silla antes de continuar:

—La metimos en el maletero del coche de Unni. Tenía miedo de que Linus se despertara, pero estaba profundamente dormido tras haber bebido tanto. La llevamos al Velo de la Novia y usamos los productos de limpieza que había en el coche para lavar todas las huellas; luego, la envolvimos en una manta y la subimos entre las dos. Le quitamos el jersey de Linus para dejarle solo el camisón y la tiramos sobre el borde para que pareciera que había saltado. Queríamos que pareciera un acto suicida, como el de su padre. La verdad es que fue algo muy duro. Nunca podría haberlo hecho yo sola. Además, estaba muy nerviosa. Ya había salido el sol y alguien podía pasar por allí en cualquier momento. Mucha gente va a hacer excursiones a pie por allí o a pasear al perro. —Se queda en silencio, con la mirada fija delante de ella—. Pensamos que sería creíble que la caída la había matado. Además, si todo salió bien con lo de Fidde, no había ninguna razón para dudar que la gente podría creerse también lo de Lisa-Marie.

Anton la mira fijamente. ¿Qué acaba de decir sobre Fidde? Se vuelve hacia Mona y esta asiente, confirmándole que ambos han entendido lo mismo.

100

Mona tararea *Mamma Mia* y sigue a Anton con la mirada cuando este se levanta de la mesa de la cocina y se acerca a una de las cajas que hay en la isla para cortar un trozo de *pizza* y ponerlo en su plato.

—Coge uno para mí también —pide Hedda, dándole su plato.

—Te lo dije —dice, sonriendo.

—Sí, sí, sí, tú ganas. Está buenísima —contesta, y después se ríe mientras su pie escayolado, apoyado en una silla vacía, se mece al ritmo de la música—. Yo siempre compro la de Vesuvio.

—A veces hay que arriesgarse —señala Anton, echando la cabeza hacia atrás y estallando en una carcajada.

Mona se alegra de oírlo reír así y desearía que Gabbi también estuviera aquí ahora, pero, como es habitual, sus horarios de trabajo no se lo han permitido.

Mona mira a Coco, pues ha puesto la cabeza en su regazo para pedirle un bocado. Le acaricia la sedosa cabeza y después despega unos trozos de jamón de su *pizza* para dárselos. Coco los devora de inmediato y echa la cabeza hacia atrás para pedir más.

—Hablando de arriesgarse —interviene Mona, levantando la vista —. Tendrías que haber visto a Hedda deslizándose sobre la barra hasta Bea y sometiéndola de inmediato. Nunca he visto nada igual. —Menea la cabeza entre risas—. Fue como ver a Modesty Blaise en acción.

—¿Quién? —le pregunta Hedda.

Mona se vuelve hacia ella.

—Modesty Blaise es como… —se queda pensando durante unos segundos—, es como Lara Croft. Eres demasiado joven para saber quién es. Tú tampoco la conoces, ¿verdad, Anton?

—Claro que sí. —Deja el cortador de *pizza* y se limpia las manos en una servilleta. Entonces mira a Hedda con expresión seria—. Fue algo peligroso. Podría haber salido muy mal.

—Sí —coincide, y se echa a reír—. Pero ha salido bien. Además, ¿qué se supone que debía hacer? Bea tenía un cuchillo delante de tu madre. No iba a permitir que la apuñalara.

Anton se vuelve hacia Mona.

—Y tú —dice, meneando la cabeza—, no vuelvas a hacer eso.

—¿A qué te refieres? —contesta ella, frunciendo el ceño.

—Ir así, sin avisarme antes. No eres policía, mamá. Te expusiste a alguien que ha matado a dos personas y que, probablemente, podría

volver a hacerlo.

Lo mira mientras sigue acariciando a Coco en la cabeza, conmovida por su preocupación, pero también molesta porque intenta controlar lo que puede hacer.

—Pero he conseguido resolver el caso por ti, ¿no?

—Ah, bueno —responde Anton, entrecerrando los ojos.

—Creo que se podría decir que lo resolvisteis juntos —interviene Hedda.

Mona se vuelve hacia Hedda. ¿Está saliendo la diplomática? Le sonríe.

—Tienes razón, Hedda. Somos un equipo tremendo. Los tres.

Anton carraspea al oír esto, pero Mona no le da importancia. Está claro que lo ha ayudado a resolver este caso, aunque no lo admita.

—Es increíble que Bea estuviera a punto de salirse con la suya con el asesinato del padre de Lisa-Marie —dice Hedda.

—¿Tú crees? —contesta Mona—. Le cortó las muñecas mientras estaba inconsciente por el alcohol y después fingió que lo había encontrado.

—Pero ¿por qué? —pregunta Hedda, mirando a Anton.

—Por celos —contesta Anton, meneando la cabeza—. Pilló a Lisa-Marie en el coche con Johnny y se volvió loca. Esperó a Lisa-Marie, pero esta nunca llegó. Entonces oyó un golpe en el garaje y encontró a Fidde en el suelo con un cúter en la mano que, aparentemente, pretendía usar para cortarse las venas. Pero se había desmayado de embriaguez, así que le quitó el cúter y completó el trabajo ella misma. Esperó a que se desangrara y luego corrió a decirle a Sara que su marido se había suicidado. Ha dicho que quería que Lisa-Marie asociara para siempre su aventura con Johnny con el suicidio de su padre. Para que cada vez que mirara a Johnny pensara que su padre se había suicidado mientras ellos se manoseaban en el coche. —Al decir esto, pone sus grandes manos sobre la mesa—. Ella lo justifica diciendo que solo estaba haciéndole un favor, que solo estaba ayudándolo.

—Está mal de la cabeza —dice Hedda—. ¿Y si no quería morir en realidad?

Anton menea la cabeza lentamente.

—Nunca lo sabremos —asegura—. El examen psiquiátrico forense dictaminará si padece una enfermedad mental o no.

—¿Y qué hay de Unni? —pregunta ella, y da un mordisco a su *pizza*.

—No creo que pueda salir de esto sin un castigo. Proteger a una delincuente es un delito grave.

—Pero ¿por qué intentó escapar? ¿Qué estaba pensando? Sabía que iban a pillarla, ¿no?

—Las personas no siempre reaccionan de manera racional en una situación estresante —explica Mona, apartando su flequillo—, y Unni ha estado bajo muchísima presión últimamente. Creo que debe entender, ahora que ha pasado todo, que fue una estupidez intentar huir. Pero en ese momento pensó que no tenía otra opción.

Hedda asiente, mirando a Anton, y luego le pregunta:

—¿Y la Casucha?

Mona espera que Anton les diga que van a cerrarla. Quiere tener a Belinda Bauer lo más lejos posible de ella.

—No sé qué pasará con ella, si es que pasa algo. Ya veremos —dice, y se vuelve hacia Mona—. ¿Has visto a Sara?

—Sí. —Mueve la cabeza al recordarlo—. Tenemos que ayudarla a superar esto. Compré un día de *spa* para las dos y parece que le alegró la idea. No es mucho, pero puede hacer que piense en otra cosa durante un rato.

—Y Linus y Mia se han reconciliado —cuenta Hedda.

—¿Qué? —contestan Anton y Mona, mirándola.

Ella asiente y continúa:

—Sí, acabo de verlo en Facebook. Todo ha quedado olvidado y perdonado.

—Pero yo pensé… —dice Mona, dirigiéndose a Anton.

—Sí, es algo extraño —interrumpe Anton—. Pero supongo que es bueno que se hayan reconciliado.

—Sí, claro —murmura Mona sin entenderlo del todo, pero tal vez todas las acusaciones eran solo una forma de llamar la atención. Y, por lo visto, había funcionado.

Mira a Hedda, que sigue masticando con la boca abierta, y siente el impulso de comentar algo al respecto. Aunque es una adulta y puede hacer lo que quiera, necesita mejorar los modales y la etiqueta si de verdad tiene el sueño de llegar a los salones diplomáticos. Tal vez pueda darle algunos consejos. Al fin y al cabo, está en deuda con ella después de salvarle la vida.

Se frota ligeramente la muñeca dolorida y esto la hace pensar en sus pulseras, que aún no ha encontrado. También tiene otra cosa que hacer. Mañana tiene previsto llamar a Ligula, el grupo hotelero que es propietario de Casa Ronnum. Es ya un hecho que Carl no seguirá allí y quiere asegurarse de recomendar a Anki. Se merece ese puesto y Casa Ronnum se merece a Anki. Nadie podría dirigir esta perla mejor que ella. Está convencida de ello y lo único que hace falta es transmitírselo a los dueños. Y no hay nadie más convincente que ella. Sonríe y vuelve a la conversación.

—¿Y qué hay de las chicas del club? ¿Han recuperado el dinero que les había quitado Johnny? —le pregunta a Anton.

—Sí. Unni se ha encargado de ello. Y parece que las cosas van a

cambiar un poco en esa casa a partir de ahora. Las fiestas y la vida disoluta de Johnny han llegado a su fin. Se gastaba todo el dinero en esas cosas.

—¿Y qué han dicho las chicas? —le pregunta a Hedda.

—*Oh, my God.* —Suelta una carcajada—. Deberías haberlas visto. Estaban locas de felicidad. Digamos que fue una celebración de lo más salvaje. Esas chicas sí que saben hacer una fiesta.

Coco levanta la cabeza y poco después Mona oye que llaman a la puerta. Grita «¡Entra!», suponiendo que se trata de William, pero no es así. Es el viejo veterinario quien aparece con su camisa a cuadros y su pelo alborotado. Coco se acerca de inmediato a saludarlo.

—Solo quería ver cómo está la perrita —aclara, agachándose para rascarle detrás de la oreja—. Pero ya veo que he venido en medio de la cena, así que no quiero molestar.

—Entre —pide Mona, agitando la mano—. Hay suficiente para usted también.

—No, no quisiera…

—Vamos —dice Mona, levantándose—. Siéntese aquí, por favor.

Le acerca una silla y va a por un plato.

—Aquí tiene, coma un poco de *pizza* —indica, poniendo el plato en la mesa delante de él.

—Bueno —responde—, supongo que puedo comerme un trozo si todavía tenéis.

—¡Hola! —grita alguien en el pasillo, y es William el que aparece esta vez. Entra en la cocina y se dirige a Mona—: Me he enterado de lo que ha pasado. ¿Estás bien?

—Sí —contesta ella—. Todo bien.

William asiente y le da un abrazo, y luego deja que sus ojos vaguen por la mesa. Saluda al Negro y a Anton con un gesto de la cabeza, pero se detiene cuando llega a Hedda y sus ojos brillan con evidente interés.

Mona no se da cuenta de esto, sino que siente el calor y la alegría de los abrazos y las risas de William en la cocina. Está muy contenta de haber vuelto a Vargön y espera de todo corazón que esta alegría permanezca y que Anton y William lleguen a reconciliarse. Pero ahora mismo se siente muy cansada. En cuanto se vayan, irá a darse un baño caliente y se fumará un porro en su soledad. Y luego se irá a dormir.

La música cambia a *Dancing Queen* y la mirada de Mona se posa en Hedda, que se ha quedado callada de repente. En ese momento se le ocurre qué es exactamente lo que quiere darle.